

Guillermo del Toro  
y Chuck Hogan

## **LOS SERES HUECOS**

Las cintas de Blackwood, vol. 1

Traducido del inglés por Pilar de la Peña Minguell



Guillermo del Toro  
y Chuck Hogan

## **LOS SERES HUECOS**

Las cintas de Blackwood, vol. 1

Traducido del inglés por Pilar de la Peña Minguell

*CH:*

*A Richard Abate*

*GDT:*

*A Algernon Blackwood, lord Dunsany y Arthur Machen*

Los lectores astutos quizá sepan ver en el nombre de nuestro protagonista un homenaje a uno de nuestros autores más admirados, Algernon Blackwood, precursor del llamado subgénero del «investigador de lo oculto». Aunque algunos ritos religiosos se han adornado aquí para mayor dramatismo, cualquier error es involuntario. No obstante, quisiéramos señalar que la profanación de tumbas en Nueva Jersey, por motivos esotéricos, no es ficción ni cosa del pasado. Sucede. En nuestros días.

## PRELUDIO : el buzón

Encajada entre dos edificios del distrito financiero de Manhattan, el 13 y el 15 de Stone Street, hay una finca estrechísima que consta oficialmente como el 13 y medio de esa calle. De aproximadamente metro veinte de ancho y compuesta por una franja de piedra colonial que recorre de arriba abajo el espacio entre los dos edificios y termina unos diez metros por encima del suelo, no sirve para otro propósito aparente que albergar un corrientísimo buzón eduardiano de hierro fundido, que no posee ornamentos ni características distintivas, salvo una enorme ranura para los sobres, y no presenta puertecilla ni cerradura para la recogida del correo depositado allí.

Detrás del buzón, un trozo macizo de piedra y argamasa.

La escritura de este minúsculo misterio urbano data de la época colonial holandesa y la firma Lusk & Jarndyce ha venido abonando puntualmente los impuestos correspondientes desde 1822. Antes de eso, solo se encuentran referencias al inmueble, siempre en perfecta situación jurídica.

La mención más antigua al buzón se remite de hecho a un panfleto publicado en lo que entonces se llamaba Nueva Ámsterdam: *El relato más completo de las vicisitudes de Jan Katadreuffe y su ascenso final y virtuoso al Reino de Nuestro Señor*. En dicho panfleto, publicado por Long and Blackwood en 1763, en folio y a cuatro páginas, un acaudalado comerciante de especias hace un trato con el demonio para garantizar la llegada de sus barcos y cargamentos. Los barcos llegan, pero a partir de ese momento se desata un espíritu maligno que tortura al comerciante, todos los días al anochecer, mordiéndole de forma salvaje, arañándole la espalda y montando su cuerpo como un jinete mientras el alma descarriada grita, presa de un sufrimiento absoluto, y comete actos pecaminosos de extraordinaria violencia.

En el drama, un seglar, en un intento de ayudar, le habla a un docto sacerdote de una posible solución: «... El buzón de hierro de la calle mayor, allí se halla para sus desgracias recibir. Una carta sellada lleva el nombre de Blackwood. Y al caer la noche con vos se reunirá...». El cura propone al Señor y los sacramentos como única solución viable. Katadreuffe paga un sinfín de misas y queda liberado de su tormento solo unas horas antes de fallecer, purificado.

Una lápida pequeña y modesta recuerda su defunción. La lápida, situada en el lado de Rector Street de Trinity Church, reza lo siguiente:

AQUÍ YACE EL CUERPO DE JAN KATADREUFFE, ANTIGUO COMERCIANTE DE ESPECIAS Y MADERAS QUE PARTIÓ DE ESTE MUNDO EL 16 DE OCTUBRE DE 1709, A LOS 42 AÑOS. RECORDAD, CUANDO POR AQUÍ PASÉIS, QUE COMO AHORA SOIS YO UNA VEZ FUI, Y COMO AHORA SOY PRONTO SERÉIS. PREPARAOS PARA LA MUERTE Y SEGUIDME...

A lo largo de los siglos, el 13 y medio de Stone Street ha resistido muchos litigios: de demarcación urbana, corporativos y de otros tipos. Cada una de esas batallas legales se ha ganado con un gasto considerable. Y por eso el buzón sigue ahí, un misterio a plena vista. La mayoría de los transeúntes pasan por delante si verlo siquiera.

Hace un decenio, una gran compañía aseguradora con sede en la acera de enfrente instaló tres cámaras de seguridad. El encargado de supervisarlas pudo atestiguar que, aunque llegan al buzón algunas cartas (más o menos una cada tres semanas), nadie las recoge, pero el buzón tampoco

rebosa nunca.

De ese pequeño enigma se ha corroborado una cosa repetidas veces a lo largo de los siglos: cada sobre que llega al buzón es una carta de necesidad imperiosa, un grito de ayuda desesperado, y todos y cada uno de los sobres van destinados a la misma persona: Hugo Blackwood.

*2019, Newark, Nueva Jersey*

Odessa soltó la carta y echó un vistazo por el Soup Spoon Café en busca de las ofertas. Las encontró, en una pizarra blanca cerca del pequeño mostrador de recepción, escritas en mayúsculas con rotulador rojo. Por alguna razón, aquella caligrafía le trajo a la memoria un recuerdo hacía tiempo olvidado de sus días en la Academia del FBI, en Quantico, Virginia.

El profesor de Ciencias de la Conducta dibujaba las definiciones de homicidio con un rotulador rojo deleble en la gran pizarra que había frente al auditorio. La diferenciación, les explicaba, no tenía nada que ver con los propios homicidios, su gravedad, método o modo, sino más bien con el período de reflexión entre ellos.

«El sello del asesino en serie es su ciclo: pueden pasar semanas, meses o incluso años entre homicidios. El asesino de masas mata en un entorno concreto, dentro de una franja horaria fija, totalizando un mínimo de cuatro homicidios conocidos en rápida sucesión, sin respiro o con escaso respiro entre ellos. El asesino compulsivo mata en múltiples entornos, normalmente durante un período breve, de entre uno y varios días o semanas. Está relacionado con el asesino desbocado, un solo individuo que asesina a múltiples personas en un único acto homicida.»

Las dos últimas clasificaciones podían solaparse. Un caso difícil de clasificar, y que en general se consideraba la primera matanza de un asesino compulsivo en Estados Unidos, había tenido lugar a ciento veinte kilómetros al sur de la cafetería donde la agente se encontraba en ese momento.

El 6 de septiembre de 1949, Howard Unruh, un veterano de la Segunda Guerra Mundial de veintiocho años, salió de la casa de su madre en Camden, Nueva Jersey, vestido con su mejor traje y una pajarita a rayas. Había discutido con su progenitora en el desayuno y ella había ido corriendo a casa de sus vecinos a decirles, histérica, que temía que algo horrible estuviera a punto de ocurrir.

Unruh entró en el pueblo armado con una Luger alemana y treinta balas de nueve milímetros. En un lapso de doce minutos, disparó y mató a trece personas e hirió a tres más. En una farmacia, una barbería y una sastrería. Aunque se demostró que su deseo de matar era premeditado (después se descubrió que tenía una lista de enemigos en su diario), entre sus víctimas había una mezcla de objetivos prioritarios y personas que habían tenido la mala suerte de cruzarse en su camino aquel espléndido martes por la mañana. Tanto las víctimas como los testigos oculares coincidieron en que ese día Howard parecía como en trance, aturdido.

Para cualquier persona ajena a las fuerzas del orden, la clasificación de un delito importa poco. Lo único verdaderamente importante es que, durante más de sesenta años, el tiroteo de Unruh se consideró la peor masacre de Nueva Jersey.

Hasta la noche en que Walt Leppo pidió rollo de carne picada.

—¿Está recién hecho? —le preguntó a la joven camarera al volver del aseo de caballeros.

—Sí, desde luego —contestó ella.

—¿Me harías un favor, entonces? —le dijo él—. ¿Podrías mirar si os quedan una o dos rodajas de la comida, que a ser posible lleven unas horas bajo la lámpara infrarroja, supersecas y con los bordes tostados?

La camarera le sostuvo la mirada un instante, intentando decidir si le estaba tomando el pelo. Sería estudiante, muy posiblemente de alguna de las facultades de Derecho cercanas. Odessa se había pagado hasta tercero de Derecho en Boston sirviendo mesas y recordaba vivamente la inquietud que le producía que determinados clientes varones le hicieran peticiones culinarias espeluznantes rayanas en el fetichismo, hombres por lo general solitarios, a los que seguramente les habría gustado pedir mujeres a la carta, no solo comida.

La camarera se volvió hacia Odessa, sentada enfrente de Leppo, y la agente le dedicó una sonrisa de aliento, confiando en tranquilizarla.

—Voy a ver —dijo.

—Gracias —respondió él, cerrando la carta y entregándosela—. Por cierto, prefiero los extremos. —La joven se fue con las comandas—. En casa llamábamos “talones” a los extremos — le comentó a su compañera.

Odessa asintió con la cabeza, fingiéndose fascinada.

—Psicópata —le dijo cariñosamente.

Walt se encogió de hombros.

—¿Porque me gusta el rollo de carne picada como lo hacía mi madre?

—Ay, Dios, añade fijación oral.

—Te voy a decir una cosa, Dessa: todo se puede sexualizar. Todo. Hasta un rollo de carne picada, por lo visto.

—Apuesto a que también te gustan las tostadas requemadas.

—Como el carbón. Pero ¿aún no sabes que la normativa prohíbe a los agentes novatos perfilar a los veteranos?

Los dos se volvieron hacia el ventanal del Soup Spoon Café cuando empezaron a repiquetear en él las primeras gotas de lluvia.

—Genial —dijo Leppo.

Odessa miró el móvil. La *app* del tiempo mostraba una masa de precipitación en tonos jade y menta que se acercaba a Newark a modo de nube de gas tóxico. Giró el dispositivo para enseñárselo a su compañero. Casualmente la agente se había dejado el paraguas junto con la Remington 870 del calibre doce en el maletero del coche, aparcado a media manzana de allí.

—La lluvia de Jersey —dijo Leppo, desdoblando la servilleta— es como bañar a un perro a manguerazos: se moja todo, pero no se limpia nada.

Aquel nuevo “leppoísmo” hizo reír a Odessa, que miró afuera, donde cada vez más gotas ametrallaban el cristal. Las pocas personas que había en la calle circulaban ya más rápido, con una especie de urgencia indefinida.

Todo se aceleraba.

En el preciso instante en que Leppo preguntaba por el rollo de carne picada (como constataría después la cronología), a una veintena de kilómetros al norte de Newark, Evan Aronson aguardaba a que su aseguradora, que lo tenía en espera escuchando rock suave de los setenta, le explicara el suplemento que le habían cobrado por una visita a Urgencias. En la reunión de los diez años de su promoción de Rutgers, hacía unas semanas, se había distendido el bíceps izquierdo recreando el tradicional salto de madrugada al baño portátil, instaurado por su fraternidad, con la intención de ganar a su antiguo compañero de cuarto, Brad «Boomer» Bordonsky, pese a que este había engordado unos quince kilos desde la graduación.

Mientras aguantaba otro de los grandes éxitos de Styx, Evan levantó la vista de su mesa en la oficina de Charter Airlines, en el aeropuerto de Teterboro, y vio salir del hangar de aviación

privada cercano un último modelo de Beechcraft Baron G58. El piloto, alto y cincuentón, que vestía pantalón de deporte gris, suéter de manga larga y sandalias, bajó de la cabina de aquel carísimo bimotor de pistón y volvió al hangar, dejándolo en marcha. Uno de los empleados intercambió con él unas palabras y se fue.

Al poco, salió el piloto con una llave inglesa enorme.

Un piloto no repara aviones, sobre todo si es suyo, y menos aún con los dos motores de trescientos caballos encendidos y las hélices girando más rápido de lo que el ojo humano puede captar. Evan se levantó de la silla para ver mejor y se quedó allí plantado, con el brazo izquierdo en cabestrillo, sosteniendo con la mano derecha el auricular del teléfono, fijo, conforme a la normativa de radiofrecuencia aeroportuaria.

Aun con el ruido de la turbina, oyó un fuerte chasquido y un crujido casi simultáneos. El golpe se repitió, pero no conseguía ver al piloto, que debía de estar trabajando detrás del fuselaje. Entonces el tipo alto rodeó la avioneta hasta el ala más cercana y lo vio aporrear con la llave inglesa la luz de navegación, reventándola, aplastando la tulipa de plástico rojo, cuyos fragmentos cayeron al asfalto al tiempo que se fundía la bombilla.

Evan soltó un aspaviento, horrorizado ante semejante acto vandálico contra una avioneta que valía millones de dólares. Se acercó más, tirando todo lo posible del cable del teléfono, mientras sonaba de fondo la balada «Lady», extraño contrapunto al destrozo que el tipo estaba haciendo en su propio avión.

Aquellas aeronaves privadas de gama alta se mimaban como si fueran mascotas y eran objeto de un mantenimiento tan riguroso como el de los coches de carreras. Lo que estaba haciendo aquel hombre era equivalente a sacarle los ojos con un destornillador a un buen caballo de carreras.

No podía ser el dueño, decidió. Alguien estaba causando daños de miles de dólares a aquella avioneta, y puede que incluso robándola.

—Señor Aronson, tengo su expediente delante... —se oyó la voz del comercial de la aseguradora, pero Evan había soltado el auricular, que había caído con gran estrépito al suelo, y el cable extensible se había recogido de nuevo en el escritorio.

Salió corriendo de la oficina, directo a una lluvia fría cuyas gotas eran como alfilerazos, y miró a izquierda y derecha, confiando en que alguien más estuviera viendo aquello y pudiera ayudarlo.

El tipo alto reventó la última bombilla y dejó a oscuras la avioneta. Una lucecita de emergencia iluminaba la escena desde atrás.

—¡EH! —gritó Evan, agitando el brazo bueno.

Se acercó corriendo y siguió gritando «¡EH!», al hombre alto y a todas partes, con la esperanza de congregarse a cualquiera con dos brazos operativos.

Uno de los empleados del hangar se dirigió al piloto e intentó detenerlo. Le cayeron tres golpes secos con la llave inglesa que le hundieron un lado de la cabeza; el ataque duró solo unos segundos. Cayó al suelo, sacudido por las convulsiones previas a la muerte. El piloto se acuclilló y se dispuso a aplastarle el resto del cráneo, como un troglodita rematando a su presa.

Evan se quedó de piedra. No era capaz de digerir un pánico tan intenso.

El piloto se deshizo de la llave inglesa con gran estrépito metálico, se acercó peligrosamente a la hélice izquierda, la rodeó, trepó al ala y se instaló en la cabina.

La avioneta dio una sacudida hacia delante y empezó a rodar solo con las luces de la aviónica de cabina: la pantalla de frío azul verdoso del Garmin G1000, que, pensó Evan, daba al rostro del piloto aspecto de alienígena.

Lo tenía paralizado la mirada perdida de aquel hombre.

Como un autómeta, alargó la mano para coger algo que Evan no alcanzó a ver. De pronto, se produjo un estallido de ruido y llamas que reventó la ventanilla del lado derecho. Las balas del rifle semiautomático AK-47 le atravesaron el cuerpo como clavos calientes, haciendo que le flojearan las rodillas, se derrumbara su cuerpo, su cabeza golpeará el asfalto y quedara inconsciente en el acto. Mientras la Beechcraft a oscuras viraba hacia la calle de rodadura, Evan se fue desangrando.

Odessa pidió el filete con ensalada. Sin cebolla: no quería que le repitiera toda la noche. Pidió café porque aún estaban en pleno turno y eso era lo que bebían los agentes del FBI.

—¿Sabías que hay más restos de heces humanas en las cartas de los restaurantes que en ninguna otra parte del establecimiento? —dijo Leppo en cuanto se fue la camarera.

Odessa sacó del bolso un botecito de gel hidroalcohólico y lo plantó en la mesa como si atacara en un tablero de ajedrez.

Le caía bien a Leppo, lo notaba. Le recordaba a su propia hija y la entendía. Le gustaba tenerla bajo su tutela. En el FBI no había binomios. Él quería enseñarle lo esencial, la «forma correcta» de hacer las cosas. Y ella quería aprender.

—Mi padre vendió menaje de cocina por los cinco distritos durante treinta años, hasta que se le paró la patata —dijo Leppo—. Y siempre decía, y esta es la lección más importante que podría darte en tu tercer año como agente, que el sello de un restaurante limpio es su baño. Si el baño es higiénico, está ordenado y bien cuidado, puedes estar segura de que la zona donde se prepara la comida también. ¿Sabes por qué? —Se lo imaginaba, pero era preferible dejarlo pontificar—. Porque el mismo inmigrante chileno o salvadoreño mal pagado que limpia los baños limpia también la cocina. El sector hostelero al completo, y se podría decir que hasta la propia civilización, depende del rendimiento de esos peones de primera línea.

—Los inmigrantes son los que sacan el trabajo adelante —dijo Odessa.

—Héroes —añadió Leppo, y propuso un brindis con su taza de café—. Solo les falta limpiar un poco mejor las cartas.

Odessa sonrió, luego le supo la ensalada a cebolla y puso cara de decepción.

La primera llamada de emergencia llegó de Teterboro: un avión privado había despegado sin autorización de la torre. La avioneta había virado hacia el este, sobrevolado Moonachie y cruzado la interestatal 95 rumbo al río Hudson. Suponían que se trataba de una aeronave robada que seguía un patrón errático, ascendiendo y descendiendo unos miles de pies, y desapareciendo ocasionalmente del radar.

La Autoridad Portuaria de Nueva York y Nueva Jersey hizo público un aviso de emergencia. Se cerró Teterboro conforme a la normativa de la Administración Federal de Aviación, se cancelaron todas las salidas pendientes y el tráfico de llegada se redirigió al aeropuerto municipal de Linden, un pequeño aeródromo del sur de Nueva Jersey empleado principalmente para vuelos turísticos en helicóptero.

La primera llamada ciudadana a Emergencias llegó del operario de un remolcador del río Hudson, a menos de dos kilómetros al sur del puente de George Washington. Aseguraba que una avioneta sin luces había volado muy bajo entre el remolcador y el puente, produciendo «chasquidos» en la lluvia. Según el operario, sonaba como si el piloto le estuviera lanzando petardos a su barcaza y temía que fuera el comienzo de «otro 11S».

La segunda llamada a Emergencias fue la de un magnate de la moda que volvía a su casa en

Fort Lee por el puente de George Washington y aseguraba haber visto «un dron grande» que se dirigía al Upper West Side de Manhattan.

Siguió una avalancha de llamadas de emergencia de residentes de Manhattan que aseguraban que un avión había hecho vibrar su edificio de apartamentos o su lugar de trabajo. Se vio a la avioneta sobrevolando Central Park, rumbo sur por la Quinta Avenida, aunque era difícil localizarla porque volaba a oscuras. Por el patrón de las llamadas, la ruta de vuelo cortaba en diagonal el Lower Manhattan por Greenwich Village de vuelta al Hudson.

El ferri de Staten Island surcaba el río a escasa distancia de la Estatua de la Libertad cuando la Beechcraft descendió en picado por el extremo de cola. Su única luz procedía de los estallidos de llama de la boca del rifle automático que disparaba por el lateral derecho de la cabina. Las balas picotearon el casco naranja de la motonave *Andrew J. Barberi* y algunas reventaron las ventanillas de la zona de pasaje. Dos viajeros resultaron heridos por los disparos, ninguno de gravedad. Diecisiete pasajeros sufrieron lesiones más graves como consecuencia del pánico que se produjo, con lo que el ferri tuvo que dar media vuelta y regresar a la terminal de Lower Manhattan.

Más tarde se encontraron tres orificios de bala en el exterior de cobre de la corona y la antorcha de la Estatua de la Libertad, pero allí no se registraron heridos.

La Beechcraft giró bruscamente hacia el oeste y volvió al espacio aéreo de Nueva Jersey. La vieron sobrevolar Elizabeth rumbo a Newark, la ciudad más populosa del estado, cortando la lluvia nocturna.

Se cerró el aeropuerto internacional Newark Liberty y se desvió el tráfico aéreo.

Se informó del avistamiento de una segunda avioneta que sobrevolaba el sur de Nueva Jersey, pero después se confirmó que se trataba de la misma.

En ocasiones, la altitud de la aeronave descendió hasta los cien pies. Un pasajero con ojo de lince de un autobús que iba por la zona luminosa de la autopista de peaje de Jersey tomó nota del número del fuselaje del avión y mandó un mensaje a la policía estatal.

Se enviaron dos cazas F-15 desde la base Otis de la Guardia Aérea Nacional en cabo Cod, que volaron hacia Manhattan a velocidad supersónica.

Las sirenas de la policía resonaron en plena noche por toda el área metropolitana de Newark mientras los coches patrulla se dirigían a toda prisa hacia el lugar de los avistamientos de la avioneta, pero el despliegue municipal por tierra fue completamente inútil. A los pocos minutos, se vio a la avioneta sobrevolando el paso elevado de Pulaski, luego Weequahic, después la bahía de Newark y a continuación el Metlife Stadium en Meadowlands.

—¿Qué tal el rollo de carne? —preguntó Odessa.

—El mejor que he comido en mi vida —contestó él con la boca llena.

La agente meneó la cabeza, luego llamó la atención de la camarera agitando su taza vacía. Iba a necesitar café. Estaban trabajando en el caso de corrupción de Cary Peters, antiguo coordinador del gabinete del gobernador de Nueva Jersey, atrapado en un escándalo cada vez mayor. Peters había dimitido hacía tres meses en lo que de pronto parecía un intento de silenciar la investigación y evitar que saltara a la oficina del gobernador. La parte activa del caso había empezado a calmarse hacía bien poco, pero el escándalo había sacudido la vida privada y profesional de Peters. (Es lo que pasa cuando se descubre en la cuenta de gastos del fondo de campaña de tu jefe un cargo de mil setecientos dólares por una noche en un conocido club de alterne y decides adjudicártelo.) Proteger al gobernador le había salido carísimo. Un enjambre de reporteros de televisión y prensa sensacionalista inundaban su vida, la de su mujer y la de su

familia como si estuvieran pasando por una ruptura mediática. Tan mala era la cosa que, por recomendación de la policía, la ciudad de Montclair, donde vivían, había establecido zonas de PROHIBIDO APARCAR a la puerta de su casa con el fin de mantener a raya a los exaltados periodistas. Desde entonces, Peters había iniciado una caída en picado que incluía una sanción por conducir ebrio ese mismo mes. Un sitio de noticias en internet tenía en su página de inicio una cuenta atrás de los días que tardaría Peters en rajarse y llegar a un acuerdo con la acusación para salvar su propio pellejo, dándole la espalda al gobernador en aquel caso de tan rápida difusión.

Para el FBI, y en concreto para Leppo y Odessa, la investigación había entrado en la fase burocrática. En la sede de la Agencia en Claremont Tower se trabajaba día y noche gracias a unos documentos que habían hecho públicos recientemente el capitolio y el comité de campaña del gobernador. Los agentes habían pasado las cuatro últimas noches leyendo correos electrónicos, contratos de personal e informes de gastos. En la moderna era digital, casi todo el trabajo de investigación supone un análisis pericial informático y la descodificación de cantidades ingentes de huellas y rastros digitales que todos vamos dejando.

Por eso al FBI le gusta contratar a abogados.

Aquella cena en una cafetería de mala muerte de una zona desolada de una de las ciudades más peligrosas de Estados Unidos era para Odessa el único respiro de la paliza nocturna de documentación. Por eso habría preferido pasar la noche entera escuchando a Leppo hablar con la boca llena.

Sus móviles, ambos bocabajo en la mesa, empezaron a vibrar. Los miraron enseguida, sabiendo que cuando sonaban a la vez nunca era por nada bueno.

Curiosamente, no era un mensaje de trabajo, sino una alerta del *New York Times*. Una avioneta secuestrada en Teterboro había sobrevolado Manhattan y, al parecer, aunque todavía estaba por confirmar, alguien disparaba con un rifle automático desde la cabina. Debajo del titular, había actualizaciones en directo de la noticia. Por lo visto, la avioneta había cruzado el Hudson. La habían visto por última vez cerca de Newark.

—¡Mierda! —exclamó Leppo, y retirándose la servilleta del regazo, se metió un trozo enorme de carne en la boca.

Odessa supo que su café tendría que esperar. Siempre era mejor ponerse en marcha antes de que requirieran su presencia. Mientras su compañero se acercaba a pagar en caja, ella fue al baño, como la experiencia le había enseñado a hacer. Cuando salió, Leppo ya estaba fuera, bajo la fría lluvia, al abrigo de un enorme paraguas que era como una carpa promocional de una inmobiliaria. En cuanto pudieron, cruzaron por el semáforo, bordeando el charco de una alcantarilla y dirigiéndose a grandes zancadas hacia su Chevy Impala.

Con la que estaba cayendo y el chapoteo de los neumáticos en el asfalto mojado, Odessa no oyó el doble motor de la avioneta hasta que la tuvieron prácticamente encima. El aparato sin luces cortó la lluvia fibrosa, con las alas ligeramente ladeadas y la panza a poco más de sesenta metros por encima de ellos.

Estaba ahí y acto seguido ya no estaba. Surrealista.

—¡Dios! —exclamó Leppo.

Odessa se detuvo tan de repente que su compañero tropezó con ella por detrás.

Las sirenas reemplazaron el bramido casi extinto de los motores de la avioneta. Un coche patrulla pasó berreando por su lado hacia la calle perpendicular mientras la agente se instalaba al volante del Impala.

Leppo ya estaba al teléfono, hablando con alguien de Claremont. Las seis plantas superiores de la Claremont Tower tenían vistas de Newark desde la orilla del angosto y turbio río Passaic.

—¿Adónde? —preguntó Odessa, viendo más luces azules abrirse paso entre la manta de agua.

—No te molestes en seguirlos —contestó Leppo, señalando el cruce que ella tenía a su izquierda. De vuelta a Claremont, entonces.

Leppo conectó el móvil al *bluetooth* del coche.

—Davey, estábamos cenando, lo acabamos de ver; ¿qué sabéis?

—Un atentado terrorista —dijo Davey—. Han mandado unos cazas de Otis.

—¿De la base aérea? —repitió Leppo, incrédulo—. ¿Para qué? ¿Para que lo derriben sobre Hoboken?

—Si es necesario... Ha estado de un lado a otro del Hudson, haciendo acrobacias, sobrevolando la zona, tiroteando la ciudad.

—Dame lo que tengas de ese tipo.

Odessa se apartó para dejar espacio a otro coche patrulla, que pasó por su lado como una bala en la dirección opuesta.

—La avioneta está registrada a nombre del máximo ejecutivo de Stow-Away Corporation, una empresa de alquiler de trasteros, de esos que son como contenedores grandes de color naranja. Aunque se sospecha que la han robado. Tenemos un muerto en Teterboro, un trabajador del aeropuerto. Espera, Walt...

La voz de Davey sonó distorsionada porque tapó el micro mientras hablaba a gritos con otro agente que tenía cerca. Odessa y Leppo se miraron.

—Stow-Away —dijo ella, notando una desagradable punzada en el pecho.

—Mal asunto —respondió Leppo, asintiendo con la cabeza.

El dueño de Stow-Away, un hombre llamado Isaac Meerson, era uno de los principales contribuyentes del partido republicano de Nueva Jersey, y amigo íntimo del gobernador del estado y de Cary Peters.

—No puede ser —añadió Leppo.

—¿El qué no puede ser? —preguntó Davey, de nuevo al teléfono.

—Stow-Away está implicada en el caso de corrupción de Peters en el que Hardwicke y yo hemos estado trabajando. ¿Alguna descripción del secuestrador?

—¿Del piloto? No. Voy a mirarlo.

Odessa se había detenido en un semáforo. Los limpiaparabrisas se movían tan rápido que parecía que la luz del semáforo parpadeara.

—¿Qué hacemos?

—No sé —contestó Leppo—. No estará relacionado con lo nuestro, ¿no?

—Peters lleva un tiempo deprimido y prácticamente desaparecido —dijo Odessa—. Ayer salió en la prensa lo de su mujer...

—¿Que le ha pedido el divorcio? No me extraña, la verdad.

—No —contestó ella—. Aun así...

Odessa conocía a Leppo lo suficiente para presentir que ya se estaba centrando en Peters.

—¿Robar un avión? Eso no cuadra nada con su perfil.

—Había estado yendo a clases de vuelo, ¿recuerdas? —le dijo ella—. Lo dejó por los ataques de ansiedad cuando estaba a punto de sacarse la licencia. Todo eso está en sus antecedentes.

Leppo asintió. No sabía qué hacer.

—Mierda, mierda, mierda, mierda, mierda —dijo.

Volvió a oírse la voz de Davey.

—Vale, aún no tengo nada del secuestrador.

—Olvídate de eso, Davey —le dijo Leppo—. ¿Cuál es la última posición conocida de la avioneta?

—Al noroeste de Newark —contestó el otro—. Sobrevolando Glen Ridge. Es lo último que tengo. Oye, Walt, tengo que colgar...

—Sí, venga —dijo Leppo, y colgó también.

—Voy para Montclair —le comunicó Odessa. Estaba ocurriendo todo muy deprisa—. ¿Tú lo crees capaz...?

Leppo terminó la frase.

—¿... de estrellar la avioneta en su propia casa?

—Dentro de poco ya no será suya, sino de su mujer —dijo ella.

Su compañero asintió. Estaba decidido.

—¡Enciende!

Odessa metió la mano debajo de la consola central y pulsó el interruptor que activaba las luces de parrilla del Impala, azules y rojas, delanteras y traseras. Luego pisó a fondo el acelerador y empezó a zigzaguear entre los coches hacia la vecina localidad de Montclair.

\* \* \*

La distracción aérea causó múltiples accidentes de tráfico en las calles sobrevoladas por la avioneta, el peor de ellos un choque en cadena de siete vehículos en la autovía de Garden State, que había generado un atasco tremendo en dirección norte.

Tras un breve ascenso al sobrevolar East Orange, la avioneta viró hacia el oeste y volvió a zambullirse por debajo del alcance del radar. Con el ala derecha, recortó la copa de un árbol de Nishuane Park, pero el piloto niveló la aeronave y continuó volando. Los observadores supusieron que buscaba donde aterrizar o quizá un punto de referencia conocido con el que orientarse.

Unos minutos después, la avioneta desapareció por completo de la vista.

El primer aviso de accidente aéreo llegó del oeste de Orange. Se enviaron a la zona policías y vehículos de rescate de las localidades vecinas, a la espera de la ubicación exacta, pero después de mucha búsqueda y comunicaciones por radio, el aviso se dio por falso.

La Beechcraft había aterrizado en el primero de los nueve últimos hoyos del club de golf de Montclair: una recta cuesta abajo de par cinco. La avioneta botó dos veces sobre las ruedas, arrancando con el ala izquierda una chuleta profunda de la calle, lo que hizo girar bruscamente a la aeronave hacia la izquierda, donde la rueda se hundió en la trampa de arena y el bimotor por fin se detuvo de morro al borde de los árboles.

Después un testigo ocular daría parte de lo presenciado. Había entrado en el aparcamiento del campo de golf para continuar una llamada telefónica emotiva que mantenía con su compañero de piso y se encontraba fuera del vehículo, paseando nervioso y hablando, cuando había visto salir del bosque próximo a un hombre que caminaba deprisa. El tipo no parecía consciente de que le sangraba el lado derecho de la frente ni de que miraba a todo el mundo «como ido». Pensando que sufría una conmoción, lo había llamado, interrumpiendo su conversación telefónica, pero sin mediar palabra, el hombre ensangrentado se había dirigido a grandes zancadas al Jeep Trailhawk aún en marcha del testigo ocular, se había subido a él y había salido del aparcamiento a toda velocidad, con el otro persiguiéndolo, y sin cerrar la puerta hasta que el todoterreno casi se había perdido en el horizonte.

Las luces intermitentes del Impala ayudaron a Odessa a adelantar a otros coches, pero había atasco por todas partes. Con el GPS del móvil, Leppo le fue indicando cambios de dirección que los llevaron por carreteras secundarias a la casa de la mujer de Peters en Upper Montclair.

Ya habían decidido no informar a la policía municipal.

—Esto es un presentimiento —dijo Leppo—. Además, ya están bastante ocupados. Lo último que queremos es que destinen recursos a una falsa alarma.

—Tú no crees que el piloto sea un terrorista, ¿verdad? —le preguntó ella.

—Si lo es, no durará mucho. Los cazas se encargarán de ello. Si no..., ese tío lo lleva claro, porque ahora será un tipo con tres hijos y una orden de alejamiento, y esperanza cero de recuperar su vida anterior.

Odessa rumió aquello para sí. Era muy improbable, por no decir una enorme coincidencia, que pudiera tratarse de Cary Peters. Las posibilidades eran mínimas.

Claro que la avioneta era propiedad de la empresa de trasteros vinculada al escándalo político de aquel hombre. Solo eso ya era una conexión importante.

—El divorcio te vuelve loco —terció Leppo—. Creo que nunca te he contado esto, pero estuve casado antes de Debonair.

La mujer con la que Leppo llevaba casi veinte años casado se llamaba Deb, pero él la llamaba «Debonair». Era una mujer menudita de abundante melena pelirroja que conducía un inmenso SUV Chevy Tahoe rojo. Odessa la había visto exactamente dos veces, la primera justo unas semanas después de que la emparejaran con Leppo. Había sido más que nada una toma de contacto durante la que la agente había procurado presentarse de la manera menos amenazadora posible. Debonair había sido muy cariñosa con ella, sociable y simpática, pero debajo de todo aquello se escondía una fortaleza que Odessa encontraba impactante, y admirable. La segunda vez había sido en un evento de fin de semana para federales, una comida al aire libre en la que la agente había conocido a los hijos de Leppo, y Debonair había conocido a Linus, el novio de Odessa, y desde ese momento todo había ido bien.

—Yo era un crío —dijo su compañero—. Los dos lo éramos. No duró ni un año, pero luego me costó otros dos recuperarme. Y menos mal que no había niños de por medio. En el caso de Peters, cuesta saberlo, pero no parece de los que lo tiran todo por la borda de ese modo. Claro que una cosa te digo: nunca sabes quién eres de verdad hasta que te hacen muchísimo daño. —Odessa asintió con la cabeza. A veces las lecciones de trabajo se convertían en lecciones de vida —. ¿Sabes dónde andas?

Ella giró bruscamente a la izquierda en aquel barrio lujoso.

—Ya casi estamos —contestó.

Las calles estaban vacías, una población dormitorio como no se había visto otra. Odessa pasó volando por delante de céspedes bien cuidados y casas bien iluminadas, y eso la tranquilizó: nada demasiado terrible podía ocurrir allí.

—¡Vaya por Dios! —dijo Leppo.

Lo vio antes que ella: un todoterreno aparcado en la acera, con la puerta del conductor abierta, las luces encendidas y el motor en marcha.

Se pegó al guardabarros trasero del vehículo para impedirle la marcha atrás. Leppo comunicó por radio la dirección. Iban a entrar.

Odessa bajó de un salto, con la mano en la pistola reglamentaria enfundada, bordeando de lejos y aprisa la puerta abierta del todoterreno. Por las luces interiores, vio que estaba vacío. El vehículo se había detenido encima de una señal de tráfico que había derribado de un golpe: una de las que indicaban la prohibición de aparcar.

Se volvió hacia la casa. Era un edificio de dos plantas estilo Tudor con tejados a dos aguas muy pronunciados que sobresalían por encima de la primera planta. Había luz dentro, arriba y abajo. La puerta de la casa estaba cerrada. El caminito de entrada, a su izquierda, se elevaba hasta un murete de piedra, que conducía a una entrada lateral sin iluminar.

Iba a dirigirse a Leppo cuando oyó el disparo. Sobresaltada, giró de inmediato, justo a tiempo para oír el segundo tiro dentro de la casa y ver una llamarada por la claraboya de uno de los dormitorios de la planta superior.

—¡Leppo! —gritó, sacando su Glock.

—¡Vamos allá! —contestó él, con voz ahogada y lejána.

Le pitaban los oídos, no del disparo, sino de la adrenalina que le surcaba el torrente sanguíneo con un ritmo sordo, fum-fum. Esperó a su compañero y lo vio enfilarse corriendo el camino de acceso y adelantarla. Corrió detrás de él, con el arma hacia abajo y a un lado.

La contrapuerta lateral estaba cerrada; la puerta interior, abierta. Leppo entró primero. Odessa aguzó el oído por si detectaba voces, pasos, lo que fuera, pero el ruido de su cabeza era demasiado fuerte. Levantó mucho la voz para poder oírse por encima de aquel estruendo.

—¡FBI! ¡FBI!

Leppo gritaba lo mismo por delante de ella.

—¡FBI! ¡Suelten las armas!

Odessa no oyó respuesta. Le pareció que Leppo tampoco, porque siguió adelante y entró en la cocina, y ella fue detrás, deteniéndose ante la puerta cerrada del armario, que abrió de una patada, con el arma por delante. No era un armario, sino una despensa. En el suelo, delante de ella, yacía una mujer adulta, con los brazos estirados, pegados al cuerpo. Le habían cortado el cuello. Tenía las palmas de las manos llenas de heridas defensivas.

—¡CUERPO! —gritó para alertar a Leppo, aunque no esperaba que volviera.

Siguió al pie de la letra su entrenamiento. Bordeó el charco de sangre cada vez mayor para buscarle el pulso a la mujer y descubrió que aún tenía el cuello caliente, pero no había latido ni signo alguno de vida. Al presionar con el pulgar debajo de la barbilla de la mujer, la herida del cuello se abrió un poco. De pronto salió por el corte un chorro de aire o de gas en una burbuja grande y luminosa de sangre.

Una arcada le recorrió el torso hasta la garganta y la hizo retroceder tambaleándose. No se le pasaron las náuseas, pero tampoco perdió los nervios. Se sentía ingrátida, aturdida. Estaba convencida de que conocía a aquella víctima: era la exmujer de Peters.

La identificación la hizo volver en sí. Le vino a la cabeza un pensamiento.

¡TRES NIÑOS!

Recuperó de pronto su agudeza. Era necesario. Se despejaron sus sentidos y enseguida oyó gritos. Venían de arriba.

Salió corriendo de la despensa. Cruzó la cocina, se topó con las escaleras y miró arriba.

—¡LEPPO! —volvió a llamarlo, porque quería saber dónde estaba y que él supiera que subía. El fuego amigo era algo que habían ensayado en la academia del FBI todas las semanas. Más gritos. Empezó a subir las escaleras de dos en dos—. ¡LEPPO!

Exploró el pasillo: vacío. Por una de las ventanas que daban a la calle, entraba una luz azul pulsátil, la de los refuerzos de policía local que llegaban. Las luces deberían haberla tranquilizado, pero aquel azul intermitente daba al rellano de la segunda planta un aire de casa del terror que la desorientaba.

Pasó por la primera puerta que vio abierta. La habitación era de color melocotón y rosa, todo de tonos suaves, y volantes en la colcha de la cama sin hacer. Junto a la cama, bajo una sábana

ensangrentada en el suelo, yacía una forma humana pequeña.

«No es real, no puede ser real.»

Odessa levantó la sábana de un extremo, lo justo para ver un piecечito descalzo, un tobillo, una pantorrilla delgada. No le hizo falta ver el cuerpo herido. No quiso verle la cara.

Salió de nuevo al pasillo. Hiperventilaba, le pitaban los oídos, su visión oscilaba, como un barco en una tormenta.

—¡LEPPO!

La esperaba un segundo dormitorio. En el interior de la estancia abierta, un póster de *hockey* de los New York Rangers en la pared, salpicado de densa proyección arterial. Un leve hedor a hierro en el aire...

La cama estaba vacía, no había cadáver en el suelo. Los ojos de Odessa exploraron nerviosos el pequeño cuarto a oscuras.

El armario. Una puerta corredera, medio abierta. La abrió del todo, rápido.

Dentro estaba el cadáver de un niño, desplomado como un muñeco de trapo sobre la trasera, mirando al infinito, como ido.

«No es real, no es real...»

Odessa giró bruscamente, con el arma en alto. La habitación estaba vacía. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido.

Un golpe fuerte en la pared desde la habitación contigua hizo que se cayera un cuadro y se hiciera pedazos. Gritos, forcejeo, otro porrazo en la pared.

¿Una pelea?

—¡LEPPO!

Salió disparada al pasillo iluminado por las luces azules intermitentes. Apenas giró hacia la puerta de al lado, dos hombres adultos salieron dando tumbos de la habitación contigua.

Se puso en posición de ataque. Enseguida distinguió a Leppo a la luz azul. Forcejeaba con un asaltante. Este volvió la cara lo suficiente para que Odessa viera que se trataba de Cary Peters. Llevaba pantalón de deporte y tenía manchas de sangre en las rodillas y en los empeines de los pies descalzos.

Un cuchillo. Brilló la hoja con un destello azul. Era de cocina, de trinchar, con el mango grueso. Lo vio en la mano de Leppo. Lo que aquello significaba *a priori* no tenía ningún sentido.

«¿Un cuchillo, no un arma? ¿Y la Glock?»

—¡AL SUELO...! ¡YA! ¡O DISPARO! —gritó.

Leppo estaba detrás de Peters, agarrándolo con ambos brazos y empuñando el arma blanca con una mano. Forcejearon. Peters le pegaba en la barbilla y en la boca con la base de la mano izquierda, intentando zafarse de él; con la derecha, lo agarraba de la muñeca para apartar el cuchillo. Haciendo un gran esfuerzo en plena lucha a vida o muerte, el desacreditado exsubdirector del gabinete giró el torso para mirar a Odessa con una cara que ella jamás, en toda su vida, olvidaría.

No fue el gesto agresivo de un demente iracundo que ella esperaba, sino unos ojos que pedían ayuda. Un gesto de súplica. Lo vio desconcertado y desesperado, aun con la cara y las manos manchadas por la sangre de su mujer y de sus hijos. La miraba con el semblante confundido y desorientado de un hombre que acaba de despertar de una pesadilla aterradora.

Siguió forcejeando con Leppo, pero entonces le pareció que era él quien intentaba zafarse del agente, que era Leppo el agresor. Fue entonces cuando procesó por fin que su compañero llevaba el cuchillo. Blandía el arma del asaltante. Peters, ignoraba cómo, iba desarmado.

—¡WALT!

A Leppo le bastaba con tumbar a Peters. Llevaba ventaja. Odessa lo tenía a tiro, podía dispararle a quemarropa y se acabó.

—¡APARTA, YA LO TENGO!

Si disparaba tal cual, la bala atravesaría al agresor y alcanzaría a su compañero. Pero Leppo no parecía procesar nada de lo que le decía.

Rendido, Peters le dio la espalda a Odessa cuando el agente alzó hasta su hombro la mano con la que empuñaba el cuchillo. Peters apartó de la barbilla y la garganta de Leppo el puño con el que se defendía y lo agarró del brazo con la intención de arrebatarse el cuchillo.

—¡No! ¡Por favor! —chilló.

—¡ÚLTIMO AVISO! —gritó Odessa.

Con un súbito arranque de fuerza salvaje, el agresor se zafó de Leppo y lo estampó contra la pared. El agente estaba a salvo. Peters se volvió hacia ella con la mano en alto.

—¡No...!

Odessa disparó dos veces.

El sujeto cayó de espaldas con gran estrépito y, retorciéndose en la alfombra, arqueó la espalda y se agarró el pecho. Ella mantuvo la posición de disparo, apuntándole al tronco. Peters inspiró fuerte; su respiración era ruidosa y las heridas le siseaban. Parpadeó un instante, con un gesto de súbita consciencia, como si acabara de despertar y se encontrara perdido, y luego sus ojos se congelaron y una lágrima solitaria rodó por su mejilla izquierda.

Había disparado a un hombre. Sangraba. Lo estaba viendo morir.

No miró a Leppo.

El cuerpo de Peters se aplanó y quedó inmóvil. Los sonidos agónicos de su pecho se convirtieron en un suspiro agudísimo, como el de un neumático que se desinfla. Los ojos se le pusieron vidriosos, sin brillo.

Se acabó.

La agente soltó también una respiración honda, una que no era consciente de haber estado conteniendo desde que había apretado el gatillo.

—Lo he matado —le dijo a Leppo, pero sobre todo se lo dijo a sí misma—. Me lo he cargado.

Fue entonces cuando reparó en dos cosas casi simultáneamente: el leve olor a quemado, como a soldadura, y la voz de una niña, que lloraba y gritaba desde otra habitación, y a la que apenas se oía con el bullicio de las sirenas que llegaban.

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

La tercera hija de Peters. Aún viva, ilesa.

A Odessa le costaba apartar la vista del cuerpo de Peters. Por el rabillo del ojo vio a Leppo dar media vuelta en dirección al último dormitorio, al fondo del pasillo, para consolar a la única superviviente de la familia. La agente se relajó e, irguiéndose, dio un paso al frente y miró de reojo al tipo al que había matado.

Su compañero, que le llevaba la delantera, se detuvo un instante en el umbral de la puerta. Odessa levantó la vista y lo vio entrar en la habitación contigua con el cuchillo aún en la mano. Su primer pensamiento fue que el procedimiento era erróneo: el arma asesina era una prueba y debía tratarse como tal.

—¡Leppo! —gritó por encima de los pies del asesino descalzo al que había matado de un tiro. Tenía las plantas sucias, casi negras, y eso lo hacía más trágico, sórdido.

El agente Leppo había desaparecido y por un momento Odessa se encontró sola en el pasillo iluminado por destellos azules con el tipo al que había disparado.

Sintió náuseas. Distintas a las que había sentido al descubrir el cuerpo destrozado de la señora Peters. Casi ningún federal disparaba el arma reglamentaria en cumplimiento del deber. Habría una investigación. Menos mal que contaba con el testimonio ocular de Leppo.

Bordeó el cadáver de Peters, incapaz de apartar la vista de él al pasar. Aún tenía las manos ensangrentadas sobre las heridas del pecho y sus ojos miraban al techo. Odessa se acercó al otro dormitorio con el arma bajada, por no asustar a la niña. Pasó el umbral que Leppo acababa de cruzar.

La niña de nueve años llevaba un pijama calentito de color amarillo claro con dibujos de pollitos que salían de unos sonrientes cascarones blancos. Walt Leppo estaba justo detrás de ella, agarrándole un puñado de pelo rubio. La niña tenía la boca abierta, pero no salía de ella ningún grito. Retorcía el cuerpo, como queriendo apartarse del agente, pero él la tenía bien cogida del pelo. En la otra mano, Leppo llevaba el cuchillo de trinchar, no como alguien lleva una prueba esencial, sino empuñándolo, apuntando hacia abajo.

Odessa intentó ordenar en su cabeza lo que estaba presenciando: «A lo mejor la tiene agarrada para que no se escape. Solo quiere evitar que vea el cadáver de su padre en el pasillo, y los de su hermano, su hermana y su madre». Pero aquel razonamiento rápido no cuadraba con lo que veía en el rostro de su compañero: la mirada de muñeco diabólico, la sonrisa torcida. Casi parecía que le estuviera enseñando a la niña el cuchillo y el filo pringado de sangre.

—¿Leppo...? —dijo Odessa.

Era absurdo. No parecía siquiera consciente de que ella estaba allí con él. Entonces levantó el cuchillo y volvió la cabeza para contemplar el filo él también, mientras la niña sacudía la cabeza nerviosa, intentando escapar.

—Walt, suéltalo —le dijo Odessa—. ¡Walt! ¡Tira el cuchillo!

Le costaba creer que estuviera diciendo aquellas palabras. Se sorprendió apuntándolo con su Glock. Iba a dispararle a un compañero. Aquello contradecía todos sus instintos.

Leppo volvió a mirar a la niña. Le tiró aún más del pelo, dejando su cuello tierno completamente al descubierto. Aquello no pintaba nada bien.

En ese instante, Odessa presintió lo que iba a suceder a continuación.

—¡LEPPO! —le gritó.

Sin previo aviso, Walt Leppo bajó el cuchillo. La hoja rebanó carne, hueso y cartílago y se quedó encajada entre la clavícula y el hombro de la niña, y se oyó claramente un chasquido apagado y nauseabundo cuando quiso sacarlo y el hombro se dislocó.

La niña chilló.

Odessa disparó dos veces por puro reflejo. La Glock le saltó en las manos.

La fuerza del impacto apartó a Leppo de la pequeña. Retrocedió haciendo el molinete hasta una mesilla de noche que había junto a la cama, sin soltarle el pelo.

La niña cayó con él, sangrando, aullando, aterrizando en él. Se apartó bruscamente, por fin libre. En la mano del agente quedaron tres mechones gruesos de pelo arrancado.

La niña gateó aprisa hasta un rincón de la habitación.

Al caer, Leppo tiró de la mesilla un humidificador; se desmontó el depósito y el agua borboteó a la moqueta. El agente se desplomó sobre un lado de la cama, escurriéndose, su cuerpo se asentó, y la cabeza y los hombros descansaron en el armazón de la cama en un ángulo poco natural.

Odessa se quedó petrificada en el sitio.

—¡Leppo! —gritó, como si le hubiera disparado otra persona, aun cuando lo miraba fijamente por encima del cañón de su arma humeante.

Se oyeron gritos abajo. Polis en la casa, menos mal.

La sonrisa horrenda de Leppo se relajó por fin, sus ojos desenfocaron. Mientras lo miraba allí plantada, incapaz de creer lo que acababa de ocurrir, Odessa vio algo...

Un vaho, similar a las ondulaciones de un espejismo producido por el calor, emanó de la figura retorcida de su compañero. Una presencia en la estancia, suspendida en el aire como un gas de pantano. Incolora, pero... de nuevo, aquel hedor a soldadura, distinto del olor a pólvora que aún desprendía el cañón de su pistola...

El cuerpo de Leppo cedió de forma perceptible, como si algo, un ente, hubiera abandonado su cuerpo moribundo.

Cuando los policías de Montclair irrumpieron en el dormitorio, encontraron a una joven sentada en el suelo, abrazada a una niña de nueve años que sollozaba y temblaba, y tenía un corte profundo en el hombro. Un hombre de mediana edad yacía desplomado sobre la mesilla de noche y la cama de la niña, muerto de dos disparos. La joven retiró un brazo de la niña agitada y llorosa para enseñarles su placa a los policías armados.

—Agente derribado... —dijo Odessa, hiperventilando—. Agente derribado...

## *1962, delta del Misisipi*

Durante el breve vuelo de madrugada de Knoxville a Jackson, Misisipi, lo había puesto al día de la investigación un agente especial supervisor. Entre los pormenores del caso había muchas peculiaridades notables, pero que el FBI hubiera fletado un avión para acelerar su traslado inmediato a la oficina de Jackson —de él, Earl Solomon, un agente especial novato, de veintiocho años, que hacía apenas cuatro meses que había salido de la Academia— indicaba sobre todo que aquella no iba a ser una investigación corriente.

Un sedán lo recogió en la pista del aeropuerto para el largo trayecto rumbo norte por la ruta 49 hacia el delta. Salvo por el somero saludo inicial, el conductor, un agente blanco de treinta y muchos con un acento algo pueblerino, guardó silencio todo el camino, y prefirió tirar la ceniza del cigarro por su ventanilla abierta que al cenicero del salpicadero. Solomon comprendía la dinámica. También entendía por qué lo habían enviado a aquel polvorín de racismo y violencia. No era por sus aptitudes como agente ni por su experiencia, casi nula. Recientemente había tenido lugar en el delta un número preocupante de linchamientos y las autoridades locales estaban obstruyendo la labor de la Agencia Federal de Investigación. Había que presentarles una cara negra.

Solomon era uno de los tres primeros agentes negros aceptados en la Academia a principios de ese año. Durante los meses que había pasado en Knoxville, se había llevado bastante bien con sus compañeros, la mayoría de los cuales tenían experiencia militar y ya habían estado expuestos a situaciones de integración. Suponía que no había tenido que soportar más humillaciones que cualquier otro agente novato que estuviera aprendiendo los rudimentos del oficio con tareas insignificantes. Cuando lo llamaron en plena noche para que se presentara en la oficina, no sabía qué esperar, pero desde luego no era un vuelo a Jackson, Misisipi, para tomar parte en su primera investigación criminal activa. El agente especial al mando en Knoxville le había dado a entender que la orden de traslado podía haber llegado directamente del mismísimo Hoover. Se sentía vigilado por la Agencia.

Porque aquella no era una investigación corriente. Había tenido lugar otro linchamiento, esta vez en la espesura de un bosque apartado, y por lo visto en la escena se habían encontrado indicios de rituales. La policía local había mencionado el carácter profano del crimen, catalogado como «satanismo», pero aún no había fotografías de la escena y las autoridades locales no eran muy de fiar. Aunque no era esa la parte más incendiaria de aquel homicidio.

Esta vez habían linchado a un hombre blanco.

El agente local lo condujo al noroeste de Jackson, por la ruta 49, al norte de Greenwood, bastante al oeste de Oxford. La localidad se llamaba Gibbston, una franja de tierra fértil entre los ríos Misisipi y Yazoo donde reinaba el algodón, y la raza blanca.

Se detuvieron a la puerta de la oficina de correos, una pequeña cabaña que parecía una tienda de cebo con un escudo federal descolorido en la puerta. El agente de Jackson bajó del vehículo y esperó a que Solomon hiciera lo mismo, aunque sin mirarlo a los ojos en ningún

momento. Cruzaron la calle hasta una nidada de hombres blancos trajeados pero sin chaqueta, que se abanicaban con el sombrero y se enjugaban la frente con pañuelos empapados en sudor. Allí le presentaron al *sheriff* de la región, a dos ayudantes y al agente especial al mando, que se apellidaba Macklin.

—Cuando me dijeron que nos mandaban a un tal Solomon para que nos echara una mano con los interrogatorios —dijo Macklin—, les dije que necesitábamos un negro, no un judío.

La boca de Macklin esbozó una sonrisa de labios finos que reveló su dentadura como la incisión de un cirujano revela las vísceras. Los otros sonrieron también y esperaron la reacción de Solomon, para saber qué clase de negro tenían entre manos. El agente miró a cada uno de ellos a los ojos, dejando que se retorcieran de intriga unos minutos más de lo necesario, luego asintió con la cabeza y sonrió. Necesitaba la ayuda de aquellos hombres y en aquel pueblo él era el que menos pintaba, si es que alguien pintaba algo.

Siguieron hablando de nimiedades, pero a Solomon lo distrajeran los cánticos de una iglesia cercana. En las voces de la congregación, no percibió el gozo que asociaba a un servicio baptista sureño:

Él me precede,  
me acompaña;  
por eso no temo.

Era un canto triste. Había mucha angustia en el aire, suspendida en él, opresora, junto con el calor y la humedad. Que lo hubieran enviado allí era indicio de desesperación por parte del FBI, quizá a propuesta de la Casa Blanca. Que lo hubieran mandado a Gibbston para que mediara por la comunidad negra en el sur profundo era como mandar a un comunista a escuchar las inquietudes de los rojillos.

Terminó el servicio y los feligreses empezaron a salir del templo. Vestidos con sus galas de domingo, bajaron los escalones que conducían a la acera de tierra y los hombres volvieron a ponerse los sombreros.

—Deje que lo vean aquí, que sientan curiosidad —le aconsejaron los otros a Solomon—. No conviene que asuste a nadie.

Pero Solomon sabía que el domingo por la mañana, de once a doce, era el único momento en que se reuniría o podría reunirse la mayoría de la comunidad negra de la zona. Perder aquella oportunidad significaba tener que esperar como mínimo otra semana.

Y así se lo dijo al agente especial al mando, Macklin.

—No —contestó Macklin—, iremos a hacer algunos interrogatorios individuales esta tarde y mañana.

Solomon vio que los feligreses se despedían y se disponían a dispersarse. Le pareció detectar un elemento de..., si no miedo, por lo menos inquietud, en el deseo de Macklin de que evitara a aquella multitud.

—Señor —dijo, con un pie en la calle—, me voy a acercar. —Ya a medio camino, reparó en que los otros lo seguían. No podía permitirlo. ¿Para qué estaba allí, si no?—. Caballeros —añadió—, creo que es mejor que me esperen aquí.

Eso hicieron. Solomon terminó de cruzar la calle y vio que los feligreses lo observaban mientras se acercaba. Lo habían visto impedir que los agentes blancos lo acompañaran. Les sorprendió que un joven negro tuviera semejante autoridad.

—Buenos días, señoras y señores —dijo, y se presentó a los observadores silenciosos—. Soy el agente especial Earl Solomon. —Les enseñó la placa y el carné en la funda doble, luego

volvió a guardársela en el bolsillo de la pechera de la chaqueta. Notó que muchos miraban a los agentes blancos que estaban al otro lado de la calle—. La Agencia me ha enviado a Gibbston para que colabore en la investigación de los homicidios por linchamiento.

Salió el pastor por la puerta de la iglesia y se detuvo en el primer escalón, detrás de los fieles. Se había quitado la sotana, vestía polo blanco con el cuello desabrochado y pantalones oscuros, y se limpiaba la frente. Un mechón de color platino en el pelo negro lo distinguía como se distingue una vela en la oscuridad.

El agente lo saludó respetuoso con la cabeza, pero los modales del predicador lo hicieron recelar de forma inusual. Quizá el pastor no estuviera acostumbrado a que otro hombre negro se ganara la atención de sus fieles congregados.

—Deben saber —continuó Solomon— que el Gobierno federal está interesado en escuchar sus preocupaciones y poner fin a esta violencia. Hay que proteger sus derechos. He venido en busca de cualquier información que cualquiera de ustedes pueda tener sobre los recientes asesinatos.

Sus rostros lo miraban a él y luego al *sheriff*, a su espalda. Plantado allí delante, parecía un emisario de otro planeta.

Un hombre fornido de cincuenta y tantos se tiró de la pechera de la camisa para airearse.

—¿Es usted empresario? —preguntó.

Solomonladeó la cabeza, paciente.

—Sí, lo soy. La empresa es el FBI y yo soy uno de sus agentes.

—¿Y se supone que debemos confiar en usted?

—Por algún sitio tendrán que empezar.

Otro de los hombres se quitó las gafas de montura metálica y se limpió los cristales en la corbata.

—He oído hablar de ustedes. Los primeros agentes. Leí un artículo en la revista *Jet*. Intentan integrarlos en el FBI.

—Sí, señor, así es —contestó Solomon.

—¡Si es un crío! —dijo una anciana muy acicalada que llevaba un vestido azul muy tieso.

—Un crío con placa —terció otro de los hombres.

—Y lo mandan ahora que han colgado a un blanco —añadió la anciana.

—Voy adonde me mandan —repuso el agente—. Lo importante es que he venido.

—Para hacernos cantar —insistió la anciana—. Arrestar a unos cuantos por el linchamiento del blanco y largarse de aquí.

Solomon procuró dirigirse a ella con respeto.

—No, señora.

Miró al pastor. Aunque no vio indicio externo alguno, sabía que necesitaba la ayuda de aquel hombre de Dios. El pastor arrugó un poco la nariz, como si el sudor que le producía el sol de mediodía le estuviera llegando al labio superior.

—Hermanos y hermanas —dijo—, creo que este hombre, el agente...

—Agente Solomon.

—El agente Solomon, que lleva el nombre de un rey sabio y rico de la Antigüedad, merece una oportunidad de demostrar que es un hombre de justicia. Yo voy a volver dentro de la casa de Dios y, si alguno de vosotros tiene algo que comunicarle, que lo haga con toda libertad y sin tapujos.

Dicho eso, volvió a entrar en la iglesia y cerró la puerta. A Solomon le pareció raro que se resistiera a ser testigo de lo que sus fieles pudieran tener que decir. La razón quedó patente

después de mucho cuchicheo entre aquella gran familia congregada cerca de la anciana del vestido azul, que los miraba con la visible desaprobación que solo un anciano puede esgrimir.

Un hombre de unos treinta años se quitó el sombrero de paja, dejando a la vista su calva resplandeciente y la banda amarilla de sudor del borde interior del sombrero. Llevaba un alfiler de corbata con una crucecita en cuya intersección se hallaba engastada una piedra preciosa. Dedicó una mirada larga a las autoridades que esperaban impacientes al otro lado de la calle, luego se centró en Solomon.

—A lo mejor debería saber lo del niño —le dijo casi en un susurro.

El agente blanco, cuyo nombre resultó ser Tyler, condujo el vehículo, con Macklin en el asiento del copiloto y Solomon sentado detrás. Siguieron al coche oficial del *sheriff*, una ranchera de color canela sobre blanco con la estrella del condado estampada en la puerta.

Fueron por un camino vecinal blando, dejando atrás kilómetros de campos de caña de azúcar. Como llevaba las ventanillas bajadas para ventilar, Macklin tenía que gritarle las preguntas a Solomon por encima del chorro de aire caliente, polvo del camino y humo de tabaco, pero el agente no tenía respuestas para él. No sabía qué los esperaba en aquel domicilio, si se trataba de un posible sospechoso, de un testigo del crimen o de otra cosa completamente distinta. El hombre del sombrero de paja no había querido contarle más, porque la presión de los otros feligreses lo había hecho callar.

El coche del *sheriff* se detuvo y este pidió indicaciones a un chiquillo de trece o catorce años, que iba descamisado y descalzo, golpeando la hierba de la carretera con una vara fina de caña de azúcar cortada. El muchacho señaló carretera arriba con la caña, indicándoles hacia dónde ir. Solomon observó que Tyler lo miraba por el retrovisor con la misma mirada perdida que un agente dirige a un sospechoso o un demandante.

La casa del aparcerero era una construcción laberíntica de escasa altura y sin cimientos, levantada a un lado de uno de los senderos del campo. Estaba hecha de una madera sin pintar que parecía más adecuada para yesca que para refugio. La construcción en sí tenía decenios de antigüedad, aunque a Solomon le daba la impresión de que una buena tormenta de verano la podía convertir en mondadientes.

Solomon se asomó por la ventanilla. No había juguetes delante de la casa. En la cuerda de tender, que iba desde un rincón de la casa hasta un árbol, no había nada salvo dos cuervos negros cabeceando. Tampoco había antena de televisión en el tejado. Cortinas en las ventanas de la primera planta, pero ninguna contraventana. Las ventanas, a pesar del calor que hacía, estaban cerradas.

—Debería ir yo solo —dijo.

—No hay otra forma —replicó Macklin.

Aun así, cuando el agente bajó del coche, Macklin se quedó plantado junto al vehículo. Tyler siguió sentado al volante, fumando. El *sheriff* y los demás bajaron de la ranchera, pero solo para abanicarse y esperar.

Solomon se acercó a la puerta y llamó con los nudillos. Abrió casi de inmediato una niña que llevaba un vestido de algodón tieso, azul, con encaje blanco colgando del toco bajo.

—Hola —dijo el agente—. ¿Están en casa tus padres?

Ella lo miró con sus grandes ojos castaños, sin levantar apenas la cabeza.

—¿Es usted médico?

—No, guapa.

La niña dio media vuelta y entró en la casa. Solomon esperó, confiando en oírla llamar a

alguno de sus progenitores, pero no hubo voces. Ni pasos tampoco. El pasillo interior se bifurcaba a izquierda y derecha, pero estaba oscuro y, con el sol que hacía fuera, no iba a ver nada a menos que entrase.

El suelo era de tierra; más adentro, de madera. Allí de pie había un muchacho con un puñado de galletitas saladas en un trozo de papel de estraza, masticando. Tendría unos veinte años.

—¿Eres tú el hombre de la casa? —preguntó Solomon.

—No, señor.

—¿Está tu padre en casa?

—Está en el campo.

—Esta es la casa de los Jamus, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Cómo te llamas, hijo?

Cogió otra galletita.

—Coleman, señor. Cole.

—¿Tu madre está en casa, Cole?

Cole asintió, dio media vuelta y se puso en marcha, mirando atrás por encima del hombro para que Solomon lo siguiera a un cuarto lateral con una alfombra ovalada muy tupida y unos cuantos muebles alrededor. Cerca del rincón, sentada delante de una ventana que daba a la caña de azúcar, había una mujer de cuarenta y tantos con una bata beis y la cara apoyada en una mano, llorando. Había llorado hasta hacerse una mancha en la cintura, y por la muñeca y el antebrazo le rodaban más lágrimas.

Los labios de Solomon empezaron a formar la palabra «señora», pero no llegó a pronunciarla. Sacarle información a aquella mujer destrozada era una causa perdida. Más valía dejarla a solas con sus sentimientos.

Miró a Cole, que rumiaba otra galletita y miraba a su madre como si ya estuviera acostumbrado a aquello.

—Está en el cuarto de atrás —le dijo a Solomon, sin dejar de mirar a su madre—. Encadenado.

Solomon fue hasta allí, pasando por delante de otros tres niños. Llegó a una puerta cerrada junto a una despensa. Oyó el ruido inconfundible de unas cadenas y el crujido de un somier. Algo que le pareció una voz emitió un GRAZNIDO que lo sobresaltó, pero entonces cayó en la cuenta de que era uno de los cuervos del tendedero. Se encontraba en la parte posterior de la casa.

La puerta se abría hacia fuera. Más que un dormitorio era un trastero, pero dentro había una cama, pegada a la pared del fondo, cubierta por un colchón fino sin sábanas. Sobre el colchón había un cuerpo pequeño, un niño, vuelto hacia la pared. Unas cadenas de peso medio iban de las argollas con candado asidas a los barrotes de hierro del armazón de la cama a los grilletes que el muchacho llevaba en las muñecas y los tobillos. La parte inferior del colchón estaba manchada de sangre, de sus aparentes forcejeos con los grilletes de los tobillos, en carne viva; sus pies estaban tan hinchados que parecían de adulto.

Ver aquellos grilletes inquietó a Solomon. Se parecían a los que llevaban los esclavos hacía un siglo.

Notó entonces que el aire del cuartito sin ventanas era distinto. El ambiente estaba cargadísimo allí dentro, como la cabina despresurizada de un avión. Oyó un ruido sordo y lejano, un cruce entre pitido y rugido, similar a lo que oía después de una tarde larga de entrenamiento en el campo de tiro de la Academia. Pero era más que eso. Se sentía desorientado, mareado. Si su

cerebro hubiera sido una radio, habría sospechado que la recepción se estaba inhibiendo de algún modo.

Se olvidó de todo aquello cuando el niño se volvió hacia él. Las cadenas rozaron el armazón de la cama, hierro contra hierro, y el pequeño descamisado levantó un poco la cabeza y clavó sus ojos en Solomon. ¡Aquellos ojos! Eran acerados, casi plateados, puede que azules. Y muy abiertos, de loco. El rostro del niño estaba fruncido y desfigurado como un viejo guante de cuero en una mano demasiado grande. El agente tembló.

El chico abrió la boca y la dejó abierta un buen rato, como si fuera a hablar. Cuando Solomon ya pensaba que no saldría nada de ella, sus labios secos pronunciaron una sola palabra.

—¡Blackwood!

La voz sonó lejana, apagada, ronca de muchos días de alaridos. Solomon se estremeció y respiró rápido, angustiado de ver a aquel pequeño enfermo. ¿Blackwood? A lo mejor había oído mal.

El niño lo atravesó con la mirada. Solomon recordó los cuentos que su abuelo solía contarle cuando era un crío, en Illinois, sobre marineros y marinos mercantes a los que había conocido en sus años en altamar que habían explorado islas desconocidas y se habían sentido atraídos por mujeres exóticas y promesas de riqueza y de magia, para terminar al final metidos en oscuros rituales. En uno de aquellos relatos horribles, él y su tripulación habían tenido que dejar atrás a un compañero de viaje que los había atacado de noche después de que lo poseyera un demonio.

Desde luego, el hijo del aparcerero parecía poseído, sin la menor duda, por alguna fuerza del mal que no era competencia de la Agencia Federal de Investigación.

Antes de que Solomon pudiera hablar, el niño volvió a abrir la boca. Tenía la lengua tan negra como la de un cadáver. El agente meditó de nuevo la palabra que pronunció aquella lengua negra.

—¡Blackwood!

¿Había oído bien?

—¿Cómo? —dijo Solomon, con una voz entrecortada que casi parecía un graznido.

—¡Traiga a Blackwood!

Abrumado y aterrado, viendo resurgir en su conciencia con renovada intensidad los temores de su infancia, Solomon empezó a salir de espaldas de la habitación. Golpeó con el hombro izquierdo el marco de la puerta y se estremeció como si lo hubieran agredido. Cruzó a tientas el umbral y salió al estrecho pasillo porque necesitaba escapar de aquel cuarto para recomponerse.

—¡Hugo Blackwood! ¡Tráigalo!

Solomon consiguió de algún modo cerrar la puerta. Aquel nombre desconocido no le decía nada. Se quedó allí quieto, con el pecho y los hombros subiendo y bajando, procurando recobrar el aliento.

Al volverse, se encontró en el pasillo a cuatro niños que lo miraban fijamente. Coleman estaba al fondo del todo, con las manos vacías, sin galletitas ya.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Solomon. Los niños se limitaron a mirarlo. No lo sabían —. ¿Qui... quién es Hugo Blackwood? —logró añadir.

Los críos no tenían respuesta. Uno a uno dieron media vuelta y se fueron.

Pero la respuesta estaba al caer.

*1582, Mortlake, Greater London*

La casa de Mortlake, junto al río, con sus múltiples habitaciones de diversas disciplinas y ambientes, era en sí una manifestación de la prodigiosa mente del hechicero.

Sus pasillos fríos, silenciosos, contemplativos. Una puerta conducía al observatorio, de techo acristalado para poder registrar los sucesos celestiales por el bien tanto de la astronomía como de la astrología. Otra llevaba a un laboratorio de navegación y cartografía, una disciplina floreciente, crucial para los marineros ingleses que confiaban en desarrollar rutas comerciales a Catai o incluso al Nuevo Mundo, dominando los mares del norte. Otra se abría a un laboratorio de cosmografía, el estudio del universo conocido y conjeturado, cuyos elementos (astronomía, geografía, geometría...) mejoraban muchas otras búsquedas científicas ocultas tras otras puertas macizas.

Un palacio para el intelecto.

Ninguna estancia era más preciada, más sagrada, que la extraordinaria biblioteca. Su contenido era la envidia de toda Gran Bretaña, su amplitud mayor que cualquier universidad. Estanterías y pilas de volúmenes obtenidos de todo el mundo civilizado: el centro neurálgico de la casa. *De Legibus*, de Cicerón, *Libelli Quinque*, de Cardano, *La ópera*, de Arnaldo de Villanova y muchos incunables, unos cuatro mil volúmenes arcanos de trascendencia similar dispuestos conforme a un sistema exclusivo de su conservador y que solo él, el filósofo de lo oculto y asesor de la realeza británica John Dee, comprendía del todo.

Hacia la mitad de su sexto decenio de vida, Dee era célebre como astrólogo, maestro espía y científico de la corte de la reina Isabel, un personaje de la máxima influencia posible. Se le había confiado la adivinación y la elección de la fecha de su coronación, y durante veinte años había disfrutado de una insigne labor de asesoramiento en los círculos más elevados de la vida londinense. Sin embargo, recientemente, su mecenazgo político se había visto mermado por una serie de profecías decepcionantes y recomendaciones imperiales rechazadas. Sus estudios matemáticos seguían siendo objeto de elogio y apoyo, pero el mundo estaba cambiando a su alrededor. Todos los avances científicos del siglo XVI iban acompañados del correspondiente menoscabo de la magia elemental.

Aquel cisma de la ciencia y la magia dio lugar a la disminución de su influencia en los círculos cortesanos y afectó al mecenazgo en el que él había llegado a confiar, que, de hecho, había financiado su mansión de Mortlake y subvencionado las adquisiciones tanto académicas como esotéricas que hacían de su castillo intelectual la envidia de toda Gran Bretaña. A propósito, y quizá un poco por desesperación, Dee se había volcado más en la exploración de lo sobrenatural.

Se proponía subsanar la escisión de ciencia y magia, tender un puente sobre aquel abismo mediante la práctica de la alquimia y la adivinación. Solicitó audiencia con expertos de aquel ámbito; buscaba la comunión nada menos que con los ángeles.

Aquella búsqueda tan poco ortodoxa había introducido a Dee en la liga clandestina de los ocultistas y los médiums espirituales. Tras consultar a diversos místicos que aseguraban estar en contacto con los reinos supremos, se asoció con Edward Talbot, cuyo verdadero nombre era

Edward Kelley, pero usaba aquel seudónimo tras haber cumplido condena por falsificación unos años antes. Un magistrado le había cortado ambas orejas como castigo por aquel delito; por eso nunca se quitaba el bonete, ni siquiera en interiores. Dee, en cambio, pasaba por alto todas las indiscreciones anteriores de Talbot, porque lo apasionaban la calidad de sus consultas espirituales y la amplitud de su conocimiento de las artes sobrenaturales, concretamente su talento como adivino.

—Debemos empezar —dijo Dee—. Este es el momento más propicio, Edward...

Talbot se encontraba en ese momento en el centro de la espléndida biblioteca, con toda su atención psíquica centrada en una bola de cristal que descansaba en la suave palma ahuecada del molde de bronce de una mano humana. La bola de cristal era perfecta, una esfera completamente lisa iluminada desde abajo por tres velas votivas que hacían que pareciera alumbrada por dentro. John Dee llevaba su acostumbrada túnica blanca, y la sedosa barba blanca le caía bajo el bigote formando una uve perfecta que lo hacía parecer un mago inmerso en sus hechizos. Talbot estaba en trance, entonando conjuros en un idioma que les había sido revelado solo a él y a John Dee por ángeles enoquianos.

Hubo un tercer implicado en aquella sesión de nigromancia, aunque solo los presentes saben si como participante activo o mero testigo. No se sabe mucho de Hugo Blackwood. Rara vez hablaba, pero parecía estar siempre al lado de Dee, en sesiones públicas y privadas. Lo llamaban «la sombra de Dee», pero procuraban hacerlo solo en su ausencia.

Supuestamente habría conocido a John Dee en 1555, en la Cámara Estrellada (donde Blackwood era aprendiz de pasante), cuando lo juzgaban por traición, acusado de haberle hecho el horóscopo a la entonces reina María «mediante cálculos». La teoría de ese encuentro ha perdido aceptación en los últimos veinte años con la aparición de datos biográficos contradictorios, aunque limitados, que situarían la edad de Blackwood en los treinta y tantos en el momento de la invocación. Ahora parece que Hugo Blackwood trabajó inicialmente como representante legal de Dee, si bien los documentos de la época son escasos. Una teoría, de momento no refutada, es que representaba a John Dee en los asuntos relacionados con su finca y sus adquisiciones.

Lo que sí se sabe es que, como muchos antes y después que él, Hugo Blackwood entró en la órbita del célebre filósofo. El motivo de su presencia en aquella sesión no está claro. No se sabe si él, como Dee y Talbot, se había preparado para la ceremonia ayunando, aunque en principio bebió parte de un brebaje de grano fermentado, un trago de ajeno, derivado de la *Artemisia vulgaris* cultivada en el propio jardín de Dee. Quizá fuera solo un observador interesado o, menos probable aunque posible, simplemente se hallaba en la residencia de Dee por otros asuntos esa noche. O quizá, como ya había ocurrido en múltiples ocasiones, el adivino percibió algo en el carácter de Blackwood que lo interesó, que juzgó que podía ayudarlo a probar la existencia de un reino alternativo y excelso, y eso lo llevó a incluir al letrado en aquella ceremonia.

En los cuadernos de Dee, apenas sobrevive mención alguna de lo extraordinario, de modo que o no ocurrió nada esa noche que el erudito creyera digno de mención o no fue consciente de ello. John Dee vivió muchos más años en busca de lo inefable, intentando ambiciosamente fusionar las matemáticas, la adivinación, la astronomía y el espiritualismo en una sola disciplina, sin conseguirlo nunca.

Pero esa noche sí ocurrió algo. Mientras experimentaban con la esferomancia para convocar a un arcángel para que les transmitiera su conocimiento divino, cruzaron una línea. Violaron una ley natural. Traspasaron un límite oscuro.

Dos de ellos salieron indemnes de aquello.

Otro no.

*2019, Newark, Nueva Jersey*

La investigación de la escena de la masacre duró toda la noche.

Odessa pasó un rato explicando lo ocurrido a los primeros efectivos en llegar, ofreciendo una identificación preliminar de Cary Peters como asaltante de los dos niños muertos y de su madre, identificando a Walt Leppo como compañero de la Agencia. La niña estaba inconsolable. No consiguió siquiera que dijese cómo se llamaba. Se la llevaron los de emergencias.

La agente se reunió en el dormitorio de la niña con la primera pareja de federales que había acudido al lugar de los hechos y les contó toda la historia. Como también ella había tratado con testigos oculares, habló de la forma más clara y sucinta que pudo. Pero cuando llegó al final, no consiguió hacerles entender que había sido ella, no Peters, la que había disparado a Leppo. Al principio, pensaron que se había expresado mal, luego que estaba traumatizada y no sabía lo que decía, después le dijeron que estaba de camino un agente supervisor.

Se lo volvió a contar al agente supervisor. Su relato de los hechos fue recibido de nuevo con incredulidad. Esa vez se oyó a sí misma describir lo ocurrido en el pasillo, cuando había encontrado a Peters y a Leppo forcejeando, pero Peters iba desarmado y Leppo llevaba el cuchillo; y que luego, después de disparar a Peters, Leppo se había metido en el cuarto de la niña con el cuchillo sin mediar palabra. Entendía que lo que estaba diciendo no tenía mucho sentido. Dijo que Walt debía de haber perdido la cabeza, pero el agente supervisor la miraba como si la hubiera perdido ella.

Los agentes observaron el cadáver de Leppo mientras los de Científica lo fotografiaban. Llevaba el arma en la funda. Contemplaron a su compañero caído, asesinado en cumplimiento del deber. Luego volvieron a mirar a Odessa, que encontró una botella de agua que le habían ofrecido antes y se la bebió de un tirón. Se sentía más que insegura. En aquel instante, cuestionaba seriamente su propia cordura. Estaba muy afectada.

Después de charlar con los dos primeros agentes, el supervisor volvió con ella para hacerle unas preguntas más: «¿Dónde estabas exactamente cuando Walt ha intentado apuñalar a la niña? ¿De dónde crees que ha sacado el cuchillo? ¿Se ha comportado de forma extraña en el restaurante antes del tiroteo?». Vio que pensaban que se estaba inventando parte de la historia para encubrir un disparo injustificado, que quizá había disparado sin querer a Leppo al confundirlo con un segundo asaltante en el dormitorio oscuro. No lo confirmó ni lo refutó. Pero sabía lo que estaba pasando.

La niña ratificaría su versión. Era el único testigo con vida. La herida que la pequeña llevaba en el hombro, hecha con el cuchillo de Leppo, era prueba clara de un uso justificado de la fuerza por parte de Odessa.

Cubrieron el cadáver de Walt Leppo con una sábana, que cayó sobre sus ojos abiertos e imperturbables.

«¿Qué ha pasado, Walt?»

Sacaron a la agente de la habitación.

\* \* \*

Odessa volvió a Claremont en el coche de los primeros federales en llegar a la escena.

La oficina de Newark estaba entre las más grandes del FBI, con más de trescientos cincuenta agentes, y comprendía otras oficinas locales, desde Atlantic City hasta Peterson. Tenían jurisdicción en casi todo el estado de Nueva Jersey y a la oficina de Filadelfia le correspondía el resto, un rincón de South Jersey.

Ya en la sexta planta de Claremont, en un cuarto sin ventanas aún impregnado de la leve fragancia a cigarrillo de otro tiempo, Odessa volvió a contar lo ocurrido, dos veces. Exactamente lo mismo, salvo por detalles que le vinieron a la memoria al repetir el relato, como los golpes que había oído en la planta superior cuando iba de la cocina a las escaleras, un ruido como de lucha; el pitido del sensor de «puerta abierta» al entrar en la casa; a Leppo pidiendo restos de la comida en vez de un rollo de carne recién hecho...

Se echó a llorar. Una vez empezó, ya no pudo parar. Aún podía hablar, pero no paraban de caerle lágrimas y ella no dejaba de sonarse la nariz con clínex de una caja que tenía en el regazo. Aquel era un cuarto reservado para interrogar a los sospechosos. Los rostros de sus interrogadores se mostraban inmutables. Nunca había estado al otro lado. Unas cuantas preguntas la pusieron en alerta: «¿Bebisteis alcohol en la cena? ¿Te estás medicando ahora?».

Entregó la pistola para el análisis de balística, un procedimiento estándar. Le sugirieron que se hiciera una analítica, por su bien. No le hizo mucha gracia. Pero al final no se la hicieron.

Salió el sol, llegó el turno de mañana y agentes que nunca le dirigían siquiera la palabra a la novata Odessa se pasaron por la sexta planta a echar un vistazo. Fue entonces cuando supo, lo supo de verdad, que se había metido en un buen lío. Aunque hubiera sido justificado, estaba implicada en un disparo no reglamentario. Había muerto un compañero, y lo había matado ella.

Hacia las diez de la mañana, la mandaron a casa. Cuando pasó por su cubículo para coger el cargador del móvil, se le ocurrió llevarse todo lo que pensara que podía querer del cajón de su escritorio, por si no la dejaban volver. «¡Qué absurdo!», se dijo, pero ¿lo era? Por la ventana pudo ver los camiones de televisión instalados en Center Street, para informar en directo.

Nadie le dijo que Linus la esperaba. Lo vio en el vestíbulo, trajeado pero sin corbata, como si, ante la duda, se hubiera vestido rápido y medio elegante. Al verla acercarse, levantó la vista del móvil y se puso en pie de un brinco, y ella lo abrazó y se derrumbó un poco. No sabía que lo hubieran llamado.

Había conocido a Linus Ayers en la Facultad de Derecho de Boston, de donde era él. Salieron hasta la graduación, rompieron y, al cabo de un año, estaban viviendo juntos. Por amor, pero también porque era mucho más económico para dos jóvenes abogados, una con sueldo de funcionaria del FBI y el otro con apenas dos años de experiencia en un bufete de lujo en Manhattan, al otro lado del río.

—Gracias —le susurró ella al oído.

Él le masajeó la espalda para tranquilizarla, sin romper el abrazo.

—Me han llamado. Pensaba que te había ocurrido algo, que estabas herida...

Ella negó con la cabeza y enterró la cara una vez más en su hombro.

—La cosa pinta mal —le dijo.

—Necesitas un abogado —contestó él.

Odessa se apartó un poco para limpiarse las lágrimas y mirarlo, contemplar su tez tostada y sus ojos de preocupación.

—Ya tengo abogado —espetó—. Tú.

Él casi sonrió.

Salieron a River Street por una puerta camuflada y pasaron sin ser advertidos por delante de una reportera de televisión que miraba el móvil entre emisiones, con el pinganillo colgando del cuello de la blusa. La lluvia se había llevado la humedad durante la noche y había refrescado el aire. Odessa fue apoyada en Linus durante la escasa distancia que los separaba de Newark Penn Station, donde cogieron un PATH, una sola parada, hasta Harrison. No hablaron mucho. Ella apenas recordaba el breve trayecto. El agotamiento empezaba a pasarle factura.

Creyó que se sentiría aliviada cuando cerraran la puerta de su apartamento al mundo exterior, pero no fue así. Él le preguntó si quería comer algo, pero no le apetecía nada. Se metió en la cama con la ropa puesta, algo que solo había hecho en otra ocasión en toda su vida adulta, una vez que tenía gripe.

Estaba muerta de miedo. Linus le dejó un vaso de agua en la mesilla. Lo oyó trastear con algo en el vestidor y supo que estaba desenchufando la antena de la tele. No quería que la viera. Pero Odessa aún tenía el móvil y el cargador. Buscó las noticias y vio todo lo que pudo soportar. Las cámaras estaban a la puerta de la casa de Leppo, grabando a su mujer, que lloraba mientras subía a los niños al coche y se marchaba.

Entró Linus para ver cómo estaba y la encontró mirando el teléfono. Le hizo prometer que iba a desconectar y a dormir. Odessa asintió con la cabeza, pero él se quedó sentado al borde de la cama. Quería hablar, o más bien escuchar. Ella le contó una versión abreviada de lo ocurrido. Compartió con él una cosa que no había mencionado al FBI: que le había parecido ver algo que emanaba del cuerpo moribundo de Leppo. Lo hizo para valorar su reacción, por ver si sonaba muy raro. El rostro de Linus no reveló mucho, pero tras unos segundos de consideración muda, le dijo que pensaba que debía hablar con alguien más, aparte de un abogado. Se refería a un psicólogo.

Se le cayó el alma a los pies. Quería que aquello tuviera sentido.

—Lo he visto —dijo—. Lo he oído.

—Pero ¿qué has visto? —preguntó él—. ¿Una especie de espejismo, dices?

—No era exactamente eso, pero sí algo parecido. Como una ondulación. Algo.

—Yo creo que estabas, como es lógico, algo alterada, y los sentidos te han jugado una mala pasada.

—Sé que suena raro —insistió ella—. Es muy difícil de explicar.

—¿Qué te han dicho tus compañeros?

—No se lo he contado.

Linus la miró algo sorprendido, después cabeceó afirmativamente.

—Igual es mejor así, que lo dejes correr. —Lo estaba valorando desde el punto de vista de un abogado—. No hay nada de malo en omitirlo.

—¿Qué le habrá pasado a Walt? —preguntó ella.

Él no supo qué decirle.

—Todo esto es un disparate. Ahora mismo nada tiene sentido.

Sonó el teléfono de Odessa. Se incorporó, pero Linus lo miró antes de que pudiera hacerlo ella.

—Tu madre.

Odessa se desplomó en la cama otra vez.

—No puedo.

—Pues no lo cojas —le dijo él, desenchufando el cargador y levantándose—. Duerme.

Ella accedió. Él se fue.

Más tarde, los canales de noticias veinticuatro horas andaban rastreando obsesivamente el «último

vuelo» de Cary Peters, con un *collage* de vídeos grabados con móviles, declaraciones de testigos oculares, orificios de bala e informes de Aviación. Odessa lo vio en el portátil, con una taza de té frío en la mesa, a su lado.

Peters había matado a cinco personas: a dos hombres en Teterboro y a tres miembros de una familia en Montclair. Odessa prestó especial atención al tipo al que le habían secuestrado el todoterreno en el aparcamiento del campo de golf. Su descripción del gesto frío y la mirada perdida de Peters (que se atribuía al golpe que se había dado en la cabeza al hacer un aterrizaje forzoso en el campo de golf) coincidía exactamente con la que ella había visto en el rostro de Walt Leppo.

Se decía que a Peters lo habían matado a tiros las fuerzas del orden y que un agente del FBI había resultado muerto en el intercambio. De momento, no disponían de la historia completa, pero Odessa sabía que era cuestión de tiempo. En los telediarios estaban tan empeñados como ella en encontrar una explicación lógica a la masacre: la presión económica, las disputas familiares, la ruina profesional... La vida de Peters era un desastre, no cabía duda, pero sus actos eran desproporcionados. No era un hombre violento, ni tenía antecedentes que revelasen que pudiera sucumbir a semejante brutalidad.

Lo mismo de Leppo. Odessa no dejaba de repasar su última cena juntos. No podía haber sido menos reseñable. Y el trayecto hasta Montclair. Siendo Leppo como era, se había dejado llevar por una corazonada, para no perder la costumbre, y había entrado en la casa, tomando la iniciativa como agente veterano. A ella la había distraído el hallazgo del cadáver de la madre. Ojalá recordara mejor los ruidos de la planta superior. ¿Había habido forcejeo? ¿Por qué no había disparado Leppo su Glock? ¿Cómo había terminado con el cuchillo que Peters había cogido de la cocina?

Le sonó el móvil. Era de Claremont. Le mandaban un coche. Querían que volviera para interrogarla de nuevo.

—Deja que te busque un abogado —le dijo Linus.

—No me lo puedo permitir —contestó ella.

—Lo que no te puedes permitir es prescindir de uno —replicó él.

Odessa se duchó, se vistió y fue al interrogatorio acompañada de un abogado de la Agencia. Se grabó en vídeo y ella consiguió someterse a él sin alterarse. No le preguntaron por el estado del cuerpo de Walt Leppo después de que cayera. Firmó unos impresos que el abogado había revisado previamente y le comunicaron que, en los próximos días, posiblemente querría interrogarla la Oficina de Responsabilidad Profesional, que era la unidad de asuntos internos del FBI. Pensó que le pedirían la placa y las credenciales (el arma ya la tenían), pero no fue así. La destinaron oficialmente a labores administrativas durante la investigación de la ORP, otro procedimiento estándar. Preguntó cuánto podía durar la investigación.

—Unas semanas, o más.

Por cómo dijo «o más» el agente supervisor, supo que iban a despedirla. Claro que sería al final de una larga investigación en la que citarían como causa infracciones pequeñas e irrelevantes, aunque la verdadera razón fuera haber disparado y matado a un compañero, independientemente de las circunstancias, y ya nadie querría trabajar con ella nunca más.

Después le pidieron que aguardara en el garaje a que un coche la llevase a casa. Estaba allí sola, esperando, cuando le sonó el móvil. MAMÁ, decía la pantalla. ¡Ay, no! Sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Si su madre se había enterado de algo (por una llamada de la prensa, quizá), no quería hablar con ella; y si no se había enterado (y aquello no era más que una coincidencia,

una llamada para ponerse al día, la primera en más de una semana), el que no se lo dijera supondría un enorme problema cuando volvieran a hablar. «¿Por qué no me lo contaste?» Y un rosario de reproches. Remordimiento. Sí, remordimiento. El mundo de Odessa se había esfumado y, aun así, su madre conseguiría que todo girara en torno a sí misma. «Tendrías que habérmelo dicho antes.» Silenció el móvil. No podía hablar con ella en ese momento. En ese momento, no. Pero tampoco iba a ser suficiente con que ignorara la llamada y dejara que saltase el buzón de voz. Nunca era suficiente.

No esperó más. No le apetecía subirse al coche. Según se acercaba a la puerta de la calle, alargó la zancada, por miedo a que la viesan y la retuvieran antes de que lograra escapar. Puso un pie en la acera y hasta que no recorrió un par de manzanas no se sintió libre otra vez. Le mandó un mensaje a Linus y siguió caminando. Le había insistido en que fuera a trabajar y quería que supiera que ella ya había terminado el interrogatorio y estaba más o menos bien. Las nubes eran de un gris plomizo que amenazaba diluvio, pero solo cayeron unas gotas afiladas como agujas.

Caminó hacia el norte, manteniéndose alejada de las zonas más problemáticas de la ribera, y pasó por delante de lavaderos de coches, tiendas de móviles, bodegas y escaparates vacíos forrados de grafitis. Cuando empezaba a cansarse de las aceras destrozadas y las calles anónimas, se encontró a la entrada del cementerio de Mount Pleasant, un oasis en una ciudad constantemente atribulada. Un hito de piedra plantado junto a la verja gótica rezaba «1844». Recorrió las sendas serpentinales y los caminos ondulantes, dejando atrás esculturas funerarias, criptas románicas e historiados mausoleos. Muy oportuno.

Iba pensando en muchas cosas, pero inconexas, imposibles de retener. A lo mejor eso era bueno. Una de las imágenes que no se quitaba de la cabeza era la de la cara de asombro de Linus cuando le había confesado lo del ente..., la presencia..., lo que fuera que había visto emanar del cuerpo de Walt Leppo tras su muerte. Ojalá ella pudiera permitirse el lujo de dudar, de olvidar lo que había visto. Ojalá pudiera descartarlo sin más.

De pronto le entró el hambre. Encontró un restaurante dominicano y se sentó sola a comerse un pollo asado con arroz especiado. Lo que más le gustó del sitio fue que no se parecía nada al Soup Spoon Café, donde había pasado su última hora con Leppo.

«¿Qué ha ocurrido, Walt?»

Aún era de día cuando cruzó el río de vuelta a Harrison. Le dolían los pies y las piernas, y pensó que estaba agotada. Hasta que, a una manzana de su casa, vio la muchedumbre a la puerta del edificio. Al principio no lo procesó, pero de repente se le echó todo encima y experimentó un angustioso subidón de adrenalina de esos que nos sobrevienen en los momentos difíciles.

Eran reporteros. Las furgonetas eran camiones de televisión y estaban haciendo guardia a la entrada de su domicilio. Estaba recibiendo el mismo trato que Peters después de que su escándalo saliera a la luz. Ahora era ella la perseguida.

Como un ladrón de bancos que se acerca a un control policial con el botín escondido en el maletero, dio media vuelta y enfiló la calle en dirección contraria, temiendo a cada paso que vocearan su nombre y la siguieran. Ya se había hecho pública la noticia del disparo injustificado que la identificaba. Aún llevaba el móvil silenciado en el bolso, seguramente a reventar de mensajes de voz y notificaciones nuevas. Se sintió acosada. Se limpió las lágrimas. Su mundo, como lo había conocido hasta entonces, se había desmoronado. Al ver aquellas luces, las hordas de personas en la calle, esperando, supo que nada volvería a ser igual.

Por suerte, no tardó en verse delante de la biblioteca pública de Harrison. En el interior de sus salas frías y tranquilas, entre pilas de libros, recordó que las bibliotecas de las ciudades en las que se había criado, a las afueras de Milwaukee, Wisconsin, habían sido santuarios de su

juventud. El olor a papel viejo, la frialdad de las estanterías metálicas, la tersura de los suelos de baldosas... Las bibliotecas eran lugares para esconderse y también para explorar, igual que los libros que ofrecían gratuitamente. Encontró una silla en un rincón y se sentó un rato. El móvil seguía en el bolso, como una piedra radiactiva enfundada en plomo: si rompía el precinto, se exponería a sus radiaciones dañinas, que la envenenarían. Aturdida, meditó sobre su carrera destrozada, sobre su vida trastornada, sobre la muerte de Leppo. Pasaban niños por su lado y tuvo que cerrar los ojos de lo conmocionada que estaba por el recuerdo de la matanza de los hijos de Peters.

Se oyó el aviso de «cerramos en quince minutos» y sintió náuseas. Vio un reloj y se preguntó si alguno de los reporteros, al menos los de televisión, habría renunciado ya a sacarla en las noticias. Era de noche y fue directa al apartamento, con la llave en la mano. Por suerte, no había camiones de televisión ni reporteros a la vista. Entró en el vestíbulo del edificio sin incidentes y subió a casa.

A la mañana siguiente se sentía incapaz de lidiar con el noventa por ciento de lo que tenía en el móvil, pero entre los mensajes que llegó a ver había uno donde su jefe le decía que no fuera a trabajar a Claremont, que se presentara en la oficina de Nueva York. Cogió el metro a Tribeca y los dos primeros días de su destino temporal el jefe de la planta veintitrés le encontró algo que hacer. Invirtió mucha energía en intentar parecer ocupada, pero al final del segundo día ya le daba igual estar mirando por la ventana. Nadie hablaba con ella.

Al tercer día la oficina se quedó vacía por el funeral de Walt Leppo. Odessa no se vio con ánimo de asistir. Estaba convencida de que nadie quería que fuese. El rato que pasó sentada a un escritorio vacío, sabiendo que al otro lado del río enterraban y ensalzaban a su amigo y mentor fue el peor de los peores.

Su madre no paraba de llamarla. Odessa mandó mensajes a sus hermanos para tranquilizarlos y prometerles que llamaría el fin de semana. Eran cinco y el más próximo vivía a las afueras de Cincinnati, Ohio. Su intención era buena, pero la agotaba la sola idea de hablar con ellos de lo ocurrido. Con su madre hizo una excepción y tuvo la inmensa suerte de que le saltara el buzón de voz: «Mamá, soy yo. Perdona, que ando muy liada, como te podrás imaginar. Ha sido una semana terrible y no sé qué va a pasar. Pero estoy bien. Todo lo bien que se puede esperar. Te vuelvo a llamar en otro momento, pero tengo tanto jaleo que no sé cuándo será. Bueno... Soy Odessa. Venga... Adiós».

Y luego se sentó a su escritorio vacío sin nada que hacer hasta la hora de irse.

Al día siguiente le encontraron una ocupación. La mandaron a la oficina de Brooklyn-Queens, al otro lado del río East, en Kew Gardens. Un agente jubilado había sufrido un ictus y debía vaciar su despacho. Ignoraba por qué un federal jubilado seguía teniendo despacho, pero sabía bien que, siendo una agente novata destinada a labores administrativas y objeto en esos momentos de una turbia investigación, no iba a quedar bien que cuestionara el encargo.

Como era de esperar, la directora de la oficina de Kew Gardens no estaba al corriente de su visita ni sabía nada del despacho en cuestión. Sacó de un armarito metálico de la sala de fotocopias una bandeja con una treintena de llaves sueltas y se la dio, señalándole el pasillo.

Odessa encontró el despacho al fondo de un corredor escondido, en diagonal con una salida de emergencias. En la puerta no había rótulo alguno y, en efecto, estaba cerrada con llave. Sacudió la bandeja de llaves y pensó en lo que iba a tardar en probarlas todas, sabiendo que, con su suerte

habitual, la que necesitaba sería de las últimas que eligiera. Como la puerta estaba lo bastante escondida del resto del ala, se apropió de un clip de una mesa vacía, cogió la tarjeta imantada de una pizzería de la nevera de la sala de descanso y con ambas cosas saltó la sencilla cerradura.

Se abrió la puerta a una estancia que olía a cerrado. No había ventanas. Accionó el interruptor y la luz del techo, una bombilla desnuda, se encendió un instante, parpadeó y estalló. Aquel despacho llevaba bastante tiempo sin usarse.

En la mesa no había otra cosa que un juego de escritorio de polipiel; la librería albergaba unos cuantos archivadores de tres anillas vacíos, unos de pie y otros tumbados; y las láminas que adornaban las paredes eran acuarelas descoloridas que ya debían de estar allí cuando el anterior inquilino del despacho lo había ocupado. Tenía toda la pinta de ser el despacho de un tío que anduviera matando el tiempo hasta su jubilación. Odessa dejó la puerta abierta para tener luz y se acercó a la mesa, cubierta de una pátina uniforme y perfecta de suave polvo gris. Los cajones estaban casi vacíos: clips, un rollo de celo, un abrecartas... Y una placa con un nombre que en su día debía haber decorado un escritorio similar o la puerta de un despacho: «EARL SOLOMON ». Encontró antiguos recibos de gastos de viajes. Comida en Lawrence, Kansas, en 1994. Cena en Saskatchewan, en 1988. «Reparación de magnetófono» en una tienda de electrónica en 2009.

El último cajón de la derecha estaba cerrado con llave. A simple vista supo que ninguna de las de la bandeja tenía el tamaño adecuado para abrirlo. Aprovechando la confianza que le había dado saltar la cerradura de la puerta, abordó con el clip aquella otra más pequeña, pero fue en vano. Tras sacudir unas cuantas veces el tirador, comprendió que estaba bien afianzado. Examinó de nuevo el juego de escritorio: el filo del abrecartas parecía lo bastante fino para caber entre el borde superior del cajón y el cuerpo del escritorio.

Lo meditó un momento, consciente de que iba a dejar un rastro visible de haberlo forzado. Luego, mirando de reojo la puerta abierta al pasillo, metió la hoja del abrecartas por la ranura dándole un golpe seco con la base de la mano y tiró fuerte hacia un lado. Saltó el cierre interior y el cajón quedó suelto. Esperaba que al menos mereciera la pena.

Al deslizar el cajón, quedó al descubierto un magnetófono de bobina abierta. Lo sacó y lo puso encima del vade. Era macizo, no de plástico; de color beis, marca Sony, aunque las letras estaban separadas (S O N Y), con una fuente comprimida, pasada de moda; y tenía un enchufe antiguo, de dos clavijas. Aquello prometía «alta fidelidad». Los dos ejes de bobinado estaban vacíos. Al fondo del cajón, encontró un puñado de cintas de dieciocho centímetros y las amontonó en el escritorio junto al magnetófono. Recordaba vagamente a su abuelo rebobinando cintas y le pudo la curiosidad.

Montó una de las cintas en el eje izquierdo, luego la invirtió, soltándola y pasándola por el lector. La cinta marrón parecía algo quebradiza; debía procurar que no se partiera. La enroscó en la bobina vacía del extremo receptor y encontró la forma de engazarla en una ranura cerca del eje para que no se soltara. Luego la enrolló a mano unos centímetros, enchufó el magnetófono a la corriente y las clavijas entraron en el enchufe con un furioso chispazo azul. Encendió el aparato y giró el mando para reproducir. ¡Funcionaba! O eso parecía, porque al principio no se oía nada. Giró de nuevo el mando y la cinta se bobinó a una velocidad de vértigo. Volvió a girarlo a la posición de reproducción.

La sobresaltó el sonido de unos topetazos en un micrófono. «Probando, probando...» Bajó el volumen a una voz de barítono, nítida salvo por la crepitación de la antigua cinta. Se oyó después una grabación de radio que empezaba a media canción, también crepitante y lejana, luego unos golpecitos al acercar el micrófono para grabar:

*Here come the stars tumbling around*

*me...*

*There's the sky where the sea should be...*

Casi una marcha militar. Sacó el móvil y abrió Shazam. Aquel método improbable de detección de audio —el viejo gorjeo de un dispositivo antiguo descodificado por el genio algorítmico de un dispositivo moderno— funcionó. Era «*What Now My Love* », de Shirley Bassey, con Nelson Riddle y su orquesta. Shazam lo fechaba en 1962. La instrumentación y la interpretación vocal se iban exaltando poco a poco y luego terminaban bruscamente. A continuación empezaba un fragmento de golpeteo de un *disk jockey* de la vieja escuela, pero se silenciaba enseguida.

Después, ruido de fondo.

Y luego nada.

La bobinó a mano, por miedo a que se partiera, pero el resto estaba en blanco.

¿Alguien probando la máquina? ¿En 1962?

Examinó el magnetófono y terminó levantándolo. Por debajo, grabadas a fuego en el chasis de plástico con alguna herramienta caliente, estaban las iniciales ES : Earl Solomon. Aquella decepcionante revelación —que el magnetófono por lo visto pertenecía al agente del FBI en cuyo escritorio lo había encontrado— puso fin a su investigación. Lo habría metido al fondo del cajón y se había olvidado de él.

Odessa volvió con la directora de la oficina.

—¿Qué hago con las pertenencias del agente? —preguntó.

La directora se encogió de hombros.

—Los efectos personales deberían devolverse, supongo. Necesitamos ese despacho. Déjame ver si tenemos alguna dirección...

Odessa encontró una caja de cartón vacía en la sala de impresión/incinerado y lo metió todo dentro.

Cogió un taxi a Flushing y entró en el New York Presbyterian Queens Hospital cargada con la caja. Fue de un mostrador de admisión a otro intentando localizar a Earl Solomon. Estuvo tentada de usar la placa, pero no le pareció bien, teniendo en cuenta que la habían relegado a funciones administrativas. Por fin se enteró de que el paciente había salido de cuidados intensivos y subió a planta.

La puerta estaba abierta. No era una habitación privada, pero la primera cama estaba vacía. Bordeó despacio la cortina medio corrida. En la cama, había un hombre negro dormido, con aspecto de tener sin duda ochenta y seis años. Del dorso de la mano y del antebrazo le salían tubos, conectados a bombas y monitores que funcionaban en silenciosa armonía. Su respiración era débil; su pelo, casi platino, rizado y corto.

Odessa depositó la caja en los brazos de madera de una silla. Pensó que encontraría a algún familiar con él, que podría explicarse, entregarle sus efectos personales y marcharse educadamente en cuestión de minutos. De pronto se sintió como una intrusa. No se atrevía a despertarlo. A lo mejor estaba sedado. Al final iba a tener que usar la placa para que la informaran en recepción, o esperar a que los enfermeros o las enfermeras que lo atendían hicieran sus rondas.

En un rincón, en alto, había un pequeño televisor de pantalla plana encendido. En cuanto cayó en la cuenta de lo que estaba viendo, se le heló el pecho: un reportaje sobre el funeral de la mujer y los hijos de Cary Peters. El de él se haría por separado. Vio imágenes de la fila de coches en el

cementerio, un gran despliegue de compasión y rememoración por las víctimas. Mostraban fotografías sacadas de las redes sociales: la señora Peters y los niños en un parque acuático, en una granja escuela, en un partido de *hockey* de los New York Rangers... Luego una foto conocida de Peters solo, de cuando trabajaba para el gobernador. Una fotografía de su casa de Montclair, hecha esa noche, fuertemente iluminada por las luces azules y rojas de los servicios de emergencias. Y después, sin contexto porque el televisor estaba silenciado, la foto de una joven de melenita castaña por los hombros, con blusa blanca y chaqueta, sonriendo orgullosa. Odessa soltó un gran aspaviento al reconocer su propia imagen en televisión: la foto de carné de su identificación oficial del FBI.

Y de nuevo el presentador. No era un canal local, era la CNN. Nacional. No sabía lo que estaban diciendo de ella, pero se lo imaginaba.

—¿Es usted de personal? —la sobresaltó una voz. Se volvió bruscamente, esperando encontrar a alguien en la puerta.

Era Earl Solomon. Había despertado, si es que dormía en realidad. La miró con los ojos entornados, luego los abrió, cálidos y algo amarillentos.

—No —contestó ella, sin aliento. Miró la pantalla del televisor, pero ya estaban dando otra noticia. Volvió a mirar a Solomon—. Soy... Odessa Hardwicke, agente especial de Nueva Jersey, agent..., señor Solomon...

—Agente Solomon —la corrigió—. Earl. Súbame un poco esto, por favor —le pidió, señalando el mando de la cama, y Odessa le levantó el colchón medio metro o así para que pudiera verla mejor.

Tenía los labios secos, la lengua pálida.

—¿Quiere un poco de agua? —le preguntó ella.

Él negó con la cabeza. Frunció los labios y miró alrededor, como si tratara de recordar dónde estaba.

—Habitación nueva —dijo.

Odessa asintió. Aún se estaba recuperando de haberse visto en la tele.

—Eeh..., ¿está cómodo?

—No mucho.

—Ha... ha tenido un ictus, me han dicho.

—Tenía un coágulo suelto por las arterias. Se me alojó en la cabeza y me estaba obstruyendo la circulación en el cerebro. Me tumbó. —Estiró la sábana alrededor de su cintura con unas palmaditas—. Suerte que llevaba el móvil encima cuando me caí.

—No se le nota en el habla. ¿Ha sufrido algún daño?

Hizo un gesto amargo otra vez.

—He perdido el olfato y el gusto, y tengo un pitido constante en los oídos, pero ya está; he salido bastante rápido. Me han hecho un escáner y me han encontrado más coágulos alrededor del corazón. Y un hongo que está creciendo. Y eso no es bueno.

—No —dijo ella—. Eso no suena bien.

—Entonces, ¿viene de Nueva Jersey?

—Correcto. Me..., eeh... —No quería detallarle su situación—. Aún tiene un despacho en la oficina de Brooklyn-Queens.

Solomon asintió. Las arrugas marcadas de su frente articulaban todas sus expresiones faciales.

—No voy mucho.

—Eso parece. —Quiso esbozar una sonrisa, pero se notó que era forzada—. Hay algo que no

entiendo: en el FBI, la jubilación es obligatoria a los cincuenta y siete, ¿no?

El anciano cabeceó afirmativamente.

—Supongo que oficialmente estoy jubilado —dijo.

—¿Y por qué sigue teniendo despacho?

—Por si lo necesito.

Odessa asintió, aunque aquello le parecía absurdo.

—No acabo de entenderlo... ¿Se han olvidado de su despacho...?

—Se han olvidado de mí —repuso Solomon, sonriendo. Tenía unos dientes grandes que parecían sueltos—. ¿Va a ocupar usted mi despacho?

—¿Yo? No. Solo lo estoy vaciando —contestó, señalando con ambas manos la caja de cartón que había dejado en la silla, a su espalda—. Le he traído lo que tenía en su mesa. No era mucho.

Solomon no miró la caja, ella lo intrigaba.

—¿Cómo es que le han encargado ese acto de misericordia?

Ella sonrió al principio, por la expresión, luego cayó en la cuenta de que tenía que destaparse.

—Me han destinado temporalmente a labores administrativas.

El agente asintió como si esperara la respuesta.

—¿Por incapacidad laboral o por sanción disciplinaria?

—Por sumario administrativo —contestó ella, una frase que no paraba de darle vueltas en la cabeza—. Un disparo.

—¿Injustificado?

—Eso es... muy complicado de contestar ahora mismo.

—Ya... —dijo Solomon con los ojos puestos en el televisor del rincón. Debía de haber visto el reportaje de antes sobre el tiroteo de Montclair. Lo vio atar cabos. La miró de nuevo, muy interesado y con una expresión casi reveladora. Ella no lo entendería hasta mucho después—. El tiroteo del ayudante del gobernador —dijo—, del hombre que se volvió contra su familia y los mató a todos menos a uno.

Odessa bajó la mirada y asintió.

—Sí, señor.

—El agente que la acompañaba atacó a la niña superviviente y le disparó.

Ella cerró los ojos y asintió de nuevo.

—Agente Solomon, prefiero no...

—No quiere hablar del asunto —la interrumpió él.

—No, señor, no quiero.

—Entendido. Solo le voy a hacer unas preguntas concretas. —Odessa lo miró confundida porque pensaba que lo iba a dejar correr—. Primero, sobre su compañero. Era agente del FBI. Entiendo que no había dado indicios de psicosis...

—No —respondió ella enseguida, negando con la cabeza.

—El asesino murió primero.

—Le disparé yo.

—Pero el agente... ¿ya estaba comportándose de forma anómala?

No le apetecía nada ahondar en el tema.

—Podría decirse que sí. No quiero...

—Son preguntas difíciles pero importantes. Cuando disparó al agente..., me refiero al momento de la muerte, ¿vio algo... algo reseñable, algo fuera de lo normal?

Odessa no sabía bien qué contestar. Se resistía a facilitarle información voluntariamente; de

hecho, el abogado le había dicho que no hablara del caso con nadie. Pero aquella pregunta tan específica...

—Vi que emanaba de su cuerpo una especie de ondulación, como un vapor.

—¿Algún hedor? ¿Oleoso?

Pero ¿cómo lo sabía?

—Sí, como a soldadura. —Lamentó sus palabras nada más pronunciarlas—. Fue un momento traumático, no estoy segura de nada...

Solomon no la juzgaba, estaba pensativo.

—¿Encontró algún altar improvisado en la casa?

¿Qué clase de pregunta era esa?

—No había ning...

—Un altar. Un santuario. Quizá en el garaje o en algún edificio anexo. Una olla de hierro o una urna...

Lo interrumpió.

—No he participado en la investigación porque formo parte de lo que están investigando —le dijo—. Por el disparo injustificado. Además, ya no era la casa de Peters, o al menos ya no vivía allí.

—Un caldero, negro, de hierro fundido a veces —prosiguió Solomon—. Podría parecer un jarrón grande o un cubo de basura si uno no sabe lo que busca. Y dentro podría haber pelo, pelo humano, y huesos...

—¿Huesos? —preguntó Odessa.

—Y sangre, sí... Eso es difícil pasarlo por alto —dijo el anciano.

—Agente Solomon... —Aquello era demasiado raro—. Ni siquiera debería estar hablando de esto. He venido aquí por usted.

—¿Por mí? Por mí no se preocupe. He perdido el olfato y el gusto, me está creciendo un hongo en el cerebro y quién sabe qué vendrá después. Ahora sí que le acepto un poco de agua —dijo, señalando una jarra de color malva que había en la bandeja con ruedas. Dio un sorbo sosteniendo el vaso con una mano temblorosa por la edad—. Va a necesitar ayuda con esta investigación —añadió.

—La agencia me ha asignado un abogado —le aseguró ella.

—No para su defensa. Para la investigación.

Al principio no lo entendió.

—¿Para averiguar lo ocurrido? Yo ahí no puedo ni acercarme.

—Debe hacerlo. Si quiere saber lo que sucedió en realidad. Conozco a alguien que puede ayudarla.

—Gracias, agente Solomon —dijo ella, procurando sonar a la vez rotunda y educada—, pero voy a dejar que la Agencia haga su trabajo y yo haré el mío. Por cierto...

Odessa señaló desganada la puerta, impaciente por marcharse.

—Lo que va a hacer —la interrumpió Solomon— es escribir una carta breve resumiendo lo ocurrido y solicitando asistencia. En papel. Prosa sin artificio. Exponga el caso. Con sencillez. Con veracidad. Pida ayuda. La dobla una vez, solo una, por el centro, la mete en un sobre manila, ya sabe, de esos de dieciséis por veintitrés. Tamaño cuartilla. La dirige a Hugo Blackwood... Apúntelo. Al 13 y medio de Stone Street. En la zona de Wall Street, ¿sabe?

Esperó a que terminara de hablar y negó con la cabeza.

—¿Qué?

—Una de las calles más antiguas de Manhattan. Escúcheme con atención. Hay un buzón negro

de hierro escondido en un muro de piedra estrecho, entre edificios. Cuesta verlo si no lo anda uno buscando, no está numerado ni señalizado. Casi invisible, o mejor dicho, olvidado. Lleve usted misma la carta, en persona. Un acto de contrición, de humildad. Meta el sobre por la ranura del buzón y váyase. Luego espere a que él establezca contacto.

Odessa asintió con la cabeza, procurando mantener una expresión ambigua. Le daba pena Solomon, pero también le inspiraba muchísima compasión, porque veía que el ictus le había afectado ya a la cabeza. De pronto toda su conversación cobró sentido, porque toda ella era disparatada.

—¿Cómo me ha dicho que era la dirección? —preguntó educadamente.

—El 13 y medio de Stone Street.

—Vale —dijo ella, como si lo memorizara—. Lo tengo.

—¿Lo va a hacer? ¿Exactamente como le he dicho?

—Lo haré —contestó Odessa—. Gracias. ¿Cómo sabré si...?

—Si su petición es veraz, si es lo que yo pienso, él aparecerá. —La miró fijamente a los ojos. Odessa pensó que lo tenía atrapado, pero mientras la estudiaba, se sintió marchitar. La escudriñó un poco más con delicadeza y miró a la ventana, contemplando el cielo gris a través de los cristales típicamente sucios de las plantas altas—. Sé que estos días están siendo difíciles para usted —le dijo—. Levantarse por las mañanas, lavarse los dientes... Sé que, cuando se mira al espejo, no puede pensar más que en el disparo y en que todo podría haber sido distinto. —Odessa lo observó mientras contemplaba la ciudad. En ese momento no le pareció que desvariara. Había clavado su estado de ánimo—. Aunque lo llaman arrepentimiento, es pura consciencia, el súbito entendimiento de que lo que uno hace y lo que no hace tienen un efecto directo en los demás. Es usted cómplice. Yo soy cómplice. Todos somos cómplices. No se trata de estar «implicado en un delito»; el problema es haberle hecho daño a alguien. Le puede pasar a cualquiera. Así que mañana por la mañana, cuando esté delante del espejo cepillándose esos dientes blanquísimos, piense en por qué lo hace. No en los beneficios de la higiene bucal. Lavarse los dientes, peinarse, ponerse mantequilla en la tostada, pensar en lo que le deparará el día. Todo es una invocación. Pequeños pedacitos de ruego sagrado. Pero le voy a decir una cosa: a veces no somos nosotros quienes hacemos la invocación, sino que somos nosotros los invocados. —Solomon la miró con sus ojos amarillentos—. Yo esperaba que viniera alguien, pero le aseguro que en absoluto la esperaba a usted —le dijo.

Odessa había terminado perdiéndose. Le daba la impresión de que la lucidez del anciano iba y venía. Solo sabía una cosa: quería marcharse ya, pero con elegancia.

—Bueno, agente Solomon, sus objetos personales están aquí, en esta caja de cartón —le dijo ella—. ¿Quiere que les busque sitio en el armario?

—Lléveselos —respondió él.

—No puedo hacer es...

—No tengo familia, nadie a quien dárselos, y menos aún alguien que me ayude a llevármelos a casa. Si es que vuelvo a casa. Por cierto, no quiero abusar de su amabilidad, pero con la suspensión le sobra tiempo...

—No es una suspensión oficial, en realidad...

—Error mío —dijo él con una sonrisa amable—. Pero, como le he dicho, no tengo a nadie. Si le doy la dirección, ¿le importaría llevarme mis cosas a casa? ¿Y ya de paso echar un vistazo? Encender alguna luz, dar de comer a Dennis... ¡Maldita sea!

—¿Quién es Dennis?

—Un pez al que adopté. Un pez huérfano. Muy triste... Estará muerto de hambre.

—¡Ay, Dios!

—Sí, me había olvidado de él. Puede que en breve necesite un nuevo hogar, por si se le ocurre alguien...

Solomon garabateó su dirección, luego cerró los ojos para descansar. Odessa se la guardó en el bolsillo, levantó la caja de cartón y se despidió... Pero Earl Solomon ya estaba dormido.

1962, delta del Misisipi

El agente novato Earl Solomon recorría el bosque con sus elegantes zapatos de piel. Pisaba con cuidado; solo tenía un par. El suelo estaba seco por encima, pero la tierra y la rocalla se veían húmedas al levantarlas. El polo blanco de algodón que llevaba bajo la chaqueta ligera del traje ya estaba empapado en sudor. El *sheriff* Ingalls, que iba unos pasos por delante, llevaba botas. El agente especial al mando Macklin se había tapado los zapatos con unos chanclos que solía llevar en el maletero del coche.

Macklin le estaba pasando a Solomon fotos del linchamiento. La víctima, un hombre blanco llamado Harold Cawsby al que apodaban Hack, colgaba de un nudo corredizo hecho con una cuerda gruesa de la resistencia justa para aguantar el cuerpo de un hombre adulto. La rama era recia y baja: los dedos de los pies de Cawsby, que llevaba solo un zapato puesto, quedaban a menos de medio metro del suelo.

—Las muñecas sujetas a la espalda con alambre de gallinero —dijo el *sheriff* desde su posición adelantada—. Los pantalones por las caderas, pero Hack no llevaba cinturón. Forcejearía una vez ahorcado, agitando las piernas y los brazos; claro que esa es una batalla que pocos hombres ganan. —En otra de las fotos se veían las manos del hombre. Eran fotografías en blanco y negro, y por el tono y la textura, la sangre que le cubría las palmas y los dedos parecía melaza—. Aquí arriba, a la izquierda —continuó Ingalls, aplastándose un chupóptero en la nuca.

Solomon rara vez tenía problemas con los mosquitos; no respiraba hondo y atribuía su relativa inmunidad a la escasa cantidad de dióxido de carbono que expelía y que era lo que atraía a los insectos. Era uno de esos tipos de pulso bajo en reposo, siempre.

El *sheriff* Ingalls se detuvo delante de un árbol considerablemente más grande y más viejo que los que lo rodeaban y puso los brazos en jarras. Solomon sostuvo en alto una de las fotos de la escena del crimen y comparó los árboles. Sí, era aquel.

—Anudaron un extremo en esta rama baja, pasaron la cuerda por encima de esa otra rama gruesa de allí y lo colgaron —dijo Ingalls, señalando.

El agente inspeccionó la zona, dando un giro completo, y alzó la vista al cielo. Se volvió y miró hacia donde miraba el cadáver en la foto. Lo último que había visto una víctima de asesinato le interesaba más que sus últimas palabras. Sobre todo cuando se trataba de una víctima de linchamiento: a fin de cuentas, por mucha placa que llevara, él no dejaba de ser un joven negro en el sur profundo. Olvidando que lo miraban, ladeó la cabeza, inclinó el cuello y replicó la última posición del cadáver. Se preguntó a quién miraría, quién se habría quedado allí viéndolo morir. Las partidas de ahorcamiento nunca se disolvían hasta que se ha cumplido la misión.

Al volverse de nuevo hacia el árbol, sorprendió a Ingalls y Macklin mirándose. Ambos, pero sobre todo el *sheriff*, eran de los que pensaban que todos los negros eran bobos. Procuró no cometer el mismo error de juicio con ellos dos.

—¿Tienen la cuerda? —preguntó.

—Claro —contestó Ingalls, encogiéndose de hombros.

—Una cuerda corriente, vieja, además —terció Macklin—. Podría haber salido del granero de cualquier granja en unos cien kilómetros a la redonda.

—¿Y el zapato? —quiso saber Solomon.

—¿El qué? —preguntó el *sheriff*.

—El zapato —repitió Solomon, señalando el pie en calcetín de Hack Cawsby.

—Sí, tenemos el otro zapato. Estaba aquí.

Solomon asintió con la cabeza.

—O vino aquí coaccionado, o engañado, o a lomos de algún animal.

El *sheriff* Ingalls no parecía muy dispuesto a ayudar.

—Hicimos una búsqueda por la zona. No vimos cascotes de animales.

El agente escudriñó los restos carbonizados a los pies del árbol, debajo de donde habían ahorcado a la víctima.

—Pero quemaron el suelo. Quizá para ocultar algo.

—Dudo que hicieran un fuego de campamento —dijo el *sheriff*, ya aburrido—. Quería ver la escena del crimen porque no le valía con las fotos... Pues aquí la tiene. ¿Y ahora qué? —Con la suela del zapato, para preservar el brillo de la piel negra, Solomon retiró parte de la hojarasca, la parte intacta. Como había observado al llegar, el suelo estaba más blando y más húmedo por debajo—. Si ustedes los federales nos van a ayudar —continuó Ingalls, dirigiendo sus comentarios a Macklin—, soy todo oídos. Si han venido a causar más problemas, gracias, pero ya tenemos bastantes. Necesito detenidos y, para eso, necesito sospechosos. Hay una conspiración de silencio entre los negros y sé cómo hacerlos hablar si hace falta.

Solomon se acuclilló todo lo que pudo. Conservadas en el mantillo firme del suelo del bosque había unas hendiduras que no se veían bien desde arriba, pero al examinarlas de lado desde abajo, vio algo que parecía la huella de un pie pequeño. Muy similar a la de un niño.

Iba a comentárselo al agente especial de Jackson y al *sheriff* local, pero se mordió la lengua. Tampoco le estaban haciendo mucho caso. Ingalls seguía quejándose.

—Si el Gobierno federal quiere invertir parte de mis impuestos en investigar este asesinato, perfecto; sería la primera vez que Washington me satisface en algo. Un dinero bien invertido. Pero si no ha venido por el asesinato y le interesa más preservar y proteger los derechos civiles de una determinada clase de personas y todo eso, yo tengo un delito de verdad que investigar mientras usted se complica la vida inútilmente.

Solomon se irguió. Lamentó no llevar consigo una cámara.

—La víctima, Hack Cawsby, ¿era director de banco?

—Así es —respondió el *sheriff*.

—¿Y el líder del Consejo de Ciudadanos de la zona?

—Claro. ¿Y qué?

—Que el Consejo de Ciudadanos es un grupo segregacionista.

—Un grupo para la defensa de los derechos de los estados. —El eufemismo le salió automáticamente.

—Lo que yo le he dicho.

El descaro de Solomon hizo sonreír al *sheriff*.

—Muy bien. Como quiera. Seguramente apuntará al autor de los hechos.

—Quizá al color de su piel —lo corrigió Solomon—. Aún tiene un buen número de sospechosos.

—Pues habrá que ponerse manos a la obra. Yo iré de puerta en puerta si hace falta. Lo exige la justicia. Lo exige esta comunidad. Si no llego al fondo del asunto, otros probarán con sus propios métodos. Se trata de un asunto de seguridad pública.

Solomon le cogió el sobre de fotografías a Macklin, que estaba muy callado. Sacó las fotos

de cuatro hombres negros ahorcados.

—¿También va a ir de puerta en puerta por estos? —Ingalls miró las fotos como si Solomon intentara colarle billetes falsos—. Cinco linchamientos en el último año. Cuatro afroamericanos, ninguno de ellos resuelto. Un hombre blanco y ahora quieren poner el condado patas arriba.

El *sheriff* puso tal cara de asco que el agente creyó que iba a escupir en las fotografías.

—Sabía que no habían venido a ayudarnos a resolver esto —espetó Ingalls, señalando también a Macklin con un dedo manchado de nicotina—. Han venido a impedir que haga mi condenado trabajo, a fastidiar a un representante de la ley, cuando no tienen ni idea de lo que pasa aquí.

Solomon miró a su superior en busca de ayuda. Macklin se había quedado mudo. Él no. Tenía mucho más que decirle al *sheriff*, pero convirtió su animosidad en una sonrisa seca.

—Gracias por su colaboración, *sheriff*. Si necesito algo más, se lo haré saber.

—¿Y ya está? —preguntó Ingalls, mirando también a Macklin.

—De momento —respondió Solomon.

El *sheriff* dio media vuelta y se fue protestando.

—Condenado Gobierno federal...

Solomon lo vio marcharse.

—Gracias por apoyarme —le dijo a Macklin.

—Mira, novato —replicó el otro—, tiene razón: no sabes una mierda de este sitio. A veces se tira la puerta de una patada y otras se anda con pies de plomo. ¿Y si luego necesitas su ayuda?

—No me la iba a dar de todas formas.

Macklin le arrebató el sobre de las fotos.

—Yo solo digo que pruebes por las buenas de vez en cuando. Aunque detestes al tipo, te puede resultar útil.

Vieron que el agente Tyler se acercaba a toda prisa, aminoraba la marcha al pasar por delante del *sheriff* y volvía a acelerar al acercarse a ellos.

—¿Hay novedades? —preguntó Macklin.

—Sí, señor —contestó Tyler, mirando de reojo a Solomon.

—No hay problema —dijo—, habla.

—Un periodista local ha pasado un informe por cable y lo han interceptado. Mañana se sabrá de costa a costa.

—Eso no ayuda —suspiró el agente al mando.

—Peor —prosiguió Tyler—: hemos sabido que mañana llegan de Tennessee miembros del KKK. Y la noticia del linchamiento de un hombre blanco va a atraer a muchos más.

—Esto va a ser un polvorín. ¿Has informado a Jackson?

—Lo saben; por eso me he enterado yo —contestó Tyler.

Macklin se volvió hacia Solomon.

—¿Aún piensas que no vas a necesitar la ayuda del *sheriff*?

Solomon dejó al agente Tyler dentro del coche, a la entrada de la casa de los Jamus. Llamó a la puerta. Coleman abrió enseguida.

—Hola, señor.

—Coleman —dijo Solomon—, ¿crees que tu madre estaría dispuesta a hablar conmigo unos minutos?

—Está con el pastor —dijo, y se hizo a un lado para que entrara el agente.

La señora Jamus se hallaba hundida en una butaca que albergaba bien su amplia envergadura.

Llevaba un pañuelo en cada mano: uno blanco, el otro lavanda claro. El pastor, que se presentó como Theodore Eppert, abanicaba a la mujer inconsolable con un periódico doblado de hacía meses. Solomon se enteró de que el niño enfermo se llamaba Vernon. Era el más pequeño de sus diecinueve hijos.

—Vinieron a casa esos chicos —le dijo la señora Jamus a Solomon mientras este se sentaba al borde del quebradizo cojín del sofá, enfrente de ella—, chicos blancos, no mayores que mi Coleman —el joven no se movió del umbral de la puerta, protector—, diciéndole que tenía que registrarse para votar y firmar no sé qué solicitud. —Se enjugó la frente y el canalillo, donde le empezaba el pecho—. Dijeron que estaban yendo por todas las casas del delta, anotando nombres en un cuaderno. ¡En un cuaderno! —Miró al pastor, que con una cabezada confirmó los peores temores de ella—. No tres, sino cuatro días después, Vernon empezó a tener los primeros síntomas. ¡No tres, sino cuatro días después!

—¿Qué clase de síntomas?

—Vociferaba —contestó ella—. Replicaba con insolencia. Vernon siempre había sido el catecúmeno perfecto, no era un niño respondón. Conmigo no. Y de repente hablaba solo y se paseaba en círculos por la casa. Daba vueltas y vueltas, mascullando. Todo por culpa de esos chicos blancos. —Agarró la mano del pastor sin soltar el pañuelo blanco húmedo—. El diablo ha venido al delta, se lo digo yo. No paro de rezar.

Se echó a llorar otra vez y Solomon se levantó y se disculpó. Ya tenía todo lo que iba a poder sonsacarle. El pastor Eppert le susurró unas palabras de alivio, luego se zafó de su mano y fue detrás del agente, pasando por delante de Coleman.

—Me he sentado a hablar con ese niño —dijo el pastor—. He intentado llegarle al corazón. Hay un mal en esta casa. Cuando viene el diablo, siempre acude a los mejores de nosotros, dice el Señor. Vernon, que Dios lo bendiga, era de los mejores.

—¿Y los médicos no han podido hacer nada por él? —preguntó Solomon.

—Ella mandó llamar al doctor Jeffries enseguida. El chico lo pateó y le gritó, lo maldijo también, hasta que se fue. Dijo que no podía hacer nada por él, salvo indicarles dónde estaba el psiquiátrico más próximo.

Solomon asintió con la cabeza. Estaba pensando en la pequeña huella encontrada debajo de la rama del linchamiento.

—¿Sabe cuánto tiempo lleva encadenado?

—¿Dos o tres días? —preguntó el pastor a Coleman. Luego añadió en un susurro—: Les preocupaba lo que pudiera hacerles a los otros mientras dormían.

—¿Por qué cree que algunos de los feligreses piensan que la dolencia de Vernon está relacionada con el linchamiento? —continuó el agente, también en un susurro.

El pastor negó con la cabeza. De cerca, sus canas brillaban, y los folículos de aquel pelo eran más gruesos y recios que los de los otros.

—Yo diría que ven la mano del diablo en todo esto. ¿Ha aceptado al Señor como su salvador, hijo?

—Sí —contestó el agente, sin entrar en detalles. Le estrechó la mano al pastor y dio dos pasos hacia la puerta antes de volverse—. ¿Conoce o ha oído hablar alguna vez de un hombre llamado Hugo Blackwood?

El pastor buscó la respuesta en el techo.

—No puedo decir que lo conozca exactamente. ¿Por qué lo pregunta?

Solomon meneó la cabeza.

—Por nada.

Y se fue.

2019, Newark, Nueva Jersey

*Obediah apenas podía contener la emoción.*

*Habiendo sido el último de los seres huecos en nacer, a menudo era más impulsivo, más propenso a precipitarse. Había cometido errores. Muchos.*

*Pero esa vez estaba decidido a hacer las cosas de otra forma. Esa vez tenía un plan.*

*Después de escapar del cuerpo de aquel hombre fornido, Leppo, contempló por un instante la posibilidad de ocupar el de la niña a la que acababa de herir, pero había notado cómo cedía y se rajaba el hueso, cómo se desencajaba la clavícula.*

*No. No podía ocupar ese cuerpo y hacer lo que debía hacer.*

*Aun así, la tentación fue grande. Saboreó la confusión y el dolor de la agente femenina, que ya había disparado a su compañero, e iba a tener que dispararle a la misma niña a la que pretendía salvar.*

*¡Qué maravilla! ¡Qué delicia!*

*Pero perdió la ocasión. Titubeó demasiado y la habitación se llenó de personal de emergencias y de policía municipal. La agente abandonó la estancia y, en vez de seguirla, Obediah se quedó suspendido sobre los cadáveres de los humanos hasta que se presentó un joven sanitario, de unos treinta años y en excelente estado.*

*Poseyó su cuerpo enseguida, esparciendo con pericia su voluntad por el alma del joven y reconectando su organismo tan rápidamente que apenas vaciló un segundo.*

*—¿Te encuentras bien, Reese? —le preguntó su compañero. Obediah asintió—. Échame una mano con ella —le dijo el otro.*

*Obediah sabía lo que aquel sanitario iba a hacer y cómo iba a hacerlo. A lo largo de los siglos había probado todas las profesiones, todas las ciencias, todas las artes. No podía decir que dominara muchas de ellas, pero sabía lo justo para pasar inadvertido el tiempo necesario si le parecía que el esfuerzo merecía la pena. Podía permanecer oculto en la carne de su huésped, siempre que su trabajo y su familia inmediata permitieran el aislamiento selectivo. Recientemente, en el último medio siglo o así, casi todos sus actos violentos habían atraído a un tipo de profesional similar (un sanitario, un agente de policía o un bombero); por eso la mayoría de sus posesiones temporales eran profesionales bien intencionados de los servicios de emergencias.*

*Aunque su intención era ocupar a la agente para continuar con aquella masacre, había encontrado algo en el joven sanitario que le gustaba. Estaba casado y tenía un bebé por el que estaba deseando volver a casa. Iba a ser divertido.*

*La pareja vivía en un apartamento modesto de paredes finas y Obediah debía estar al acecho hasta que los vecinos se fueran a trabajar.*

*En la cocina, la mujer había estado preparando una comida frugal. Obediah cogió una macheta de carnicero del juego de cuchillos de teletienda: acero inoxidable, quince centímetros. No de gran calidad pero sí lo bastante sólido.*

*Y solo por diversión decidió hacer un doblete.*

*Un doble era difícil de controlar, pero inmensamente satisfactorio: le clavó la macheta a*

*la mujer en las costillas, dos veces, luego se metió en ella y la obligó a clavársela al marido. No fue un ataque mortal, pero sí lo bastante fuerte para abrirle una costilla y perforarle un pulmón. Después dio otro salto e hizo que el marido le atizara en la cabeza con la macheta, que se quedó allí atascada porque el cráneo de ella no quiso soltarla.*

*A continuación llamó a Emergencias, explicó la escena con detalle y se puso manos a la obra con el cuerpo de la mujer caída.*

*Cuando llegaron los policías (muchísimos), el sanitario estaba empaquetando el cadáver de la mujer en trozos más o menos del tamaño de una lata de cerveza.*

*El bebé lloraba en la cunita. Obediah se metió en el bebé, que recogió un agente hispano.*

*El otro agente ordenó al sanitario que soltara la macheta. Como no obedecía, le disparó unas cuantas veces.*

*El agente hispano le tapó los ojos al bebé para protegerlo. Fue una delicia para Obediah ocupar entonces el cuerpo del policía, pasar por delante del sanitario ensangrentado y de la mujer despedazada y abrir la ventana.*

*Tiró al bebé por ella. Cinco pisos. Lo vio explotar en la acera. Oyó elevarse los gritos de los transeúntes.*

*El otro agente le gritaba. Obediah se volvió, cogió un cuchillo de cocina.*

*El agente disparó a su compañero y Obediah saltó del herido al agresor.*

Odessa estaba en el sofá al lado de Linus, cenando comida india a domicilio, a pesar de que el servicio de reparto costaba casi el doble que el propio menú. Sabía que ella no quería salir de noche por miedo a que la abordara con un iPhone algún bloguero ansioso de seguidores, ni que la dejara sola en el apartamento.

No le pareció un derroche. Ya nada era especial.

Solían ver Netflix en el portátil de Linus o un partido de baloncesto en *streaming* (si se sentía generosa), pero quería mantenerse alejada de cualquier cosa que pudiera hacerla tropezar con las noticias. Había levantado muros invisibles en torno a su vida cotidiana y, claro, la de su pareja. No le gustaba, pero le parecía necesario. Su estado de ánimo era como la minúscula bolsita de aire de un nivel de burbuja, supersensible a cualquier variación de pendiente e imposible de mantener centrado.

Linus era un amor: llenaba los silencios con un parloteo intrascendente sobre su día y procuraba que el segundero siguiese moviéndose. Pero a Odessa otra voz le hablaba en la cabeza, y era la propia.

«Le has quitado la vida a una persona.»

Había matado a un compañero en cumplimiento del deber. Eso no era discutible. En los momentos de mayor optimismo, encontraba múltiples razones para haber disparado a Walt Leppo; en los más sombríos, cuestionaba todo lo ocurrido esa noche, incluida su propia cordura.

«Estás acabada profesionalmente.»

Otra realidad casi indiscutible. Todo el esfuerzo que había hecho, toda la mierda que había tragado para poder ser agente especial del FBI, las jornadas interminables, sus ideales..., todo había sido en vano. Tenía un grado en Derecho, pero no quería ser abogada. Quería servir a su país y lograr un mundo mejor para todos.

«De esto no se sale bien parado.»

¿Para qué retrasar lo inevitable? Quería dimitir, aunque sabía que eso daría una impresión equivocada. Estaba atrapada en el limbo, suspendida en un infierno mientras la burocracia rodaba despacio por encima de ella, repasando las fases de una jugada final cuyo resultado no ponía en duda.

Linus se empeñaba en volver a contarle algo divertido que le había pasado en el trabajo ese día y ella miraba la caja de los efectos personales de Earl Solomon recogida en su despacho y que ahora tenía en el suelo, junto a la puerta. Sus papilas gustativas no percibían el picante de la comida. El mundo había perdido su sabor.

Tras informar por correo electrónico a toda la oficina de Nueva York de su misión de esa mañana, Odessa pidió un Uber por el móvil y metió como destino el domicilio particular del agente Solomon. Cuando llegó el SUV *crossover*, el chófer, un hombre corpulento de Oriente Medio que conversaba con un auricular *bluetooth*, bajó y abrió el maletero. Ella le dio las gracias, metió la caja con las cosas de Solomon, mirando a un lado y otro de la calle por miedo a una emboscada, y comprendió la cara de «¡Otra chiflada!» que puso el hombre.

Fueron hacia el suroeste hasta una calle que estaba a solo unas manzanas del río Delaware y servía de frontera entre Nueva Jersey y Pensilvania. El coche se detuvo delante de una casa de

ladrillo de una sola planta, de preguerra, bordeada por una valla metálica decorativa y poco efectiva, de poco menos de un metro de altura. Observó que otros inmuebles de la misma calle se habían ampliado o mejorado hacía tiempo, pero aquella residencia seguía siendo terca y modesta. El chófer sacó la caja del maletero y se la puso en las manos, como aliviado de librarse de ella.

—Buena suerte, señorita —le dijo.

Quizá dio por supuesto que estaba pasando por una ruptura. Y en cierto sentido así era: de su carrera, de la vida que esperaba llevar. Le dio las gracias y le puso una valoración de cinco estrellas antes de que el vehículo desapareciera de su vista.

Con dificultad, vació en la caja el contenido del buzón, cruzó la cancela y enfiló el caminito que conducía a la puerta de la casa. Por seguridad, por si algún vecino la observaba, dejó caer algunas cartas, depositó la caja en el suelo para recogerlas y, al hacerlo, agarró la llave de debajo del tiesto de cerámica azul.

Le llevaría un tiempo olvidar sus hábitos policiales.

Abrió la puerta y entró con la caja. Dentro el aire estaba cargado, pero no olía mal. Cerró la puerta y gritó «¿Hola?», por si acaso, y al ver que no respondía nadie, cruzó un pequeño salón contiguo a la cocina y dejó la caja y el correo en una pequeña isla, aliviada de haber entregado por fin aquellos efectos personales a su legítimo dueño.

La casa estaba tranquila y no parecía que nadie hubiera estado allí desde hacía días. Se volvió y examinó el salón, donde vio un sofá de dos plazas frente a un antiguo televisor instalado en un carrito de madera. Una vieja mecedora acolchada, ladeada hacia la televisión, parecía el mueble favorito. De las paredes colgaban anuncios de puros habanos enmarcados. La decoración era austera, muy masculina. Muy ordenada también, algo que contrastaba tristemente con el actual estado mental del agente Solomon. Meneó la cabeza al recordar su disparatada sugerencia de depositar una carta en un buzón camuflado cerca de Wall Street.

Dennis, el pez, nadaba en una pequeña pecera cerca del televisor. Vivía. Acercó la pecera al fregadero; el agua estaba turbia y había que cambiarla. En el alféizar de una ventana que daba al jardín trasero, había un frasquito, tipo salero, de comida para peces. Dennis sorbió las miguitas en cuanto llegaron a la superficie del agua.

—Eso es, Dennis —le dijo—. De nada.

Abrió la nevera y no la vio mal. Había algún táper de pírex tapado con restos de aspecto sospechoso. Botellas de batidos nutricionales y refrescos azucarados. No mucho que tirar.

Enfiló el corto pasillo del fondo y se detuvo a la puerta del dormitorio del agente Solomon, amueblado de forma sencilla, con la cama perfectamente hecha y un cestito de ropa sucia en un rincón. Decidió no curiosear y se limitó a deslizar la puerta corredera de un armario con espejo, en cuyo interior encontró unas chaquetas de traje viejas y un cortavientos azul oscuro del FBI.

Trazó el perfil de un hombre de cierta edad, posiblemente viudo, alguien que prefería tener su casa ordenada a tener que ordenarla después. Una existencia solitaria, a solas pero no necesariamente en soledad. Por lo que fuera, intentó imaginarse viviendo en aquella casa los últimos años de su vida. Una existencia sencilla, un universo pequeño. Aquellos pensamientos empezaron a derivar en otros, pensamientos de una vida grande que la llevaron a preguntarse por Linus y por su futuro, por cosas que no le apetecía decidir en ese momento, ni nunca.

Volvió a la cocina para centrarse. Dennis nadaba rápido, revitalizado. Odessa echó un vistazo a los armarios en busca de algún receptáculo lo bastante grande para alojar al pez mientras cambiaba el agua. Buscó también una redcilla. No había nada en los armarios, nada en los cajones. Siguió mirando y mientras lo hacía notó algo raro. Tardó unos minutos en descubrir que

las dimensiones de la casa no cuadraban.

Abrió la puerta de la calle y se situó a medio camino entre la calle y la casa para examinar el edificio. Había una ventana a la derecha con la cortina corrida. Debía de haber otro cuarto, o dos, en ese lado. Volvió dentro, con más energía esta vez. Encontró un escobero estrecho cerca de la puerta de la calle, escondido en el muro lateral. Había cajas de bolsas de basura en las estanterías y una aspiradora Electrolux de pie en el suelo. Allí, colgada de un clavo, encontró una red de pesca, pero eso ya no le interesaba.

Tocó con los nudillos en todas las paredes. La del fondo, por debajo del estante de las bolsas de basura, sonaba distinta a las laterales. Hueca. Examinó las juntas y empujó por el lado derecho. Con un chasquido suave y un minúsculo retroceso, la pared del fondo cedió y se meció sobre las bisagras. El espacio que había detrás estaba oscuro.

Odessa se detuvo en seco. Se lo pensó un segundo antes de pasar. ¿Y si era una especie de mazmorra sexual? Así funcionaba su mente de agente federal.

Accedió al estrecho pasaje. Allí el aire no era rancio, sino fresco, con un toque (un recuerdo, más bien) a puro habano. Su pie topó con una moqueta suave. Palpó la pared en busca de un interruptor y el cuarto escondido cobró vida.

Librerías, de esas que forran las paredes de arriba abajo, ocupaban casi la totalidad de las anchas paredes; el resto estaba cubierto por un papel pintado antiguo, texturizado, de color granate y dorado.

Delante tenía un pequeño escritorio con una silla de piel ancha. Encima había unos auriculares de diadema, enchufados a un magnetófono de bobina abierta grande.

A su derecha, zumbaba un purificador de aire encastrado en la pared. Junto a un cenicero de pie, había un humidor que contenía unos cuantos puros de aspecto caro. Pegada a la pared del otro lado del escritorio, había una camarera con botellas de alcohol en la bandeja inferior y vasos de whisky de grueso cristal en la superior.

Y entonces las vio: las cintas.

—¡Madre mía...!

En las estanterías no había libros, sino estuches de cartón finos. Cintas magnetofónicas en bobinas de dieciocho centímetros con los lomos etiquetados y fechados. Número de la bobina, fecha y tema. Había cientos de ellas, quizá miles, muchas de múltiples grabaciones con la misma fecha, sesiones de cuatro o cinco bobinas de longitud.

Los estantes, montados sobre raíles, revelaban otra fila de cintas detrás, en una suerte de montaje mural, pero no una simple acumulación, sino un sistema organizado de forma metódica y esmerada.

Las grabaciones llegaban hasta 2018. Odessa se acercó al estante más alto de la primera librería y localizó la más antigua.

1001 / Misisipi 1962 / Vernon Jamus

No sabía lo que significaba, pero lógicamente pensó en el magnetófono aparentemente olvidado en el escritorio del despacho de Solomon. De pronto tuvo la sensación de estar invadiendo un espacio ajeno, no solo desde el punto de vista legal, sino también espiritual. Aquella era una estancia privada y contenía secretos, librerías repletas de secretos, que se sumaban a un misterio que, por instinto, ella no quería resolver.

Tras echar un último vistazo a los cientos de grabaciones concienzudamente catalogadas, apagó la luz y salió por el estrecho escobero.

Conmocionada, se recostó en la isla de la cocina, como si hubiera vuelto de otro mundo. Un

agente jubilado hacía tiempo que no se había jubilado. Un cuarto secreto en el interior de su casa. Recordó las preguntas que él le había hecho, y que parecía saber lo que ella había visto (visto, sentido, lo que fuera) emanar del cuerpo de Walt Leppo después de matarlo de un tiro.

¿Un caldero? ¿Dejar una carta en un buzón de Wall Street?

Todo aquello la abrumaba. En vez de cambiarle el agua a Dennis, agarró la pecera, cerró la puerta con llave y se fue.

Odessa se reunió a puerta cerrada con su nuevo abogado (de la misma firma) en la oficina de Midtown. Esa vez le habían asignado una mujer, que le pidió que le contara una vez más lo ocurrido. Se llamaba Courtney y era apenas unos años mayor que ella, vestía un sencillo traje de chaqueta blanco y negro, y tomaba notas en su portátil mientras ella hablaba, tecleando suavemente sin quitarle los ojos de encima, compasiva. Imaginó que las yemas de los dedos de la abogada debían de tener un callo tan fino como la almohadilla de la pata de un gato.

—Gracias —dijo Courtney cuando Odessa exhaló, agotada, al final de su relato—. Creo que lo único, o lo mejor, que tienes a tu favor es la hija superviviente. Por sus declaraciones, parece convencida de que el agente Leppo iba a matarla y de que tu disparo le salvó la vida. Es un testimonio convincente, aunque aún tardaremos un tiempo en saber cómo lo presenta en persona. Además, está muy traumatizada por lo sucedido, es la única superviviente de la familia; por eso cualquier testimonio suyo será complicado. Y como superviviente del trauma, su memoria puede fallar durante la investigación.

Odessa casi se echó a llorar, pensando en la niña. Se debatía entre las ganas inmensas de verla, porque imaginaba que un encuentro así podría resultar reparador para ambas, y el pánico que le producía la idea, consciente de que podía no aliviarla en absoluto y traumatizarla aún más.

Le pareció que Courtney revisaba sus notas con la ayuda del *trackpad*.

—¿Te has dejado algo que quieras añadir? —Odessa meneó la cabeza. No dijo nada de la firma térmica que había emanado del cadáver de Leppo—. Y ya has declarado esto, pero por tu bien —añadió Courtney—, ¿no estabas bajo la influencia de drogas o alcohol esa noche? ¿Y tampoco tienes recetada ninguna medicación psicotrópica ni asistes actualmente a la consulta de ningún psiquiatra?

—Aún no —contestó Odessa.

—Y perdona que sea tan directa, pero ¿Leppo y tú teníais una relación...?

Odessa miró a otro lado, a ningún sitio en particular. Procuró controlar la rabia. Seguía recibiendo puñaladas, esta vez en todo el pecho. ¿Era cosa del FBI, o solo una sospecha de Courtney?

—En absoluto.

—De acuerdo. —Chaf, chaf, chaf con sus patas de gato.

—El del brote psicótico fue él, no yo —se defendió.

Courtney asintió, quizá algo avergonzada de tener que hacerle aquella pregunta. Y con razón. Con un toque en el *trackpad*, guardó la declaración de Odessa en un archivo.

—El FBI quiere tu placa y tu pistola, pero estamos luchando por ti.

A Odessa le dieron ganas de entregar la placa para siempre.

—Ya tienen mi pistola.

—¿Sí?

Courtney repasó las notas archivadas en papel y asintió con rotundidad como si hubiera encontrado la confirmación de aquel hecho, pero Odessa sabía que disimulaba un error propio. Le habrían pasado su caso el día anterior.

Se veía más reflejada en la joven letrada asediada de lo que quería reconocer.

—El FBI nos ha marcado algunas cosas importantes, pero yo quiero preguntarte por una de

ellas en particular. Tiene que ver con tu padre...

—¿De qué me estás hablando?

—Es algo que supongo que surgió en el pasado...

—Todo eso ya se trató en la investigación de antecedentes que me hicieron.

Le pareció que a la joven abogada le fastidiaba su tono.

—Sí, me refiero precisamente a ese documento.

A Odessa le reventaba la cabeza.

—No habrán metido en esto mis antecedentes, ¿no?

—Un resumen, sí.

Odessa se quedó helada.

—¿Se suele hacer en estos casos?

—Bueno... —contestó Courtney, buscando de nuevo en sus notas una respuesta que Odessa sabía que no estaba allí—. No sé. Gestionamos sobre todo disparos de policías, como el de ayer en Long Island, no de federales.

Odessa miró a otro lado. Pensar en su padre la ponía de mal humor, pero no quería que su abogada detectara en ella ninguna emoción fuerte. Linus tenía razón: necesitaba un abogado de verdad.

Entonces algo le llegó flotando en una burbuja en medio de la oscuridad, algo que no pudo ignorar.

—Un momento... —dijo en voz baja—. ¿Qué pasó ayer en Long Island?

Odessa viajó en el metro aturdida. Salió a la calle en Kew Gardens con una nueva actitud. Volvió a la oficina del FBI, abordó a la directora con una sonrisa segura y firme, y entró de nuevo en el despacho vacío de Solomon.

Antes pidió prestado en la sala de copias un portátil que nadie estaba utilizando, uno que había observado que llevaba allí desde el día anterior. Cerró la puerta del despacho y abrió el portátil en la mesa del agente Solomon, sentada en su silla no usada desde hacía tiempo. Buscó el caso del asesinato y encontró múltiples artículos relacionados con una matanza espantosa en Little Brook, una localidad de Long Island al este de Massapequa. Un intendente municipal, el funcionario local de máximo rango, se había «vuelto loco» media hora antes de que concluyera la jornada en el ayuntamiento y había atacado a varias personas con un destornillador plano de hoja larga, matando a tres de ellas. Una agente de seguridad de la patrulla costera que casualmente estaba allí comprobando permisos había disparado al hombre de cincuenta y tres años.

Una masacre. El asaltante no tenía antecedentes penales. Por lo visto, era un ciudadano ejemplar. «Cortocircuitó.» Se mencionaban problemas de salud, presiones económicas. Situaciones que afligen a un gran número de hombres de mediana edad. Un artículo que, en circunstancias normales, habría mirado por encima y desechado, de repente tenía importancia para ella.

Luego accedió al directorio del FBI (nada que precisara código de seguridad) para buscar información sobre el agente Earl Solomon. Teniendo presentes los cientos de grabaciones archivadas en su casa, buscó registros de casos. Nada. Se vio tentada de ahondar más, pero aquel portátil no era suyo y no quería meterse en más líos ni comprometer a otro agente. Aunque le dio la impresión de que una mano invisible había borrado prácticamente a Solomon de las bases de datos de la Agencia.

Aparte de lo que pudiera costarle, Odessa no soportaba la idea de ir a Long Island en Uber, sentada en el asiento trasero de un coche como si fuera una niña pequeña. Buscó Zipcar y se descargó la versión actualizada de la *app*, metió su correo electrónico y una contraseña antigua y, ¡tachán!, la cuenta que había creado en Boston aún funcionaba.

Condujo un Honda CR-V rumbo este desde Queens, con el móvil de copiloto en el asiento de al lado, y enfilando la autovía estatal del sur hasta la 27, pasado Amityville, llegó a Little Brook. Actuó con determinación y también con miedo, consciente de que no debería estar haciendo aquello, con la sensación de que la iban a pillar, pero a la vez incapaz de dar media vuelta.

El anexo del ayuntamiento de Little Brook era un antiguo edificio de piedra emparedado entre un comercio y una farmacia de la cadena CVS. Los coches de la policía del estado de Nueva York rodeaban la entrada, pero no había luces intermitentes ni precinto policial. Una agente con chaleco reflectante controlaba el tráfico, indicando a los coches que circularan. Odessa bajó la ventanilla y usó la placa para acercarse al bordillo, junto a una furgoneta blanca que identificó como vehículo del servicio de biorrecuperación en siniestros, o de limpieza de escenas del crimen.

No había ningún agente en la puerta. Odessa accedió al vestíbulo. Un inspector de paisano que hablaba por el móvil la miró de reojo, distraído por su conversación. Con las credenciales en la mano, pasó por delante de la ventanilla de recepción al interior del edificio. Los limpiadores,

con el mono blanco y los guantes de látex, eliminaban con esponjas las manchas de sangre de la pared, cuyas salpicaduras se habían disuelto en un borrón rosa húmedo. Más adelante, en el pasillo, los especialistas del laboratorio de criminalística de la policía estatal hacían fotografías de otra mancha de sangre, esa en la pared y en el suelo, donde el cadáver debía de haber caído.

No había mucho que ver allí, y tampoco iba a averiguar mucho. Se acercó a los técnicos de científica y le indicaron un despacho a la vuelta de la esquina, donde un policía municipal la miró con recelo hasta que ella le enseñó la placa.

—¿Agente especial Hardwicke? —dijo él, leyendo sus credenciales, de pronto lleno de energía—. ¿Qué puedo hacer por usted, agente?

El domicilio del sospechoso era una mansión colonial de tamaño medio con un garaje anexo al fondo de una calle en cuesta. Había un coche patrulla de la estatal de Nueva York aparcado en el acceso a la finca, la unidad L, condado de Suffolk. Probablemente un capitán o un mayor atendiendo a la viuda. Odessa aparcó un poco lejos (el CR-V no pasaba por FBI) y volvió a pie a la casa, decidida a resolver aquel misterio.

Se presentó a un par de policías que estaban en el jardín, ofreciendo sus credenciales y notando cómo la seguían con la vista cuando iba camino de la puerta. En algún lugar del interior de la casa, ladraban llorosos unos perros a los que habrían encerrado en un baño o en el sótano. La viuda estaba sola, sentada en un sofá grande, cerca de un antiguo piano de cola coronado de fotografías de sus hijos ya mayores. Se llamaba Louise Colina y tendría unos sesenta años, más de lo que Odessa esperaba, aunque seguramente la foto que su marido, Edwardo, al que conocían como Eddie, tenía en la web del ayuntamiento era de hacía muchos años.

El capitán de la unidad L se levantó al ver entrar a Odessa, con el sombrero de ala ancha en la mano. Era unos treinta centímetros más alto que ella, pero Odessa no se achantó y dejó que su placa le abriera camino. Le estrechó con firmeza la mano grande.

—¿Nos conocemos? —preguntó él—. Me suena su cara. ¿De qué oficina viene?

—Newark —respondió ella enseguida—. Pero estoy en misión especial en Kew Gardens. — Antes de que el capitán pudiera hacerle más preguntas, se volvió hacia la viuda—. Señora Colina, solo quería presentarle mis condolencias. Este debe de ser un momento terrible para usted.

La mujer parecía ausente, como algunos ancianos en las residencias. Tardaría semanas en recuperarse de aquella conmoción.

—Gracias —dijo.

—No puedo ni imaginar lo que tiene que ser ver a alguien salir por la puerta un día y luego... que le pase esto.

La señora Colina asintió con la cabeza.

—No hubo indicios. No paro de pensar que todo ha sido un gran error.

—¿Ningún indicio de ningún tipo? —insistió Odessa.

—Había tenido un accidente de tráfico ese mismo día —dijo el capitán—; se había estampado contra un muro de piedra, un accidente individual. No lo denunció.

—A lo mejor se dio un golpe en la cabeza —terció la viuda—. Eddie jamás haría algo así.

—Lo siento muchísimo —dijo la agente, cogiéndole de nuevo la mano a la viuda y retirándose después—. No quiero interrumpir su conversación. Voy a echar un vistazo rápido. Capitán...

El policía le devolvió el saludo con la cabeza, intrigado, pero volvió a sentarse, incapaz de abandonar a la señora Colina.

Odessa salió de nuevo afuera, evitando a los dos policías del jardín, y siguió el sendero que

conducía a la entrada de la finca. La puerta del garaje estaba abierta, el interior amontonado alrededor de un viejo Subaru. Hurgó entre cubos de equipamiento de atletismo que se había quedado pequeño, cajas de cartón, un banco de herramientas, un cortacésped tripulado... Buscaba un caldero de hierro como el que el agente Solomon le había descrito. Encontró el pie de una sombrilla vieja y unos tiestos, pero en ellos no había más que polillas muertas.

De nuevo fuera, subió cuatro peldaños de ladrillo hasta el patio lateral. Ladeada delante de una fila de árboles que separaban la finca de la del vecino, había una caseta. No era una de esas prefabricadas de resina para guardar herramientas que venden en el Home Depot o en el Walmart, ni de las caras hechas a medida con forma de cabaña, sino una vieja caseta de madera de pino oscuro con un cierre de hierro viejo, probablemente construida por algún propietario anterior.

Abrió la puerta de un tirón y le vino un olor a grasa y a serrín. La luz de la única ventana, una sola hoja de vidrio agrietado, caía sobre un antiguo cortacésped manual, unas bicis, un juego de croquet y otros deportes de hierba, y una fuentecita de jardín rajada. Apartó una bomba de bicicletas oxidada y examinó el fondo entelarañado de la caseta.

Jamás se habría fijado si no lo hubiera estado buscando. Al fondo, en un rincón, había una olla gruesa negra con el borde curvado. Estaba llena de porquerías: palitos, una sarta de cuentas de colores e hilo; mechones de pelo castaño que podrían haberse confundido con matas de hierba seca, y el mango de plástico de un cuchillo largo bocabajo.

Encendió la linterna del móvil y lamentó no llevar encima un par de guantes. Lo que había creído que eran simples palitos... ¡eran huesos! Oscurecidos por el paso del tiempo. De humano o de animal, eso no lo sabía.

—¿Agente?

La voz del policía sobresaltó a Odessa. Vio parte del ala del sombrero a través de la ventana agrietada.

—¿Sí...? —dijo ella.

—Al capitán le gustaría hablar un momento con usted... Dentro.

—¡Claro! —contestó, obligándose a sonar desenfadada—. Dígame que ya voy.

Permaneció inmóvil hasta que el ala del sombrero desapareció de su vista, luego hizo rápidamente un puñado de fotografías con el *flash* activo y salió de espaldas sin tirar ninguna de las bicis. Avanzó por el lateral de la casa hasta la calle y se dirigió a su coche, subió y se marchó.

—Perdone... Creía que era periodista.

Odessa sonrió y volvió a guardarse sus credenciales en el bolsillo delantero izquierdo. Entró en un despacho pequeño. Por las fotografías pegadas con celo en la pared alrededor de una bandera portuguesa, supo que la agente de seguridad de la patrulla costera Mariella Parra había sido en su día capitana de un pesquero de pez espada.

Le estrechó a Odessa la mano con la fuerza de un hombre. En su pelo rapado vio algunas canas, y patas de gallo en los ojos, de los años y del sol.

—Mi jefe me ha dado unos días libres —dijo mientras guardaba cosas en una bolsa de lona—. Solo quiero alejarme de aquí. ¿Tengo que contarle todo otra vez?

Odessa se encogió de hombros.

—Me vale con la versión abreviada, si hay una.

—¿Qué pinta el FBI en esto?

—Estamos investigando una oleada de matanzas similares.

Mariella retrocedió sorprendida.

—¿Piensan que hay algo más detrás de esto?

—No —contestó Odessa—, pero parte de nuestro trabajo consiste en recopilar estadísticas para detectar tendencias. —Se lo estaba inventando y lo disimuló con una sonrisa—. Sé que ha sido traumático para usted.

—Es muy sencillo —dijo Mariella, encogiéndose de hombros—. Yo tenía que comprobar unos permisos y pasé por el ayuntamiento unos veinte minutos antes de que cerraran. Oí unos gritos y supongo que al principio pensé que era el cumpleaños de alguien o algo así, ya sabe, una celebración. Puede que inconscientemente prefiriera pensar que los gritos eran de alegría. Cuando el vocerío se convirtió en alaridos... Creo que pasé allí otros diez o quince segundos, intentando convencerme de que me equivocaba. No es como en la tele, que la tensión va aumentando poco a poco y sabes que está a punto de ocurrir algo. De repente, estaba ocurriendo y yo estaba en medio.

Odessa asintió con la cabeza. Lo entendía mucho mejor de lo que ella pensaba.

—Cuando empecé a moverme, lo hice con sangre fría y con el arma reglamentaria en la mano. Estaba flipando. Vi el primer cadáver, la mujer tirada en el suelo. Se estaba desangrando. El hombre que estaba pagando los impuestos aún llevaba el billete en la mano y reptaba como un caimán por el pasillo, dejando un rastro de sangre. El intendente, el señor Colina, estaba apuñalando a la tercera mujer, pobrecilla, en los riñones, una y otra vez con aquel destornillador largo. Hubo un momento... —Se atragantó, luego continuó—. Hubo un momento en que el destornillador se le encalló en la columna y levantó un poco el cuerpo entero, por un instante, cuatro o cinco centímetros, después lo soltó y volvió al ataque. De forma mecánica, sin emoción...

Odessa estaba pasmada, reviviendo su propio trauma mientras escuchaba.

—¿Qué aspecto tenía él? ¿Qué cara tenía?

Mariella meneó la cabeza apenada.

—¿De intriga? ¿De disfrute? ¿Algo ausente? Le brillaban mucho los ojos, como si le fueran a estallar. Y me vio a mí y dejó caer a la mujer, sacándole muy despacio el destornillador de las lumbares. La policía estatal me ha preguntado si yo le dije algo. No le dije una mierda. Disparé no sé ni cuántas veces. Tumbé a ese hijo de puta tarado.

Exhaló, aliviada de terminar, después de haber relatado lo ocurrido en más de una ocasión. No contaba con que Odessa le iba a pedir más.

—¿Y luego qué?

—Pues... me lo cargué y salí corriendo en dirección opuesta. Abandoné de inmediato el edificio. La policía tardó una eternidad en llegar.

—Me refiero a que... —Odessa procuró expresarse con delicadeza—. Después de dispararle, cuando por fin cayó, ¿salió corriendo antes de que muriera o...?

Mariella miró a Odessa con los ojos entornados un segundo de más y a la agente se le erizó el vello de la nuca.

—No sé si estaba muerto, yo estaba bastante al fondo del pasillo, pero esperé a que se quedara quieto.

—¿Y...?

La mujer respiró hondo.

—¿Adónde quiere llegar?

Lo sabía. Odessa podía ver que lo sabía. Se acercó, bajó la voz.

—¿Vio algo, algo que emanaba de su cuerpo?

—Creí ver algo —contestó asustada—. La mente me jugó una mala pasada.

—¿Qué mala pasada?

No quería contestar.

—No sé.

—Esto no va a constar en mi informe —dijo Odessa—, si eso es lo que le preocupa, pero otros supervivientes de masacres como esa han declarado haber visto algo que abandonaba el cuerpo del asaltante en el momento de la muerte.

Le pareció que Mariella iba a vomitar. Agarró una botella de agua y dio dos tragos rápidos. Miró a Odessa. No se fiaba de ella, pero necesitaba compartir aquello.

—Era como... como una presencia.

Odessa notó que se mareaba al oírlo.

—Continúe.

—No..., no un fantasma ni nada así. Una esencia.

—¿Algún olor, a quemado, por ejemplo?

Mariella negó rápido con la cabeza.

—Salí corriendo. No lo sé. —Agarró las asas blandas de la bolsa de lona y la levantó de la mesa—. Lo siento, no puedo... Tengo que irme. —Luego, como si recordara de pronto que estaba hablando con una agente del FBI, añadió—: ¿Puedo irme?

Odessa cabeceó afirmativamente.

—Gracias —le dijo.

Mirándola de forma rara, Mariella pasó por delante de Odessa y salió de su despacho. La agente se frotó la cara, alentada de ver corroborada por otra persona su propia experiencia, y más aterrada que antes por la similitud. Si era cierto, ¿qué significaba todo aquello?

Odessa volvió en el coche aturdida. Unas cuantas veces, parpadeó y, al mirar la carretera que tenía delante, cayó de pronto en la cuenta de que había estado conduciendo sin pensar en que lo hacía.

Su mente la llevaba en múltiples direcciones. Debía centrarse.

Le mandó un mensaje a su amiga y compañera Laurena para que la llamara. Ni sesenta segundos después, le sonó el móvil. Contestó.

—Hola, eres la mejor —le dijo.

Aunque era cinco años mayor que Odessa, Laurena solo llevaba dos años siendo agente, porque antes de solicitar una plaza en el FBI, había sido pasante en el circuito judicial.

—¿Dónde andas? ¿Estás bien?

Odessa dedicó unos segundos a disipar sus temores. La preocupación de Laurena le empañó los ojos.

—¿Me puedes hacer un favor?

—Lo que sea, Dessa. Pero no se me da bien cocinar.

—No te llamaría para que me hicieras la comida.

—Y tampoco limpio mucho.

—Quiero ver fotos de la escena del crimen de la casa de los Peters.

Una pausa larga.

—¿Y para qué quieres ver eso?

—Las que sean muy espantosas, no, pero lo quiero todo. No es por los cadáveres.

—¿Por qué es, entonces? Ya me has preocupado.

—No me lo puedo quitar de la cabeza —contestó Odessa—. Quiero ver lo que había allí, en la casa: en el sótano, en el garaje..., todo.

—No sé. Esto me parece poco saludable y poco ético.

—Me las puedes mandar por Dropbox. Súbelas y me envías el enlace por otro lado. Te

prometo que las voy a ver, pero no me las voy a descargar. Nadie nos va a relacionar.

—Si la Agencia lo investiga, nos van a relacionar.

—No lo harán —dijo Odessa—. Por favor, Laur.

Silencio, salvo por un golpeteo, el del lápiz de Laurena en su escritorio.

—Preferiría hacerte la comida.

—Gracias, Laur —le contestó enseguida.

—¡Si no te he dicho que sí...!

—Eres la mejor —añadió, y colgó.

*Obediah se había visto expelido del cuerpo del intendente municipal demasiado prematuramente. Aún tenía mucho que hacer. Pese al frenesí siempre placentero de la expulsión, la experiencia había terminado de forma insatisfactoria.*

*Se fue del anexo del ayuntamiento de Little Brook, impaciente por encontrar otro vehículo adecuado. Fue una mujer de cincuenta y tantos años que llevaba una colchoneta de yoga y se subía al volante de un utilitario deportivo color canela. Obediah se hizo con la mujer, y con el automóvil, durante un trayecto rápido rumbo norte hacia la ruta 495, una interestatal de este a oeste. Llevó a la mujer y a la máquina hasta el límite, alcanzando velocidades de ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora, sirviéndose de aquellas manos de manicura perfecta para zigzaguear entre los coches con un fuerte rechinar de neumáticos.*

*Buscaba el lugar adecuado, el momento adecuado. Como un halcón peregrino que se prepara para atacar por sorpresa a una paloma o un ave zancuda distraídas.*

*Se deslizó a la derecha y viró bruscamente hacia la rueda trasera izquierda de un pequeño deportivo, al que mandó haciendo el molinete por dos carriles y por el lateral sin quitamiedos de la autopista, hasta que terminó hecho pedazos entre los árboles. Por el camino golpeó a un camión de caja cerrada al que volvió del revés, haciéndolo chocar de frente con una furgoneta de reparto. A ambos los embistió después un camión de mudanzas Mayflower.*

*El SUV derrapó formando un arco largo de izquierda a derecha por tres carriles de la autopista, y aún iba a más de ciento treinta kilómetros por hora cuando se empotró en las barreras de hormigón reforzadas por barras de hierro. El vehículo humano de Obediah murió en el acto y el ente se vio obligado a liberarse súbitamente a modo de espectaculares fuegos artificiales reventando un cascarón. Una gozada.*

*Después de que los otros vehículos frenaran patinando, el silencio fue absoluto, con las columnas de humo saliendo de los motores arrugados. Obediah se sintió realizado, conmovido, como con los últimos movimientos de una gran sinfonía, solo que en vez de aplausos, no oyó más que puertas de coches que se abrían y voces angustiadas de testigos incapaces de digerir la carnicería que tenían delante.*

*No perdió el tiempo. Se introdujo en el cuerpo de una joven de veintitantos años, una buena samaritana que bajaba de su todoterreno deportivo. La subió de nuevo al vehículo y arrancó el motor, sabiendo por experiencia que, si no se iba pronto, se vería atrapado un buen rato en un atasco tremendamente decepcionante.*

*Al sorprendido novio de la buena samaritana apenas le dio tiempo a instalarse en el asiento del copiloto antes de que el todoterreno saliera disparado. La primera tentación de Obediah fue repetir el suceso, experimentar otro choque espectacular, pero lo distrajeron, y después lo fastidiaron, las protestas, las preguntas y la preocupación del novio: «¿Por qué vas tan rápido? ¿Qué te pasa? ¿Por qué pones esa cara?».*

*Quiso agarrarla del brazo y Obediah le soltó un bofetón que le partió las gafas en dos y le hizo un corte encima de la ceja izquierda. Mientras el tipo se agarraba la frente y aullaba de dolor, Obediah hizo que la buena samaritana alargara la mano y le soltara el cinturón de seguridad, abriera la puerta y diera un bandazo con el coche a derecha e izquierda. El novio impertinente rodó del coche y fue dando tumbos por el asfalto hasta que su cuerpo, visto por el*

*retrovisor, quedó tendido entre dos carriles y fue arrollado por una furgoneta de reparto de Amazon Prime.*

*La visión le resultó extrañamente satisfactoria y, por un momento, pensó en darle a ella el mismo fin, tirándose en marcha del vehículo a toda velocidad.*

*Pero otro impulso controló la atención del ente. Una constancia, un súbito conocimiento. Lo sintió del mismo modo que los animales perciben las variaciones de la presión barométrica que presagian cambios meteorológicos.*

*El enemigo.*

*Estaba cerca.*

*Obediah era incapaz de sentir miedo, incapaz de cualquier otra cosa que no fuera cazar por placer. Pero allí había una fuente de dolor potencial. Allí estaba el fin del bullicioso paseo de glotona aniquilación del ser hueco.*

*Había cuatro seres huecos. Siempre había habido cuatro seres huecos. Pero Obediah era el único ente todavía libre.*

*Pisó a fondo el acelerador y llevó el todoterreno al oeste, hacia Nueva York.*

*Hacia Hugo Blackwood.*

Odessa volvió a la habitación de hospital de Earl Solomon y lo encontró sentado en una silla acolchada, mirando por la ventana sucia. El cielo era de un azul pastel y se preguntó qué vería en él un anciano cuya salud ya le había dado un buen susto, si lo vería siquiera.

—¿Ya es la hora? —preguntó antes de volverse. Esperaba a una enfermera—. Ah, agente Hardwicke.

—Hola otra vez —dijo ella, deteniéndose a los pies de la cama vacía. El televisor del rincón estaba en silencio—. ¿Cómo se encuentra hoy?

—He tenido días mejores. —Se volvió de nuevo hacia la ventana—. No veo nada con este cristal tan sucio. Tuve que vigilar una vez a un limpiacristales. Fue en Manhattan, a finales de los sesenta, pero los edificios ya eran altos entonces. Intenté subirme a una plataforma. Por entonces no los sujetaban con esos clips..., ¿cómo se llaman?

—¿Mosquetones?

—No había nada así —dijo, volviéndose de nuevo hacia ella—. Menos aún cuando te quedaba tan poca arena en el reloj. —Se rascó por encima del cuello del camión de hospital con unas uñas que eran como puntas de flecha romas—. ¿Qué la preocupa?

—A lo mejor lo ha visto en la tele... Ha habido otra matanza. Esta ha sido en Long Island.

—Un político local —dijo Solomon.

Odessa asintió.

—Otra persona que cortocircuitó, sin antecedentes de violencia ni agresión. Mató a tres personas inocentes antes de que le dispararan.

Solomon frunció los labios secos.

—Ve similitudes con su caso.

—¿Usted no?

Sonrió, cerrando un ojo, no para guiñarlo, sino para verla mejor.

—Siempre van de tres en tres, estas cosas. Todas las cosas malas, de hecho.

—¿Siempre? —preguntó Odessa—. ¿Cuántas veces ha visto algo así?

—Ha ido al lugar de los hechos, ¿verdad? —dijo Solomon.

No le quedó claro si lo aprobaba o simplemente le divertía.

—Sí —contestó ella—. La otra vez que estuve aquí, me preguntó si había visto calderos en la escena del crimen. ¿Por qué?

—Por curiosidad.

—Es un detalle muy específico, y raro.

—Lo sé. Y me miró como si estuviera loco de atar. Pero luego ha ido a la casa de ese asesino en Long Island...

—No estaba en el garaje —le dijo ella—, sino en una caseta vieja en la parte de atrás de la casa. Una olla de hierro, como la que usted me describió. Es algo inusual.

Sonrió.

—Me halaga ver que ahora está ávida de información.

—Pero ¿cómo lo sabía?

Dos enfermeras llamaron a la puerta abierta a la espalda de Odessa y entraron directamente en la habitación.

—Bueno, señor Solomon...

A Odessa se le cayó el alma a los pies. Se hizo a un lado para dejarlas pasar.

—¿Tiene visita? —dijo una.

—Mi contable —contestó él—. Gestiona mi vasta fortuna.

La mayor de las dos sonrió a la agente.

—¡Qué maravilla!

Odessa se quedó allí plantada, nerviosa, mientras lo ayudaban a pasar de la silla a la cama con ruedas.

—¿En qué nos aconseja invertir? —preguntó la más joven—. Si pudiera apostar por una sola inversión, ¿cuál cree que tendría un beneficio garantizado a largo plazo?

—La estupidez humana —contestó él en cuanto lo acomodaron sobre las almohadas.

Las enfermeras rieron. Odessa estaba nerviosísima. Tenía mucho que preguntarle.

—Le van a hacer otro escáner —dijo la enfermera mayor—. Tardará un rato.

—¿Va todo bien? —preguntó Odessa.

Las enfermeras no soltaron prenda. Confidencialidad del paciente. Miraron a Solomon.

—Una de las pruebas ha salido mal —dijo él—. Y a estas señoras les vale cualquier excusa para desnudarme. ¿Cómo estaba mi casa?

—Su casa estaba bien. Estupendamente. —La sala de las cintas... ¿Cómo podía sacar el tema con las enfermeras delante?—. Me he llevado a Dennis.

—¿A quién? Ah, al pez. Bien. ¿Me ha robado algo más? ¿Encontró algo de interés?

Las enfermeras lo desconectaron de los monitores y soltaron el freno de la cama.

¿Y si le pasaba algo? ¿Y si era un ahora o nunca?

—He estado mirando las fotos de la escena del crimen de mi caso —dijo Odessa—. Fotografiaron la casa entera, como ya sabrá.

Las enfermeras fingieron que no escuchaban, pero pusieron la antena al oír «fotos de la escena del crimen».

—¿Y cómo las ha conseguido? —preguntó Solomon.

—En una de las fotos me ha parecido ver otra olla, un caldero, en el sótano, detrás de un calentador de agua. En la casa de Peters, en la que vivía su familia. Escondido allí abajo. No he podido ver lo que había dentro. El fotógrafo debió de pensar que era una papelería o algo por el estilo.

—¿Qué había dentro del que ha visto, del de Long Island?

Se le hacía raro decirle aquello con las dos enfermeras presentes.

—Huesos, basura, cuentas, pelo... ¿Es una especie de santuario?

—¿Qué clase de huesos? ¿De qué tamaño?

—No sé. No soy antropóloga forense.

—Pero reconoce un hueso humano cuando lo ve. ¿Era de tamaño infantil, de adulto...? Es un dato importante.

Las enfermeras ya lo tenían listo, pero como estaban pendientes de la conversación, no sabían si llevárselo.

—Perdón... —dijo la más joven, tanto a Odessa como a Solomon—, pero tenemos que irnos.

Y empezaron a pasar la cama por la puerta.

—De los dos, diría yo —contestó Odessa—. Eran huesos humanos. Unos grandes, otros pequeños.

—Y a ver..., ¿de dónde se pueden sacar unos huesos humanos? —le preguntó él mientras lo sacaban al pasillo.

En casa esa noche, el cuenco de fideos a medio comer se enfriaba al lado de su portátil.

Linus estaba sentado a su escritorio, junto a la ventana, con los auriculares de diadema puestos, redactando un informe, y el suéter de ochos verde menta que le gustaba ponerse en las noches frías. Un poco de Frank Ocean escapaba de sus orejas almohadilladas. Odessa no entendía cómo podía escribir con música. Ella se pondría a cantar y no avanzaría nada.

La tenía vigilada, la miraba de reojo de vez en cuando, observaba su reflejo en la ventana oscurecida por la noche. Ella lo notaba. Resultaba reconfortante, un detalle por su parte. La emocionaba que la cuidara. Pero también la hacía sentir rara que alguien se preocupase tanto por ella. ¿Esperaba Linus que se desmoronara, o miraba a su novia pensando en cómo se sentiría habiendo matado a alguien? O peor aún, quizá se planteaba si habría matado a Walt Leppo por error. A fin de cuentas, ella era la persona con la que se iba a la cama.

A Odessa la inquietaba la impresión que pudiera dar. A menudo se sorprendía inspeccionando su propia conducta: «¿Parezco cuerda?». Y mucho más esa noche, después de las cosas que había averiguado durante el día.

—¿Te vas a terminar eso? —le preguntó él.

—Ah, luego me lo caliento. Está bueno.

Linus le sonrió.

—Estabas mirando al infinito.

—Lo sé. Estoy bien.

—¿Prefieres que veamos algo en la tele?

—No, tranquilo —contestó ella—. Me estoy poniendo al día de algunas noticias.

Linus sonrió y volvió a encajarse los auriculares en las orejas. Odessa siguió con su portátil, repasando los resultados de la búsqueda de noticias sobre el saqueo de tumbas en Nueva Jersey y Long Island, abiertas en ventanas de navegación privada porque le preocupaba lo que pudiera parecer si alguien lo veía en su historial de búsqueda.

Abrió y leyó en un portal de noticias varios artículos sobre tumbas asaltadas y pintarrajeadas, casi todos de periódicos locales. Tumbas profanadas. Lápidas tumbadas. Vidrieras robadas. Redujo la búsqueda a los incidentes de los últimos cinco años.

Un artículo le llamó la atención. En realidad, era una serie de artículos, un escándalo en su momento, uno que Odessa recordaba vagamente haber visto entre sus noticias. LA BEBÉ MILAGRO CONTINÚA DESAPARECIDA DE SU TUMBA. Ese era uno de los titulares menos arbitrarios. El artículo era de hacía unos años, un texto agrisado sobre una niña de las afueras de Jersey apodada Baby Mía. Había nacido con una enfermedad neurodegenerativa y no se esperaba que sobreviviera más de unas horas. En contra de todas las previsiones, vivió hasta varios meses después de cumplir dos años, pero el coste sanitario de mantenerla viva era prohibitivo y un reportaje sobre la «niña milagro» se hizo viral. Baby Mía empezó a ser tendencia en las redes sociales. Aparecieron carteles con la fotografía de la niña, con una cinta elástica de color rosa alrededor de la cabecita vendada, en los escaparates de todo Nueva Jersey, desde Asbury Park hasta Trenton, e incluso cruzaron el río hasta algunas zonas de Filadelfia. Se creó un código especial de SMS, un atajo de seis dígitos que permitía hacer donaciones directas de diez dólares a su fondo sanitario. Six Flags Great Adventure y Storybook Land organizaron galas benéficas y la niña lanzó el disco en un partido de desempate en casa de los New Jersey Devils, convirtiéndose en una celebridad local. Cuando finalmente sucumbió a la enfermedad, los Devils guardaron un minuto de silencio por su nueva mascota antes del partido.

Seis meses después se descubrió que habían excavado la parcela del cementerio de Allenhurst donde estaba enterrada y habían robado el ataúd. La asombrosa noticia llegó a los

programas matinales y sus afligidos padres sufrieron por segunda vez. Aunque el delito no se resolvió oficialmente, Odessa encontró un artículo posterior sobre el desmantelamiento de una red de narcotráfico que enlazaba con noticias de recientes profanaciones de tumbas y citaba la de Baby Mia y el robo en un cementerio de Long Island del cadáver de un hombre fallecido en 1977.

Examinó los relatos del robo de otros cadáveres y del asalto de mausoleos. Un número asombroso de casos. «¿Saqueo de tumbas? ¿En Nueva Jersey? En las noticias de la noche.» Por fin se obligó a salir del agujero de gusano de internet e intentó buscar sentido a lo que había averiguado.

¿Por qué iba nadie a profanar la tumba de una niña? Lo primero que le vino a la cabeza fue alguna secta religiosa, algún tipo de vudú. Las redes de narcotráfico a menudo veneraban a determinados santos oscuros o a deidades esotéricas supersticiosas para que los «protegieran» de una detención. La santería era la más conocida.

Pero ¿qué tenía que ver aquello con las masacres? Cerró el navegador más confundida que nunca. Nada de aquello parecía lógico y, aun así, le quedó un helor en las entrañas. ¡Significaba algo! Pero ¿qué?

Odessa dio unos sorbos al agua con gas, teñida de lima. Dennis, el pez, nadaba en el agua dulce de la pecera limpia, en el centro de la mesa. Sus aletas de aspecto delicado se veían descoloridas, el granate de su cuerpo más naranja. Se preguntó lo cerca que habría estado de la muerte, esperando a que su dueño volviera a casa. Recordó cuando se habían llevado de su habitación al agente Solomon, también próximo a su fin. Le pareció que Dennis la miraba, nadando en su sitio un momento, antes de reanudar su desplazamiento circular.

Tomó una decisión y se levantó.

Tenía una carta que escribir.

*A Hugo Blackwood:*

*Me llamo Odessa Hardwicke. Soy agente especial del FBI y trabajo en la sede de Nueva Jersey, aunque actualmente me encuentro desplazada en misión especial.*

*Un compañero, Earl Solomon, me ha sugerido que le escriba para solicitar su ayuda en una investigación urgente. Esto es algo inusual y poco ortodoxo para un federal, pero el señor Solomon insiste y, en estos momentos, la investigación está estancada.*

*Le escribo en relación con dos masacres distintas y en apariencia no vinculadas que han salido recientemente en las noticias, una en Montclair, Nueva Jersey, y la otra en Little Brook, Long Island.*

*Le agradecería muchísimo cualquier ayuda.*

Odessa se sentó en un asiento del metro cerca de la puerta central, con la nota manuscrita metida en un sobre manila de tamaño cuartilla dirigido a Hugo Blackwood, como le habían indicado. La había doblado una vez, solo una. El sobre yacía bocabajo en su regazo. El tren rodaba por debajo del río Hudson, transportando a los viajeros rezagados que iban a trabajar al Lower Manhattan desde Nueva Jersey.

Se sentía a ratos resuelta y a ratos estúpida, haciendo un recado tan extraño. Si aquello era un indicio de desesperación por su parte, al menos se trataba de una decisión particular, que podría negar si era necesario, y sin hacer daño a nadie.

Salió del metro a un aguacero que la *app* del tiempo de su móvil no había previsto. Abrió el paraguas y se metió el sobre por debajo de la chaqueta para que no se mojara. La lluvia caía algo ladeada, azotando el escudo de nailon negro que le cubría la cabeza, rebotando en la acera y empapándole los tobillos y los bajos de los pantalones. El camino estaba despejado porque la lluvia había espantado de las calles a los peatones, o al menos retrasado sus escapadas a por el café de media mañana o los descansos del cigarrillo electrónico. Cuando el viento empezó a levantarle la lluvia a las rodillas y los muslos, valoró la posibilidad de esperar ella también a que pasara el chaparrón, pero al final decidió que debía hacer aquello cuanto antes. Sus actos parecían material onírico; no se libraría de aquel trance hasta que cumpliera su objetivo. Azotada por la lluvia, apretó el paso hacia Stone Street.

Lo había investigado esa mañana, después de que Linus se fuera al bufete. Stone Street era una vía estrecha adoquinada que databa de 1658, la primera vía de Manhattan pavimentada con piedra en la época en que la isla era una colonia holandesa agrícola y comercial conocida como Nueva Ámsterdam y aquella la calle mayor. Wall Street era por entonces, en efecto, un muro de madera, una barrera protectora en el límite meridional del asentamiento. Luego siguió un inexorable desgaste de siglos de duración. Hasta los años setenta del siglo XX, Stone Street fue un sórdido callejón; en los ochenta, continuó deteriorándose hasta convertirse en un vertedero forrado de grafitis.

Las obras emprendidas en la zona dividieron entonces la calle en dos secciones. La mitad oriental, de solo dos manzanas de longitud, flanqueada por *lofts* y almacenes restaurados de mediados del siglo XIX (después de que el gran incendio de 1835 destruyera casi todo lo que quedaba de Nueva Ámsterdam), se convirtió en una zona peatonal, conocida como distrito histórico del puerto marítimo de South Street. Las calzadas de granito, las aceras de roca basáltica y las farolas que simulaban antiguas lámparas de gas la revitalizaron como destino turístico, con terrazas en los meses más cálidos. Las banderas de diversos países, colgadas de un alambre tendido entre edificios, ondeaban sobre la calle de aspecto quizá más europeo de toda la isla. La mitad occidental seguía abierta al tráfico en una sola dirección, pero los edificios cubiertos de andamios y las zonas de obras reducían la calle a un pasadizo intransitable. No había peatones a la vista, solo un camión de reparto al fondo de la calle, con los intermitentes puestos.

Odessa dejó atrás el número 11 de Stone Street y continuó avanzando; el siguiente número marcado era el 19. Retrocedió, escudriñando los portales de granito en busca de la numeración, pero no hubo suerte. Se frustró, y estaba a punto de rendirse, furiosa consigo misma por seguir las instrucciones de un anciano obviamente confundido, cuando al levantar la vista a la lluvia que

caía, vio dos números en unas baldosas de piedra elevadas, ocultas bajo la cornisa que separaba el nivel de calle de la segunda planta. Dos edificios se alzaban juntos, la costura de piedra que los separaba apenas se distinguía en el tejido de ladrillo. Por arriba, los muros exteriores estaban decorados con flores de lis de cobre enverdecido.

Allí, frente a ella, estaba de pronto el buzón negro de hierro fundido. Había pasado por delante tres veces sin verlo. Los años habían pulido su superficie. La lluvia lo había vuelto resbaladizo y, por algún capricho de las sombras, la ranura apenas se distinguía.

Miró alrededor; el descubrimiento del buzón le parecía de pronto censurable. Sacó el sobre del interior de la chaqueta, deteniéndose un instante a mirar el destinatario escrito de su puño y letra: HUGO BLACKWOOD . Unas gotas de lluvia salpicaron el grueso papel manila y emborronaron un poco la tinta. Odessa metió enseguida la carta por la ranura. El sobre desapareció sin hacer ruido.

Volvió a mirar alrededor, recelosa, sintiéndose observada. Aquello parecía un punto de entrega, como en las novelas de espías. La calle estrecha estaba a oscuras, una auténtica gruta inundada de lluvia que caía a mares por encima de las ventanas de los almacenes de artículos de confección.

No apareció nadie, no ocurrió nada.

Se marchó con el vello de la nuca erizado. Llegó a un pub, unos portales más adelante, en la acera opuesta de la misma calle, cerró el paraguas y se coló dentro. Se sentó a una mesita redonda con estante, cerca del ventanal, y pidió un *latte* . Observó el bloque de ónice, difícil de ver desde aquel ángulo, distorsionado por la lluvia oblicua. Varias personas pasaron a toda prisa por delante, tapados con paraguas o periódicos doblados, pero ninguna se detuvo. La cuña de piedra parecía parte de la fachada de los edificios siameses, sin nada detrás. No había forma visible de recoger la carta.

¡Qué absurdo!

Esperó. El café estaba bueno; su calor cremoso alivió la frialdad de la lluvia y de las circunstancias, y la cafeína le sentó bien a su sistema nervioso. Allí sentada, notó de pronto que se encontraba mejor, o quizá fue consciente de lo mal que había estado los últimos días. Entregando la carta, Dios, incluso plasmando en papel sus pensamientos y encerrándolos en un sobre de tamaño y color concretos depositado en una junta anónima de una calle antiquísima de una urbe isleña de millón y medio de habitantes había logrado lo que de otro modo le habría llevado meses o años de terapia.

A lo mejor, pensó, eso era lo que Earl Solomon le proponía. A lo mejor aquel era un experimento meditado para ayudarla a superar la mala experiencia. A lo mejor Hugo Blackwood era un estado de ánimo.

Cuando entró de nuevo en el metro, la lluvia había amainado. Llegó un tren enseguida y Odessa volvió a Nueva Jersey pensando en cosas en las que solía pensar: comprar comida, hacer la colada atrasada... Pequeñeces que la sosegaban.

Fue corriendo a Walgreens a por unas cuantas cosas (crema para el café, pasta de dientes...) e hizo a pie el resto del camino hasta el apartamento. No se había deshecho del todo de su pesadumbre, pero sí la había paliado. Apoyó el paraguas en la pared del pasillo, junto a la puerta, entró en casa y colgó la chaqueta casi seca del pomo de la puerta cerrada.

Había un hombre sentado en su sofá.

—Me ha llamado —dijo Hugo Blackwood—. Aquí me tiene.

\* \* \*

Tenía unos ojos y un pelo oscurísimos que contrastaban con su piel de alabastro. Era delgado, casi chupado, pero misteriosamente elegante. Le recordaba a la imagen que ella tenía de los personajes masculinos de la literatura de los siglos XVIII y XIX. Llevaba un traje negro a medida de confección impecable, sencillo pero exquisitamente cortado y montado, con camisa negra, chaleco negro y sin corbata. Tendría cuarenta y tantos años, o tal vez cincuenta y tantos bien conservados. Costaba calcularlo. Sostenía una de las tazas de té de Odessa y la miraba inquisitivo.

—He leído la carta —dijo Hugo Blackwood con un suave acento británico—. De hecho, la esperaba un poco antes...

Lo primero que pensó Odessa fue: «Busca un arma». Por primera vez desde que le habían quitado su Glock, la echó de menos. Se había dejado las llaves en el bolsillo de la chaqueta. La puerta del apartamento estaba a su espalda. Podría escapar en tres segundos si hacía falta.

—Soy agente del FBI —fue lo primero que le salió por la boca. Una advertencia y una amenaza, una que jamás pensó pudiera llegar a usar en su propia casa, eso sí.

—Lo sé —contestó él sin más.

A Odessa se le aceleró la respiración.

—¿Quién es usted?

—Ya sabe quién soy.

—No —dijo ella, mirándolo fijamente.

—Me ha escrito —replicó él—. Por eso he entrado. —Al ver que no le salían las palabras, Odessa se limitó a negar con la cabeza—. Voy a preparar un té —dijo Blackwood—. Espero que no le importe...

Odessa se agarró al borde de la pared.

—No es posible que haya llegado aquí antes que yo. —Él enarcó las cejas. Le señaló el sofá en el que estaba sentado, prueba de que ciertamente había entrado en el apartamento antes que ella—. ¿Cómo ha venido tan rápido?

—¿Me va a acribillar a preguntas?

—¿Cómo me ha encontrado? —quiso saber la agente.

—Bueno, su nombre estaba en la carta.

—¿Qué es ese... buzón? ¿De qué va esto? ¿Quién lo ha contratado?

—Usted. El buzón es más bien una ranura de correo. Sigue siendo bastante eficaz incluso en los tiempos que corren.

«¿En los tiempos que corren?» Mientras mantenía aquel tira y afloja con él, fue acercándose a la cocina, donde estaban los cuchillos.

—¿Podemos hablar de las cuestiones que expone en su invocación?

—¿Invocación? —dijo Odessa.

—Me ha llamado —replicó él—. Deduzco que el asunto es de importancia inmediata para usted.

—No —respondió ella, indignada—. No, no podemos...

El hervidor estaba caliente y aún soltaba algo de vapor. Había entrado en su apartamento y le había dado tiempo a hervir agua, ¿todo eso en lo que ella se había tomado un café, cogido el metro de vuelta y parado a comprar?

Blackwood notó que la desconcertaba que hubiera hervido agua.

—He traído mi propio té, debo añadir. Mariage Frères, Milky Blue —dijo, dándole un sorbo—. ¿Por qué no se hace una taza, se sienta y se calma un poco?

Eso la espabiló. No necesitaba calmarse, sino que contestara sus preguntas.

—Estoy bien así, gracias —contestó.

—Los casos que describe me parecen sintomáticos. Y no hay dos sin tres.

—Eso me dijo Solomon —intervino ella.

—Earl, sí. Supongo que sí. —Sonrió—. Los hechos conocidos no son destacables por sí mismos, pero esos incidentes son extraños en abstracto. Sobre todo porque han sucedido por separado en muy poco tiempo.

—¿De qué conoce a Earl Solomon? —preguntó Odessa.

Blackwood inspiró hondo, visiblemente incomodado por la pregunta.

—¿Cómo lo conoció?

—¿Cuánto hace que lo conoce? ¿Qué hacen los dos juntos? ¿Qué demonios está pasando aquí?

—¿De veras? Usted me ha enviado una...

—Sí, una carta —dijo Odessa—. Yo echo una carta por una ranura sin fondo cerca de Wall Street, en Manhattan, y se cuelga en mi apartamento un británico que se niega a responder a mis preguntas.

—Earl Solomon debería haberla preparado mejor. ¿Cómo está mi querido Earl?

—Muriéndose. Ha tenido un ictus. Tiene ochenta y muchos años y debería haberse jubilado hace decenios. Acudo a él, él me remite a usted, y yo necesito saber qué clase de estafa se traen entre manos los dos.

Blackwood bebió otro sorbo de té.

—Por lo visto, no le ha contado mucho de mí.

—No, señor. Omitió completamente esa parte.

—Ya veo. Suponía que tendría una idea aproximada de a qué se enfrentaba.

—Omitió. COMPLETAMENTE. Esa. Parte.

—Solo le dio la dirección, ¿no?

—Bueno, no está bien. Ya le he dicho que se está muriendo, ¿verdad? —Él negó con la cabeza una vez. Ella esperó—. ¿Y ya está? ¿No siente curiosidad por cómo va? ¿Ni compasión ni preocupación, señor Blackwood? Porque se llama así, ¿verdad? ¿Hugo Blackwood?

—Así me llamo, sí, señorita Hardwicke.

Nada más. Ya estaba irritada y exasperada, pero la frialdad desenfadada de aquel hombre extraño la desquiciaba.

—Está en el hospital.

—Por desgracia —replicó Blackwood—. Para nosotros dos.

Odessa sonrió a pesar de su sorpresa.

—Entonces, ustedes son íntimos.

—Me ha ayudado muchas veces. Tengo una opinión excelente de su ética y su rendimiento profesional.

—¿Lo ha ayudado, él a usted, muchas veces? —repitió Odessa—. ¿Para quién trabaja?

—¿Para quién? Para nadie.

—¿Para las fuerzas especiales británicas? ¿Los servicios de seguridad?

—Ah, no. Para ellos no.

Odessa probó a empezar de cero. Abrió sus credenciales del FBI y se acercó a Blackwood, inclinándose sobre la mesita de centro que los separaba.

—Esta es mi identificación, ¿vale? —La cerró y se la guardó—. Ahora enseñeme la suya.

—No tengo —contestó él.

—¿No tiene identificación?

Blackwood sonrió, quizá por la obstinación de la agente.

—¿Hablamos de los calderos?

La forma en que dijo «calderos», con la voz de un hombre de otro tiempo, la tranquilizó.

—Muy bien —respondió ella, y se sentó en una silla, en diagonal a él—. Hábleme de los calderos.

—¿Cuánto sabe del palo?

—¿Del palo? —repitió ella.

—Ya veo —prosiguió él—. Los calderos son un elemento fundamental del palo mayombe, una religión oscura que surgió del comercio de esclavos español en el siglo XVI. El caldero se prepara con determinados objetos rituales, así como efectos personales totémicos del emisor, o el destinatario, del hechizo que se vaya a hacer.

—Un hechizo —dijo Odessa.

—Hechizo. Conjuro. Maldición. Cualquier invocación, con el nombre que sea. Para que esa invocación alcance su objetivo y logre plena fuerza y poder, quien la practica, por lo general una sacerdotisa, deberá incorporar objetos de la muerte en el ritual del palo, como animales o aves muertas, huesos humanos...

Con cada palabra, Odessa le iba haciendo el perfil. ¿Un profesor de religión? ¿Un experto en ocultismo?

—Entiendo lo que dice —terció ella— y he sido testigo de esas cosas de las que habla. Lo que no comprendo es..., ¿insinúa que esos asesinos eran seguidores del palo, o víctimas de algún tipo de maldición?

—No es tan sencillo. Lo que le he estado describiendo es una religión, una práctica con la que no está familiarizada y que es inusual en esta parte del mundo, pero que cuenta con miles de adeptos y practicantes que no son ni asesinos ni víctimas de asesinato. El palo mayombe, en sí mismo y por sí solo, es un sistema de fe y de culto, y como tal es inocuo.

—Vale... —dijo Odessa, meneando la cabeza—. Entonces, ¿de qué estamos hablando?

—Aquí podrían operar fuerzas más oscuras. El palo es una fe dinámica, en contacto con profundas corrientes subterráneas de la naturaleza prácticamente inexploradas. Cualquier sistema, cualquier Iglesia, se puede corromper. Puede que otro ente se haya apropiado de la ceremonia de invocación para sus propios fines.

De pronto su lógica empezaba a flojear.

—¿Ente?

Blackwood suspiró y dio un sorbo a su té.

—Hay un número limitado de ellos. Cada religión les da un nombre, pero existe una taxonomía básica de no más de treinta o treinta y cinco tipos, en realidad.

Le hizo gracia la gravedad con que le hablaba. No se echó a reír porque aquel disparate la tenía intrigada. Aquel hombre la intrigaba. Y su relación (o ausencia de relación) con Earl Solomon también.

—Creo que ahora sí me voy a hacer un té —dijo, y se metió en la cocina, bajó una taza de Starbucks conmemorativa de la ciudad de Newark (que había comprado de coña), le metió una bolsita de una infusión de hierbas y la llenó de agua del grifo.

—La mayoría de esos entes se remontan a la época mesopotámica —dijo Blackwood—. Y su única razón de ser es hacer daño, menoscabar o destruir lo bueno de este mundo...

Odessa metió la taza en el microondas y pulsó el botón de treinta segundos.

—No haga eso, por favor —le dijo él.

—¿El qué? —contestó ella, volviéndose a mirarlo.

—Lo que está haciendo.

Entendió que se refería a que estaba usando el microondas en vez del hervidor, como había hecho él.

—Es rápido —se defendió ella.

Él soltó una exhalación de descontento que no llegó a ser un suspiro ni un gruñido, pero tenía un poco de ambos.

—También la decapitación —repuso Blackwood. Pitó el microondas y Odessa sacó el agua caliente y la removió—. Tiene que dejar la bolsita en remojo —insistió él.

—Ja —replicó ella, volviendo a su silla—. Nadie tiene tanto tiempo. —Vio que la miraba como si hubiera cometido una atrocidad—. ¿Se come la bolsa también cuando termina? —le preguntó.

—La bolsita es un invento moderno, un atajo para no tener que verter agua sobre las hojas, preparar la infusión y colarla. Una forma de eludir ese proceso, sacrificando el placer del sabor por la inmediatez.

Ella asintió y bebió a sorbitos, disfrutando perversamente de su desprecio.

—Está bueno —dijo, y se recostó en el asiento.

—Esos entes... —continuó Blackwood—, responden a múltiples nombres, optan por determinados rituales.

—¿Optan? —dijo Odessa—. ¿Cómo que optan?

—Un mismo ente puede aparecer en el palo o en un exorcismo católico con un nombre distinto. Les gusta el juego de roles, la mentira, el fingimiento, la emoción. Igual que usted sintoniza o desintoniza una emisora de radio, ellos sintonizan con lo que les apetezca en un momento concreto...

—¿Es usted profesor de religión o algo así?

—Algo así —contestó él.

—Se ha enfrentado otras veces a situaciones..., a casos como este.

—Muchas veces, demasiadas, en demasiados lugares. En realidad, no termina nunca, ¿sabe? Podría decirse que ellos son el yin y yo el yang.

—Suena a galleta de la fortuna... ¿Cómo sabe todo lo que sabe?

—Experiencia. Usted parece una agente novata.

—Pues no —replicó ella, ofendida—. Soy relativamente nueva en la Agencia.

—Solomon también fue novato en su día. —Blackwood exploraba con la mirada su apartamento como si estuviera leyendo su currículum—. Por algún sitio hay que empezar a conseguir clientes, supongo.

—¿Conseguir «clientes»? —dijo ella, sin comprenderlo.

—En su Agencia; usted es una agente.

—Soy agente especial, es un cargo. No soy... representante.

—Un agente es un intermediario, tal y como lo entiendo yo. Un enviado, un instrumento. Una representante, sí, de la Agencia de Investigación.

Casi le divertía su razonamiento.

—¿Cómo es que el agente Solomon nunca le ha explicado esto? No somos proveedores. No tenemos clientes. Nuestros clientes son todos los estadounidenses, como nación.

—Usted es agente de un organismo de investigación. Me parece que estamos hablando de lo mismo.

—No, no hablamos de lo mismo. Yo soy oficial de las fuerzas del orden, agente del Gobierno federal. He jurado mi cargo. Y usted es... Aún no sé lo que es.

—Yo soy Hugo Blackwood. Me formé como abogado defensor, si se refiere a eso. Hace

mucho tiempo ya.

—Abogado —dijo Odessa—. Yo también. ¿Y cómo ha entrado aquí, por cierto? —Se estaba poniendo nerviosa otra vez.

—Ah, la puerta —respondió él.

—La puerta tiene dos cerraduras.

—Así es, en efecto. He abierto las dos.

Odessa lo meditó un momento.

—Un ladrón bien educado sigue siendo un ladrón.

—Le aseguro que no he venido aquí a robar. Quizá deberíamos retomar el asunto que nos ocupa. Creo que me podría ser de ayuda.

—Sí, retomemos el asunto que nos ocupa... Pero no le voy a ofrecer mi ayuda. Le he escrito porque me lo sugirió el agente Solomon, que pensó que podría ayudarme a averiguar lo que está pasando.

—Para usted es muy importante no parecer sumisa ni servil de ninguna manera, ¿me equivoco?

Odessa cruzó los brazos, mirando intrigada a aquel hombre, sin pillarle el tranquillo aún. Se le pasaron por la cabeza varios comentarios sarcásticos, pero Blackwood parecía estar haciendo una observación, no insultándola.

Volvió a levantarse.

—Quiero enseñarle una cosa.

\* \* \*

Odessa abrió los artículos de prensa sobre el robo de tumbas que había guardado como PDF en su MacBook. Cuando se los plantó delante, Blackwood se recostó en el asiento y meneó la cabeza. Se negó incluso a tocar el portátil.

—Manéjelo usted —le dijo.

—¿No es de Apple? —preguntó ella.

Escudriñaba el texto como si fuera la primera vez que veía una pantalla LCD. Exploró los artículos sobre Baby Mía, luego el del hombre que había muerto en 1977.

—¿Podría...? ¿Adónde ha ido el primer documento? —dijo, frustrado.

—A ver... —contestó ella. Volvió el MacBook hacia sí, puso el artículo en primer plano y giró de nuevo el portátil—. ¿Tenemos un problema de ludismo?

—¿De ludismo? —La miró de reojo—. Si se refiere a las protestas a principios del siglo XIX de los trabajadores textiles que destrozaban los telares por temor a que los reemplazaran por otros peor pagados y peor preparados, no. Yo aceptaría de buen grado la obsolescencia. Si se refiere a la idea moderna y errónea de esa protesta que implica una aversión al progreso tecnológico en general, sí.

—De ahí la carta en papel metida en un sobre específico y echada por una ranura de una losa de piedra de Manhattan. Sabe que puede recibir mensajes de texto en el móvil, ¿verdad?

Sonrió al ver que él ignoraba el comentario y seguía leyendo el texto.

—La información contenida en este artículo es muy prometedora. Esa niña, Baby Mía, la de la enfermedad neurodegenerativa... Puede que algunos vean sus restos como algo mágico o hechizado porque vivió más de lo previsto. El artículo no da la fecha de nacimiento, pero se ve en la fotografía de la lápida y, restándole a la fecha de su muerte, sabemos que vivió exactamente setecientos setenta y siete días, cifra que un numerólogo consideraría sin duda muy afortunada.

—¿Setecientos setenta y siete? —dijo Odessa, impresionada por la velocidad de sus

cálculos.

Hugo Blackwood se puso en pie, sin terminarse el té, listo para marcharse. La sorprendió su estatura y una esbeltez que casi ningún hombre consigue con una dieta moderna. «Vegetariano», se dijo.

—Debemos hablar con los resurreccionistas.

—¿Los qué?

—Los hombres que exhumaron los restos de la niña, probablemente a cambio de dinero. En el artículo se habla de algunas detenciones. Debe facilitarme una entrevista con uno de los detenidos, o con los dos.

—¿Facilitarle? —dijo ella—. Un momento... Yo no «facilito» nada. En todo caso, si tiene alguna pregunta sobre la investigación criminal, deberíamos hablar con los inspectores que llevaron el caso. Sobre todo si disponemos de información que pudiera implicar aún más al sospechoso.

—Ya veo —dijo—. ¿Por eso me ha mandado la carta?

Odessa se levantó también, harta de que la desafiara aquel desconocido que se había colado en su apartamento.

—Me lo propuso el agente Solomon.

—Y ha aceptado la propuesta por dos razones —dijo Blackwood—: por resolver los interrogantes que se le han planteado y porque este caso es personal. Por eso ha dado el paso extraordinario de enviarme la carta. ¿Cómo se lo hago entender? Si esto fuera únicamente una investigación criminal, no precisaría mis servicios. Pero es más que una investigación criminal. Y lo sabe.

Persuasivo, aunque preocupante.

—Parece que, desde el punto de vista legal, debería retirarme ahora y dejarlo que haga lo que sea que hace. ¿Fue eso lo que hizo Solomon por usted...? —lo presionó aún más—. Para que accediera a ayudarlo con sus investigaciones.

—Se equivoca, me temo. Fue él quien me ayudó a mí.

—Me cuesta imaginarlos colaborando en nada.

—Cierto: también estuvo intentando darme caza. Mucho tiempo. —Blackwood sonrió muy levemente—. Sin éxito, debo añadir. ¿Ve? Algunas de mis asociaciones más satisfactorias empezaron con personas que pretendían matarme. ¿Vamos?

Odessa titubeó. Necesitaba sincerarse.

—Hay algo que debería saber: el FBI me tiene en una especie de libertad condicional, una suspensión, pendiente de una investigación sobre el modo en que se resolvió la primera masacre de la que le hablo en mi carta. Ahora mismo estoy a malas con la Agencia. Puede que no sea agente federal mucho tiempo más.

Blackwood ni se inmutó.

—Me ha enseñado sus credenciales.

—Sí.

—Seguro que con eso es suficiente.

El ascensor se abrió a una puerta de doble hoja en el sótano de servicio del Lexington Regal Hotel, en Murray Hill. Odessa enfiló un pasillo estrecho que los carritos de limpieza, pegados en fila a la pared de la derecha, estrechaban aún más. Avanzó delante de Hugo Blackwood hacia un estruendo de maquinaria industrial mezclado con la voz de un hombre que rapeaba en falsete y en español.

Al volver la esquina a su izquierda, entró en la lavandería, caldeada artificialmente. Cuatro lavadoras inmensas, una al lado de otra, hacían girar y chapotear la ropa frente a cuatro secadoras de carga frontal, ejecutando entre todas una sinfonía de sonsonetes ciclónicos. Una mujer de ascendencia sudamericana vestida con un chaleco marrón del Lexington Regal supervisaba una curiosa dobladora de ropa que escupía finas toallas blancas de hotel, que ella apilaba en un carro de lona de abertura lateral. De espaldas había un hombre bailando para un público de lavadoras industriales al ritmo de la música que sonaba por sus gruesos auriculares de diadema. Debió de advertir su presencia, porque se volvió y se bajó los auriculares al cuello.

—¿En qué puedo ayudarles? —dijo.

—¿Mauro Esquivel? —preguntó Odessa.

—Sí, ese soy yo —contestó.

Ella le enseñó sus credenciales.

—Queríamos hacerle un par de preguntas.

La mujer del chaleco dijo: «Bueno, adiós», apagó la dobladora y salió de allí.

Mauro miró con aprensión a Odessa y a Blackwood.

—¿Qué clase de preguntas?

—No se ha metido en ningún lío —lo tranquilizó Odessa—. Queremos preguntarle por algo que pasó hace tiempo.

Titilaron las luces. Mauro se acercó a un temporizador de encendido y lo puso de nuevo en tres minutos, luego volvió la cabeza, mirándolos casi de perfil.

—¿Cómo me han encontrado?

—Por su agente de la condicional. Está muy satisfecha con sus progresos.

—Más le vale —replicó él—. Me deslomo trabajando aquí. —Miró a Blackwood de forma rara, como si el tipo flaco del traje caro le diera malas vibraciones. Odessa se identificaba con esa sensación—. Les puedo ahorrar tiempo —dijo—: si pretenden camelarme para que delate a algunas personas y se las ponga en bandeja, no lo voy a hacer. Deténganme ya, suspéndanme la condicional. No voy a poner en peligro mi vida, la de mis hijos y mi familia en Argentina; no merece la pena. Olvídenlo.

Odessa negó con la cabeza.

—No estamos aquí por la acusación de narcotráfico. No es eso.

—Si es por papeles, soy ciudadano estadounidense, nací aquí.

—Insisto —dijo Odessa—, no hemos venido a atosigarlo.

Mauro rio.

—Bien. ¿Qué pasa, entonces? ¿Y quién es el flaco?

—Lo cierto es que no lo sé —respondió Odessa.

—Queremos información sobre la tumba que saqueó —dijo Blackwood.

El tipo se puso blanco.

—Miren, eso fue un error —tartamudeó—, me metieron en algo muy feo, y ya hace tiempo.

—Entonces, ¿no fue idea suya desenterrar el féretro de la niña? —dijo Blackwood.

Mauro puso cara de asco, como si acabaran de obligarlo a tocar o probar algo repugnante.

—No voy a hablar de eso. Fue un error, ¿vale? Yo no soy así.

—Ha dicho que tiene hijos —terció Odessa.

Asintió enseguida.

—Sé que no hice bien. Distingo lo que está bien de lo que está mal.

Blackwood se le acercó.

—Pero aquello fue algo más.

No lo negó. Miró asustado a Blackwood y prefirió dirigirse a Odessa.

—Siento lo ocurrido, y ya cumplí condena... ¿Por qué vienen a atosigarme al trabajo, eh?

Odessa vio en su reacción que no solo tenía miedo al FBI. Lo asustaba de verdad hablar siquiera de ello.

—Necesitamos saber por qué lo hizo —le dijo ella—. Para quién lo hizo. Lo que nos cuente no va a salir de aquí —añadió, señalando el sótano.

Mauro meneó la cabeza y ofreció sus muñecas a cambio, para que lo esposaran.

—Deténgame, agente. Vamos. Enciérreme.

—¿Prefiere ir a la cárcel a hablarnos de ello?

—¡Deténgame! —dijo, muy agitado.

Odessa miró a Blackwood. No podía detener a Mauro, obviamente. Había que hacerlo hablar como fuera. Pero le habían tocado la fibra sensible y estaban en un callejón sin salida. Blackwood no le devolvió la mirada; seguía mirando fijamente a Mauro, que se esforzaba por evitarlo.

Entonces Odessa oyó un frufrú y pensó que la mujer había vuelto a por algo. Localizó el ruido y vio que venía de un cubo grande de lona lleno de sábanas por lavar. Aquel cubo de ruedas era mayor que los carritos de limpieza y en él cabían muchísimas decenas de juegos de sábanas y colchas. Era lo bastante grande para esconder a una persona de cualquier tamaño bajo la colada.

Y a eso sonaba: a alguien, o algo, que se movía bajo las sábanas. Le pareció detectar movimiento. Mauro también lo oyó. Miraba fijamente el cubo, escuchando el murmullo de algo bien enterrado entre las sábanas. Se apartó hasta ponerse casi al lado de Odessa. Blackwood, en cambio, ni siquiera llegó a mirar el cubo, observó la agente: sus ojos no abandonaron el rostro de Mauro, como si no hubiera reparado en el ruido de la colada.

—Mierda, tío... —Mauro tragó saliva y se limpió la boca. Estaba acojonado—. Vale, escuchen, se lo voy a contar, pero necesito que me protejan.

Odessa miró a Blackwood, cuya expresión no había cambiado, luego se volvió de nuevo hacia Mauro, manteniéndose alejada del cubo de la colada.

—Hable —le dijo, aprovechando el momento.

—Hice lo que hice, no lo voy a negar —confesó—, pero solamente por dinero. No era un delito grave, yo no quiero hacer daño a nadie. Pero luego... luego se complicó la cosa y ya estaba demasiado metido para escapar. Estaba perdido, tío. Perdido. —Odessa observó que, pese a su reticencia a hablar, por la hondura de su propio análisis, era obvio que llevaba un tiempo dándole vueltas—. Cuando piensas que ya estás condenado, puede pasar cualquier cosa, ¿no? Es solo cuestión de tiempo. Algunos de los tíos a los que conocía estaban metidos en el palo. Tenía sentido. Era como un aura protectora. A mí me funcionó, porque salí de líos de los que jamás habría escapado. Me ayudó a seguir adelante. Entonces conocí... conocí a alguien que me dijo que podía ir aún más allá. Poderes sobrenaturales. Querían que abriera una tumba. Me dijeron que el

cadáver era de una santa. Una niña con poderes mágicos de sanación. Así que lo hice. Otro tío y yo nos colocamos y lo hicimos. Y pensamos que ya estaba, pero no. Hubo un ritual en el que usaron los huesos y eso. Era demasiado para mí, ¿sabe? Demasiado..., ¿cómo se dice, cuando juegas con la religión y te pasas de la raya?

—¿Sacrílego? —dijo ella—. ¿Blasfemo?

Asintió con la cabeza.

—Salí corriendo. Me largué. Se me desmontó todo. Desde esa noche, parece como si me hubieran echado una maldición, un mal de ojo. Se acabó mi racha de buena suerte. La cagué con quien no debía.

—¿Quién fue? —preguntó Odessa—. ¿Quién le propuso que abriera la tumba de Baby Mia?

—Nooo. Mire, eso no lo puedo hacer, no lo voy a hacer. Ya estoy fuera. Quiero seguir fuera. Tengo que seguir fuera. Vienen aquí diciéndome «Queremos saber esto y lo otro». No, no quieren eso. Lo que quieren es que me juegue el cuello...

—Lo vamos a proteger —dijo Odessa—. Se lo puedo asegurar.

—Nadie puede —replicó Mauro—. Si hablo, soy hombre muerto.

Negó rotundamente con la cabeza. Se apagaron las luces del sótano.

Mauro se acercó al temporizador.

Entonces volvió a oír el murmullo de ropa. En el cubo de la colada, más fuerte esa vez, como si algo estuviera a punto de salir de él.

Odessa lo oyó. Mauro se puso nerviosísimo otra vez.

Blackwood se quedó quieto, inmutable.

Mauro quería irse, pero no podía.

Las sábanas se movieron de nuevo.

—Usted no es poli —dijo Mauro, mirando a Blackwood con una mezcla de odio y pánico—. ¿Qué me ha traído aquí? —le preguntó a Odessa.

—Díganos adónde vamos ahora y nos podemos marchar todos —le ordenó Blackwood.

—¡Maligno! —susurró Mauro, y negó mirando a Blackwood. Susurró algo más en español que Odessa no entendió.

—Una niña de dos años, Mauro —dijo Blackwood en voz baja, serena—. Disfrutaba del descanso eterno hasta que usted la perturbó.

Mauro lanzó una última mirada al cubo de sábanas y, con voz temblorosa, les contó todo lo que querían saber.

Fuera, Odessa detuvo a Blackwood lejos de los porteros del hotel.

—¿Qué ha sido eso? —le dijo, incapaz de contenerse más—. ¿Qué ha pasado ahí dentro?

—¿Sería tan amable de utilizar de nuevo su teléfono móvil para pedirnos un transporte? —preguntó Blackwood.

Odessa se mantuvo firme.

—Dígame cómo ha conseguido hacer ese ruido en el cubo de la ropa sucia. ¿Es algún truco, una especie de ventriloquía o algo así? ¿Proyecta la voz? Ha hecho algo ahí dentro...

—Al señor Esquivel le ha parecido que lo hacía —contestó Blackwood.

—Le ha parecido que el cadáver fantasma de una niña de dos años iba a salir de pronto de entre la ropa sucia.

La miró con una ceja algo enarcada.

—¿Le importaría activar su teléfono ya? Debemos estar en Newark antes de que se haga demasiado tarde.

La tienda esotérica estaba a unas manzanas al este de Newark Penn Station, un pequeño escaparate embutido entre una colchonería veinticuatro horas de una conocida cadena y una taquería con comida para llevar que exhibía un cartelón de «NO HAY BAÑOS ».

Odessa detuvo a Blackwood a la puerta, cerca de un teléfono público quemado, antes de que pudiera entrar.

—Necesitamos un plan —le dijo—. Una excusa.

—¿A qué se refiere?

—A entrar ahí —respondió ella—. Es evidente que somos intrusos. Esto es una tienda de artículos religiosos latinos y nosotros parecemos turistas de Fort Lee. Necesitamos una excusa. Hay que disimular...

—No —dijo Blackwood—. No hace falta.

Agarró el pomo de la puerta y la abrió sin preocupación alguna. Sentada en una silla plegable nada más abrir, había una anciana con el rostro muy ajado y el pelo gris recogido en un moño. Levantó la vista sin dejar de rezar entre dientes y sus grandes ojos pardos los siguieron al pasar. Odessa sonrió, pero la anciana no le devolvió la sonrisa.

La tienda era estrecha, profunda. Detrás de un mostrador, a la izquierda, los saludó cordialmente otra mujer.

—¡Hola, hola! Bienvenidos. ¿Cómo están?

Era una mujer negra y alta, que llevaba un delantal sobre el vestido, cosa rara, y un suave turbante blanco de algodón. Sonrió con efusividad, abandonando por un instante los abalorios con los que trabajaba.

—Bien, gracias —contestó Odessa al ver que Blackwood no decía nada.

—Miren lo que quieran y pregunten si tienen dudas.

—Gracias —dijo Odessa, reparando en los pequeños *piercings* tipo perla que llevaba la mujer en todos los nudillos.

Por lo visto, estaba acostumbrada a sacarles el dinero a los turistas con curiosidad espiritual. Odessa nunca había estado en una de esas tiendas y se separó de Blackwood para curiosear.

La pared de la derecha estaba forrada de estanterías de artículos etiquetados, entre los que había velas espirituales de muchos colores y largas mechas de cera, metidas en recipientes altos de cristal decorado; frascos de plástico con distintas especias, hierbas, granos, raíces, todo visiblemente etiquetado... En otras estanterías había libros, panfletos, pensamientos positivos, piedras, tarjetas de oraciones... En el rincón más perfumado de la tienda, había aceites, jabones, resinas e inciensos espirituales y mágicos.

Se reservaba una estantería pequeña para los aceites de la pasión y los conjuros de fortuna amorosa. Y varias velas muy llamativas en forma de vagina y de pene. Nunca a la altura de la vista, las velas y los hechizos de baño prometían sanación, «interrupción del gafe», eliminación de maleficios, aplicación de «mal de ojo», pociones para el amor y la atracción sexual, y para atraer el dinero. Junto a las velas que ofrecían buena suerte y fortuna había otras diseñadas para resolver problemas legales y judiciales. Y unas velas rojas en forma de figuras que rezaban, etiquetadas como «OFRENDAS A ANTEPASADOS ».

Odessa volvió al principio de la tienda, fascinada. Un solo sitio donde satisfacer todas las

necesidades místicas. Allí había un altar de «La Madama», que por lo visto era el espíritu de las esclavas, representado en una siniestra mujer negra que posaba con una escoba en la mano y un tocado con un cuenco en equilibrio para las ofrendas, al lado de un ramo de claveles. Aquel expositor no estaba en venta, sino que era un lugar de culto. Encima de la mesa había dos platillos forrados de seda que contenían trocitos de pan, pastillitas de menta, monedas, pétalos de rosa marchitos y billetes de un dólar perfectamente doblados. Un letrero manuscrito advertía a los clientes:

«DEPOSITE SU OFRENDA»  
«RECIBA UNA BENDICIÓN»  
«NO TOQUE NADA»

Odessa oyó voces y vio que Blackwood había empezado a charlar con la mujer del mostrador, al fondo de la tienda. Se acercó rápidamente a ellos.

—Buscamos a la dueña de esta tienda —dijo él.

—Ya le he dicho que la dueña no está disponible —respondió la mujer—. Yo lo puedo ayudar con cualquier cosa que vea aquí.

—¿Dónde está la trastienda?

Ella siguió sonriendo.

—Es un cuarto privado, y donde hacemos las lecturas.

—Entonces, nos gustaría que nos hicieran una lectura —repuso Blackwood—. Mi socia, la señorita Hardwicke, querría hacerle una consulta espiritual.

—Las consultas y las adivinaciones solo se hacen con cita previa.

—¿Hay alguien delante de nosotros?

—No —contestó la mujer.

—Estoy viendo sus tarifas en la pared de detrás del mostrador. —Blackwood se sacó un fajo de billetes del bolsillo del pantalón y soltó dos de cincuenta de la parte superior—. Aquí tiene.

—Señor Blackwood, ¿podría hablar con usted un minuto? —le dijo Odessa.

La mujer aceptó los billetes y miró al principio de la tienda, más allá de donde estaba la agente. Habló en algo que parecía una variante de lengua criolla. La anciana de la puerta se levantó despacio de su silla plegable, cerró con llave la tienda y le dio la vuelta al letrero que rezaba «LECTURA PRIVADA . POR FAVOR, VUELVA EN 15 MINUTOS».

—No quiero una lectura —protestó la agente.

—Venga, venga —dijo Blackwood, impaciente por entrar en la trastienda.

La anciana pasó por delante de Odessa, arrastrando los pies y oliendo a ceniza, y le hizo un gesto con la mano artrítica, como instándola a avanzar, arrastrando la túnica por el suelo.

Odessa no tenía claro qué se proponía Blackwood, pero sí que no le hacía gracia ser su conejillo de Indias. Cruzó la puerta que había junto a una selección de amuletos, talismanes y fetiches.

El cuartito tenía aspecto medio de trastero, medio de sala de descanso. La mujer del mostrador se llevó enseguida de la mesa de lecturas un vaso de refresco y un envoltorio de comida basura. Si Blackwood esperaba encontrar a la dueña allí, debió de llevarse un chasco.

—Siéntese, por favor —le dijo, señalándole una silla especial.

Odessa miró a Blackwood, pensando que ya podían marcharse.

Él le retiró la silla para que se sentara.

En vez de cuestionarlo, decidió confiar en que tenía un plan. Mirándolo fijamente a los ojos, de una forma que esperaba que le transmitiese su confianza, hizo ademán de sentarse y él le

deslizó la silla debajo.

La anciana se instaló enfrente. Blackwood y la mujer del mostrador se quedaron de pie, como padrinos de un duelo. La anciana sacó un juego de cartas del tarot y las barajó suavemente con sus manos rígidas y sus torpes dedos. Habló y la otra mujer le tradujo sus palabras a Odessa.

—Relájese, por favor, y despeje la mente.

«Sí, claro», se dijo ella, relajando los hombros y exhalando exageradamente.

Sonrió a la anciana, a la espera de su actuación.

La mujer puso cuatro cartas enormes en la mesa, bocabajo, y fue volviéndolas por orden, de una en una, sin decir nada hasta descubrir la última.

—Tiene una relación sana y estable con el hombre de su vida —tradujo la otra mujer—. Es un buen hombre, y fiel. Lo que siente por usted es auténtico. Es su único amor verdadero. — Odessa asintió con la cabeza. Estaba empezando por lo fácil—. Pero él no es el suyo.

¿Que él no era su único amor verdadero? Odessa sonrió con dureza.

—¿No es esa una afirmación un poco atrevida? —repuso.

La mujer más joven no tradujo el comentario de Odessa a la anciana, que manoseaba suavemente los rostros de las cartas con sus dedos torcidos y arrugados.

—Él estará bien situado. Tendrá éxito en su campo. Hará un viaje pronto. Un hombre nuevo entrará en la vida de usted.

Y aquella era la afirmación desestabilizadora con la que pretendía inquietarla, comprometerla y hacerla vulnerable. Lo llevaba claro. Odessa miró de reojo a Blackwood para ver si estaba disfrutando del espectáculo, y también para que supiera que ella no.

La anciana puso cuatro cartas más encima de la mesa y dedicó unos segundos a estudiarlas. Su mirada se oscureció.

—Este es un momento de muchos cambios para usted, de gran peligro: algo malo se ha cruzado en su camino. —Odessa procuró disimular su reacción. Estaba convencida de que aquellos charlatanes psicoanalizaban a sus víctimas y les hacían las profecías a medida de sus reacciones. No quería darles la satisfacción de que supieran que habían acertado con la predicción genérica—. Esta no es la primera vez que ha sido el centro de una gran oscuridad. Pero no es usted quien atrae la oscuridad. —Escudriñó las cartas un poco—. Usted es más bien un... vehículo. Una intermediaria. —A la mujer del mostrador le estaba costando traducir el término—. Una agente. —Odessa volvió a mirar a Blackwood de reojo, oyendo resonar sus palabras anteriores. ¿Qué estaba pasando allí?—. Es usted la séptima hija de la séptima hija —tradujo la mujer.

—¿Que soy qué? —Odessa hizo un cálculo rápido—. Somos seis. Tengo cinco hermanos.

Quiso añadir más, pero pensó que quizá la anciana se proponía provocarla para que le desvelara información personal. Cerró el pico.

—Es la séptima —insistió la anciana.

—Vale —dijo Odessa, molesta—. ¿Algo más? —Quería acabar con aquello cuanto antes.

La anciana puso otra carta sobre la mesa, esa vez bocarriba.

—Tiene un poco de atasco en los intestinos.

Podría haber prescindido de aquel dato.

—Estupendo. Es suficiente. Gracias.

Ya se iba a levantar, pero la anciana habló con rotundidad a la otra mujer y las dos charlaron un momento.

—Dice que si quiere saber lo de su padre —le tradujo la vendedora.

Odessa sintió un escalofrío por todo el cuerpo y le fastidió. No le apetecía nada que aquella

anciana tímida se inmiscuyera en su estado de ánimo.

—Mi padre falleció.

—La quería —fueron las palabras de la anciana traducidas por la otra.

—Bueno, esto es... —No llegó a decir «absurdo»—. Es del todo inapropiado. Ofensivo.

—Le dejó una nota —prosiguió la mujer—. Dirigida a usted. Un adiós. Pero ellos la destruyeron. Temían que fuera a meterlos en un lío.

Odessa reaccionó con rabia a todas las emociones que la inundaban por dentro. Su padre había muerto en la cárcel.

—¿Y usted qué sabe? —La anciana volvió otra carta, con cuatro cuchillos—. Basta —dijo Odessa, levantándose bruscamente de la silla. Tenía náuseas y sentía que se habían aprovechado de ella. Cogió el bolso—. Ahora le toca a él —dijo, señalando a Blackwood—. A mi socio, el señor Blackwood, le gustaría que le hicieran una lectura.

Blackwood la miró y detectó su angustia. Debía de suponer que estaba furiosa con él, pero no el por qué. O quizá supiera que, sin quererlo, le había hecho daño. Ocupó el sitio que ella había dejado libre enfrente de la anciana.

Odessa vio que la anciana ponía una cara rara al mirarlo. Otro intercambio con la mujer del mostrador.

—No desea hacer otra lectura.

Los buenos modales de Odessa, que le había inculcado su padre entre otros, desaparecieron ante semejante coacción espiritual. Dejó el dinero en la mesa.

—Le va a hacer a él lo mismo que me ha hecho a mí.

Notó que le temblaba la voz, pero le dio igual.

—Madre está cansada, necesita descansar —dijo la otra.

—Hágalo —insistió Odessa.

La vendedora miró a la anciana, que a su vez miró a Blackwood. A regañadientes, barajó las cartas del tarot, más pausadamente esta vez.

Blackwood permaneció prodigiosamente inmóvil, con las manos en el regazo. La rabia de Odessa remitió lo suficiente para notar una energía sobrecogedora en la sala en ese momento, una especie de cúpula invisible sobre la mesa. Por un instante, lamentó su decisión, temiendo haber forzado un encuentro que no debería haberse producido.

La anciana miró a Blackwood con reticencia, como si lo viera desde muy dentro de su ser. Las cartas estaban listas delante de ella, pero no se decidía a volver la primera. Negó con la cabeza, mirando a la mujer del mostrador, resuelta a no continuar.

La otra la miró preocupada.

—¿Madre? —dijo, confundida por el recelo de la anciana.

Después de un momento que se hizo muy largo e intenso, Blackwood alargó la mano y cogió la primera carta del mazo. Sin mirarla, se la enseñó a ella.

La anciana intentó hablar. Abrió la boca, pero no salió nada de ella. Se limitó a taparse los ojos y mirar a otro lado, debilitada, encorvada.

Blackwood se levantó de la mesa.

—Discúlpenme —dijo, aunque ninguna de las dos mujeres lo oyó.

La vendedora se agarraba el tocado con una mano, espeluznada también por la presencia del caballero británico. Él se despidió con un movimiento de cabeza y salió.

Odessa aún estaba recobrando el aliento. La anciana se irguió y miró alrededor como si acabara de despertar de un sueño profundo. La agente se sentía responsable (adivinarle el futuro a Blackwood había sido su idea genial) y la alivió comprobar que volvía en sí. Quería salir de allí,

pero antes destapó la primera carta para ver qué contenía.

Era la imagen de un mago, con una varita o quizá un bastón y el ala del sombrero curvada en forma del símbolo de infinito.

De nuevo junto al teléfono público quemado, Odessa agarró a Blackwood del brazo para detenerlo. Sorprendida de lo flaco que estaba en realidad, aunque el traje lo disimulara, lo soltó enseguida.

—¿Qué es usted? ¿Una especie de hipnotizador?

—Yo no he hecho más que volver la carta que ella misma ha sacado.

—¿Qué era esa carta? —preguntó Odessa—. El mago. ¿Qué significa?

—Creo que el mago simboliza inmanencia.

—Vale, no voy a hacer como que sé lo que significa «inmanencia».

—Es la cualidad de inmanente, o inherente.

—Pero ¿qué significaría para ella?

—No sabría decirle —contestó, inquebrantable—. Algunas fes religiosas o teorías metafísicas sostienen que el mundo espiritual penetra lo mundano. Mientras la trascendencia implica la existencia de una presencia divina en un plano ajeno y superior al mundo cotidiano, la inmanencia expresa la existencia de lo ultraterreno en el mundo que nos rodea.

—¿Eso es lo que ha visto en usted? —preguntó Odessa.

—Lo ha visto en la carta, seleccionada al azar. Lo mismo da una que otra.

Estaba harta de su arrogancia.

—No está bien jugar así con la gente. Es una crueldad. Tenía aterrada a esa anciana, no sé por qué.

—Si no recuerdo mal, ha sido usted quien se ha empeñado en que lo hiciera.

—Para empezar, yo no quería que una vidente me leyera las cartas —dijo ella—. Y por cierto, usted no me conoce. Yo no lo conozco. ¿Cómo se atreve a obligarme a hacer algo así sin consultarme primero?

—No he pensado que pudiera importarle a una escéptica manifiesta.

—Es una grosería. ¿Y total para qué?, para que a una anciana adivina le dé un mareo. ¿Qué importancia tiene? Le he pedido que me ayude a averiguar qué les ocurrió a Walt Leppo y a los responsables de las dos masacres.

—La dueña de esa tienda esotérica podría responder a algunas de esas preguntas. Ahora ya está avisada de que alguien la busca.

Odessa inspiró hondo. Había sido un día inquietante y lamentaba haber echado aquella carta por la ranura del buzón.

—Por lo visto, es usted una especie de estafador o hipnotista. De algún modo se metió en la cabeza de un anciano agente del FBI, y por mí bien, pero no le voy a permitir que se meta en la mía.

Odessa dio media vuelta y se dirigió a Market Street, por donde podía volver a su casa. Esperaba que Hugo Blackwood la detuviera o intentara darle alcance, y estaba preparada para rechazarlo con toda su furia, pero dobló la esquina sin que él dijera una palabra y, cuando por fin se volvió dos manzanas más adelante, vio que no la seguía.

Lo único que lamentó fueron todas las dudas que le habían quedado sobre él, pero podía vivir con ello. De momento, creyó que se había librado de Hugo Blackwood.

*1962, delta del Misisipi*

El agente Earl Solomon estaba sentado, solo, a la barra de un bar de carretera para negros llamado Pigeat's. Había dejado el sombrero en la barra, a su izquierda, junto al informe preliminar que estaba redactando a mano, con lápiz, en un bloc de rayas amarillo al que solo le quedaban unas hojas. Dejó el lápiz casi gastado, arrancó otro pedazo del mendrugo de pan y lo mojó en la sopa caliente y espesa que sabía a cerdo adobado y a zanahoria, ablandando la corteza.

Era media tarde, entre la comida y la cena. Solomon tenía toda la cocina para él. No había camareras a esa hora, solo estaba el cocinero, con su gorrito de papel, y el dueño, leyendo el periódico. La barra era metálica, fría al tacto. Los taburetes no giraban. Junto a la puerta había una máquina de discos y otra de tabaco.

—Ya están aquí los del Klan —dijo el dueño, que exploraba el periódico a través de sus gruesas gafas desde el cubículo más próximo a la puerta.

Solomon se volvió hacia él.

—¿Lo dice el periódico?

—El periódico de los blancos —contestó el dueño, y lo plegó—. Los de la campaña del voto necesitan protección de los suyos.

—Puñado de imbéciles —terció el cocinero, meneando la cabeza desde el final de la barra.

Solomon lo miró.

—¿Quiénes?, ¿los del derecho al voto?

—Son unos críos. Con la cabeza llena de ideas. No saben ni les importa lo que eso signifique para los de aquí. Vienen a remover las cosas.

Solomon cogió la cuchara.

—Usted remueve esta sopa, ¿no?

El cocinero soltó una carcajada que fue como un ladrido solitario.

—A los chicos de ciudad no se les puede decir nada. No tienen que vivir aquí.

—¿Habría una empanadilla para un chico de ciudad?

—Si el chico de ciudad trae dinero de ciudad, sí.

Solomon sonrió y siguió escribiendo. Luego recordó que el Ku Klux Klan estaba en el pueblo y se le esfumó la sonrisa.

Se abrió la puerta del bar. Solomon no le prestó atención hasta que pasaron muchos segundos y no se oyó una palabra. Se volvió hacia la entrada, esperando ver a un Gran Hechicero con su sábana blanca. Era un hombre blanco, flaco y muy pálido, que vestía traje de chaqueta oscuro, como un sepulturero. De corte europeo, quizá. De seda. En el bar no había una segregación estricta, pero el agente notó la desconfianza que el recién llegado inspiraba al dueño y al cocinero. El hombre, en cambio, no parecía notarlos.

Solomon retomó su informe. Notó movimiento, oyó un murmullo de seda, pero había muchos taburetes vacíos junto a la barra y cubículos abiertos por toda la pared. Por eso, cuando el hombre se instaló en el taburete de su derecha, casi pegado a él, el agente se volvió de nuevo, dejó el lápiz y se preparó para una pelea.

—¿Puedo ayudarlo en algo, amigo? —preguntó.

—Quizá —contestó el tipo con acento británico de hombre culto, completamente fuera de lugar en Estados Unidos, pero sobre todo en el delta. Su mirada era penetrante—. ¿Es usted el agente Earl Solomon?

Solomon asintió con la cabeza, sorprendido de oír salir su nombre de la boca de aquel individuo.

—Soy yo, sí. ¿Y usted es...?

—Un verdadero placer conocerlo. No había estado antes en esta parte del continente. Un tanto húmeda, pero no del todo desagradable.

—«Un tanto» —repitió Solomon—. ¿Es usted periodista?

—No, desde luego que no. Soy abogado de profesión, aunque hace bastante tiempo que no ejerzo la abogacía. No, no estoy aquí por motivos profesionales. He sabido que está usted a cargo de la investigación que se está haciendo en el pueblo.

—A cargo no. Solo he venido a ayudar.

—No me ha entendido. Me refiero a que es usted el representante de las fuerzas del orden de mayor rango aquí. La Agencia Federal de Investigación. Por lo que he podido saber, su presencia ha causado bastante revuelo entre las autoridades de la zona. Una situación interesante: que esté usted investigando el asesinato por linchamiento de un hombre blanco.

—Interesante es una forma de llamarlo —dijo Solomon.

Antes de que el agente pudiera volver a preguntarle su nombre, el cocinero le puso delante un plato de empanadillas. Estaban rellenas de fruta y espolvoreadas de azúcar glas.

—¿Todo bien con este tipo? —le preguntó, mirando de reojo al hombre blanco.

Solomon se encogió de hombros y se dirigió a su compañero de barra europeo.

—¿Le apetece una?

—¿Qué es? —preguntó el británico.

—Empanadillas de fruta. Pero no hay de manzana, amigo —dijo el cocinero.

—¿Las puede hacer de carne? —preguntó el británico.

—¿Gorrino?

—Con carne de cerdo, quiere decir —le explicó Solomon.

—Pensándolo mejor, tal vez solo una taza de agua hirviendo —dijo, y se sacó del bolsillo de la chaqueta un sobrecito de papel, un paquete de té.

El cocinero bordeó la pared del fondo y entró en la cocina contigua. Solomon sonrió al hombre del taburete de al lado, dispuesto a despacharlo.

—Si no se le ofrece nada más, tengo un informe que escribir, como puede ver.

—He venido porque me han dicho que me andaba buscando —terció el hombre—. Me llamo Hugo Blackwood.

Solomon se volvió y esa vez lo miró de arriba abajo con ojos nuevos.

—¿Usted es Hugo Blackwood?

—¿Qué esperaba?

—No sé. No soy yo quien ha preguntado por usted, sino un niño... Está muy enfermo. Padece algún extraño mal. Vive cerca de aquí y se llama Vernon Jamus. ¿Lo conoce?

—No lo conozco —contestó Blackwood.

—Pues por lo visto él a usted sí. O sabe de usted. ¿Hay alguna razón para que un niño de seis años pregunte por usted?

—¿Un niño? No. Ninguna en absoluto. Pero creo que conozco bien el motivo por el que me reclama.

Solomon había perdido por completo el interés en su empanadilla.

—Bueno, se me ocurre una forma de averiguarlo. —Metió el bloc amarillo y el lápiz en una carpeta de piel—. Vamos a hacerle una visita; quizá así lleguemos al fondo del asunto. Debo advertirle que tiene problemas psiquiátricos. Jamás he visto cosa igual.

—Estoy de acuerdo: deberíamos ir a verlo —dijo Blackwood—. Pero antes me gustaría mucho ver el cadáver del ahorcado.

—¿Cómo...? —Solomon negó con la cabeza—. ¿Por qué quiere ver algo así?

—Podría ayudarlo con el trabajo que está haciendo aquí.

Solomon se sintió confundido.

—Me ha dicho que no había venido aquí por motivos profesionales...

—Correcto.

—Entonces, ¿a qué ha venido?

—Mi maldición es que voy adonde me necesitan. Y ahora mismo, parece que me necesitan mucho en Gibbston, Misisipi.

\* \* \*

En el hospital del condado, a media hora en coche rumbo sur, había segregación. Solomon, en un coche prestado de la Agencia, pasó por delante de la puerta lateral de «ENTRADA PARA NEGROS » y estacionó el vehículo en un espacio entoldado destinado a tal efecto en la entrada principal. Un poste indicador señalaba en el interior: «SALA DE ESPERA SOLO PARA BLANCOS, POR ORDEN POLICIAL».

En el vestíbulo, se veía a un anciano blanco sentado a una mesa en la que había un teléfono. Solo tenía un brazo y llevaba el puño de la manga derecha de la camisa metido por la cinturilla del pantalón, cerca de la pinza de los tirantes. Miró a Hugo Blackwood.

—¿En que puedo ayudarle?

Solomon le enseñó al hombre su placa del FBI.

—¿Podría indicarnos cómo llegar al depósito de cadáveres?

—Los negros están en el otro lado del hospital.

—El depósito de los blancos —especificó Solomon.

—¿Para qué?

—Para ver un cadáver. El ahorcado de Gibbston. Hack Cawsby.

El anciano miró a Blackwood y a Solomon alternativamente. Por lo visto, que fuera con un blanco lo arreglaba todo.

—Por las escaleras laterales, abajo del todo.

—Gracias, muy amable —dijo Solomon con cierto retintín.

Al doblar la esquina, Solomon se volvió y vio al portero marcando un número en el teléfono de disco, probablemente el del *sheriff* Ingalls.

Solomon tuvo que enseñar de nuevo la placa para entrar en el depósito. El celador con bata sabía bien qué bandeja sacar. El hedor era repugnante.

—¿Han venido a autorizar el envío del cadáver a la funeraria?

El agente negó con la cabeza, tapándose la nariz, aunque le costara respirar.

El celador puso tal cara de asco que el bigote llegó a taparle los orificios nasales.

—Háganme un favor y díganles que se den prisa, ¿quieren?

Retiró la sábana y salió de allí.

Solomon enterró la nariz y la boca en el codo de su chaqueta. Blackwood hizo como si no le afectara.

La carne del cuello del hombre se había separado y estaba mucho más oscura, por la

descomposición. Tenía los ojos cerrados, el rostro alargado de la agonía de sus últimos momentos. Las ligaduras metálicas le habían dejado las muñecas en carne viva, igual que la garganta.

Pero a Blackwood no parecían interesarle las heridas del hombre.

—¿Le importaría ayudarme a volverlo?

El agente encontró un par de guantes de látex gruesos y se los puso, luego le ofreció otro par al británico.

—¿Es verdaderamente necesario?

—Lo es.

La sola idea de mover aquel cadáver frío y fétido le revolvió el estómago.

—¿Qué está buscando?

Blackwood no contestó enseguida. Los cadáveres, como es lógico, no giran. Para poder volverlo, Solomon tuvo que agarrarlo de los hombros y Blackwood de los pies, con lo que desprendió un hedor aún mayor.

El agente se apartó, reprimiendo el vómito. Blackwood le examinó el nacimiento del pelo, levantándole al muerto la mata de pelo rubio con la mano enguantada. Quedaron en sus guantes amarillos algunos mechones, junto con escamas del cuero cabelludo.

—¿Qué es? —preguntó Solomon entre respiraciones cortas.

Blackwood se irguió, impasible.

—Nada. Ayúdeme a recolocararlo.

Solomon lo hizo, después guardó de nuevo la bandeja. El hedor no se fue.

—¿Cómo puede tolerar ese tufo? —le preguntó.

—Hay cosas mucho peores—respondió el otro, distraído—. Ahora necesito ver el sitio donde tuvo lugar el ahorcamiento.

Fueron hasta allí con las cuatro ventanillas del coche abiertas. Solomon le habló de la huella infantil que había encontrado en el suelo blando del bosque, debajo de hojarasca quemada. Luego volvió a preguntarle por el niño.

—Una situación muy peculiar —fue todo lo que le contestó.

Le hicieron una carrera al sol y perdieron. Cuando llegaron, aún quedaba un resplandor azul en el cielo, pero no les iba a servir de mucho cuando se adentraran en el bosque. Solomon encontró una linterna en la guantera y encabezó la marcha. No tuvo claro si encontraría el sitio hasta el preciso instante en que entró en el pequeño claro.

Le enseñó a Blackwood la rama baja y le describió la escena del crimen sin ayuda de fotografías. Apartó la hojarasca para mostrarle la huella, pero el británico se mostró menos interesado de lo que el agente esperaba.

—¿Me permite? —le preguntó Blackwood, cogiéndole la linterna.

Examinó con ella el tronco del árbol del ahorcamiento, su nudosa corteza negra. De espaldas al tronco, alumbró las ramas altas de los árboles contiguos e inspeccionó sus troncos. En uno encontró una marca que no se habría visto fácilmente a la luz del día. Era superficial y pequeña, un diseño tosco y curioso que consistía en un círculo grande superpuesto a uno pequeño y una línea que nacía de la intersección de ambos y apuntaba al noreste.

Blackwood orientó la linterna más o menos en la dirección de la extraña línea.

—¿Qué es? —preguntó Solomon—. ¿Una señal para vagabundos o algo así?

—Algo así —contestó Blackwood, avanzando diez metros o más hasta otro tronco grueso—. La señal indica, advierte o sugiere rutas para los hambrientos y los desamparados, así que, en ese

sentido, esto es parecido...

Allí había grabado otro pequeño símbolo, más elaborado, con líneas curvas que conectaban y algo que parecía media estrella. Podría haber sido un carácter de alguna lengua extraña y primitiva, un jeroglífico o un pictograma. A Solomon le parecía una suerte de firma, garabateada de prisa por un espíritu del bosque.

Aquel símbolo carecía de línea direccional, al menos que Solomon viera, pero Blackwood volvió el haz de luz para alumbrar el camino al siguiente árbol, y al siguiente, todos ellos con una discreta marca, hasta adentrarse en el bosque.

—¿Adónde vamos? —preguntó Solomon.

Blackwood se detuvo un momento, quieto, como si escuchara.

—¡Ya hemos llegado!

Alumbró con la linterna un pequeño claro. Dos postes de madera sobresalían del suelo, soportes de un letrero destruido hacía tiempo. Blackwood limpió de hojas secas los hitos erosionados en los que había inscripciones. Solo quedaban algunos restos. Fragmentos de nombres y de fechas que terminaban a mediados del siglo XIX.

Solomon cayó en la cuenta de lo que era.

—Es un cementerio de esclavos.

Blackwood blandió la linterna mientras el agente se retiraba de las lápidas, a unos tres o cuatro metros unas de otras. Aquello debía de haber sido un rincón apartado de la finca del dueño de los esclavos o un cementerio extraoficial.

—¡Cielos! —exclamó Solomon, imaginando la tristeza de aquel sitio hacía solo un siglo—. ¡Menudo hallazgo! —dijo; luego recordó cómo lo habían encontrado—. ¿Qué significa?

Blackwood examinó la tierra.

—Las tumbas están intactas.

—Pues claro que... ¿Cómo? —Solomon cubrió el espacio que los separaba—. ¿Por qué no iban a estarlo?

—No sé.

—Explíqueme las marcas de los árboles.

—Se llaman sigilos. Símbolos esotéricos.

—¿Cómo que «esotéricos»?

Solomon empezaba a asustarse, hablando de magia negra en un cementerio olvidado en medio del bosque.

—No sé traducirlo —contestó Blackwood—, pero ya es bastante extraordinario que existan aquí.

—Sin duda —dijo Solomon, que ya había tenido suficiente—. Vámonos.

Deshicieron el camino hasta el árbol del ahorcamiento. El joven agente aún intentaba encontrarle sentido.

—¿Insinúa que el ahorcamiento tiene algo que ver con los... los...?

—Sigilos —lo ayudó Blackwood.

—Los sigilos —repitió él—. ¿O es el cementerio? ¿O... o el niño?

—Sí, son los tres —respondió el británico, alumbrando con la linterna el sitio del ahorcamiento.

Solomon se acercó y se la quitó. No quería que encontrara nada más allí.

—Como usted no está siendo muy comunicativo, déjeme que le hable un poco de mí. No me gusta la palabra «esotérico», por ejemplo, y tampoco me agrada visitar cementerios de noche. No creo en nada de eso, pero tampoco lo encuentro divertido. Necesito saber qué es esto y quién es

usted.

—Sí —dijo Blackwood, inspeccionando el bosque más allá de donde estaba Solomon—. Pero primero habría que saber quién viene hacia nosotros.

El agente se volvió enseguida. Vio llamas en los árboles, antorchas. Media docenas de ellas, más, cruzando el bosque. Se palpó la chaqueta en busca del arma, su Colt Detective Special, que llevaba bien enfundada en la cadera.

—Y esto es justo lo que nos faltaba esta noche.

Las antorchas fueron deteniéndose, se oían voces. Habían visto la linterna.

—¿Se le da bien pelear? —preguntó Solomon.

—¿Pelear? —dijo Blackwood.

—Con los puños. ¿Se le da bien?

—Nunca he participado en una pelea a puñetazos —respondió el otro.

—Perfecto —dijo Solomon. Lo único que podían hacer era adelantarse a los acontecimientos. Alumbró con la linterna las antorchas que se acercaban, encendiéndola y apagándola a modo de señal—. ¡Les habla el FBI! —gritó—. ¡Están entrando en la escena de un crimen!

Cuando la linterna estaba apagada, el bosque se veía negro como el carbón.

Los que llevaban las antorchas pasaron la última fila de árboles y se dejaron ver. Capirotos blancos, túnicas blancas arrugadas y en el pecho la insignia de la cruz con la gota de sangre en el centro. Diez hombres del Klan. Diez gañanes blancos, terroristas nacionalistas, llegaron a la escena del ahorcamiento de un hombre blanco y se encontraron con uno negro y otro blanquísimo.

—¡FBI! —volvió a decir Solomon, alumbrando la placa con la linterna. Luego iluminó a Blackwood para que los del Klan supieran que no estaba solo.

A la luz titilante de las antorchas, apenas se veían los ojos a través de las ranuras de los capirotos.

—Tengan cuidado con esas antorchas —dijo el agente—. No querrán que arda el bosque entero, ¿no?

O a lo mejor sí. A lo mejor habían ido a quemar el árbol del ahorcamiento.

—¿Qué clase de placa es esa, chico? —preguntó uno de los del Klan.

Solomon sonrió a pesar de la rabia y contestó:

—De las que te dan con un arma cargada.

—Aquí se colgó a un hombre blanco —replicó el otro.

—He venido a averiguar quién lo hizo —dijo Solomon.

—¡Nosotros también! —espetó otro del Klan, atizando el aire con su antorcha.

—Se equivoca —le contestó el agente—. Y no voy a seguir hablando con hombres encapuchados. —Alumbró los capirotos de algunos de ellos, obligándolos a protegerse de la luz con los brazos cubiertos por las túnicas—. Muestren el rostro. Plántenme cara como hombres.

Los del Klan se miraron. Estaba claro que eso no iba a ocurrir.

Una ráfaga de brisa nocturna agitó las ramas altas e hizo que la llama de sus antorchas titilara y se aplanara.

—¿Qué tal si nos enseña usted su arma?

Solomon sabía que, si sacaba la pistola, se iba a ver obligado a usarla. La Colt tenía un cilindro de seis balas. Con seis balas no había suficiente para diez hombres.

—¿Qué tal si se lo comentamos al *sheriff* Ingalls?

El jefe de los del Klan giró la cabeza a un lado y a otro, como si lo buscara.

—¿Detrás de qué árbol se ha escondido?

Los otros rieron. Se estaban envalentonando. Solomon sabía que un solo disparo de su Colt le iba a suponer montones de papeleo y posiblemente que el incidente se difundiera a escala nacional: un federal negro disparando a un encapuchado del Klan.

—Menuda panda de valientes —espetó Solomon—, que tienen miedo de enseñar la cara.

Otra ráfaga de aire fuerte sopló entre los árboles. Aquello iba a terminar mal, eso estaba claro. Lo único que debía preocupar a Solomon era no acabar en el extremo equivocado de la rama de ahorcamiento.

Hugo Blackwood, del que Solomon casi se había olvidado, se acercó justo por detrás del brazo con el que el agente sostenía la linterna.

—Agente Solomon, ¿confía en mí? —le susurró.

—No, no confío —le contestó el otro, también en un susurro. Pero no le quedaban muchas opciones—. ¿Por qué?

—Déjeme que le sostenga la antorcha.

Solomon no quería renunciar a su única fuente de luz.

—Se llama linterna. ¿Por qué me la pide?

—Creo que no le vendría mal un poco de ayuda.

—Vale —dijo el agente al poco. Necesitaba las dos manos para lo que se le viniera encima. Le dio la linterna a Blackwood.

—¿Qué andan cuchicheando? —preguntó el jefe de los del Klan, acercándose.

—Prepárese para correr en cuanto apague esta antorcha eléctrica —le dijo Blackwood en voz baja.

—¿En cuanto qué...?

Los otros hombres se adelantaron también, siguiendo a su jefe.

—¿Qué andan haciendo ahí? —preguntó.

—¡YA! —gritó Blackwood.

Clic. Se apagó la linterna. Por un instante, las antorchas iluminaron los árboles con una luz anaranjada y danzarina.

—*Elil* —pronunció Blackwood en un susurro ronco.

Una súbita ventolera sacudió el claro. Las llamas de las antorchas se ennegrecieron y se apagaron. La oscuridad cayó como una guillotina sobre el aire perturbador.

Los hombres del Klan gritaron alarmados.

Solomon notó una mano en el antebrazo que tiraba de él. Corrió muy deprisa junto a Blackwood, en la oscuridad, girando rápidamente por aquí y por allá, rozando los troncos y las ramas bajas, pero sin chocar ni una sola vez con ellos.

Sus pasos sonaban silenciados, ahogados, como si apenas tocaran el suelo; Blackwood lo guiaba con firmeza, esquivando y saltando obstáculos, deslizándose como mercurio por el bosque frondoso.

Oía alaridos histéricos a su espalda: los del Klan los perseguían o simplemente huían por el bosque también. Enseguida vio la luz de la luna. Salió de la espesura del bosque al césped que parecía plateado y a la tosca gravilla que había después.

Allí se detuvieron, Solomon esforzándose por recobrar el aliento.

—¿Cómo ha hecho eso...?

El agente notó que algo le tocaba la mano. La linterna.

Luego oyó las voces nerviosas de los hombres del Klan, gritándose unos a otros. «Por aquí..., es por aquí... ¡No veo nada!», mientras los cuerpos enfundados en las túnicas salían del bosque dando tumbos. El miedo se palpaba en sus voces, y era una maravilla.

Solomon los alumbró de pronto con la linterna, mientras gritaban de miedo, tapándose los ojos. Algunos estaban de rodillas, sin aliento; con la carrera entre los árboles habían perdido el capirote y llevaban las túnicas rajadas, hechas jirones, y salpicadas de sangre de los arañazos de las ramas.

El joven agente apartó de ellos el haz de luz y los dejó temporalmente ciegos.

—¡Buenas noches, caballeros! —dijo, se sacó las llaves del coche del bolsillo y salió disparado por la dura gravilla.

Mientras conducía, el agente se sorprendió riendo a carcajadas. Era alegría por la humillación de aquellos hombres, pero también una manifestación de alivio de su propio miedo. Malditos fueran aquellos gañanes torpes por el terror que eran capaces de provocar en el corazón de personas buenas.

—¡No sé cómo lo ha hecho, pero ha sido increíble! —exclamó Solomon, dándole una palmada al volante y tocando después el claxon un par de veces para celebrarlo—. ¿Cómo ve tan bien en la oscuridad?

—Un talento, supongo —contestó Blackwood, encogiéndose un poco de hombros y mirando fijamente la carretera que tenían delante.

Su sobria reacción devolvió al agente a la realidad. El triunfo final no podía eclipsar todas las cosas extrañas que el británico le había mostrado.

—¿Qué significa todo eso? —preguntó.

—No estoy seguro —le dijo Blackwood—. Aquí está pasando algo. Esos hombres encapuchados han llegado a este pueblo como espíritus invocados. Este lugar que llaman el delta es un punto crítico. Y usted, agente, se encuentra en el epicentro.

—¿Yo? ¿Cómo qué yo? ¿A qué se refiere?

Blackwood miró por la ventanilla, que la oscuridad de la noche había convertido en un espejo. Tardó un poco en contestar y, cuando lo hizo, fue en un susurro grave.

—Que el resultado depende de usted —le dijo. Se volvió a mirarlo—. Ya estoy preparado para ver al niño.

—¿Cómoooooo?

Linus colocó dos camisas cuidadosamente dobladas en la maleta, junto a su estuche de afeitado.

—Que me tengo que ir a Omaha unos días. Necesitamos declaraciones de media docena de personas de la aseguradora, y los socios me lo han pedido a mí específicamente.

Odessa estaba plantada a la puerta de su dormitorio, viéndolo hacer la maleta.

—Te vas de viaje —dijo, reproduciendo las palabras de la extraña anciana en la trastienda de la tienda esotérica.

Con el revés de la manga de la camisa, Linus sacó brillo al empeine de unos mocasines negros resplandecientes.

—No sé cómo me ha tocado a mí, pero estoy preparado para hacerlo. La agencia de viajes ya me ha mandado por correo electrónico los billetes y el alojamiento. En primera.

—Eso es genial —dijo ella, alucinando todavía.

—Es genial, sí —repitió él. Se hizo un breve silencio; seguramente Linus se había percatado de lo espantada que estaba. Se acercó a ella—. ¿Cómo estás tú?

—Eeh..., bien.

No le había contado nada de Hugo Blackwood. Ni de la sesión de tarot en la tienda esotérica. Ni de la cosa que había entre las sábanas del hotel. No habría sabido ni por dónde empezar.

Linus le masajeó los brazos, esperando a que le prestara atención.

—Ven conmigo —le dijo.

—¿A Omaha? —tartamudeó ella—. ¿A Nebraska?

—He oído que, en realidad, está bastante bien. Yo estaré a todas horas con las declaraciones, pero tú puedes ver la ciudad y podemos cenar juntos. Hasta puede que me den algún día libre.

—Ya... —dijo ella.

—Es el momento perfecto para escaparnos. Te vendrá bien. De hecho, es lo que necesitas ahora mismo.

Odessa asintió porque él tenía razón, pero no era tan fácil.

—Lo sé.

—¿Desayuno en la habitación...? —dijo él, confiando en tentarla—. ¿El balneario del hotel para ti...? ¿Podemos entrenar en el gimnasio...?

Linus estaba siendo deliciosamente persuasivo y ella sabía que debía ir, pero las palabras de la anciana...

—¿Te vas de viaje? —repitió Odessa, intentando digerirlo. «¿Coincidencia?»

Él le acarició la barbilla para recuperar su atención.

—Ven conmigo —le dijo.

Odessa sonrió, conquistada por el sentimiento, por su ternura. Pero sabía que, si accedía, se iba a pasar el día pegada a la ventana del hotel, en albornoz, con el pensamiento en Newark, en Walt Leppo, los saqueadores de tumbas y aquel británico tan peculiar.

Retrocedió.

—Me encantaría...

—Pero ¿qué?

—Creo que no quedaría bien que me escaqueara del trabajo justo ahora. Si me necesitan para algún interrogatorio relacionado con el tiroteo y se enteran de que estoy de vacaciones en Nebraska...

—Es un viaje de trabajo con tu media naranja.

«Tu media naranja.» Le gustaba cómo sonaba eso. Pero le hizo pensar en otras cosas que había dicho la anciana.

«Usted es su único amor verdadero. Pero él no es el suyo.»

Chorradas. Chorradas ofensivas, encima. No podía dejar que esa vieja bruja se le metiera en la cabeza.

«Hará un viaje pronto. Un hombre nuevo entrará en la vida de usted.»

Así es como te pillan, se dijo. Con paradojas y generalizaciones, lo mismo para todos: «Eres muy introspectivo, nadie conoce tu verdadero yo, pero cuando confías en alguien... ¡ya es para siempre!». Plantando una semilla en tu inseguridad, fertilizándola con la duda o el elogio, y dejándola extenderse después como una mata de espino.

Se acercó a Linus y lo besó, fuerte.

—Ojalá pudiera ir —le dijo, porque era cierto.

Linus la asió con fuerza, otro beso.

—El sexo de vacaciones es el mejor —insistió él.

Odessa cabeceó afirmativamente, con los labios aún pegados a los suyos.

—¿Y el de «casitaciones»?

Linus apartó la maleta medio hecha de la cama y se tiraron sobre ella.

Odessa acababa de salir de la ducha envuelta en una toalla cuando cogió el móvil que sonaba y vio que era su madre. Por resignación o un simple momento de debilidad, contestó.

—Hola, mamá.

—¡Vaya, lo has cogido! ¿Cómo estás? ¿Estás bien...? —Así estuvieron unos minutos, Odessa poniéndola al día y tranquilizándola a la vez. Luego su madre le contó con pelos y señales la comida del día anterior, lo que había comido ella y lo que había comido su amiga Miriam (de la que nunca había oído hablar), y lo que habían hablado—. ¿Y Linus cómo está?

Linus intrigaba a la madre de Odessa. No porque fuera racista, ni mucho menos, sino porque para ella las parejas mixtas eran cosa de jóvenes, como la música en *streaming* y la comida a domicilio. Odessa cometió el error de mencionar que se iba a Omaha.

—¿Y te deja sola!? —Odessa le aseguró que estaba bien—. ¿Qué va a ser de ti? —preguntó su madre—. ¿Con el FBI, con tu carrera?

Odessa suspiró.

—Me parece que eso se acabó.

—Ay, no. Pero si tú no... ¿No lo...?

La preocupación de su madre siempre la ponía furiosa. La hacía sentir una hija fracasada. Sabía qué botones tocar. De hecho, había instalado ella misma los botones.

—Mira, no es cuestión de que haya hecho bien o mal, se trata de cómo voy a seguir adelante con eso suspendido sobre mi cabeza como un letrero de neón —le dijo—. No sé qué va a pasar ahora. —Y añadió enseguida—: Pero todo irá bien.

—Tu título de Derecho —dijo su madre, esperanzada.

—Sí, mi título de Derecho.

—Es algo a lo que siempre puedes recurrir. Como tu padre.

Odessa hizo una mueca al oír hablar de su padre. Que su madre aún lo venerara era una

fuente de fascinación para ella, y también de lástima.

—Mamá, tú eras la pequeña de siete hermanos, ¿verdad?

—Sí, claro. —Le nombró a sus seis hermanos por orden de nacimiento—. ¿A cuento de qué me lo preguntas ahora?

—No, por nada, es que...

—Yo siempre quise tener siete también —la interrumpió su madre—. Supongo que porque así fue como me crié yo. Y era la pequeña, como tú; por eso quería emularlo. Ahora me resulta curioso.

—Tuviste seis, mamá, que no está nada mal.

—Ya... Seis es suficiente —dijo su madre, y rio.

Sintió una punzada de alivio al constatar que la vieja adivina se había equivocado en eso.

—Aunque hubo una... mortinata —añadió su madre.

Odessa meneó la cabeza y el pelo mojado le acarició las orejas.

—¿Una qué?

—Fue mi... Era mi primer embarazo. Terminó en muerte neonatal.

—Pero... Espera, la criatura..., la niña... ¿nació viva o muerta?

Su madre hizo una pausa.

—Murió en mis brazos, hija. No vivió ni una hora.

Apoyó la mano libre en la pared, se recostó sobre ella, mareada. Atónita.

—Entonces, en realidad, ¿soy la séptima hija... de una séptima hija?

—Sí, supongo que, en teoría, sí. Pero ¿por qué lo dices así?

—¿Por qué nunca hemos hablado de esto? —preguntó. «¿Cómo es que yo no lo sabía?»

—Porque no es algo de lo que me apetezca mucho hablar, Odessa —le contestó su madre en un tono cortante impropio de ella.

—Perdona. —Cayó en la cuenta de que estaba desenterrando recuerdos dolorosos sin pensar en la parte que le tocaba a su madre. «La séptima hija de una séptima hija.» ¿Qué demonios significaba eso?—. Mamá, yo no... No tengo ni idea de lo que es pasar por eso. No lo sé, de verdad. Lo siento.

De pronto sintió un aprecio recién descubierto por la fortaleza de su madre, que casi compensaba, y explicaba bastante, los decenios de debilidad que vinieron después.

—Odessa, ¿a cuento de qué me preguntas todo esto?

«De una vieja adivina.»

—A cuento de nada, mamá. Análisis de conciencia, solo eso.

—¿Estás pensando en formar una familia?

—¿¡Qué!? Dios, no...

—¿Estás embarazada?

«¡Dios!»

—Que no, mamá. NO. Ni hablar.

—Sabes que tu hermana está esperando el tercero...

Sufrió otros dos minutos de negaciones e intentos de colgar, hasta que por fin terminó la conversación y se encontró mirando fijamente la pantalla del móvil, pensativa.

Reprodujo mentalmente la lectura de cartas. Todo lo que le había dicho la mujer. Aun así, encontró formas de tumbar algunas de las afirmaciones de la anciana, de sus predicciones. Seguía combatiéndolas, negándolas.

La mujer del mostrador, con su tocado, traduciendo: «Dice que si quiere saber lo de su padre».

Y a la anciana poniendo los ojos en blanco al enfrentarse a Hugo Blackwood, casi desmayándose.

Odessa entró en la cocina. La taza de té seguía en la encimera, aún sin lavar.

La taza de la que había bebido Hugo Blackwood. La que había sostenido.

Odessa soportó las miradas de reojo, los ojos que la seguían por el pasillo, mientras recorría las instalaciones de la oficina de Nueva Jersey en Claremont Tower. Solo algo como aquello podría haberla hecho volver allí. Su amiga Laurena la esperaba en una sala de conferencias segura.

Se abrazaron. Laurena estudió su rostro y ella supo que le escudriñaba el semblante en busca de indicadores de salud.

—Tienes buen aspecto.

—Gracias —dijo Odessa. Había agua, en un tarro muy chulo, y dos vasos. Con una mano temblorosa, se sirvió.

—Yo sería una pasa repleta de manchas. Te echo de menos. ¿Qué dicen tus abogados?

Odessa se encogió de hombros.

—¿Qué van a decir? ¿Qué se puede decir?

Dio un sorbo al agua.

—Te lo digo yo: son todo chorradas. Eres una buena agente, Dessa. No sé qué pasó esa noche, pero sé que tú no perdiste los papeles.

—Gracias.

—Corren rumores... Yo no los creo, pero te lo cuento porque a mí me gustaría saberlo... Sobre Leppo y tú.

Odessa se sintió de pronto asqueada y furiosa.

—¡No me jodas!

—Eso dije yo. Pensé: «¡No me jodas!». La gente anda buscando explicaciones, razones. Motivos para que un federal dispare a otro. No les cabe en sus cabezotas de machitos que a lo mejor fue su colega Leppo el que perdió los papeles, que igual se le fue la olla a un tío, para variar.

—Iba a matar a la niña. Suena horrible porque *es* horrible. No lo puedo explicar, a lo mejor nadie puede, pero llevaba el cuchillo en la mano y le iba a cortar el cuello. ¿Y la gente piensa que nos estábamos acostando?

—Es tribal: macho frente a hembra. Así piensan. Olvídalo.

—La pobre de su mujer... —dijo Odessa, acordándose de la viuda de Leppo, y no por primera vez.

—Está hecha polvo. Lógico.

Pero Odessa no pudo evitar pensar en qué iba a creer la mujer de su compañero si oía decir que a su marido, un hombre rectísimo, le habían disparado por un sórdido coqueteo amoroso. Ni siquiera tenía sentido, la verdad... Pero ojalá no llegara a sus oídos.

Recordó de pronto la bolsa de papel que llevaba en la mano.

—¿Me harías otro favor enorme?

—¡¡Lo que sea!! —contestó Laurena. Pero al recordar que ya le había conseguido a Odessa las fotos de la escena del crimen de la casa de los Peters, se retrajo—. Espera... ¿De qué favor se trata esta vez?

Odessa le pasó la bolsa. Laurena la cogió, sin levantar el pliegue superior.

—¡Ay, mierda! —dijo—. ¿Qué es esto?

—Una taza de té. Quiero que le hagas un análisis biométrico completo, con ADN y huellas

latentes.

Laurena miró a su amiga, en cuyo rostro fue esbozándose una sonrisa.

—¿Eres consciente de lo que me estás pidiendo?

—Sí.

—Con esto incumplo como todos los protocolos que tenemos.

—Lo sé.

—Han despedido a gente por usar el laboratorio del FBI para asuntos personales.

—A la única que van a despedir es a mí —dijo Odessa—. Asumiré toda la culpa.

—¿Seguro que esto no es por Linus y por ti, por algún asunto doméstico? ¿No habrá invitado a alguna chica a casa o algo así? ¿Hay carmín en el borde?

Odessa negó con la cabeza.

—No hay carmín. Esto no tiene nada que ver con él.

—Vale, entonces, ¿de qué va exactamente?

—Tiene que ver con mi caso. Pero no directamente.

—Explícate.

—Ojalá pudiera hacerlo.

—¡La madre que te...! —Laurena dio una vuelta entera, una especie de pirueta de protesta—. ¡Dessa!

—¿Te lo pediría si no fuera importantísimo?

—Esto es una locura, niña. Se nos está yendo de las manos. Todo. Me preocupas.

—Sí, a mí me lo vas a contar...

Laurena esperó algo más.

—¿Y eso es todo lo que me vas a decir?

—Una cosa más: la taza hay que analizarla aquí, no en Quantico. Necesito que los resultados se queden en casa.

Su amiga soltó un suspiro de exasperación.

—¿Algo más?

—Y los resultados solo me pueden llegar a mí. Si hay alguna coincidencia en bases de datos, tengo que saberlo. Pero solo yo. ¿Entendido?

—Dessa, niña, ¿seguro que estás bien? No lo parece.

Odessa se acarició las sienes.

—Lo estaré —dijo, deseando que así fuera—. Lo estaré.

Odessa volvió al New York-Presbyterian Queens Hospital, en Flushing, y subió a planta en el ascensor. Buscó la habitación de Solomon y lo encontró en ella. Estaba sentado en la cama, apoyado en una pila de cuatro almohadas, tapado con la sábana y con una manta por encima, aunque a ella la habitación le pareció caldeada.

La sábana le recordó el interrogatorio de Mauro Esquivel en el sótano del Lexington Regal Hotel, con Hugo Blackwood. Eso la ayudó a centrarse.

Había otro hombre en la habitación, aunque tampoco esa vez era de la familia. Era corpulento, mofletudo, llevaba un traje de chaqueta de corte generoso, y su cabeza calva terminaba en un pliegue de carne en la nuca.

—Hola..., ¿interrumpo? —preguntó Odessa.

—Pase, agente Hardwicke —dijo Solomon, con la voz algo más ronca que la última vez que había hablado con él. Con una mano pálida, la invitó a entrar—. Es casi la hora feliz.

Ella sonrió, aliviada al verlo de buen humor, aunque físicamente más debilitado. Un tubo fino que le cruzaba la cara le administraba oxígeno por la nariz.

—Hola —dijo Odessa, estrechándole la mano al otro hombre.

—Este es el señor Lusk —lo presentó Solomon—. Es abogado.

—Encantado de conocerla, agente Hardwicke.

Odessa le soltó la mano y se volvió hacia Solomon. Aún tenía los ojos amarillentos, la piel de su cuello parecía más suelta, como si estuviera perdiendo peso rápidamente.

—¿Qué tal las pruebas...? —preguntó.

—Ah, bueno, supongo que un día de estos pasarán a informarme.

No le quedó claro si intentaba aparentar normalidad o si era su disposición natural.

—Pero ¿está bien? ¿Cómo se encuentra?

—Voy tirando.

Ella asintió, sin saber muy bien qué decir. «Voy tirando.» Pero no especificó de qué tiraba.

—Bien, bien —dijo Odessa, que odiaba los lugares comunes y las conversaciones intrascendentes en situaciones como aquella.

—¿Qué la trae de nuevo por aquí? —preguntó Solomon.

—Bueno, quería ver cómo se encontraba y..., eeh... No quisiera ser grosera, pero ¿podríamos hablar a solas un momento?

Le dedicó una sonrisa incómoda al señor Lusk, que allí plantado, con las manos en los bolsillos, escuchando, miró a Solomon como diciendo: «Sin problema».

—No pasa nada —dijo el anciano—, puede hablar con libertad delante de Lusk. Es abogado.

—Eeh..., vale. —Volvió a sonreír al señor Lusk, confiando en que saliera de él ausentarse un momento, pero el tipo corpulento se limitó a devolverle la sonrisa.

Estupendo, entonces. No se iba a cortar. Si el abogado prefería quedarse, iba a oír toda una historia.

—Mandé, si es que se puede decir así, una carta a la dirección que me propuso —dijo Odessa, volviéndose hacia Solomon—. Hugo Blackwood apareció poco después en mi casa. Rapidísimo, la verdad.

—Sí —dijo Solomon, como si ya lo supiera, cosa que era imposible—. Siga.

—Blackwood, eh, bueno, supongo que accedió a ayudarme, o a intentarlo. Y seguimos unas pistas, una pista, y... —Quería hablar abiertamente, pero a pesar de su determinación, le costaba hacerlo con absoluta libertad teniendo al abogado en la habitación. Sabía que iba a sonar absurdo—. Y luego seguimos cada uno por nuestro lado. ¿Cómo lo encontró exactamente? Me dijo que se conocían de hace tiempo.

—Así es. ¿Cuándo fue...?, ¿en el 62? El verano del 62.

Por alguna razón, Solomon miraba al señor Lusk en busca de confirmación.

—¡Guau! —dijo Odessa—. ¿Era un crío...?

—No —contestó Solomon.

—Y es..., ¿qué es, en realidad? —preguntó ella—. ¿A qué se dedica?

—Se dedica a ser quien dice ser, creo. —Solomon meneó la cabeza como si estuvieran hablando del tiempo—. No hay forma de explicarlo.

—Hábleme de ello —le dijo Odessa, incapaz de expresar sus pensamientos en aquel momento—. Tiene una idea curiosa de la Agencia.

—Sí, ¿verdad? Creo que no lo acaba de entender. Piensa que somos como los agentes inmobiliarios o los agentes de viajes. Representantes. Al menos ese es su rollo.

—¿Su rollo?

—No sé si siempre habla en serio o a veces es en broma. Es más fácil convivir con él si uno no se toma al pie de la letra todo lo que dice.

—Ah, ¿sí? —dijo Odessa, aún furiosa por como la había tratado a ella.

—Da más de lo que toma, por decirlo de algún modo. Merece la pena aguantarle un poco el Hobson a cambio de lo que ofrece.

Odessa asintió, aunque no lo acababa de entender.

—¿El Hobson? —Pensó que Solomon se refería a alguna extraña ley federal.

—El Hobson, sí. ¿No ha visto *Arthur, el soltero de oro*?

—Eh, no, no..., espere. ¿Sale Russell Brand?

—Nooo. Un tipo bajito, muy divertido. El borracho más gracioso desde W. C. Fields.

—Estoy muy perdida —confesó la agente.

—Dudley Moore —terció el señor Lusk por ayudar.

—Ese mismo —dijo Solomon señalando al abogado—. Pero no hablo de él. No me refiero a su personaje. En la película él es un niño rico que se convierte en un adulto acaudalado, pero que lleva con el mismo mayordomo desde pequeño. Un criado británico divertidísimo, un tío mayor, muy serio, que le baja los humos a todas horas. Blackwood es un poco así, solo que únicamente es mayor por dentro. A veces cuesta que te caiga bien, pero siempre es bueno conocerlo. Eso lo resume todo más o menos.

Odessa asintió; necesitaba reencauzar la conversación, orientarla a la casa de Solomon.

—¿Quiere que me ocupe de alguna otra cosa de su domicilio mientras está aquí?

—No se me ocurre nada. Solo el condenado pez.

—El pez está estupendamente.

—Bueno, tampoco me preocupaba tanto, la verdad —dijo Solomon.

Ella rio más de lo necesario.

—Por cierto, mientras estaba allí, andaba buscando una red para sacar a Dennis de la pecera y cambiarle el agua y encontré una en un escobero.

—Bien.

—Sí —asintió ella, allanando el camino para lo siguiente—. Pero estando allí dentro observé que la pared del fondo...

Solomon estiró la manta por las caderas.

—¿Ya ha escuchado alguna?

—¿Alguna... de las cintas?

—Sí, claro. Deduzco que encontró mi cuarto secreto.

—No pretendía... No suelo ser tan cotilla. Pero ese «cuarto» representa un tercio de la casa...

—¿Las ha escuchado?

Odessa negó con la cabeza, sorprendida de que no lo perturbara que se hubiese colado en su escondite.

—No.

—Debería. Cuando esté preparada.

—¿Cuando esté preparada...? ¿Para qué?

Solomon movió la cabeza afirmativamente. Entonces le dio la tos y se volvió hacia la mesilla para coger un vaso de poliestirén con una pajita.

Mientras estaba de espaldas, el señor Lusk sonrió a Odessa. Se señaló el codo y luego a Solomon. La agente, confundida, le miró al anciano el brazo, por donde le entraban los fluidos intravenosos en el torrente sanguíneo. Entonces lo entendió: el abogado le indicaba que estaba sedado, lo que podría explicar sus preguntas y respuestas evasivas.

Solomon se incorporó antes de que Odessa pudiera mirar al señor Lusk en busca de más información.

—Las cintas empezaron a llegar a mi casa en el 62 —dijo—. Después de cada caso, a veces una semana más tarde, otras veces más, me llegaba por correo ordinario un puñado de cintas magnetofónicas. Blackwood registra todos los casos, en ocasiones cuatro o cinco bobinas por caso. No sé bien por qué lo hace. Creo que, entre otras cosas, porque le gusta la tecnología... Para él un magnetófono de bobina abierta es vanguardia. Le pregunté sus razones al principio, pero me hizo el Hobson. El caso es que a mí se me ocurrió la idea brillante de mandar una a un laboratorio de audio, independiente, no de la Agencia, que no quería abrir la caja de Pandora, solo por ver lo que me podían contar. Análisis de voz, lo que fuera. Sentía curiosidad. El técnico me dijo que la cinta estaba grabada a una frecuencia altísima y luego transferida a una más baja. No sé lo que significa, pero era algo que el hombre no había visto en su vida. En resumen, que no me pudo contar gran cosa. Era como una pistola con el número de serie borrado... Igual hoy en día se pueden hacer esas cosas digitalmente, pero... Supongo que lo que pretendo es ahorrarle el esfuerzo.

—Todas esas cintas... son muchos casos —dijo Odessa—. ¿Qué clase de casos?

—Primero escúchelas, luego ya hablaremos —contestó Solomon.

Ella meneó la cabeza porque lo que estaba a punto de decir parecía un disparate.

—¿Son casos esotéricos?

—Tranquila —le dijo Solomon, esbozando una sonrisa—. Hace un tiempo, yo era como usted.

—¿Cómo yo?

—Por eso guardé todas las condenadas cintas —añadió Solomon—. No es que él me lo pidiera. Quería tener un registro, contar con un respaldo, por si algún día la cosa se me torcía y tenía que defenderme.

Odessa se estaba frotando las sienes otra vez. ¿Se estaba produciendo una especie de hipnosis colectiva, o de locura contagiosa?

—¿Podemos volver a lo de los «casos esotéricos»? Porque el FBI no investiga esos asuntos.

—Cierto, agente, no es nuestro trabajo. No es el trabajo de nadie. No es un trabajo siquiera. Salvo para *él*. —Solomon levantó la mano para impedir que le hiciera la siguiente pregunta—. Por cierto, ahora que lo ha conocido —le dijo, volviendo la cabeza entera hacia ella, no solo los ojos. Su semblante cambió, se tornó solemne—, hace más de un año que no veo al señor Blackwood. Confiaba en que se pasara por aquí, que viniera a verme, ¿sabe? Una última vez.

Odessa tragó saliva con disimulo. «¿Una última vez?» ¿Significaba eso que Solomon se encontraba en estado terminal? No se atrevió a preguntarlo.

—No quisiera decepcionarlo —dijo ella—, pero no nos despedimos de muy buenas maneras. No volveré a verlo.

El agente enarcó un poco las cejas, cansado.

—Claro que sí —dijo—. Y cuando lo haga, dígaselo. —Estiró la manta otra vez—. Es un tanto curioso, supongo. Llegar al final, haber vivido una vida de orgullosa independencia, por así decirlo, y terminar descubriendo que... no tienes a nadie. Es a lo que me enfrento ahora.

A Odessa se le cayó el alma a los pies. Alargó la mano y le acarició el hombro.

—No está solo —le dijo.

—Es culpa mía principalmente —dijo él, procurando sonreír—. Los he sobrevivido a todos...

—¿No tiene familia? —preguntó Odessa.

—Ninguna. Ni amigos de confianza. Y este hospital, o mi aseguradora, no lo tengo claro, me pide que actualice el apoderado de mi póliza de salud. —Miró al señor Lusk, que, por segunda vez, dio su opinión asintiendo con la cabeza—. Es una formalidad. No va a tener que tomar ninguna decisión difícil; ya he indicado cómo quiero que se haga todo.

—Ah —dijo ella—, ¿yo?

—Sé que es mucho pedir. Tampoco nos conocemos tanto...

Sin saber muy bien por qué, Odessa sintió un pánico creciente en el pecho. Procuró superarlo.

—Puede leer el impreso —le dijo él—. Usted es abogada. Está todo muy claro.

El señor Lusk le entregó un contrato de tres páginas.

—Cuidados paliativos que permitan una vida digna y de calidad, pero sin tratamientos de prolongación artificial —le explicó—. En ningún momento tendrá que tomar una decisión de vida o muerte, por así decirlo.

El señor Lusk tenía también una estilográfica. Odessa se sorprendió accediendo.

—Claro —dijo.

Leyó el impreso rápidamente. Jerga medicolegal estándar. Firmó.

—Y si es tan amable, el poder notarial —le indicó el abogado, sacando otro montón de páginas—. Un procedimiento estándar.

Ese lo miró por encima y lo firmó también.

El señor Lusk sonrió y volvió a guardar los contratos en su carpeta de piel, que se metió debajo del brazo.

—Odessa —dijo Solomon, tendiéndole la mano. Ella la cogió; estaba fría y áspera—. Es muy especial esto que ha hecho por mí. Gracias.

Lo dijo emocionado. Le estaba agradecido y quizá algo más.

—Encantada de ayudar, de verdad. —Le apretó un poco la mano—. Me alegro mucho de que nos hayamos conocido.

—¡Qué tierna! Hágame un favor y salude a sus padres de mi parte; han criado a una joven muy especial.

Odessa soltó una risita.

—Lo haré.

Hizo ademán de apartarse, pero él le retuvo la mano un poco más.

—Los que trabajamos en la Agencia somos gente de gran vocación. Nuestro deber es sagrado.

—Sí —dijo ella, sonriendo—, y usted lo ha cumplido más tiempo que nadie, por lo visto —añadió, dándole una palmadita en el dorso de la mano.

Solomon cerró los ojos, sonrió y asintió.

—Mejor, no, pero más tiempo, seguro. —Con una risita, le soltó la mano y apoyó la cabeza en la almohada—. Tengo que cerrar los ojos un poco —dijo.

—Descanse —contestó ella, sintiendo de pronto un gran respeto por el hombre.

Se despidió del señor Lusk con un gesto amable de la cabeza y salió de espaldas.

Odessa esperó el ascensor, invadida por la gran ternura que le inspiraba su conexión con el agente Solomon y también por la dolorosa tristeza que le producía su aparente soledad al final de sus días. Vio iluminarse los números de forma consecutiva según el ascensor iba subiendo para recibirla. Lo único bueno de los hospitales era salir de ellos.

Apareció otra persona a su lado. Miró con una sonrisa de cortesía y vio que era el señor Lusk, tamborileando suavemente con sus dedos regordetes en la carpeta de piel.

—¿Baja? —preguntó sonriente.

—Sí —contestó ella. Lo encontraba agradable, pero también le daba la impresión de que ocultaba algo.

—Difícil —dijo el abogado, señalando con la cabeza hacia la habitación.

—Sí —respondió ella—. Es un buen hombre.

Se abrieron las puertas. El abogado le cedió el paso con un gesto exagerado y se sumaron a otras dos personas que ya iban dentro, luego se situaron de frente a las puertas que se cerraban.

—¿Cuánto hace que lleva los asuntos del agente Solomon? —preguntó ella.

—Ah, no soy su abogado —dijo él, sonriendo de nuevo—. Solo le presto servicios legales gratuitos. —Tamborileó de nuevo en la carpeta—. No, yo represento a Hugo Blackwood.

Se volvió hacia el hombre, que siguió sonriendo a las puertas mientras bajaban.

—¿Es el abogado de Blackwood? —Lusk asintió—. ¿Y cómo no ha podido conseguir que visite a Solomon?

—¿Yo? Uy, no, el señor Blackwood hace lo que le place. Yo nunca lo convengo de nada. No soy más que su representante.

Se abrieron las puertas y caminaron juntos hacia la salida.

—Supongo que no querrá decirme a qué se dedica el señor Blackwood, o cómo se puede permitir un asesor personal...

El abogado sonrió y meneó la cabeza.

—El señor Blackwood me ha pedido que la lleve con él. Quiere enseñarle algo.

—¿Enseñarme qué?

—Lo ignoro.

—¿Quiere que me lleve?

Salieron a la calle.

—He venido en coche —dijo él.

Junto a la acera, estacionado en una zona marcada claramente en amarillo con «PROHIBIDO APARCAR, PROHIBIDO CARGA Y DESCARGA», había un Rolls-Royce, de época pero no antiquísimo,

negro con suaves elementos decorativos de color gris pólvora.

Odessa se detuvo.

—¿Este es su coche?

—Este es el coche del señor Blackwood. Un Rolls-Royce Phantom.

La agente sonrió y meneó la cabeza.

—Esto es lo que más me fastidia —dijo, como si al señor Lusk le importara—: la presuposición de que voy a hacer lo que él quiere. Subirme a este coche e ir a verlo para que me enseñe lo que sea que me quiere enseñar.

—Yo me siento exactamente igual —respondió el abogado, sonriente.

—Como si no tuviera nada mejor que hacer —añadió ella.

El señor Lusk siguió sonriendo y se encogió un poco de hombros.

—Completamente de acuerdo —dijo, y le abrió la puerta.

—Además, ¿qué querrá enseñarme?

—Hay una forma sencilla y directa de averiguarlo.

De nuevo la invitó a subir al vehículo con un gesto exagerado de la mano. Odessa vio que era asombrosamente espacioso por dentro y que estaba bien equipado: asientos de piel burdeos con costuras oscuras, una barra a un lado en la que solo parecía haber botellas de agua, lunas tintadas... No había nadie más dentro.

—¿No está aquí?

—La tengo que llevar con él.

La agente echó un vistazo a la calle: los transeúntes que miraban de reojo el automóvil de lujo, los coches que pasaban, los rascacielos... Casi se sintió como si abandonara aquel mundo cotidiano por otro.

Recordó las palabras que Solomon le había dicho cuando se habían conocido y que apenas habían tenido sentido para ella entonces, pero seguían rondándole la memoria: «Todo es una invocación. Pequeños pedacitos de ruego sagrado».

—¿Sabe qué? —le dijo ella—. Que por qué no.

Subió al coche y, con una cabezada formal, el señor Lusk cerró la puerta.

El Phantom salió de la ciudad rumbo norte. Odessa había aceptado la extraña invitación de Blackwood suponiendo que el destino estaba cerca. Tres horas y media después, el Rolls salió de la autopista en Providence, Rhode Island.

—Ya casi estamos —canturreó el señor Lusk, agarrando con sus manos de cerdo el volante de color marfil en el asiento delantero.

Por debajo de la autopista elevada, giraron cerca del muelle industrial y rodaron por una zona muy deteriorada de la ciudad, repleta de fábricas de ladrillo en ruinas y clubes de estriptis. El señor Lusk detuvo el Phantom a la puerta de un taller de tatuajes con un letrero manuscrito sobre la puerta que rezaba «ANGEL'S».

—Está de broma, ¿no? —dijo Odessa.

El señor Lusk sacó su cuerpo voluminoso por la puerta del conductor y rodeó el vehículo para abrirle la suya. Odessa se quedó plantada en la acera, oliendo la brisa salina, mirando de arriba abajo el edificio vacío bajo la autopista. El escaparate estaba prácticamente a oscuras.

—En serio —insistió la agente.

El señor Lusk la condujo a la entrada. Pulsó un timbre y esperó. Abrió la puerta un hombre grande y tatuadísimo con un enorme bigote castaño.

—Pasen, pasen —dijo con voz grave y acento mexicano.

Odessa y el señor Lusk entraron, y el hombre alto cerró la puerta y echó la llave. Las paredes estaban decoradas con diseños de tatuajes (nada espectacular, todo muy corriente), desde personajes de dibujos animados de Warner Bros. a Calvin meando o diseños para la parte baja de la espalda o una sola rosa perfecta. Variaciones de MADRE . Todas las ramas de las fuerzas armadas, mujeres y hombres desnudos caricaturizados, y múltiples alfabetos en diversos formatos de escritura gótica. También vendían navajas y mecheros Zippo, expuestos cerca del mostrador.

—Soy Joachim, el propietario. —Joachim medía unos dos metros y vestía camiseta negra y vaqueros negros bajo un sobretodo marrón. Le estrechó la mano a Odessa, haciendo que la de ella pareciera enana en la suya—. Bueno, por fin ha llegado —le dijo al abogado, estrechándole la mano también—. Lo esperaba hace media hora.

—Hemos salido más tarde de la ciudad —contestó el señor Lusk, por lo visto refiriéndose a la visita de Odessa al agente Solomon.

—No importa —dijo Joachim.

Odessa exploró los tatuajes que le cubrían los brazos: símbolos, puestas de sol e iconografía religiosa, un mosaico lo más cuidadoso y completo que ella había visto en cuerpo alguno. Un *Guernica* en piel.

—¿Ha venido a hacerse un tatuaje? —preguntó Joachim. Ella negó con la cabeza y miró al señor Lusk. Joachim rio—. Lo digo en broma. Pero si alguna vez quiere uno, venga aquí. —Odessa asintió, leyendo aún la piel del tatuador. Le llamó la atención un rostro que llevaba en el antebrazo. ¿Era...? La vio mirarlo—. ¿Le gusta este? Se parece bastante, ¿verdad? —La agente miró el tatuaje y al señor Lusk. El abogado sonrió complacido, asintiendo. Sí: era el rostro de Lusk—. Capta muy bien su espíritu, creo yo. —Odessa exploró los otros rostros, preguntándose quién, por qué y qué...—. Mire el más reciente, venga.

Joachim se acercó al mostrador, encendió una lámpara potente y dobló el brazo para

alumbrarse el torso. Se levantó la camiseta hasta los pectorales y dejó al descubierto más tatuajes; muchos de ellos irradiaban de una cruz grande en el centro de su pecho musculoso, con el resplandor de una luz solar o divina de fondo. Un apósito le cubría un trozo de piel en el lado izquierdo, cerca del final de la caja torácica. Levantó el adhesivo y dejó al aire la carne enrojecida e inflamada que rodeaba un crudo grafismo más o menos del tamaño de un huevo XL.

Era el rostro de una mujer.

El rostro de Odessa.

La agente retrocedió. Levantó la vista y lo vio mirarla sonriente.

—No está mal el parecido —le dijo. Odessa se había quedado muda. El tatuador se tapó el tatuaje nuevo y se cubrió con la camiseta el mural viviente—. Venga adentro —le dijo Joachim—. La está esperando.

—¿De dónde ha...?

Estaba demasiado perpleja para terminar la frase. «¿De dónde ha sacado una foto mía?»

—Es aquí detrás —le dijo, indicándole el camino.

Joachim cruzó con ellos la trastienda y otra puerta, y enfiló un pasillo estrecho hasta una puerta cerrada con llave que conducía a una fábrica contigua.

Al entrar, Odessa sintió más que vio el espacio diáfano de techos altos. El suelo estaba sucio y el sonido de sus zapatos resonaba por toda la estancia.

Hugo Blackwood salió de entre las sombras, vestido con el mismo traje oscuro de su encuentro anterior, o una réplica exacta.

—Llega tarde —le dijo.

Odessa seguía conmocionada, muda.

Blackwood le hizo una seña con la cabeza a Joachim, que retrocedió hasta la pared próxima a la puerta y pulsó un interruptor pequeño.

Fueron encendiéndose con un ruido metálico seco todos los fluorescentes del techo altísimo, llovió la luz y las motas de polvo giraron perezosas en sus haces. Partes del techo se habían desplomado y dejado al descubierto la siguiente planta vacía.

En el centro de la estancia, dispuestos en forma de diamante, había cuatro tubos de metacrilato incoloro que iban del suelo al techo, cada uno de entre dos y tres metros de diámetro y fácilmente ocho metros de alto.

Un círculo de sal marina gruesa rodeaba cada tubo.

Pequeñas criaturas de plumaje negro (eran gallos) daban vueltas por el interior de los tubos, picoteando los pies descalzos de seres envejecidos, encorvados, cuya carne era del mismo amarillo piña brillante de la grasa del cuerpo humano. Cada uno de ellos tenía el cuerpo arrugado de un hombre de trescientos años. Sin ojos, sin orejas, sin rasgos faciales aparentes, pero cuando el ser más próximo, atormentado por los gallos, se dio la vuelta, Odessa vio que la cara entera se le abría como en dos solapas y revelaba una boca que bostezaba de hambre. Como la de una lamprea, la boca estaba hecha de círculos concéntricos de carne pulsátil, forrada de relieves cartilagosos, que no eran dientes exactamente, sino protuberancias punzantes.

Odessa se agarró con fuerza a la espalda de la chaqueta de Blackwood, para mantener el equilibrio.

—Son los seres huecos. La oquedad, el hambre infinita. Según la tradición mesopotámica, nacieron por última vez de los *Udug Hul*, los espíritus traidores. No se acerque a la sal marina, no conviene que la toque. —Otro de ellos siseó y rechinó los dientes, apartándose encogido de un gallo que tenía en el tobillo—. Entes traidores. Aquí están en su forma visible, pero hay muchos a

nuestro alrededor, a todas horas. Yo he visto, en el desarrollo de determinadas investigaciones, a los técnicos forenses entrar en la escena de un crimen y usar una lámpara de luz ultravioleta especial...

—Una lámpara Luma —lo interrumpió Odessa.

—Sí, para poner de manifiesto el verdadero aspecto de una estancia limpia, revelar lo que es invisible al ojo humano. Bueno, así es como veo yo estas cosas. Alrededor. Todo el tiempo. Estos en concreto son larvas que saltan de cuerpo humano en cuerpo humano, como adolescentes que roban coches y se los llevan solo por... ¿cómo se dice?

—Por darse el gustazo —terció Joachim.

Para angustia de Odessa, los tres antes la fueron siguiendo por la estancia con la mirada, volviendo al unísono sus rostros sin ojos.

—Eso, por darse el gustazo. Un ser hueco solo habita al huésped humano un tiempo limitado. Son criaturas de caos. Prosperan con él. Disfrutan cuando el cuerpo de su huésped es asesinado. Entonces es cuando son expulsados del organismo que ocupan, poniendo fin al viaje. Debe entender que el momento de la muerte, de ser asesinados, es para ellos una experiencia tremendamente placentera; por eso matan sin control. Los huéspedes viven esas ocupaciones como pérdidas momentáneas de la consciencia. Como le pasó a su compañero, el agente Leppo.

Pensar en Walt Leppo fue lo único que le devolvió la voz a Odessa.

—¿Walt? —susurró.

Blackwood se acercó a los tubos; Odessa le soltó la chaqueta.

—Son compulsivos, adictos a las emociones fuertes: el momento de la muerte, de la expulsión, les produce una sensación tal que buscan repetirla una y otra vez.

—¿Morir? —dijo Odessa.

Blackwood asintió con la cabeza.

—A menudo, si por la razón que fuera la muerte no les resulta lo bastante satisfactoria, saltan directamente de un cadáver a otro humano próximo con la esperanza de intensificar la experiencia. Acceden más fácilmente a los que sufren conflictos emocionales o inestabilidad mental, aunque pueden aprovecharse de cualquier situación valiéndose del elemento sorpresa. Son criaturas astutas e ingeniosas que explotan cualquier oportunidad.

Odessa los vio girar en círculos, acosados por los gallos.

—Me cuesta creer lo que estoy viendo —dijo.

—Los seres huecos solo tienen un miedo mortal a una cosa: a los gallos, concretamente a los capones negros, capones vírgenes. Curiosamente, les encanta comer huevos cocidos. Hay que tenerlos separados en todo momento. Juntos podrían lograr un gran poder destructivo, producir una hecatombe.

Odessa vio entonces que en el cuarto tubo, el que tenía más lejos, no había nada.

—¿Dónde está el...?

—Ah, sí. Con los años, he aprisionado a tres. El otro receptáculo aguarda al cuarto de ellos. El último de los últimos, nacido al final. El más voraz.

La agente vio a las criaturas zafarse de los pequeños gallos, chillando.

—¿Y usted cree que el cuarto...?

—Anda suelto, haciendo estragos, sí. Ocupó el cuerpo del desacreditado ayudante del gobernador en la avioneta que sobrevoló la isla de Manhattan, que estrelló después para matar a continuación a toda su familia, y el del intendente municipal en la masacre de la oficina de Long Island.

Odessa comprendió entonces algo en lo que no había caído antes.

—Ambos figuras políticas.

—Sí, yo también lo he pensado. El otro único punto flaco de los seres huecos, aparte de su miedo a los capones negros, es su naturaleza aleatoria. Aceptan la emoción de la muerte y todo su caos sin considerar las circunstancias, saltando de una catástrofe a otra. Pero si se centraran de algún modo, si se propusieran, digamos, ocupar los cuerpos de personas en posiciones de poder, imagínese lo que ocurriría...

Odessa meneó la cabeza.

—¿Cómo los ha atrapado?

—En distintas situaciones, en épocas diferentes. En ese sentido, su conducta incoherente les ha venido bien. Pero ahora el cuarto, el esquivo, parece haberse establecido precisamente en la región de Nueva York-Nueva Jersey.

Joachim se acercó a los tubos, quedándose en el centro del diamante implícito. Golpeó con los nudillos uno de los tubos de metacrilato duro y transparente, sobresaltando al ser hueco atrapado dentro, que atacó de inmediato, pegando su boca de círculos concéntricos al plexiglás. Una lengua pálida y gruesa rotaba voraz, lenta, manchando de saliva toda la superficie.

—Joachim los vigila, es su carcelero, por así decirlo. Si escaparan, sería..., bueno, algo que la humanidad no ha vivido en mucho tiempo.

—Entonces, ¿por qué los tiene aquí? —preguntó Odessa—. ¿Por qué los mantiene vivos?

—Son seres elementales —contestó Blackwood, como si eso fuera obvio—. No se pueden destruir, solo enjaular. Cuanto más cerca están unos de otros, más tranquilos se encuentran. Se perciben, la perciben a usted...

Odessa vio a uno de ellos aullar con una boca que le ocupaba la cara entera y sintió náuseas.

—Esto es una locura total y absoluta.

—Debemos centrarnos en por qué aquí y por qué ahora —dijo Blackwood—. ¿Quién puede haber soltado al cuarto o reconducido su energía de algún modo? ¿Qué se propone?

Odessa aún lo estaba digiriendo todo.

—Lo que yo vi salir del cuerpo de Leppo no se parecía en nada a esto. Eran casi como ondas de calor. Olía a...

—Soldadura. Lo sé. Lo he olido también. Como he dicho, esta es su forma visible. Igual que el agua se puede manifestar en estado sólido, líquido o gaseoso. Solo hay una forma de saber si una persona está habitada por un ser hueco. La marca que los delata es un sigilo en la nuca, al borde del cuero cabelludo. Es una vena hinchada en forma de brújula. Huelga decir que es muy difícil, si no imposible, examinar el cuero cabelludo de alguien poseído por una larva enfurecida.

—Huelga decirlo, sí —masculló ella.

Se masajeó las sienes, su gesto favorito últimamente. ¿Por qué se habría subido a aquel Rolls-Royce?

—Mi teoría —dijo Blackwood de una forma que puso de manifiesto que no se trataba de una teoría ni mucho menos— es que una ceremonia desacertada ha atraído al cuarto. Del palo, probablemente: en los últimos años ha habido una oleada de saqueos de tumbas en Nueva Jersey, ampliamente documentados en las noticias.

—¿Hay alguna forma de retroceder a antes de que yo entrara aquí y olvidarnos del asunto sin más?

Blackwood la miró como si no tuviera claro si hablaba en serio o no.

—Usted quería respuestas. Quería saber qué le había ocurrido al agente al que mató de un tiro, por qué había querido atacar a aquella niña de repente. —Se plantó delante de ella para asegurarse toda su atención—. Ese ser quería que disparara, que lo matara, para escapar de ese

cuerpo. Y quería que lo hiciera *usted*.

—¿Por qué yo? —preguntó Odessa.

—Por nada de lo que pueda culparse. Percibiría el afecto que sentía por ese hombre —le contestó él—. El sufrimiento de él y el suyo seguramente añadieron intensidad a la emoción.

Odessa cayó en la cuenta de que, a su modo particular, Blackwood intentaba absolverla de haber disparado a Walt Leppo. Pero cada respuesta engendraba una nueva pregunta.

—Entonces, ¿por qué no se me metió dentro uno de esos monstruos bocazas...?

—Yo creo que lo habría hecho. Quizá un instante de vacilación bastó para que entraran otras personas en la estancia. Además, por placentera que sea la expulsión, me parece que pierde fuerza si se hace demasiadas veces seguidas. —La agente lo miró. ¿Lo estaba comparando con un orgasmo? Esa era una pregunta que no quería hacerle—. Debo encontrar y atrapar al cuarto antes de que complete su objetivo. Ansían el caos por encima de todo y el caos máximo provendría de habitar a un ser humano de gran poder y prestigio.

—Quiere que yo lo ayude a capturar a una de esas cosas —dijo ella.

—No es cuestión de que yo quiera —repuso él—. Es cuestión de extrema necesidad. Hay que rastrear a todos los que entraron y salieron de su escena del crimen en la media hora posterior al momento en que su compañero sufrió el disparo.

Una vez más, tuvo la delicadeza de no convertirla en la ejecutora.

—¿Media hora? —preguntó Odessa—. ¿Por qué ese límite de tiempo?

—El cuarto ya había saltado a varios cuerpos. Su tiempo al descubierto se habría reducido a eso o menos.

Le costaba creer que estuviera considerando siquiera la posibilidad de ayudarlo.

—Necesito saber cosas. Si quiere que lo ayude, necesito saber quién es usted, quiénes son estas personas y cómo sabe todo esto...

—Todo a su debido momento.

—El momento es ahora —replicó ella.

Blackwood ladeó un poco la cabeza.

—Sí, por supuesto —dijo él, para sorpresa de la agente—. Debe saber todo lo que hay que saber de los seres huecos. Empezando por cómo llegaron al mundo estas criaturas elementales...

—Y quién los trajo aquí —añadió ella.

—Ah, eso es fácil —dijo Blackwood—. Me temo que fui yo.

*1582, Mortlake, Greater London*

En los días posteriores a la sesión de nigromancia en la biblioteca de John Dee, empezaron a ocurrir cosas extrañas en el domicilio del abogado Hugo Blackwood y en los alrededores de este.

La cosecha se marchitó y murió, las hojas se deshacían como herrumbre, como si el agua del suelo se hubiera convertido en mal albur. Aparecieron hoyos en el césped, como madrigueras de animales pequeños, solo que la tierra se amontonaba de forma que más que haberla excavado parecía que algo hubiera salido de ella.

Ruidos de rascones en las paredes. Alaridos que lo despertaban de noche, aullidos procedentes del Támesis. Blackwood tuvo un sueño en el que una sombra de la pared tomaba forma, se desprendía al suelo de su alcoba y reptaba a su lecho, a su lado, fría y húmeda. Despertó sin aliento, cayó de la cama y, al fin, se le abrió la garganta con un inmenso gruñido y volvió a respirar.

Una especie de neblina se había instalado sobre el distrito entero. Pero lo que más preocupaba a Hugo Blackwood era el comportamiento de su solícita esposa, Orleanna, una belleza de pelo azabache y ojos inocentes. Después de mostrarse esquiva y aparentemente inquieta durante un día, se había metido en la cama, enferma. A petición de su galeno, Blackwood contrató a una mujer para que la atendiera mientras él estaba ausente, en los tribunales. Al cabo de dos días, la mujer se negó a seguir cuidando de Orleanna, pero no quiso decir por qué, y se marchó muy alterada. Cuando visitó a su esposa en su lecho, Blackwood solo encontró a una joven angustiada y aturdida que suplicaba su ayuda. De súbito, la luz había abandonado su mirada y el pecho se le inflaba con cada aliento. Atormentada y febril, hablaba con personas imaginarias.

—¿No se puede hacer nada? —preguntó, humedeciéndole la frente con una compresa fría—. Amor mío, amor mío...

Orleanna era la musa de todos los éxitos de Hugo Blackwood, el fuego que alimentaba su ambición. Era la hija de uno de sus mentores y se había criado en un entorno de aprendizaje y estudio. Inteligente y también avispada, era la más ambiciosa de los dos: deseaba para su esposo la notoriedad en todas sus formas. A él aún lo maravillaba, a diario, haberse ganado su afecto, y todos los días desde su casamiento se esforzaba por recompensarlo.

Orleanna resplandecía como alumbrada por dentro y Blackwood se mostraba complaciente con ella. De no ser por su encanto natural, por la forma en que atraía a la gente, Blackwood habría sido completamente feliz no asistiendo jamás a un acto social ni organizando uno. Fue sin duda el influjo de ella lo que lo instó a buscar a un personaje tan fascinante y carismático como John Dee. Orleanna Blackwood poseía, en el lenguaje de la época, «el intelecto de un hombre», hasta el punto de que a veces, en sociedad, él debía recordarle su lugar; en privado, sus conversaciones de vasto alcance se dilataban en ocasiones hasta altas horas de la noche, a la luz de las velas y con uno o dos tragos de vino. Las figuras extraordinarias como la de Dee la deleitaban y, mientras otras esposas se contentaban, alentaban, mejor dicho, su relación con las del sexo débil, Orleanna disfrutaba conociendo a hombres doctos. Eso volvía egoísta a Blackwood; ella lo volvía posesivo, si bien no se le podía reprochar. Está en la naturaleza humana querer poseer la belleza, celebrar la pureza, salvaguardar la singularidad.

El propio Dee le había dicho en una ocasión que había nacido en la época equivocada, que era una mujer que existía «siglos antes de su tiempo». En privado, Orleana despachaba como mera cortesía el cumplido de Dee, pero Blackwood sabía que en el fondo le producía una inmensa satisfacción que la tuviera en tanta estima.

Y verla sufrir así de pronto era la peor carga que Hugo Blackwood podía soportar. Lo atormentaba recordar aquella noche en la biblioteca de John Dee, la siniestra sesión de nigromancia, y temía haber causado algún mal a su casa, a su hogar, a su amor. Aun habiéndose devanado los sesos hasta el punto de la desesperación, apenas recordaba lo ocurrido esa noche; solo tenía memoria de su regreso a casa antes del alba y de Orleana despertando en el lecho de ambos y pidiéndole, somnolienta, un beso...

Recordaba que a ella le había repelido su sabor, el regusto a soldadura de su boca. Orleana le dijo que había despertado a la mañana siguiente con ese sabor a quemado aún en el paladar, un sabor cuyo origen él no se explicaba.

Talbot, el espiritualista, fue a visitar a Hugo Blackwood una noche; apareció en su puerta con el bonete puesto, la mirada furtiva e inquisitiva.

—Una bestia humana —dijo, relatándole a Blackwood la disparatada historia en la cocina, mientras tomaban un té—. Con rostro de lobo y brazos de oso.

—Talbot... —le dijo Blackwood con la intención de serenarlo.

—Lo he visto. Siempre por el rabillo del ojo, pero está ahí. En la sombra. Detrás de un árbol. En la estancia contigua.

—Estáis febril.

Talbot le agarró la mano y se la llevó a la frente.

—Fresco como piedra de río.

«La sombra se había acurrucado a su lado, húmeda, fría.»

—Deliráis —dijo Blackwood, retirando la mano.

—Y los olores —prosiguió Talbot—. La humedad que lo envuelve todo.

—Edward, os creía más... entusiasta del mundo de los espíritus...

—¿Un charlatán? —lo corrigió Talbot.

—Eso suena crudo —reconoció Blackwood—. Pero os hacía más teatral, con vuestras visiones, vuestros trances...

Talbot miró fijamente su pequeña taza de té.

—¿Tenéis oporto?

—No, lo lamento. Orleana no ha ido al mercado. Está indispuesta...

—El ajenjo que bebimos esa noche... Creo que aún estoy bajo su hechizo. No confío en mis propios ojos, en mis propios pensamientos...

Blackwood asintió, aliviado de que Talbot diera voz a sus propios temores.

—Una sombra oscura nos invade.

El médium bebió un sorbo de té y, como le supo repugnante, lo tiró con taza y todo al fregadero de Blackwood, donde se hizo añicos.

—Está podrido —masculló—. Todo...

Blackwood olisqueó el suyo. Hedía, sin duda. Hasta el té se había podrido.

«¡¡Hugo!!», oyó que le gritaba su esposa, cuya voz ahogaban las paredes.

Talbot parecía aterrado.

—Mi esposa —dijo Blackwood, abandonando a su visita y cruzando dos puertas cerradas hasta el dormitorio—. El ruido la habrá alarmado.

Orleanna estaba sentada en la cama, horrorizada.

—Me acompaña Talbot, amor mío, y se le ha caído una taza de té...

Ella no lo escuchaba. Vio que su grito no tenía nada que ver con la taza rota.

Miraba fijamente la pared en la que no hacía ni tres meses ella misma había colgado un tapiz, uno de patrón entrecruzado muy agradable, en burdeos, dorado y jade, comprado en una tienda de Londres un día de verano alegre y cálido, un elemento decorativo para la alcoba de ambos.

Miró el tapiz. No vio nada reseñable.

—No, detrás, Hugo —le dijo ella, con el gesto y la boca torcidos como si estuviera a punto de gritar.

Él se acercó, le tocó la cara y le imploró que lo mirara, pero sus ojos no se apartaban del tapiz.

—¿Queréis que... lo retire? —le propuso él. Ella siguió mirándolo, sin contestar, hipnotizada—. Lo retiro —dijo enseguida, decidido.

Se acercó a la pared y agarró el tejido de lana, pero antes de que lo soltara de su bastidor, el tejido se desplomó como por su propio peso y cayó pesadamente al suelo, donde quedó amontonado.

Blackwood se apartó de un salto. En la pared que cubría no había marcas de ningún tipo.

—Hecho, ¿veis? —Se volvió, pero Orleanna estaba tendida de nuevo, con la cabeza sobre la almohada y los ojos cerrados—. Querida —le dijo, palpándole las mejillas, dándole palmaditas en la mano. Ella respiraba hondo, de repente total y absolutamente dormida. Blackwood se apartó de la cama con una súbita punzada de pánico en el pecho.

Volvió a la cocina y encontró a Talbot paseando nervioso de un lado a otro.

—¿Qué ocurría? —le preguntó el otro.

—Debemos ir a ver a Dee —dijo Blackwood, agarrándolo de los hombros.

El filósofo ocultista vestido de túnica blanca cruzó su espléndido vestíbulo a un paso, a juicio de Blackwood, rápido y brioso.

—¡Al contrario! ¡Un suceso magnífico y extraordinario! —dijo Dee, rechazando la preocupación de los otros—. Por fin hemos penetrado el velo de lo místico.

Los condujo a su preciada biblioteca, pero Talbot se le adelantó de un salto y se interpuso entre la puerta y él.

—Aquí no —dijo—. En cualquier sitio menos aquí.

—Edward —replicó Dee con el gesto decepcionado de un padre ante su hijo débil—. No me digáis, esferomante, que carecéis ahora del valor de vuestras convicciones.

Talbot negó con la cabeza, la mirada perdida.

—He visto cosas —dijo—. He sentido cosas. Debéis destruir ese *orbuculum*.

—Llegar al borde del precipicio y perder las agallas de pronto —le dijo Dee a Blackwood—. Acompañadme.

Los condujo, en su lugar, al observatorio, cuyo techo de cristal invitaba a la noche a inundar la estancia.

Blackwood estaba impaciente; debía volver con Orleanna. Lo inquietaba dejarla sola y desatendida.

—Quizá hayáis triunfado de algún modo, maestro Dee, y deberíais ser elogiado por ello, pero ¿y si, y digo «y si», habéis cruzado un abismo que no deberíais haber salvado?

Dee meneó la cabeza, meciendo con ello su sedosa barba blanca.

—Nada semejante ha sucedido. —Se apartó antes de volverse hacia Blackwood y Talbot—.

Son vuestras mercedes agentes de duda enviados desde este plano terrenal para nublarne la mente, para rogarme que me aleje de esta gran revelación. Guardianes del viejo mundo, mis propios coconspiradores vueltos contra mí. Debo salvar el último obstáculo para poder trascender. Este ha de ser mi momento de duda, ¿no es así?

—Mago —intervino Talbot—, ¿no habéis visto aquí portentos extraños que auguran oscuridad?

—Maravillas extraordinarias —repuso Dee—. He visto esplendores espirituales. ¡Lo hemos conseguido, Talbot! Hemos sintetizado lo mágico y lo científico. Hemos invocado y convocado a un ángel enoquiano para que nos guíe y nos instruya. Esto me devolverá al lugar que me corresponde en la corte de la reina. Primero, seremos testigos de ello; segundo, se lo revelaremos al mundo, y tercero, lo entenderemos.

Las fanfarronadas exaltadas del brillante hechicero preocupaban seriamente a Blackwood.

—¿Entenderlo es lo tercero, decís?

—Poner orden es lo cuarto —espetó Dee, mirando con desprecio a su abogado—. No os preocupéis por asuntos del ámbito espiritual, letrado. Vuestro mundo de leyes y autos no es más que una velita al lado del relámpago que está a punto de estallar. He abierto un acceso al mundo místico.

—O... —dijo Blackwood, que vislumbró por un instante al megalómano vistiendo la túnica del filósofo—. ¿O habéis abierto un acceso a este mundo desde el místico? ¿Cómo sabéis si habéis invadido otro reino o simplemente habéis hecho posible que otro reino invada el nuestro?

Dee miró a Blackwood un buen rato y este vio que sus palabras habían instilado un poco de duda en la bravuconería de Dee..., hasta que el erudito se libró de ella.

—Acertijos de abogados —dijo—. Me sorprende que la invocación funcionara en presencia de alguien tan... indigno.

—El ajenjo nos ha amargado el alma... —dijo Talbot, como si mantuviera su propia conversación.

Dee estaba sentado en una silla de brocado con brazos de plata, como un mago que le hubiera usurpado el trono a un rey.

—Siempre ha sido así —prosiguió—. Navegaré solo rumbo al reino de lo místico. La travesía, y las recompensas, serán mías.

Talbot se acercó a él.

—Quedáoslo todo, mago.

—Marchaos, pues. Dejadme que guarde a que el ángel tome forma humana.

Aquella impertinencia molestó a Blackwood, que paseaba la mirada por los libros de esferas celestiales y planos astrales, al lado de volúmenes de astronomía y cosmología. ¿Habría combinado el anciano hechicero los dos, el místico y el científico, pero en vez de llegar a una teoría unificadora, había perdido el rumbo?

Miró al cielo un momento, sin saber hacia dónde girar. Al hacerlo, divisó una figura blanca resplandeciente que los observaba desde un tejado a dos aguas, o quizá suspendida detrás de él. Una figura humana con camisón blanco, levitando, con los ojos amoratados. Tras una última mirada lasciva, la aparición se deslizó, sin hacer ruido, tras el tejado, y desapareció.

Con un grito y un fuerte aspaviento, Hugo Blackwood huyó del observatorio, corrió por los anchos pasillos de Dee hasta la puerta y salió a la noche fría y húmeda. Casi cayendo en una parcela de tierra embarrada, volvió la esquina, alzando la vista al cielo, buscando el tejado y sus puntas, persiguiendo a la aparición lasciva, y a la vez aterrado de encontrarla.

Olvidándose de Talbot, e incluso de Dee, Hugo Blackwood subió a lomos de su caballo y volvió aprisa a su casa.

Entró bruscamente por la puerta y se dirigió a la alcoba. Orleanna yacía en el lecho, como antes, solo que esa vez, curiosamente, el tapiz cubría la ropa de cama.

—Amor mío —dijo, y al verla brotaron lágrimas de sus ojos, pues durante la agitada cabalgada se había convencido de que era ella la mujer a la que había visto suspendida sobre la residencia de John Dee, el fantasma de su cuerpo muerto que lo buscaba para que le diera su último adiós.

Se acercó al pecho la cabeza de ella y la notó sudorosa por la fiebre. Lloró un poco y paró de pronto, temiendo por su cordura. ¿Qué significaba aquella alucinación que había tenido? ¿Habría desatado sin quererlo aquella sesión de nigromancia una plaga de delirios?

Blackwood acercó la cabeza a la de ella y depositó en sus labios un beso suave. En ese instante, deseó enfermar como ella. Deseó que estuvieran siempre juntos.

Al erguirse, lo sobresaltó descubrir que los ojos inocentes de su esposa estaban abiertos aunque distantes, ciegos. Vacíos.

El señor Lusk los dejó cerca de la intersección de la calle 72 con Central Park West. Odessa siguió a Blackwood y entró por una puerta lateral camuflada. Un estrecho pasillo de servicio conducía a otra puerta, por la que salieron a una fila de ascensores antiguos y profusamente decorados.

—Un momento —dijo ella—: ¿estamos en el Dakota?

El Dakota era, célebremente, el edificio de apartamentos de lujo más antiguo de Manhattan y uno de los más exclusivos. Se abrió el ascensor y subieron los dos solos.

Cuando se cerraron las puertas, Odessa dijo:

—Aquí es donde vivía John Lennon cuando le dispararon.

Blackwood observó como la flecha iba señalando los pisos en el dial.

—Ah, sí, el cantante. Lo recuerdo...

—¿El cantante? —¿Se estaba haciendo el tonto?

—Creo que su mujer me buscó una vez. Un personaje interesante. Quería saber si este edificio estaba embrujado.

—¿Lo estaba?

—Aún lo está.

Se abrió de nuevo el ascensor y Blackwood se dirigió a una puerta sin cerrar casi el doble de alta que Odessa. El vestíbulo estaba solado de mármol oscuro y liso, las paredes empapeladas de clarete aterciopelado con un estampado William Morris taraceado. Blackwood lo cruzó directamente hasta la siguiente estancia, una sala amplia con ventanales a Central Park. Los techos eran altísimos, unos cuatro metros por lo menos; las molduras ceniza estaban meticulosamente ornamentadas. Enfrente de los ventanales, había una chimenea de piedra colosal; un panel tallado y muy historiado fluía de la repisa a las paredes. Las figuras, que parecían antigüedades, eran cuerpos desnudos y retorcidos, tanto femeninos como masculinos entremezclados con algo que parecían nubes de llamas.

El suelo con dibujo geométrico era de caoba. Apenas había muebles, nada cómodo en lo que sentarse, una sala sin sillas. Salvo por una mesa alargada y maciza cuya superficie estaba completamente cubierta de mapas desenrollados y desplegados de ciudades, países y rutas marinas muy antiguos, la sala estaba hecha de libros. No solo las paredes estaban forradas de librerías y archivadores, sino que todo el suelo era un laberinto de torres de libros, de formas y tamaños distintos, algunas de unos dos metros de altura, otras levantadas sobre una base casi piramidal.

—Esta es su casa —dijo Odessa con una pregunta disfrazada de afirmación.

—Esta es mi casa de Manhattan —contestó Blackwood.

Cruzó una puerta y enfiló un largo pasillo. Odessa contó otras cuatro puertas más, a ambos lados. Había estado en muchos apartamentos de Nueva York, pero nunca había visto uno distribuido sobre un pasillo común, ni tan espacioso.

—¿Cuánto hace que vive aquí? —le preguntó.

—El edificio se construyó en la década de 1880.

Ella lo creyó y estudió el corte europeo de la moldura decorativa que recorría todo lo largo del pasillo a media pared.

—Muy bien, ¿y cuánto hace que vive aquí?

Blackwood se sacó una llave del bolsillo de la chaqueta y la introdujo en la cerradura de una de las puertas.

—Por entonces, este era el único edificio tan al noroeste de la isla. La ciudad ha crecido a su alrededor. El parque también. Londres siempre me ha parecido una urbe completamente formada, pero desde aquí he visto levantarse una ciudad como si fuera un cervatillo recién nacido. El edificio se construyó ya con luz eléctrica instalada, alimentada por su propia dinamo. Prefiero la electricidad. Por lo visto, el inmueble se convirtió en..., creo que el término es «cooperativa», hace unos años. ¿Sabe lo que quiere decir?

—Claro —contestó ella.

—Yo no.

Aquel misterio obviamente no lo preocupaba, porque giró la llave en la cerradura y abrió la puerta de par en par. Otra estancia amplia, una biblioteca. Las estanterías estaban repletas de libros antiguos y manuscritos sin encuadernar de papel medio descamado, así como folios y rollos de pergamino. Aquellos volúmenes eran verdaderamente excepcionales, casi todos con títulos en latín o en francés, como *Ethici philosophi cosmographia*, *Mysteriorum liber primus*, *Libro de súplicas e invocaciones*, *De Heptarchia Mystica Collectaneorum*...

La sala tenía un olor lechoso, a vainilla y almendra, debido a la descomposición de los compuestos químicos del papel viejo.

—Es imposible que haya leído todos estos libros —dijo Odessa, cansada de hacerle preguntas y de sentirse siempre desconcertada.

Él no mordió el anzuelo.

—Mi biblioteca viaja conmigo —contestó.

—¿Viaja? ¿Adónde?

—Tengo otras residencias.

—Vale, ¿cómo hace para viajar sin pasaporte?

—Mmm, sí, cierto —dijo, dándole la razón—. Cada año es más complicado.

Abrió otra puerta más, una que conducía a lo que en una residencia de lujo habría sido quizá un comedor formal. Pero allí, dispuestos sobre un largo aparador de caoba y en estanterías y vitrinas cerradas con llave en las paredes, había...

—¿Qué es esto?

—Instrumentos —contestó él.

Los artículos religiosos fueron los que primero le llamaron la atención. Cruces de plata y bronce, algunas con pedrería, y lo que parecían astrolabios y brújulas. Copas y candelabros. Polvos en frasquitos de cristal con tapón de corcho y accesorios como guantes y bufandas que podrían haber sido vestiduras.

—Esto parecen armas —dijo ella. Dagas, cinceles y barrenas. Picos de metal y espadas cortas. Había estuches de madera repletos de herramientas de cirugía o tortura medievales. En otra estantería había amuletos hechos de metal y de tela. Figurines de piedra y tótems tallados en madera. Un puñado de calaveras—. ¿O trofeos? —añadió.

—Son herramientas de trabajo —contestó él—. No toque nada, por favor.

Había desenrollado un estuche de piel negra y estaba seleccionando artículos de su colección e insertándolos en los deteriorados compartimentos. Cogió una daga, una cruz rara, un tubo que contenía una poción rosada que solo podía llamarse elixir.

—Esto lo habrá ido reuniendo con el tiempo —supuso Odessa—. ¿Lo ha comprado o lo ha robado?

—No he montado esta colección más que por necesidad.

Odessa ya no estaba nerviosa. Ya no la intimidaba.

—¿Cuántos años tiene? —le preguntó.

Él titubeó mientras preparaba el juego de herramientas, indicio de nerviosismo.

—¿Cuántos aparento?

Odessa se encogió de hombros y bordeó la mesa detrás de él.

—Treinta y cinco.

—Entonces, tengo treinta y cinco —dijo él.

Ella pasó por delante de una colección de útiles de escritura metidos en un viejo tarro de cristal.

—¿Cuánto tiempo hace que tiene treinta y cinco años?

—Bien —dijo él—. Empieza a hacer las preguntas correctas. Pero no sé si debo contestarle.

—¿Y eso por qué?

—Cuando contesto, casi siempre recibo a cambio un sonido de lo más irritante —dijo—.

Una «risotada», creo que lo llaman aquí, y no me apetece volver a oírlo...

—Póngame a prueba —lo provocó ella.

Después de una larga pausa, Blackwood contestó:

—Cuatrocientos cincuenta años.

Odessa, claro, soltó una risotada. Blackwood suspiró.

—Se acerca ya al medio milenio —le dijo—. Todo un logro.

—Lo cierto es que no.

—¿Y eso por qué?

—Demasiada incertidumbre —dijo él, de espaldas a ella, mientras deshacía el nudo del cordel de una bolsa suave de piel de becerro y olfateaba el polvo que había dentro.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó Odessa—. ¿Cómo puede un hombre, un humano, vivir tanto tiempo?

—Creo que debería ser obvio —respondió él—. Me maldijeron.

—¿Lo maldijeron? —repitió ella—. ¿Quién?

—Quién, no.

—Pues ¿qué, entonces?

—Fue el resultado de una transgresión. Una transgresión contra la naturaleza. Fue un disparate, o eso pienso yo. Una sesión de nigromancia, una invocación. Se traspasó una línea. Lo profano se solapó con lo sagrado. Y yo me vi condenado a esta existencia.

Demasiado que digerir.

—¿Era abogado...? —dijo Odessa.

—A las afueras de Londres. Era respetado pero mediocre.

—¿Tenía familia?

—Estaba casado.

—¿Cómo se vio involucrado un abogado casado en...?

—Tenía un cliente, un amigo..., un hombre ciertamente increíble. Alguien a quien admiraba. Alguien con muchos contactos en la corte, alguien que yo pensaba que podría ayudarme a mejorar mi situación profesional. Pero también alguien carismático y bastante brillante. Supongo que podría decirse que caí bajo su influjo. Yo era poco más que un espectador, no comprendía la hondura de lo que él estaba explorando, ni la estatura. Me tenía fascinado, intrigado, pero yo era un diletante. Un profano. Un aficionado que no tenía lugar a su lado. No obstante, tenga presente que aquello era el Londres de la década de 1580. Yo era un abogado de ciudad. Y aquel hombre,

que se llamaba John Dee, me abrió los ojos a un mundo especulativo de magia y misterio. Aunque lo cierto es que me dejé conquistar por sus atenciones. El caso es que nunca sabré por qué accedí siquiera a que yo estuviera presente.

Odessa siguió bordeando la mesa de instrumentos antiquísimos.

—¿Y...? ¿Qué pasó?

—El mundo perdió su equilibrio. Permitted, permitió, más bien, la entrada en nuestro plano de existencia...

—¿De...?

—De un plano astral. Estaba convencido de que podía establecer contacto con un ángel. Pero no fue eso lo que ocurrió.

—¿Qué ocurrió?

Blackwood suspiró, pero como lo tenía de espaldas, no pudo saber si de irritación por el rumbo que estaba tomando el interrogatorio o porque lamentaba lo ocurrido. Se volvió y apiló unos cuantos libros.

—Imagine, por favor, capas de realidad, muchos planos astrales que existen unos encima y debajo de otros. Esos planos permanecen separados en su mayoría, salvo por alguna aberración ocasional o en el mundo de los sueños...

—¿Los sueños son un plano astral? —preguntó ella.

—Completamente —contestó Blackwood—. Y con el entrenamiento adecuado, podemos vivir o morir en ellos... —Sacó un libro del centro de la pila recién hecha—. Ahora —dijo—, mediante un proceso complejo, se pueden visitar estos planos o convocar a entes que visiten los nuestros. Eso fue lo que hicimos precisamente... El mundo, como le he dicho, perdió su equilibrio..., y a mí se me obligó a, bueno, a arreglarlo. No fue decisión propia, que conste.

—¿A arreglarlo?

—Se abrió una puerta a nuestro mundo. Quedó al descubierto una junta, una vía de acceso que no sé cómo cerrar.

—¿Y tiene que...?

—Debo devolver al otro lado todo lo que pasa por ella. Siempre que ocurra. Debo enmendar mi error original.

—O sea, que es... ¿una especie de guardián?

—Un penitente. Un vigilante. Un negociador. Y en ocasiones, un exterminador. ¡NO TOQUE ESO!

La súbita intensidad de su voz, siempre tan serena y relajante, que alcanzó un volumen y una profundidad que ella no creía posible, le produjo un escalofrío. Ella estaba observando una esfera de exquisito cristal, perfecta salvo por una grieta interior, una grieta fina como seda de araña, casi como la red neuronal del interior de una sola neurona transparente. Tenía las manos a los lados.

—¡No iba a tocarlo! —le gritó ella—. Y deje de tratarme como si fuera una cría.

Blackwood empezó a desmontar la pequeña torre de libros, sin disculparse. La esfera se encontraba sobre un pequeño soporte que parecía una corona bocabajo. De pronto sintió curiosidad.

—¿Qué es?

—Un *orbuculum*.

—Me refiero a qué significa para usted.

Blackwood tenía los ojos entornados, faltos de su habitual aire de curiosidad. Se había puesto de mal humor.

—Me dijo que había conseguido averiguar a quién pertenecía la tienda esotérica —espetó en

cambio.

Odessa asintió con la cabeza. Inesperadamente, su arranque de rabia lo había vuelto más humano a los ojos de ella. En vez de sentirse como si lo hubiera ofendido, se sintió como si hubiera descubierto su personalidad, formada quizá durante cuatro siglos y medio de vida.

—¿Qué le pasó a su mujer? —le preguntó.

La expresión de Blackwood no cambió, en absoluto, algo que en sí ya quería decir algo. Se preguntó cómo la vería él con sus cuatrocientos cincuenta años.

—Mmm... —murmuró por fin, como llegando a una conclusión—. Es perceptiva. Resulta verdaderamente agotador. Si le soy sincero, prefiero tratar con personas de menor inteligencia.

Eso no era un cumplido. Odessa no sabía lo que era.

—Lo siento mucho —dijo ella en un tono que puso de manifiesto que no, no lo sentía en absoluto.

—¿La dueña de la tienda esotérica? —insistió Blackwood mientras enrollaba el estuche de piel lleno de instrumentos y frasquitos.

Odessa asintió.

—He hecho un seguimiento de los registros fiscales de dos empresas pantalla que me han llevado a una dirección de Englewood. ¿Qué va a hacer si la encontramos? —le dijo, señalando el estuche que le sobresalía del bolsillo de la chaqueta.

Blackwood deslizó más al fondo del bolsillo la colección compacta de herramientas para la caza de espíritus; luego se dirigió a la puerta por la que habían entrado.

—La encontraremos —dijo mientras salía—. Con suerte antes de que ella nos encuentre a nosotros.

La casa era invisible desde la calle, gracias a una verja maciza de dos metros y medio y una tapia forrada de árboles. A un lado del breve caminito de acceso a la finca, había una botonera conectada a una cámara.

—¿Va a saltar usted o salto yo? —preguntó Odessa. Blackwood la miró, sin decir nada—. Eso me parecía.

Buscó el pino de aspecto más robusto y trepó por él, compensando su peso apoyando el pie en la tapia. Llegó a la parte de arriba, de unos centímetros de grosor, sin protuberancias afiladas, e inspeccionó la vivienda. Era un chalé de una sola planta, inusual en el barrio, con amplio tejado a dos aguas y puerta de doble hoja. No había coche a la entrada, ni signos de movimiento al otro lado de las ventanas de la fachada principal.

Saltó y aterrizó suavemente en la hierba. El cerrojo de la verja se accionaba mecánicamente desde dentro, así que abrió lo justo para que pasara Blackwood, que estudió la casa tranquila.

—Sabe que no voy armada, ¿verdad? —le dijo ella. Él asintió—. Y usted tampoco. Ni siquiera lleva un teléfono con el que llamar a Emergencias. No sé yo si el estuchito ese que ha cogido va a ser suficiente en caso de que la cosa se complique. Se lo advierto: si nos metemos en algún lío, voy a llamar a la policía municipal.

Si Blackwood la estaba escuchando lo disimuló muy bien, porque enfiló el serpentino caminito hasta la puerta de la casa. Odessa se dispuso a tocar el timbre, pero él la detuvo. Entonces reparó en que llevaba un cuadernito diminuto en la mano.

—¿Qué? —dijo ella. Consultando el librito, Blackwood recitó unos versos en latín, en voz baja, un conjuro, y volvió a guardarse el librito en la chaqueta—. ¿Y eso ha sido...?

—Un hechizo de protección. Antes de cruzar el umbral.

En circunstancias normales, Odessa se habría reído, pero con todo lo que había visto y oído

no podía permitirse el lujo de ser escéptica, al menos de momento.

—Voy a llamar al timbre —dijo, un acto que ya era un hechizo de por sí.

Se oyó el timbre dentro, una serie de notas musicales que resonaron suavemente. La agente no esperaba que abriera nadie, pero vio movimiento dentro, distorsionado por el cristal opaco de la puerta. La posibilidad de un enfrentamiento le produjo un subidón de adrenalina que la azotó como un escalofrío. Se abrió la puerta.

Era un hombre de treinta y tantos años. Hispano, quizá cubano. Descalzo, con pantalones de deporte grandes y una sudadera de lino con capucha y la cremallera a medio subir.

Los miró sorprendido.

—¿Quiénes son ustedes? —dijo.

Odessa no vio a nadie detrás. No llevaba nada en las manos.

—¿Está Juanita en casa?

El hombre entornó los ojos, como confundido. El sol lo desorientaba.

—¿Qué quieren?

—Buscamos a Juanita. ¿Le importaría avisarla, por favor?

—¿No los ha mandado ella? —preguntó el tipo.

Odessa sacó sus credenciales y le enseñó la placa del FBI.

—Juanita —insistió.

El hombre leyó las grandes letras azules, pero ni se inmutó.

—Se ha ido. No está aquí.

Se dispuso a cerrar la puerta. Odessa coló el pie en medio antes de que los dejara allí plantados. Su cara le sonaba.

—Yo lo conozco —le dijo.

Él negó con la cabeza.

La agente encontró en su bolso la copia impresa del informe de su detención. La desdobló y se la enseñó.

—Es el otro saqueador de tumbas. Yoan Martine —añadió, consultando el documento.

Martine no lo negó. Tampoco intentó huir. Miró a Odessa y le dijo:

—No lo entiendo.

—Vamos a entrar —le advirtió ella.

El tipo no se resistió. Ella empujó la puerta y pasó delante de Blackwood. Martine se hizo a un lado, como si no lo perturbara que entraran en su casa.

La vivienda estaba sucia. Los muebles y las alfombras se habían empujado hacia los lados. Se amontonaba la basura. Por las ventanas del fondo, Odessa pudo ver una piscina llena de agua de un verde negruzco en la que flotaban algunos muebles.

Pegadas a la pared de la izquierda había dos jaulas de animales, vacías salvo por unos juguetes de cuerda de aspecto recio.

—¿Dónde están los perros? —preguntó.

—Han salido corriendo. Los he soltado.

—¿Los ha soltado?

—No me gustaba cómo me miraban.

—¿Eran pitbulls?

El tipo asintió con la cabeza.

Por encima del hedor a basura y a comida podrida, se percibía un olor fragante. No era incienso. Nada sobrenatural. Era maría. Martine tenía los ojos enrojecidos. Estaba colocado, sin duda. Y no solo de marihuana.

—Se ha ido, tío —dijo, sentándose a tuestas en el brazo del sofá, cuyos cojines estaban tapados por muebles más pequeños: una mesita auxiliar, lámparas a juego... Se rascó el antebrazo—. Juanita está gagá..., loca. No dice más que gilipollices.

Blackwood se quedó plantado en el centro de la estancia. Odessa interrogó a Martine.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—Hemos hecho cosas malas, pero... teníamos protección. *Bakalu*. Los espíritus antiguos...

La agente miró a Blackwood.

—Los espíritus de los antepasados —le tradujo él.

—Prometió dinero, poder, sexo... Estaba todo ahí. Y de pronto ya no.

—¿Juanita era *kindiambazo*? —preguntó Blackwood.

Martine torció el gesto como si la propia palabra le causara dolor.

—*Mayombera* —contestó.

—Hechicera —tradujo Blackwood—, practicante del palo mayombe. Cuénteme cómo funcionaba —le dijo a Martine.

—No quiero, tío —contestó el otro, meneando la cabeza—. Ella era la palera. Nos decía «Id a por esto, id a por lo otro...», como si fuera la lista de la compra.

—¿Por ejemplo?

El otro reaccionó de nuevo como si solo oír la pregunta le causara dolor físico.

—Huesos humanos... —lo instó Blackwood.

—*Fula*.

—Eso es pólvora —le tradujo a Odessa.

—*Azogue*.

—Mercurio —dijo Blackwood.

—Sangre. Pelo de animal. Palitos, hierbas, plumas. Piedras. Azufre. Lo hacía ella. Ella preparaba el *nganga*.

—El caldero de hierro sagrado —explicó Blackwood—. ¿Cuántos preparaba?

—Tenía uno que usaba para los rituales. El palo lo hacía aquí, fuera —dijo, señalando el jardín trasero, donde estaba la piscina fétida—. Por protección.

—¿Y luego...?

—Luego dijo que le habían pedido que hiciera más. Más pequeños. Otros tres.

—¿Fueron a Montclair? —preguntó Odessa—. ¿A Little Brook, Long Island?

Martine volvió a rascarse el antebrazo, arañándose ya, casi como si intentara distraerse de recuerdos dolorosos con un dolor físico real.

—Era la mediadora, la guía de almas, de *nkisi*, de espíritus. Hasta que... se convirtió en un instrumento ella también y el *kinyumba* hablaba a través de ella.

Odessa miró a Blackwood.

—Un mal espíritu —dijo él—. Un demonio. Un espectro.

—Cambió —prosiguió Martine—. Todo cambió. Ella quería fuerza, poder de los antepasados. Pero le llegó otra cosa. —Miró alrededor como si oyera voces—. Como cuando te dejas la puerta abierta y se te cuele un mapache. Los espíritus furiosos.

Odessa vio entonces que Martine no estaba colocado, estaba medio loco.

—Ya no es Juanita. Ella no va a volver nunca. Y ahora yo veo cosas. Emisiones extrañas. Los oigo. *Nfuri*. Las iras.

Se levantó de pronto del brazo del sofá. Se había afilado las uñas con una lima y los arañazos le habían hecho sangre en el antebrazo. Se dirigió a Blackwood, deteniéndose a unos centímetros de él.

—*Mpangui* —dijo. Lo miró y miró a su alrededor, como si irradiara energía—. Límpieme. Usted puede devorar esta maldición. ¡Límpieme, límpieme! —repitió en español.

—No, Martine —contestó Blackwood, negando con la cabeza.

—Lo veo —insistió el otro, cada vez más emocionado—. Libéreme, *mpangui*. Libéreme de esta maldición.

Blackwood meneó la cabeza con tristeza.

—Me temo que no hay nada que ni yo ni nadie podamos hacer por usted.

De nuevo fuera, a la entrada de la casa, Odessa oía a Yoan Martine, aún hablando, gritando de vez en cuando.

—¿Qué quería?

—Limpieza. Que lo librara de los influjos maléficos.

—¿Podría hacer algo así? —le preguntó ella.

—Algo así es posible —contestó él—. Pero no para Martine. Incluir mercurio en el hechizo es desear la locura al enemigo. Tengo la sensación de que les salió el tiro por la culata. Ella estaba usando el palo como magia agresiva.

—Le ha frito el cerebro —dijo Odessa.

—No puedo librar a un demente de sus manías persecutorias. Está loco. Es un caso perdido.

Odessa no apartaba la vista de la puerta de doble hoja, como si esperara que saliera corriendo detrás de ellos.

—Igual que nosotros —dijo—. Estamos perdidos. ¿No tendríamos que haber registrado la casa?

—No hay nadie más ahí —contestó él con una rotundidad que ella no cuestionó.

Se rompió algo dentro de la casa. Odessa quería largarse ya. Se dirigió a la verja.

—Parece que esa mujer se pasó de la raya en uno de esos rituales —dijo—. Como su John Dee.

—Todo está relacionado —dijo Blackwood—. No hay pequeñeces ni coincidencias azarosas.

—Pero ¿por qué Peters en Montclair? ¿Y Colina en Long Island?

—El diseño del mundo es complejo —contestó él— y los seres huecos son su decimotercer piso.

—O sea, que no tenemos pistas. Sin Juanita, estamos en punto muerto.

—En absoluto —repuso Blackwood—. El universo nos enviará una señal. Solamente hay que estar preparados para verla.

Salieron y Odessa cerró la verja. El Rolls-Royce Phantom se acercó a la acera, con el señor Lusk al volante. Subieron a la parte de atrás. La agente se sintió mejor cuando cerraron la puerta y se alejaron de la corrosiva energía psíquica de Martine.

—Mientras el universo nos manda una señal, necesito comer algo —dijo Odessa.

—Como quiera —contestó Blackwood, distraído.

—¿Adónde vamos? —preguntó el señor Lusk.

—Encontraremos algo de camino a Flushing, Queens —propuso la agente.

El señor Lusk miró a Blackwood, a la espera de la orden.

—¿En el otro extremo de Manhattan? ¿Por qué? ¿Para qué?

—Por Earl Solomon —contestó ella—. Al New York-Presbyterian Queens Hospital —le dijo al señor Lusk.

—No, no —objetó Blackwood.

—¿Por qué no? Hay tiempo. Solomon quiere verlo.

—No disponemos de tiempo para recados superfluos —dijo Blackwood—. Entiendo que la comida es una necesidad, pero...

—¿Recados superfluos? —repitió Odessa—. Earl Solomon es un hombre moribundo. Ha pedido verlo. ¿No quiere despedirse?

—¿Despedirme? —dijo él—. ¿Qué es despedirse?

—Hace cuarenta y cinco años que lo conoce.

—¿Y...?

Odessa sintió una rabia cada vez mayor.

—Se está muriendo. Vale, dice que ha vivido siglos, ¿y qué es?, ¿una especie de vampiro que ha olvidado lo que significa ser mortal?

Blackwood se recostó en el asiento, mirándola, y entrelazó los dedos en el regazo.

—¿Qué relación cree que tenemos el agente Solomon y yo?

—¡Cuarenta y cinco años! —repitió ella.

—La veo muy furiosa —dijo él.

—¡Pues claro! ¡Y yo lo veo muy frío!

Blackwood ladeó la cabeza unos grados para estudiarla desde un ángulo distinto.

—Esto no tiene nada que ver conmigo, agente Hardwicke. Lo quiere usted. Quiere vernos juntos. Es cosa de su curiosidad.

—Es cosa de despedirse —farfulló ella, porque había cierta incómoda verdad en sus palabras.

Blackwood sonrió.

—Llévela adonde quiera ir —le dijo al señor Lusk.

Luego enderezó la cabeza y cerró los ojos.

*1962, delta del Misisipi*

El sol apenas alumbraba ya los algodones cuando Solomon llegó al sendero que conducía a la casa del aparcerero ocupada por los Jamus. Blackwood caminaba a su lado hacia el edificio bajo y un par de cuervos despegó del tendedero del fondo de la finca con un aterrado graznido. El calor del día aún no había remitido y Solomon se sacudía el polo húmedo debajo de la chaqueta.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Blackwood.

—Seis —contestó Solomon.

El zapato de Solomon chirrió en el tablón de delante de la entrada. Llamó a la puerta; Blackwood se quedó detrás, a su izquierda. Abrió una niña, que llevaba el mismo vestido azul con el que la había visto antes.

—Hola otra vez, señorita —le dijo—. Soy el agente Solomon, ¿me recuerdas?

—Pensaba que era el pastor Theodore —contestó ella.

—¿Puedo volver a pasar?

La niña miró a su espalda, indecisa. No había nadie más allí.

—¿Quieres ir a buscar a tu madre? —le preguntó él. La pequeña negó con la cabeza. Se apartó de la puerta. Solomon entró y se quedó plantado en el suelo sucio—. ¿A uno de tus hermanos mayores, quizá? —le dijo.

El agente quería que lo recibiera alguna persona mayor de edad antes de adentrarse en la casa a ver a Vernon, el niño enfermo.

La niña se fue por el pasillo, por donde empezaba el suelo de madera.

Solomon esperó. Oía a mantequilla. En algún lugar de la casa, sonaba música militar en la radio o en un tocadiscos. Las moscas rondaban una ventana cercana, zumzás, zumzás, zumzás, una y otra vez.

Se volvió hacia Blackwood, que estudiaba el techo inacabado. Solomon levantó la vista también, pero no vio nada reseñable. El británico debía de estar aclarando simplemente sus ideas.

Coleman, el chico de veinte años, vino del fondo de la casa, despacio pero resuelto. La parsimonia era parte de su forma de ser.

—Cole, soy el agente Solomon.

—¿Sí, señor?

—He venido a ver a Vernon. He traído a un especialista.

Cole miró a Hugo Blackwood. No preguntó qué clase de especialista era. Tampoco mostró mucho optimismo.

—Ha estado tranquilo —dijo el joven.

—¿Va todo bien? —preguntó Solomon.

—No, señor —contestó Cole, dio media vuelta sin más explicaciones y los llevó a la despensa del fondo.

Se metió allí en vez de en el cuartito cerrado de al lado, tiró de una cadenita para encender una bombilla desnuda y cogió una llave de un estante alto. Se la dio a Solomon, en lugar de abrir la puerta él mismo.

—Gracias —dijo el agente, pero el joven ya se iba.

Solomon pegó el oído a la puerta, esperando oír al niño llamar a Blackwood otra vez. Nada. Metió la llave en la cerradura, la giró y abrió la puerta de un tirón.

Dentro estaba la misma cama, con el mismo colchón desnudo manchado de sangre. Pero no había niño. Las cadenas yacían en el suelo, con los grilletes abiertos.

Alarmado, salió corriendo al pasillo de tablones de madera sueltos, llamando a gritos a Cole. El joven estaba esperando cerca de la puerta de la calle.

—¿Quién se lo ha llevado? —le preguntó Solomon.

Cole meneó la cabeza, confundido.

—¿Llevado?

—Vernon. No está.

El joven adelantó a Solomon para verlo por sí mismo. El agente vio a la niña pequeña sentada en una silla plegable de metal en el cuarto contiguo, asustada.

De pronto, Blackwood agarró a Solomon del codo y lo llevó hasta la puerta. El otro se dejó arrastrar.

—¿Qué? —preguntó.

—Creo que sé dónde está —dijo Blackwood.

Mientras se adentraba en el temido bosque detrás de Blackwood, Solomon tenía los sentidos en alerta máxima. Se filtraba por las frondosas copas de los árboles la luz imprescindible para abrirse paso entre los troncos y las ramas sin usar la linterna que llevaba en la mano izquierda.

Blackwood avanzó a grandes zancadas con un asombroso sentido de la orientación, teniendo en cuenta que solo había estado allí una vez. Llegaron al árbol del ahorcamiento, pero no se detuvo. Continuó hasta el primer tronco marcado que había visto y siguió avanzando de tronco en tronco hasta el camposanto de esclavos olvidado. Entre los árboles que tenía delante, se adivinaba una luz anaranjada en medio de sombras intermitentes. «Una fogata», pensó Solomon, procurando encontrarle a todo una explicación lógica en el mundo real.

Al llegar al claro, su mente fue incapaz de procesarlo todo de golpe. Las imágenes se le presentaron en secuencias, como una serie de pequeñas explosiones que culminaran en una demolición total.

En la maleza ardía un anillo de fuego, de metro y medio de diámetro, y una columna de humo negro se alzaba en medio de la noche. Dentro del anillo estaba arrodillado el niño de seis años, Vernon, delante de la fila de lápidas, vestido solo con unos pantalones de algodón sucios. Tenía los brazos levantados, las manos abiertas, como si invocara a algo en el cielo.

Pero la aparición vino de abajo, una niebla fina que se alzó del suelo herboso a modo de bruma en evaporación, bañada de luz. De entre las lápidas, surgió un vapor diferente, más denso, violáceo, que adoptaba formas más o menos humanas. Con la imaginación de un hombre presa del pánico, Solomon distinguió los torsos, las cabezas y los brazos extendidos de los espectros gaseosos.

Más allá de las tumbas, al borde de los árboles, había una figura que vestía una túnica blanca con capucha cuyas mangas se descolgaban de sus manos extendidas en forma de bocas abiertas, gimientes. Las sombras que arrojaban las llamas producían la ilusión de que había otras figuras detrás, una comunidad entera de oficiantes de negro practicando su brujería en el camposanto. Pero solo había una.

Solomon se quedó de piedra ante semejante rito impío. No se lo podía explicar. La angustia activó todas sus alarmas.

La figura de blanco detectó de inmediato su intromisión. Volvió su cabeza invisible hacia

Blackwood y escapó al bosque, oculta entre las sombras frenéticas.

Blackwood corrió tras ella. Impotente, Solomon lo llamó a voces, pero no oyó nada, ni siquiera su propia voz. El británico pasó rápidamente por el círculo de fuego y la niebla baja se enroscó en sus piernas, queriendo atraparlo, pero él se coló a toda prisa entre dos apariciones violáceas, cuyas formas difusas ondearon a su espalda como si intentaran darle alcance. Luego se adentró en el bosque por donde había desaparecido la figura de blanco y se desvaneció también.

Ante los ojos de Solomon, todo lo que había en el cementerio de esclavos comenzó a derrumbarse: las llamas cayeron como controladas por un mando; la neblina del suelo se disipó como el humo, y las figuras aeriformes de las tumbas, los espíritus medio resucitados de los esclavos negros muertos hacía tiempo, murieron por segunda vez: sus extremidades y sus torsos se disiparon; sus rostros apenados fueron lo último en desaparecer.

El niño, Vernon, se volvió despacio, la cabeza primero, el cuerpo menudo y flaco después. Estaba esquelético: tenía las costillitas planas, los brazos y las piernas delgados. Sus ojos eran lunas plateadas con un puntito negro en el centro, más de animal que de humano. Sus labios se separaban y dejaban al descubierto sus dientes, pero no en forma de sonrisa.

De inmediato, sopló una ráfaga de viento que atrapó el humo negro desprendido de las llamas moribundas y azotó a Solomon con él. El agente se tapó los ojos cuando el oleoso efluvio se le echó encima, llevándose el oxígeno de donde él estaba. Duró apenas un segundo y desapareció, pero cuando abrió los ojos, Vernon estaba plantado delante de él; había recorrido una distancia de diez metros a la velocidad de un paso.

El niño se echó encima como una fiera, asiéndole el cuello con una mano y arañándole los ojos con la otra. Solomon intentó sujetar el cuerpo frágil del pequeño, pero no sabía bien si por el sudor, la humedad o algún bálsamo diabólico, estaba escurridizo. Cayó de espaldas, gritando.

La criatura, más salvaje que fuerte, le daba zarpazos en los ojos para que no pudiera ver. El agente trató de apartarlo interponiendo su antebrazo, pero las manos en forma de pequeñas garras de Vernon no lo soltaban. El niño dio con la tráquea de su presa y la apretó con fuerza. Tenía el rostro pegado a la cabeza del agente y su respiración era agitada y sibilante.

Solomon, que aún llevaba la linterna en la mano, le atizó dos veces con ella en un costado, completamente en vano. Notó que los dedos del pequeño se clavaban en el contorno de su cavidad orbitaria. No podía respirar. Su única ventaja era que el crío pesaba poco. Encajó el brazo entre el pecho del niño y el suyo, y con un fuerte impulso se zafó de él, agarrándose la garganta para asegurarse de que no le había arrancado un trozo de carne.

El agente se puso de pie. El niño se había levantado e iba corriendo hacia él. Solomon le soltó un revés con la interna y le acertó en la mandíbula. Lo mandó dando vueltas al suelo, pero se levantó de inmediato y volvió a enseñarle los dientes, solo que esa vez le faltaban unos cuantos.

—¡Aléjate! —le advirtió, extendiendo la mano que le quedaba libre.

Se la llevó a la pistola, pero nada más sacarla de la funda, Vernon se abalanzó sobre él otra vez, rabioso, se la arrebató de un manotazo y el arma disparó al suelo. El niño se coló por debajo de sus brazos y se colgó de él con fuerza. Solomon notó una sensación húmeda en la garganta y comprendió que intentaba morderle con los dientes rotos y escarpados. Soltó un grito, notando el calor febril de la criatura y consciente de que no peleaba con un niño, sino con una *cosa*, una *cosa* poseída.

Con ambas manos, le clavó el mango de la linterna en la garganta y empujó fuerte, apartando aquellos dientes rechinantes de las arterias de su cuello. La cosa gruñó y chascó la mandíbula, pero Solomon no pudo quitárselo de encima. Notó algo áspero a su espalda y descubrió que había ido retrocediendo hasta topar con un árbol. A esa distancia, casi parecía que los ojos de la cosa

brillaran, penetrados de aquella locura, alimentados por una fuerza demoníaca y, al mismo tiempo, un componente de terror.

De pronto, la rabia de su rostro se transformó en sorpresa. Echó la cabeza hacia atrás y disminuyó la fuerza con que asía a Solomon. Cuando se desplomó, el agente vio a Hugo Blackwood a su espalda, sosteniendo algo que le había clavado en el cuello. Con un alarido, el agente se quitó de encima al endemoniado y se exploró la cara y el cuello en busca de mordiscos o heridas mortales, pero no encontró sangre.

La cosa yacía en el suelo, a cierta distancia, medio de lado, retorciéndose. Blackwood lo miró desde arriba. Entonces Solomon vio lo que le había clavado: un fino mango de plata sobresalía de la nuca de la cosa, que se llevaba las manos delgadas al arma que lo tenía empalado, sin lograr alcanzarla. Dejó de retorcerse. Se quedó inmóvil.

Solomon, en cambio, aún se notaba el yugo de sus manos pequeñas en el cuello.

—¿Qué era eso? —preguntó—. ¿¿Qué era eso!?

Blackwood examinó al agente.

—Parece ileso.

—¡QUE QUÉ ERA ESO!

Solomon oyó su propia voz resonar entre los árboles y temió haber despertado a algún otro espíritu maligno.

Blackwood se había vuelto a mirar a la cosa muerta.

—Eso era una invocación.

—¿Y la figura de blanco...? —Blackwood negó con la cabeza—. ¿Se ha escapado? —preguntó Solomon, soltando cada palabra como una exhalación.

—Lo he oído gritar y he tenido que tomar una decisión — contestó Blackwood.

El agente tardó un momento en procesar aquello. Bajó la vista a la cosa. Recordó que llevaba la linterna en la mano y la encendió. La gruesa lente de cristal se había rajado al chocar con la mandíbula de aquella fiera, pero la luz funcionaba. Alumbró su espalda desnuda y el instrumento de mango plateado brilló bajo su haz.

—Lo ha matado.

Blackwood se acuclilló junto al cadáver. Mientras Solomon observaba horrorizado, apoyó una mano en la nuca del niño, agarró con la otra el mango de plata y sacó la hoja. Estaba pringada de sangre, pero no había habido hemorragia. No había sangrado. El instrumento era una daga de hoja fina y estrecha, casi con la forma de un destornillador o un picahielos.

El agente dio media vuelta, se dobló y vomitó con violencia. Siguió hasta que dejó de sentir arcadas. No lo alivió mucho. Luego se volvió de nuevo hacia Blackwood, que estaba limpiando la hoja con un paño suave de algodón.

—¿Me permite su antorcha eléctrica? —le preguntó.

Solomon le pasó la linterna. Blackwood alumbró la base del cráneo del niño y le hurgó en el pelo con la mano libre. El agente vio el sigilo en la carne del pequeño, a modo de antiguo sello postal de lacre, pero formado por venas inflamadas bajo la piel. No pudo distinguir el diseño exacto porque la herida de la daga lo había partido en dos. Blackwood le devolvió la linterna y él paseó su haz de luz por el claro, por encima de las tumbas donde los espíritus de los esclavos muertos se habían levantado en una bruma violácea.

—¿Qué era eso? —preguntó de nuevo. Blackwood puso al pequeño bocarriba y Solomon recordó que ya no era un niño. Su rostro estaba desencajado y tenía un aspecto malvado, en ese momento con una expresión agónica de terror—. ¿Qué es? —quiso saber el agente.

—Un poseso —le contestó el otro de forma indirecta.

Solomon se acordó entonces de su pistola. Quería recuperarla por si aquella cosa despertaba de nuevo. La encontró enseguida con la ayuda de la linterna; la boca aún estaba caliente del disparo accidental.

—Esto es asesinato —le dijo a Blackwood—. Ha matado a un niño.

Se volvió hacia él. El británico había sacado un estuche de piel y lo había desenrollado en el suelo. Solomon vio que sus compartimentos interiores contenían frasquitos de cristal con polvos y líquidos, trocitos de plantas, cruces metálicas. Blackwood guardó la daga en uno ellos.

—Ya no era un niño —le dijo—. Hacía tiempo que no lo era. No he podido salvarlo. Pero puedo liberarlo ahora. Puedo garantizarle el descanso.

Dicho eso, destapó uno de los frasquitos de polvos. Procuró colocar el cuerpo del niño recto, con los brazos pegados a los costados, las manos abiertas, las palmas hacia arriba. Le cerró los ojos.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó Solomon.

Parecía algún rito funerario. Blackwood vertió el polvo en su mano y distribuyó cinco pizcas generosas de la sustancia por el suelo, alrededor del cadáver del niño, como si fueran las puntas de una estrella. Sacó de su estuche un frasquito de un líquido lechoso y se situó a los pies del pequeño. Habló en latín, en voz baja pero rotunda, un ensalmo. Solomon se puso nervioso y se apartó. Con un cuentagotas, Blackwood echó unas gotitas de la sustancia lechosa en el polvo y se encendieron cinco llamas de un blanco puro. Sin interrumpir su cántico, extendió el brazo encima del cuerpo del niño, con la palma abierta y hacia abajo, alzando y bajando la voz. Su mano tembló y el cántico se hizo más insistente.

Solomon se apartó aún más, casi tropezando con la raíz de un árbol.

Danzaron las sombras sobre el rostro, el pecho y las piernas del niño, serpenteando, retorciéndose. Parecía que estuvieran tirando de su carne, un juego de sombras... Pero ¿cómo?

Algo inexplicable le estaba pasando al pequeño, por dentro y por fuera.

La voz de Blackwood fue *in crescendo* y, de pronto, el británico apretó el puño. Las sombras se alejaron enseguida de la superficie del cuerpo hasta las cinco llamas blancas, que se alzaron y se volvieron negras, para extinguirse después, dejando solo un hedor desagradable.

Blackwood hincó una rodilla en el suelo, momentáneamente debilitado, recobrando el aliento. El joven agente se atrevió a acercarse un poco y alumbró con la linterna el rostro del niño, que volvía a ser el semblante de un pequeño de piel negra. Normal. Humano. Inocente.

Solomon apenas durmió esa noche. Se dio dos duchas depurativas en el motel regentado por negros de las afueras del pueblo, cerrando el grifo múltiples veces para asegurarse de que los ruidos que oía, de alguien que se movía por su habitación, eran solo imaginaciones suyas.

Al limpiar con la toalla el vaho del espejo del lavabo, vio los arañazos que tenía en la garganta, los moratones del contorno de los ojos. Sin aquellas lesiones, podía haber pensado que todo aquello no había sido más que una pesadilla. Cuando cerró los ojos e intentó dormir, vio los iris de color plata intenso de Vernon Jamus, sus escarpados dientes blancos..., pero en el rostro de Hugo Blackwood. Dejó la pistola, con el tambor de nuevo lleno, en la mesilla de noche, bien a mano.

Sintió un gran alivio cuando el sol llegó a su ventana. Se vistió, se enfundó la pistola y salió temprano del motel. Iba trasteando con las llaves del sedán que le había prestado el FBI y no vio que el británico del traje oscuro estaba plantado junto al coche casi hasta que llegó a la puerta del conductor.

—Buenos días, agente Solomon.

Solomon soltó las llaves y se llevó la mano a la pistola. La desenfundó y retrocedió tambaleándose varios pasos, poniendo distancia entre Hugo Blackwood y él.

—Ap... apártese del coche.

Blackwood no se movió.

—Venga ya, agente.

—Las manos donde pueda verlas.

—Ha pasado mala noche, por lo que veo.

—Deje de hablar. Calle y escuche. Queda detenido.

El británico forzó una sonrisa, señal de una paciencia limitada.

—¿Detenido?

—Por asesinato. El asesinato de Vernon Jamus.

—Anoche lo vio usted mismo: el niño ya no estaba ahí...

—Deje de hablar. —Tenía las esposas en la guantera del coche. Maldita sea—. Suba al asiento del copiloto.

—¿Quiere que me aparte del coche o que me suba a él? —le dijo el otro.

—Suba al coche y no me obligue a dispararle, señor. Porque lo voy a hacer. Ya he visto bastante.

—Apenas ha visto nada. ¿Qué les va a contar? ¿Toda la verdad y nada más que la verdad?

Solomon lo miró enfurecido.

—No solo lo voy a entregar a usted, también me voy a entregar yo.

—¿Para qué?

—Eso no me corresponde a mí decidirlo. He sido testigo, quizá cómplice encubridor.

—El niño lo estaba atacando. ¿Sabe lo que le habría hecho si yo no hubiera vuelto?

—No, y no quiero saberlo.

—Le habría arrancado la garganta del cuello, con las manos o con los dientes. Lo he visto antes. Es muy desagradable.

—El niño... estaba loco, había perdido el juicio...

—O, y eso nunca lo sabremos, el espíritu demoníaco que lo poseía podría haber saltado a su cuerpo, agente. Adoptar el aspecto de un agente federal es casi tan bueno como disfrazarse de niño de seis años.

Solomon meneó la cabeza.

—No hay ningún espíritu demoníaco. ¡Cállese ya!

—Yo no he matado a un niño, como le demostré anoche. El niño ya no estaba ahí. Llegamos demasiado tarde: el demonio lo había engullido por completo. Lo liberé de él tras su muerte. Era lo mejor que podía hacer.

El arma de Solomon temblaba un poco de la conmoción.

—Ese niño pidió que usted fuera a verlo. Cuando llegué a este pueblo dejado de la mano de Dios y lo visité en aquel cuarto donde su familia aterrada lo tenía encadenado a la cama, pidió verlo a usted. ¡¡Por su nombre!!

Blackwood asintió con la cabeza, mirando al suelo.

—Lo sé.

—¿Pidió verlo!

—¿Sí? ¿Usted cree que quería que yo viniera, o es que me temía?

Solomon lo miró espantado.

—¿Temerlo!

—El niño era un peón en todo esto. Una víctima inocente.

El agente meneó la cabeza; necesitaba que Blackwood se callara.

—¿Es usted un condenado demonio? —le preguntó—. Con todas esas herramientas, pociones y cánticos... ¿Qué es usted!

—Soy un hombre con una labor difícil.

Solomon asintió rotundamente, sin motivo.

—Si es un hombre, entonces puede presentarse ante el juez y defender su inocencia. Usted me ha metido en esto, me ha hecho su cómplice.

—Lo vio anoche...

—¡¡No sé lo que vi!! —insistió Solomon.

—Hay cosas que están al margen del imperio de la ley.

—No, no las hay. En este condado, en este estado, en este país, no. Quitarle la vida a alguien se considera asesinato. En defensa propia, sin premeditación, eso ya se verá. No soy muy distinto de los autores de esos linchamientos, sean blancos o negros. Salvo en que he jurado mi cargo como agente de la ley. He hecho una promesa.

—Su trabajo, tal y como yo lo entiendo, consiste en defender las leyes del territorio, protegiendo a los inocentes y castigando a los culpables.

—Y no puedo encubrir un asesinato. Por extraño que sea, por... desagradable que sea.

—El niño ya estaba perdido —insistió Blackwood—. Pero aún hay otras vidas en juego. Él era inocente, un instrumento con el que lanzar un hechizo. Era una víctima, pero no somos nosotros los verdugos. ¿No quiere detener a quien le haya hecho esto?

Solomon se resistía a aceptar el argumento del británico, porque se había prometido que no se dejaría camelar por nada que le dijera aquel asesino. Pero pensó en la madre del niño, en sus hermanos. Pensó en hacerles frente, en intentar explicarles lo ocurrido. Contuvo las lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos.

—¡No tenía más que seis años! —dijo, suplicante.

—Lo sé —respondió Blackwood—. Hay que encontrar a quien lo soltó. No fue él quien se deshizo de las cadenas y los grilletes que llevaba en los tobillos y las muñecas.

Solomon soltó un suspiro hondo al recordar la cadena tirada en el suelo del cuartito, con los grilletes abiertos.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

—¿Quién más tenía acceso a la casa y a esa llave? —preguntó Blackwood.

2019, Englewood, Nueva Jersey

Yoan Martine fue por la casa rompiendo cosas hasta agotarse. Después se sentó en un cojín del sofá que él mismo había destripado con un cuchillo.

Ni siquiera el *mpangui* quería ayudarlo. Lo había dejado marchar. Ya nadie podía limpiarlo. ¿Qué iba a hacer? No tenía adónde ir. Ningún sitio en el mundo.

Se estaba tirando de los pelos cuando una fuerte colisión en la calle absorbió todo el aire de la estancia. Se fue la luz. Yoan se levantó de un salto y corrió a la puerta.

Fuera, a la vuelta de la calle, un Infiniti blanco último modelo se había estampado de morro contra una camioneta aparcada, con tanta fuerza que la había subido a la acera y partido un poste telefónico, cuyos dos tercios superiores yacían sobre el vehículo de lujo. El conductor estaba inmóvil en el asiento delantero, ensangrentado, muerto. Un cable chisporroteaba en la calle como un áspid. Para ocasionar semejantes daños, el Infiniti debía de haber ido al menos a ochenta por hora, velocidad inusitada en aquel barrio residencial.

*Nfuri.*

Yoan miró alrededor. Los espíritus eran invisibles, pero uno los buscaba igual; era cosa de la naturaleza humana. «¿Qué se sentirá cuando te poseen?», se preguntó.

Al principio no pasó nada. Volvió a la puerta de su casa y se sentó en el escalón de entrada, llorando, a aguardar su destino. Se maldijo por los errores que había cometido, por las profanaciones que había buscado, por las blasfemias en las que había incurrido. Entre arcadas y sollozos, miró boquiabierto al cielo.

*Obediah percibió el hechizo de protección, lanzado recientemente a la entrada de aquel lugar. Su magia se había disipado, pero aún quedaban rastros, señal de que se encontraba en el sitio correcto, que iba por buen camino.*

*El saqueador de tumbas estaba sentado en el escalón de ladrillo, mesándose el cabello. Aguardaba su posesión, se había resignado a ella. La «agradecía», casi.*

*Eso enfureció a Obediah. La entrada fue brutal; la posesión, traumática. El individuo se sometió con un terrible alarido que se extinguió en un gruñido.*

*Obediah lo poseyó y se puso en pie. Volvió a la casa. Los destrozos del interior irritaron aún más al ente, cuya esencia era la destrucción. Se acercó a un espejo, centró el rostro de aquel tipo entre las grietas del cristal y, con sus manos de uñas largas y afiladas, empezó a arañarle la cara, arrancándole la carne hasta dejar al descubierto el tejido que cubría.*

*Después buscó información sobre Blackwood en la memoria del loco. Encontró allí también a la agente, la misma a la que había dejado escapar en la casa donde había ocupado a su compañero.*

*«Sí —se dijo—, los agentes de Blackwood. Sus cómplices.»*

*Solo supo que ya iba por buen camino. Salvo eso, el vehículo le dijo muy poco. Estudió su rostro en carne viva, la carne y la sangre del humano, y esbozó una sonrisa.*

*Y luego salió corriendo. Esprintó por las calles de Englewood.*

*Dejando atrás los gritos.*

*Corrió rápido hasta que vio la autopista.*

*Y después el paso elevado.*

*Trepó por la valla de seguridad curvada, destrozándose con los pinchos de la parte superior.*

*Se tiró por encima.*

*Hasta que se produjo el impacto.*

*Y la expulsión.*

*¡El éxtasis!*

Odessa le devolvió la llamada a Linus desde un baño del hospital.

—¿Qué tal Omaha? —le preguntó.

—Bien, bien. No tengo espacio suficiente en el escritorio de mi habitación del hotel y estoy trabajando también en el aparador y en la cama, pero por lo demás, estupendamente. Un poco solo, eso sí. ¿Dónde estás tú? Te he estado llamando.

—He vuelto a Queens, al hospital donde ingresaron al agente que tuvo el ictus —contestó ella—. He venido a verlo otra vez.

—Muy bien, ¡qué detalle! ¿Cómo está?

—Ahora lo sabré; cuando he llegado no estaba en la habitación. Estoy esperando a que lo traigan.

—Te noto mejor —le dijo Linus—. Más animada. Más como sueles ser tú.

Odessa se encontraba mejor, sí, aunque sabía que era temporal e ilusorio.

—Intento mantenerme ocupada —contestó ella.

El misterio de Hugo Blackwood la había resucitado, de eso no había duda. Y frustrado y fastidiado. No iba a poder explicárselo bien por teléfono.

—¿Has vuelto a saber del abogado?

Ella se desanimó un poco.

—Tengo unos cuantos correos por leer.

—Solo pregunto, solo pregunto. Me he ido preocupado.

—¡Qué majo! —Miró la puerta, impaciente por volver a la habitación antes que Solomon—. Me alegro de haber podido hablar contigo.

—Vale —dijo él—. No me hagas esperar tanto, llama de vez en cuando.

—Claro, mamá —contestó ella, y lo oyó reír.

—Venga, sigue sonriendo.

Odessa colgó y miró la foto de Linus en el móvil antes de que la pantalla de la llamada desapareciera. Tras aquellas extrañas escapadas con Blackwood, la tranquilizaba, y se le hacía rarísimo, tener una conversación normal con un ser humano. Vio que parpadeaba la lucecita de notificaciones y abrió a regañadientes el correo antes de volver al pasillo. El único mensaje que le llamó la atención era de Laurena, su amiga de la oficina de Nueva Jersey, que le había escrito desde su cuenta personal de Gmail. Asunto: «¡Estoy flipando!».

Volvió a la habitación de Solomon. La cama aún no estaba y la alivió no haberse perdido el reencuentro. Habían dejado la tele en silencio, en un canal de noticias donde un panel de seis expertos debatía algo. Blackwood, que estaba de espaldas, contemplando la ciudad por la ventana sucia, se volvió al oírla entrar.

—Sí que ha tardado —le dijo—. He estado a punto de marcharme.

—No se le dan muy bien las esperas, ¿no? —contestó ella—. Pensé que a sus cuatrocientos cincuenta años tendría mucha más paciencia.

—Quizá si me pareciera que estoy haciendo un buen uso de mi tiempo...

Odessa estudió a aquel hombre eterno, plantado a la luz gris de la ventana salpicada de porquería, desafiando cualquier expectativa de realidad que ella pudiera tener. A veces, le parecía un alienígena temerario. A lo mejor fue el subidón de energía de la ensalada griega que se había

comido, pero en aquel momento lo vio como una novedad más que otra cosa.

Se acercó a él con el móvil en la mano.

—¿Pasa mucho tiempo en Europa del Este? —le preguntó.

Él la miró extrañado.

—¿Por qué lo pregunta?

Odessa le enseñó en su teléfono una fotografía de colores desvaídos en la que aparecía un grupo de hombres junto a un Volkswagen con matrícula alemana delante de un puente empapado de lluvia. Los hombres llevaban sombrero y corbatas finas. Había un cartel que rezaba «PUESTO DE CONTROL ALIADO», con imágenes de las banderas estadounidense, francesa y británica. El otro decía en tres idiomas distintos: «ESTÁ SALIENDO DEL SECTOR ESTADOUNIDENSE».

Sostuvo el móvil en alto para que Blackwood viera la foto, pero él se apartó del teléfono como el que se aparta de la hoja de un cuchillo o de un perro furioso.

—El puesto de control Charlie —le dijo ella—, uno de los principales pasos fronterizos entre Berlín Oriental y Berlín Occidental durante la Guerra Fría. Esta fotografía es de los archivos del FBI, tomada en 1964.

Con el pulgar y el índice, amplió los rostros de la imagen que tenía en pantalla. Todos sonreían menos uno. Amplió aún más, todo lo que pudo.

Blackwood estudió aquella cara, luego la miró, sin inmutarse.

—Es usted —le dijo ella. Volvió al correo y abrió otra fotografía adjunta—. ¿Qué me dice de Waco, Texas, en 1993? —Le enseñó una foto de un puesto de observación montado en un control de carretera. Unos federales hablaban cerca de un hombre que llevaba unos prismáticos grandes. A la izquierda había uno que le sonaba, con traje de chaqueta oscuro—. ¿La secta de los Davidianos de la Rama? —Odessa amplió el perfil de Blackwood. El hombre que estaba a su lado no miraba a la cámara, pero se le veía la piel oscura por debajo de la gorra azul—. ¿Y ese podría ser Solomon? —Blackwood la miró y vio que se sentía orgullosa de sí misma—. Una amiga del FBI —le explicó Odessa—. ¿Posó para muchos retratos en su juventud? —prosiguió, enseñándole una pintura isabelina de un hombre con túnica y gorguera, de pie junto a un escritorio alto—. Este cuadro se recuperó de los saqueos nazis hace más de un decenio y se encuentra actualmente en una cámara frigorífica de la National Portrait Gallery de Londres. —Le puso el móvil delante de la cara—. El parecido es considerable.

—Vaya, gracias —dijo él sin alterarse.

—Esta sí que no me la esperaba. No lo tenía por fan de Disney. Me he quedado a cuadros. — En la foto aparecía un grupo de personas apiñadas con alegría alrededor de una cara sonriente del ratón Mickey hecha con flores. Amplió, pasando por alto algunos disfraces de aspecto primitivo y a un joven Ronald Reagan, y encontró a Walt Disney detrás de un micrófono de pie. A su espalda, a menos de cinco personas de distancia, había un hombre muy acicalado que vestía traje de chaqueta oscuro. No sonreía, pero parecía el único que miraba a la cámara—. 17 de julio de 1955. Debió de pasarlo fatal.

—Lo encuentra divertido, ¿verdad?

—Pues no —dijo ella—. Solo sonrío por no gritar. Estas fotos no están trucadas.

—Lo sé.

—Y eso es solo lo que ha aparecido, probablemente por error. Porque ¿quién lo iba a etiquetar en fotografías salvo quizá Solomon?

—Supongo que está en lo cierto.

El móvil de Odessa se puso en modo reposo y la pantalla se oscureció.

—Le he pasado al laboratorio de la Agencia una taza, la que usó en mi casa. No estaba

lavada, no se había limpiado. Estoy acostumbrada a pasar pruebas. ¿Cómo es que no había huellas en ella?

Blackwood se encogió de hombros.

—¿Desaparecieron? ¿Se evaporaron de algún modo? —Le enseñó las yemas de los dedos, con los habituales surcos y espirales. Se las frotó con los pulgares—. Dígamelo usted.

—Su nombre figura en un montón de escrituras de inmuebles de todo el mundo. Eso sin incluir los registros no digitalizados ni múltiples operaciones internacionales anteriores al 11S. Parecen indicar un amplio patrimonio y un valor neto considerable, pero imposible de calcular. Por los alias, los intermediarios y los antiguos títulos enredados en pueblos y provincias que han cambiado de nombre, da la impresión de que el dinero siempre se mueve a sus espaldas. — Blackwood asintió como si oyera aquello por primera vez. Ella volvió a abrir el correo del teléfono—. Aquí hay una de Lorraine, 1914.

En ella se veía a unos soldados de la Primera Guerra Mundial, de pie en las trincheras, mirando agotados al fotógrafo. Al fondo, bebiendo de una taza de hojalata, había un británico con traje de chaqueta oscuro.

—Recuerdo aquel té —dijo él—. Espantoso.

Odessa guardó el móvil; se había hartado ya del jueguito.

—Apuesto a que hay un extenso archivo de fotografías y pinturas que lo situarían en o cerca de todos los acontecimientos importantes de la humanidad en los últimos cuatro siglos y medio. ¿Todo por supuestas investigaciones esotéricas?

—Le sorprendería.

Lo miró, allí plantado delante de ella. No era más que un hombre. Pero no lo era.

—Le gusta el té —dijo ella—. ¿También come?

—Cuando tengo hambre —contestó él.

—¿Dónde duerme?

—En una cama.

—¿Cómo se ha hecho tan rico?

—¿Está familiarizada con el sistema del interés compuesto?

Ella asintió con la cabeza. Eso tenía sentido.

—Entonces, ¿es... inmortal?

—Espero que no.

—Quiere morir. —Blackwood miró por la ventana. Ella insistió—: ¿Le pueden hacer daño, herirlo? ¿No debería tener cicatrices y cortes un hombre de cuatrocientos cincuenta años?

—Experimento dolor, desde luego. No sé a qué se refiere con «herir». Soy un investigador de lo oculto, no un pistolero.

—Pero... no puede morir.

Blackwood suspiró.

—¿Qué tal si me cuenta algo de usted?

La desconcertó.

—¿De mí? ¿Comparado con usted? A ver... No se me da muy bien el Scrabble...

—Hábleme de su padre.

—¿De mi padre?

—En la tienda esotérica, la anciana que le echó las cartas le preguntó si quería saber lo de su padre.

—Y no quise, ¿no? —respondió ella con frialdad.

—No quiso que *ella* le dijera nada —repuso Blackwood—. Eso no significa que no quisiera

saberlo.

—¿Por qué quiere saberlo usted?

—Necesito conocer sus puntos flacos —contestó él—. Es bueno saber dónde están las flaquezas. Las debilidades se pueden explotar.

—¿Se refiere a esos seres huecos?

—A cualquier espíritu violento y malévolo. Así funcionan. De eso se sirven.

Odessa meneó la cabeza y se retiró a la silla acolchada de debajo del televisor.

—No es un punto flaco. Lo he convertido en una fortaleza.

—¿Sí? —dijo él.

Sabía que le estaba tirando el anzuelo. Le daba igual. En el fondo, quería que él supiera lo ocurrido.

—Mi padre era abogado en el pueblecito en el que me crié. Tuvo un despacho muchos años al lado de la biblioteca, en una antigua granja reconvertida. Una consulta muy familiar, como la de un médico. Cuando iba a verlo, siempre había tofes en un frasco de su mesa. Tenía una secretaria muy mayor, Polly, que había trabajado con él toda la vida. Yo era la pequeña, su benjamina. Estábamos muy unidos.

»Era un auténtico hombre de mundo, estaba metido en todo: en el consejo escolar, en la junta de urbanismo... Supongo que formaba parte de su trabajo. Era amigo y consejero de todos. Le encantaba lo que hacía, que consistía sobre todo en escrituras, contratos de compraventa y testamentos. Le gustaba en especial visitar a los clientes mayores y charlar con ellos, incluso llevarlos a comer, trabar amistad con ellos. A mí me recordaba a *Matar a un ruiseñor*, pero nunca se acercó siquiera a un caso criminal. Aun así, a diferencia de mis hermanos, yo estaba decidida a estudiar Derecho, a ser como mi padre, solo que no en un pueblo pequeño. Quería salir de allí, llevarme conmigo esos valores y, aunque lo habría negado rotundamente entonces, que se sintiera orgulloso de mí.

»Estaba en segundo de carrera cuando me llamó mi hermana para decirme que lo habían detenido. Tuve que volver a casa desde Marquette para verlo. Lo negó todo y yo lo apoyé. Un cliente suyo, un anciano sin herederos que había sido amigo de mi padre muchos años, había fallecido y dejado un patrimonio considerable, valorado en medio millón de dólares, a una oenegé contra el alzhéimer, en honor a su mujer, de la que él había cuidado durante la enfermedad. La cantidad que llegó a la oenegé fue de poco más que cincuenta mil dólares y la oenegé, a la que le habían prometido diez veces eso, lo investigó. Descubrieron que mi padre le había cobrado al hombre su tarifa máxima por hora por todas las veces que lo había visitado, más todas las comidas y todas las llamadas telefónicas. Sumándole las tasas administrativas abonadas como albacea del patrimonio, le había hecho un cargo de algo menos de cuatrocientos mil dólares. Una cifra exorbitante. Yo le pregunté a mi padre muchas veces y siempre tenía una respuesta, negaba haberle robado a aquel hombre un céntimo que no le debiera... Pero con el tiempo quedó patente que había cometido un fraude con el patrimonio de su cliente. Había abusado de su posición como abogado y albacea. Y aquel era un buen amigo suyo. Mi padre se convenció de que no había hecho nada inapropiado ni ilegal.

»El escándalo lo cambió todo en casa. Yo dejé la universidad medio año y ayudé a defenderlo cuando se negó a negociar una declaración de culpabilidad. Al final le conseguimos una reducción de la pena y yo me sentí fatal haciéndolo. Lo inhabilitaron, tuvo que restituir la suma completa a la oenegé, y eso arruinó a mis padres, y lo condenaron a treinta meses de prisión.

Miró a Blackwood, que escuchaba sin juzgarla, pero también sin compadecerse. A las pocas personas a las que les había contado aquella historia les había faltado tiempo para asegurarle que

el delito de su padre no era culpa suya y que no debía avergonzarse de lo que él había hecho, pero Blackwood se limitó a escuchar.

—Mi madre siempre creyó su historia y, con el tiempo, eso nos distanció. Usted y yo hemos ido a por los saqueadores de tumbas, ¿no? Lo que él hizo no estuvo mucho mejor: robarle a un muerto. Y luego me pregunté: ¿por eso se hacía amigo de todos aquellos clientes mayores? ¿Cuántas veces lo habría hecho antes? ¿Cuánto dinero destinado a onegés u obsequios se había embolsado? Y si lo había hecho, ¿en qué se lo había gastado? No quería saber la respuesta a ninguna de esas preguntas. En cuanto pude, hice el traslado de mi expediente a la facultad de Boston y trabajé en un restaurante para pagármelo. El primer mes que estuvo en la cárcel lo llamaba, hablábamos. Pero luego yo me pasaba el rato en clase pensando en que había traicionado la confianza de sus clientes, de su familia. Me enfermaba hablar con él. Y él lo sabía. Estábamos muy unidos, yo seguía sus pasos. Él tenía a mi madre, claro. Ella nunca le daría la espalda. Pero creo que perderme a mí, su sombra, la hija que iba a su despacho a por tofes y que no lo creía capaz de nada malo... Creo que saber que había perdido mi respeto fue lo que más daño le hizo.

»Lo encontraron muerto en su celda una mañana cuando había cumplido ya diez meses de condena. Después de sumergir una de sus camisas en la taza del váter para que aguantara más, se había colgado de la barandilla superior de la litera mientras su compañero de celda dormía. Otro duro golpe. Jamás lo habría creído capaz de algo así. Pero tenía sus demonios, de los psicológicos, no de los que persigue usted, demonios de los que yo no sabía nada. Y cuando su fachada de abogado de familia, auténtico y de confianza, se derrumbó, no pudo soportarlo. No pudo soportar que la gente viera al ladrón avaro, codicioso, inmoral que se escondía detrás.

»Por eso digo que esa no es una de mis flaquezas. Fue un aprendizaje. Me echó a perder como abogada, eso seguro. Me gradué, pero ya había decidido que quería entrar en el FBI, formar parte de las fuerzas y los cuerpos de seguridad. —Rio amargamente—. Y ahora eso ya se ha terminado para mí también. ¿Qué me queda?

—A lo mejor no —dijo Blackwood.

Odessa se masajeó las sienes. Se negaba a que la esperanza la distrajera.

—No —contestó—. Es hora de cambiar otra vez, de volver a empezar de cero.

—Hola —canturreó una tercera voz, una enfermera que asomaba por la puerta abierta—. ¡Anda, qué bien, si tiene visita!

Hablaba con Earl Solomon, que estaba completamente tendido en la cama, con un brazo cruzado, lacio, sobre el pecho.

La agente se apartó para que pudieran volver a colocar la cama en su sitio. Solomon tenía la cabeza vuelta de lado y en cuanto le echaron el freno a las ruedas, ella se coló en su visual. Tenía los ojos abiertos, pero miraba al infinito.

—¿Cómo está? —preguntó a las enfermeras.

Una comprobaba los tubos y los vendajes mientras la otra se acercaba a Odessa.

—Está bien —le contestó en un tono que indicaba todo lo contrario—. Ha tenido un pequeño problema respiratorio esta noche, pero los pulmones ya están limpios. También ha creído que tenía visita, pero estaba solo. ¿Eh, señor Solomon? —dijo, cogiéndole el pie por debajo de la sábana.

Al oír su nombre, Solomon miró hacia donde estaba, pero no dijo nada. Se limitó a intentar en vano humedecerse los labios con la lengua.

La otra enfermera terminó y las dos se limpiaron las manos con gel hidroalcohólico del dispensador que había junto a la puerta.

—Si necesita algo, él ya sabe donde está el timbre.

—Gracias —dijo Odessa, y se volvió hacia Solomon temiendo que hubiera empeorado aún más. Él la miró, pero guardó silencio—. ¿Le importa que lo incorpore un poco? —le preguntó. Levantó el cabecero de la cama. Aún tenía la cabeza vuelta hacia ella, de espaldas a la ventana y a Blackwood—. ¿Está demasiado cansado para una visita? —le dijo—. Le he traído a alguien a quien quería ver.

Solomon giró los ojos en las cuencas, pero no vio a nadie. Despacio, volvió la cabeza hasta toparse con el televisor, luego un poco más hasta que se encontró con Blackwood, que lo miró con la cabeza inclinada. Desde su lado de la cama, Odessa solo pudo verle media cara. Aquel era el reencuentro que el agente moribundo le había pedido que le facilitara.

—Hola, Solomon —lo saludó Blackwood.

—Por fin ha venido, hijo de puta —respondió el anciano con la voz ronca y la mandíbula agarrotada.

—Me han dicho que quería verme —dijo Blackwood, mirando a Odessa y de nuevo a Solomon.

—Y le han dicho bien —contestó el agente, señalándolo con la mano en la que llevaba la vía sujeta con esparadrapo y conectada mediante un tubito a la bomba de perfusión—. Quería ver por última vez al hombre que me ha hecho pasar un infierno.

La violencia verbal de Solomon le puso los pelos de punta a Odessa, pero no pareció perturbar a Blackwood.

—Hemos pasado mucho juntos —dijo.

—Juntos —repitió Odessa, y bordeó despacio los pies de la cama en dirección a Blackwood, lo justo para ver la cara de desprecio del agente.

—Era un trabajo importante —dijo Blackwood.

Odessa se situó en la visual de Solomon.

—Me pidió que se lo trajera, ¿recuerda? Pensé que quería decirle adiós.

Solomon la miró sorprendido, como si no la recordara.

—Muy bien —contestó, volviéndose de nuevo hacia Blackwood—: «Adiós». Qué paradoja, ¿no? Yo no quiero morir; usted sí. —La agente miraba a uno y a otro alternativamente. Aquello no se parecía en nada a lo que había imaginado. Llevar a Blackwood allí había sido un error—. Intenté arrestarlo —le dijo entonces a ella—. Unas cuantas veces. Al principio. Meterle un buen puro. Cuando vi lo que estaba haciendo —añadió, señalando a Blackwood, para que Odessa supiera a quién se refería—. Es un asesino. Aunque persiga espíritus malignos, se lleva a quien sea y lo que sea por delante con tal de conseguirlo. Ha cometido asesinato. Yo lo he visto. Para proteger a otros, dice. Para salvar el mundo. Pero a costa de una vida humana.

Blackwood lo escuchó imperturbable.

La rabia le dio a Solomon la fuerza necesaria para levantar la cabeza de las almohadas y enfrentarse a él.

—Huye de algo de lo que no puede escapar. Y persigue algo que no va a poder atrapar. —El esfuerzo fue demasiado para él y se desplomó, hundiéndose en el colchón y en las almohadas aún más de lo que estaba. Miró hacia la ventana, a la espalda de Blackwood y Odessa—. Siempre quise ser policía —dijo—. Desde crío. Me decían: «Niño negro, nunca serás poli». Fui al Morehouse College y les dije: «Quiero ser inspector», y me contestaron: «¿Por qué quieres echarte a perder con eso?». Y entonces el FBI anunció que iban a aceptar agentes negros en la academia. Y dije: «Quiero ser agente del FBI». Y lo conseguí. Uno de los primeros. —Se humedeció los labios con la lengua pastosa y reseca—. Me dieron una placa plateada, sí, pero seguía teniendo la cara de color chocolate. Seguía estando al margen. Era un intruso. No sabían

qué hacer conmigo. Y él se sirvió de eso. Se aprovechó de eso, lo explotó. Hizo no sé qué trato con la Agencia. Me convirtió en «su chico».

Odessa estaba espantada. Los sentimientos de Solomon eran crudos. Seguramente por su mermada salud, pensó, porque el ictus le había afectado al cerebro. Había cambiado tanto desde que lo había conocido hacía solo unos días...

—Me pidió que le enseñara lo que había ahí fuera —le replicó Blackwood—. Sentía una gran curiosidad por cualquier cosa que hiciera tambalearse su fe...

—Puede —replicó el anciano con la barbilla temblona—. Quizá al principio. Pero yo solo quería... ser poli.

—Fue poli, Solomon —le dijo Odessa.

Solomon la miró.

—Y ahora usted. Está con usted por un motivo. Nada es accidental, ¿verdad, Blackwood? No existe la casualidad. Todo está relacionado.

—No me habría remitido a él si no hubiera pensado que podía ayudarme —le dijo la agente por tranquilizarlo.

Aquello hizo parpadear al anciano unas cuantas veces.

—No me quedó otro remedio. Le asignaron mi caso, Odessa Hardwicke. Eso no fue accidental. No fue casualidad. —Odessa miró a Blackwood. Solomon también, pero de una forma distinta. El anciano los miró a ambos—. Puede que fuéramos socios en su día. Teníamos un... trabajo especial que hacer. Los dos. Eso no se lo niego. Pero ahora que mi tiempo se acaba... lo veo distinto. ¿De qué sirvió? Yo me voy... y él se queda. Con una nueva socia que ocupa mi lugar.

Solomon se refería a ella.

—No —dijo Odessa—. Me remitió a él en busca de ayuda. Para que limpiara mi nombre. Pero no me van a devolver el arma. No tardarán en prescindir de mí.

—Lo siento —dijo Solomon—. Siento que se haya visto metida en esto. Siento haber tenido algo que ver. No pienso con claridad. ¿Entiende lo que le digo? Intento advertirla.

Odiaba ver a Solomon así. Se tapó la boca con el dorso de la mano, incapaz de pensar en nada que decir.

Blackwood se acercó y cogió la mano de Solomon que descansaba en su pecho. El agente intentó zafarse en cuanto se percató de lo que estaba ocurriendo, pero el otro se negó a soltarlo. El hombre eterno agarró con fuerza la mano del moribundo, mirándolo a los ojos.

—Nunca se recuperó de lo del niño de Misisipi —le dijo—. Su primer caso.

Solomon relajó el gesto.

—Vernon —dijo. Su mente se despejó de pronto y sus ojos vieron el rostro de Blackwood, lo vieron de verdad, por primera vez aquella tarde.

—Se equivoca respecto a lo que consiguió en su época —continuó Blackwood—. Fue fundamental en la salvación de este mundo muchísimas veces. Deja un legado, Earl Solomon. Un gran legado secreto. Nadie más sabe las cosas que hemos visto. —Al anciano se le empañaron los ojos. Odessa lo vio apretarle la mano a Blackwood con la poca fuerza que le quedaba—. Tiene razón en una cosa: le envidio su último viaje. Deseo que sea tranquilo.

Brotaron las lágrimas y le rodaron por las mejillas enjutas.

—Gracias —dijo el anciano entre suspiros hondos y purificadores.

Blackwood lo soltó. La mano de Solomon quedó de nuevo lacia en su vientre, encima de la sábana. Estaba sereno otra vez. Estaba presente.

Volvió los ojos a Odessa. Al poco, cabeceó afirmativamente, como para tranquilizarla, para indicarle que estaba bien.

—Tenga cuidado —le dijo.

Odessa asintió, sonriendo más de alivio que de alegría.

Los ojos de Solomon se dispararon de nuevo, casi al techo, como si viera algo. La agente pensó que lo perdían otra vez, hasta que levantó la mano y señaló encima de su cabeza.

—Mire... —dijo.

Ella se volvió despacio, por complacerlo, y recordó que tenía el televisor a su espalda, por encima de su cabeza, silenciado. En él, unas imágenes en directo de un atraco a un banco, con rehenes, en Forest Hills, Queens. Los vehículos policiales, con las luces intermitentes encendidas, tenían acordonada media manzana desde la entrada del banco. La cámara hizo zum sobre la puerta, que sostenía abierta una mujer vestida con traje de chaqueta, con la blusa por fuera, mientras señalaba a la cámara con lo que parecía una pistola y le gritaba algo a la policía.

El texto del faldón decía: «Atraco a mano armada con rehenes en el Queens Bank. Se sospecha de la directora de la sucursal».

Odessa ya no tenía ánimo para nada. Tardó en comprender lo que estaba viendo.

—¿Se sospecha de la directora? —dijo—. ¿Atracando su propio banco?

Blackwood ya estaba a su lado, con la vista puesta en la pantalla.

—Es un hueco.

*1962, delta del Misisipi*

Solomon aparcó detrás de unas camionetas con matrículas de otros estados: Arkansas, Misuri, Tennessee... A la puerta de la gasolinera y taller mecánico de la esquina, recostado en uno de los surtidores, había un empleado blanco con mono azul oscuro remangado que vio pasar a los dos hombres trajeados, uno negro y uno blanco. La gasolinera estaba abierta, pero no había movimiento ese día.

El joven agente se acercó a la destartada oficina de correos en el centro de Gibbston. Entre la acera y la calzada había una multitud de unos treinta blancos, casi todos hombres en manga corta y dos o tres mujeres con vestidos ligeros y pamelas. Allí era donde estaban el *sheriff* Ingalls, con los pulgares metidos por la pistolera, y sus ayudantes. En el otro extremo de la calle, no lejos de allí, una multitud más pequeña de negros, el mismo número de hombres que de mujeres, aguardaba a la puerta de la iglesia, contemplando con inquietud a sus oponentes.

Sonaba el órgano del templo, pero no era domingo. Era un improvisado servicio matinal de entre semana. La congregación lloraba la muerte de Vernon Jamus. El cadáver del niño se había encontrado de noche en un viejo cementerio escondido, no muy lejos del árbol donde habían colgado a Hack Cawsby.

Solomon se volvió hacia Blackwood, que se había quedado unos pasos por detrás de él, y le lanzó una mirada de «Se lo dije», pero también una acusatoria. La muerte del pequeño había alterado al pueblo. Y ahora el británico esperaba que mintiera por él.

Macklin, el agente especial al mando, bajó de la acera, delante de la oficina de correos, limpiándose las gafas con la punta de la corbata.

—¡Dios santo, Solomon! —dijo, poniéndose de nuevo las gafas y parpadeando—. ¿Y ahora qué?

—Lo sé, señor.

—¡Qué casualidad, que hayan encontrado el cadáver del niño tan rápido!

Solomon se aclaró la garganta, notando la presencia de Blackwood a unos centímetros por detrás de él.

—El cementerio y el lugar del ahorcamiento no están lejos de la casa del niño en línea recta. Hay caminos abiertos entre la caña de azúcar.

Macklin asintió con la cabeza. A Solomon no le quedó claro si lo había creído.

—Piensan que ha sido un castigo, una vida por otra —dijo Macklin, mirando a la multitud de negros agolpada a la puerta de la iglesia.

—¿No lo pensaría usted? —le replicó Solomon.

El otro miró al grupo de blancos, que tenían más cerca.

—No sé —dijo—. Estas cosas no se arreglan matando niños.

A Solomon se le ocurrió, a bote pronto, un puñado de casos con los que rebatírsele, pero lo dejó estar. Cuanto menos hablara, mejor.

—No hay indicios de delito, por lo que me han dicho —continuó el agente al mando—. ¿El niño estaba enfermo? ¿Andaba deambulando?

Solomon notó con fuerza los arañazos que tapaba con el cuello de la camisa, los cardenales

del costado y de la espalda.

—La familia se niega a que se le practique la autopsia.

—Eso no es bueno —dijo Macklin—. No cesarán las especulaciones. El *sheriff* puede insistir.

—Puede hacerlo, pero no lo hará. ¿Cree que quiere que se descubra algo, algo que después tenga que perseguir?

Hubo un intercambio verbal en la calle, un mestizo señalando a un puñado de blancos que le replicaban a gritos. Dos ayudantes del *sheriff* se acercaron a calmar los ánimos.

—Ambas partes andan crispadas —dijo Macklin—. Como esto vaya a más, tendrá que venir la Guardia Nacional a poner paz.

—¿Quiere poner paz o que se haga justicia? —preguntó Solomon.

Macklin miró a Solomon.

—Quiero que hable con los suyos y ponga fin a este conflicto.

—No son «los míos» —espetó Solomon, con los nervios disparados—. No puedo controlarlos solo porque tengamos un aspecto similar.

—Tranquilícese —le dijo Macklin.

Solomon no estaba dispuesto a tolerarlo.

—¿Soy un negro más o soy un agente del FBI? Porque a cualquiera que le pregunte le dirá que soy lo contrario y que no soy de fiar. Si me han traído aquí pensando que el ser ambas cosas me iba a beneficiar, les ha salido el tiro por la culata.

Los gritos del agente llamaron la atención del *sheriff* Ingalls, que se acercó despacio.

—¿Algún problema por aquí?

—Acaba de llegar al único sitio de este pueblo donde no hay ningún problema —le replicó Solomon.

Su tono hizo fruncir el ceño al *sheriff*.

—Es curioso que lo mencione, porque tengo una queja sobre usted.

—Ah, ¿sí?

—Unos tipos dicen que les hizo pasar un mal rato en el bosque, cerca del lugar del ahorcamiento.

Solomon miró a la multitud reunida a la espalda de Ingalls, sobre todo a los hombres con ganas de gresca y las caras llenas de cortes y arañazos que había al frente.

—¿Esos caballeros de ahí? —preguntó Solomon, señalándolos—. ¡Vaya, no los había reconocido sin los capirotos!

A Ingalls no lo perturbó el comentario.

—Entre eso y el hallazgo del cadáver del chico del aparcerero, se ve que ha pasado bastante tiempo en ese viejo bosque —dijo el *sheriff*.

Solomon lo miró e intentó decidir si lo estaba acusando de algo o solo tanteando.

—No sé de qué se han quejado. Se les apagaron las antorchas y les entró el pánico en la oscuridad.

—¡Eh!, ¿de dónde eres, chico? —dijo uno de los blancos del Klan.

—¿De dónde sois vosotros, chicos? —replicó Solomon. Se dirigió al *sheriff* —: ¿Acostumbra a dejar que forasteros agitadores decidan lo que ocurre en su pueblo?

Ingalls lo miró ceñudo.

—Son ciudadanos comprometidos. Tienen todo el derecho del mundo.

Solomon asintió con la cabeza.

—Desde luego, eso es lo que dicta la ley. Así que, si aparece un grupo de negros, ciudadanos

comprometidos, les mostrará la misma cortesía y consideración, estoy convencido.

El *sheriff* dejó de sonreír.

—Está usted aquí, ¿no?

El agente especial Macklin se interpuso con delicadeza entre Solomon e Ingalls antes de que la cosa se complicara.

—Bueno, bueno... —dijo—. Aquí estamos todos del mismo lado.

—No, no es así —replicó el *sheriff* Ingalls—. ¿Y quién es ese que va con usted? —dijo, señalando a su espalda.

Solomon se volvió. Se refería a Blackwood, que avanzaba hacia el otro lado de la calle, hacia la iglesia donde se congregaban los negros.

—Un ciudadano comprometido —respondió Solomon, y lo siguió.

Solomon se arrodilló en el último banco de roble fresado a mano y respaldo alto del fondo de la iglesia. El pastor Theodore Eppert predicaba entre lágrimas, que le rodaban por las mejillas, y al empañar el cuello violeta de su vestidura lo volvían de un púrpura intenso. Los dolientes sollozaban. Los Jamus, que ya solo eran dieciocho hermanos, llenaban las tres primeras filas.

El joven agente agachó la cabeza. Intentaba combatir los recuerdos del niño endemoniado que lo había atacado la noche anterior. Tenía a Blackwood detrás, de pie, a su izquierda, como un espectro oscuro. No entendía cómo podía estar allí. Se reavivó la rabia que le inspiraba el asesino que estaba a su espalda.

Lo habían educado como cristiano, pero hacía tiempo que no le rezaba a Dios. Le pidió perdón. Le pidió que lo orientara. Le pidió ayuda.

—Vernon era el mejor de nosotros —sentenció el pastor Eppert, y la congregación respondió «¡Alabado sea el Señor!»—. Vernon era el más inocente de nosotros —añadió, y la congregación respondió «¡Alabado sea el Señor!»—. Vernon nos estará esperando a todos en el Paraíso. —Y la congregación respondió «¡Alabado sea el Señor!».

—¡Alabado sea el Señor! —dijo Solomon con un poco de retraso.

Terminado el servicio especial, el pastor Eppert bajó del altar y reunió a la familia y a los amigos. El dolor era sofocante, agotador. Solomon se sentía como si su propia alma se hubiera marchitado por completo en su interior. Vacío, despreciable.

No fue consciente de que los fieles abandonaban la iglesia hasta que casi se habían ido todos. Habían vuelto a la calle, con las muchedumbres enfrentadas, y Solomon debía hacer acopio de fuerzas para unirse a ellos. Estaba de pie en el templo vacío, apoyado en el respaldo alto del banco de delante, contemplando la cruz colgada de dos cables sobre el altar, el sencillo púlpito de madera, las puertas que flanqueaban la zona de culto y los cirios que seguían encendidos. Dio media vuelta para salir, pasando por el rellano de uno de los tramos pareados de escaleras que conducían al coro, donde un órgano tocaba un himno lúgubre.

Llegó a la puerta, volvió la vista atrás en busca de Blackwood y vio al extraño británico enfilando el pasillo central hacia el altar. No daba crédito.

—¡Eh! —le gritó—. ¿Qué demonios cree que está haciendo? —La voz del agente resonó con fuerza en las paredes de la iglesia. Recordó al organista que estaba arriba y, bajando el volumen, se acercó enseguida a Blackwood para detenerlo—. Le estoy hablando a usted. ¿Adónde va? Salga de aquí. —Lo agarró del brazo, obligándolo a volverse—. Ya ha hecho bastante —le dijo—. No lo empeore.

—Suélteme —le ordenó Blackwood.

—Nunca le he dado un puñetazo a nadie en un templo —replicó Solomon—. No me tiente.

Los ojos de Blackwood le transmitieron algo inesperado. Una advertencia. No sobre su posible contraataque, sino sobre lo que podría encontrar allí.

—Si quiere irse, váyase —le dijo, zafándose de él—, pero no se interponga en mi camino.

Solomon lo vio acercarse al sagrario, pequeño y sin adornos. Pegada a la pared del fondo, bajo una cruz, había una mesa vacía. Aparte de las velas y el púlpito, no había nada allí. Se volvió hacia los bancos vacíos. Quería marcharse, salir de allí, aunque solo fuera por demostrarle a Blackwood que no se dejaba intimidar ni coaccionar. No iba a participar en ninguna profanación o falta de respeto en un templo.

Blackwood no llegó a acercarse al sagrario, ni siquiera pisó el altar. Fue directo a la puerta de la derecha, que conducía a la sacristía.

—¡No entre ahí! —le dijo el agente.

El británico abrió la puerta y entró.

Solomon volvió a explorar la iglesia vacía. No los veía nadie. En la calle se estaba cociendo una batalla racial de pueblo. Se debatió entre uno y otro frente. Pasó por la puerta que conducía a la parte posterior del altar para ver adónde había ido Blackwood. Dentro había un armario sin puertas con estantes llenos de devocionarios, platillos para impartir la comunión... Odiando al británico, pasó dentro.

Se encontraba ya junto al altar. Una puerta conducía al púlpito, por donde entraba y salía el pastor. En un rincón escondido, había una jofaina y una toalla para el lavado de manos. En una mesa había biblias y catecismos, un bote de lápices, unas velas votivas y una caja de cerillas. Blackwood estaba al lado de una ventana, al fondo del todo, mirando los árboles. Solomon pensó que quizá esos mismos árboles llevaban al lugar del ahorcamiento y al cementerio.

—Bueno, ya lo ha visto todo —le dijo—. Vámonos.

Blackwood asió con fuerza un tirador de madera atornillado a una puerta y la zarandeó. Se soltó la pieza entera; no era una puerta con bisagras, sino un trozo plano de madera que cubría un escondite detrás del altar. Dentro estaba oscuro, no había ventanas.

—Cerillas —le dijo a Solomon, que se vio atrapado de nuevo.

Lo que lo decidió fue la serena determinación del británico. Se proponía algo. Debía averiguar qué creía haber encontrado.

Cogió la caja de cerillas y lo vio encender una. El halo de luz anaranjada no reveló mucho hasta que topó con la mecha de una vela de color carmesí. Al poco, la llama se elevó y alumbró la estancia.

La vela estaba junto a otras sobre una mesa manchada de cera. Había raíces nudosas, limpias de tierra, seleccionadas por sus formas retorcidas, semejantes a un sigilo natural. Un cuenco de polvos. Algunas flores secas y un cuadro de símbolos dibujados a mano.

—¿Qué es esto? —preguntó el agente.

—Estramonio y azufre —le respondió el otro literalmente.

—¡No! ¡¡Que qué es esto!!

Blackwood cogió la vela de la mesa, alumbró la pared donde se había dibujado con cera roja y sangre aquel rostro crudo, con los ojos hacia arriba, la boca abierta.

—Judú —contestó Blackwood.

—¿Vudú? —dijo Solomon.

—Magia popular. Se originó en África occidental, pero llegó a Sudamérica con el comercio trasatlántico de esclavos. Veneración de los ancestros y equilibrio espiritual. Aunque, durante la esclavitud, ese equilibrio se tradujo en algunas regiones como retribución. El judú es más primitivo, menos homogéneo que el vudú. En consecuencia, está más abierto a la corrupción

espiritual. Sobre todo cuando se practica en suelo sagrado.

—¿El pastor? —preguntó Solomon. Recordaba haberlo visto en casa de los Jamus. Haber hablado con él, haberlo oído elogiar el carácter de Vernon Jamus—. No —espetó, más a modo de súplica que de negación.

—Esta es la pared que está justo detrás del altar —dijo Blackwood, orientándose—. Un lado oscuro. Un reflejo especular.

Se volvió y examinó el suelo con la ayuda de la vela titilante. Sorteó algunos objetos que había allí, cogió una prenda blanca. Era una túnica, con el bajo sucio de barro, como del bosque.

—¡Ay, no! —exclamó Solomon, que no quería creerlo—. Un clérigo.

—El pastor tenía acceso a la llave de los grilletes del niño —dijo Blackwood.

Pasó el bajo de la túnica por la llama de la vela; el tejido se incendió, chisporroteando, y empezó a arder.

—¿¡Qué hace!?! —preguntó el agente.

Blackwood extendió la túnica por la mesa. El azufre prendió enseguida y una llama azul brotó de la jofaina, impregnando el aire de un fuerte hedor a huevo podrido.

—¡Va a arder el templo entero! —exclamó Solomon.

—De eso se trata —respondió el británico.

El fuego engulló la túnica, las llamas chorrearon al suelo.

—Esto es un delito —le dijo Solomon, pero no había nada con lo que sofocar el fuego. El olor era asfixiante en aquel espacio pequeño.

El joven agente salió deprisa. Blackwood se quedó atrás. Solomon intentaba decidir qué hacer. Lo primero llamar a los bomberos voluntarios. Interrogar al pastor Eppert, pero lejos de las tensiones de la calle. Detener a Hugo Blackwood. ¿Cómo iba a impedir que aquella situación provocara un estallido de violencia?

Salió de la sacristía a la nave principal justo cuando el pastor, con su mechón platino en el centro de su mata de pelo negro, volvía adentro.

—¿Qué hace usted ahí? —resonó su voz—. ¿Qué significa esto?

—¡Confiese lo que ha hecho! —le dijo el agente, levantando también la voz y señalándolo acusador.

El pastor se detuvo en seco delante del altar.

—¡Soy yo el que confiesa a los demás! —replicó.

—¡Confiese y váyase en silencio o juro que lo echaré a la turba de ahí fuera!

Eppert vio a Blackwood acercándose a Solomon.

—¿Quién es ese hombre que lo acompaña? ¡Salgan de mi iglesia! ¡Esto es una casa de oración, márchense de inmediato! ¡¡Madre, llama al *sheriff*!!

Solo entonces cayó en la cuenta el agente de que la música había cesado. Pero nada podía detenerlo ya, ni contener su rabia creciente mientras se dirigía a aquel hombre de Dios.

—Vernon Jamus era su mejor catecúmeno, ha dicho. «Era el mejor de nosotros.»

El pastor miró perplejo a Solomon: nadie se había enfrentado a él de ese modo en su propia iglesia.

—Y así era.

—Dijo que presentía el mal —prosiguió Solomon—. Dijo que veía «la mano del diablo en todo esto». Pues ahora también la veo yo.

El olor a humo y a huevo podrido llegó a las fosas nasales del pastor.

—¿Qué es eso? —preguntó, olisqueando—. ¡Dios mío!, ¿qué ha hecho?

—¿Qué ha hecho usted? —replicó el agente, agarrando al pastor por el cuello de la camisa.

—¡Intenté ayudarlo! —espetó desafiante Eppert.

Blackwood estaba al lado de Solomon.

—La corrupción de un inocente, de algo puro —dijo—. Lo usó como vehículo, como conductor. Lo necesitaba como circuito por medio del cual ejecutar su venganza, conducir los espíritus de los esclavos con cuyo sudor y cuya sangre se levantó esta iglesia. Usó a Vernon Jamus como instrumento de su magia negra. Igual que lo están usando a usted.

Blackwood alargó el brazo hacia el pastor Eppert y le acercó la mano a la cara, con la palma abierta y los dedos curvados como pidiéndole que se acercara. Solomon los miraba alternativamente, sin entender nada. El británico pronunció unas palabras en latín, un cántico, bajando la voz una octava.

El pastor parpadeó. Se le dilataron las pupilas, que levantó hasta casi esconderlas. Se quedó lacio y se desplomó, solo sostenido por las manos del agente, que lo agarró de la camisa y lo depositó junto a los bancos.

—¿Qué demonios...? —Solomon se irguió al lado de Blackwood—. ¿Qué le ha hecho?

Blackwood había levantado la vista al coro. En la mayoría de las iglesias, el organista se sienta de espaldas a la congregación y el órgano mira al altar. Aquel órgano, con tubos de altura gradual, miraba en la dirección contraria, ocultando al músico que lo tocaba.

Apareció la organista, descendiendo por la escalera de la izquierda como flotando por los peldaños, que a medio camino se bifurcaban en dos tramos con distintas direcciones. La melena platino le llegaba a los hombros, con un sedoso mechón negro que parecía natural por delante, justo al revés que el pastor. «Madre», como él la llamaba, era su esposa, unos años mayor que él, como mucho. Llevaba una toga de coro color burdeos por la rodilla, de un corte muy distinto al de la prenda blanca que habían encontrado en el altar secreto de la sacristía.

El olor a huevo podrido impregnaba ya el templo; más que humo eran cenizas, que giraban en remolinos por la iglesia como moscas negras resplandecientes. La mujer del pastor se movía con asombrosa quietud, como atraída por unas manos invisibles, con la barbilla tan pegada al pecho que parecía dormida.

Blackwood se había sacado del bolsillo de la chaqueta un estuche de piel. Solomon era vagamente consciente de que lo había desenrollado encima de un banco.

Madre llegó al final de la iglesia, al pasillo central, entre los últimos bancos. Los brazos le colgaban inertes a los lados, los pies se le arqueaban, manteniendo un equilibrio perfecto sobre las puntas de los dedos, como si llevara zapatillas de *ballet* en vez de sandalias.

Blackwood se acercó al centro del pasillo, de frente a ella, a menos de tres metros de distancia. Volvió un poco la cabeza hacia Solomon, que estaba a su espalda, y le dijo por encima del hombro:

—¡No la mire a los ojos!

Solomon miró a la organista cuando esta alzó la barbilla del pecho. Tenía los ojos abiertos y completamente en blanco. El agente se quedó embelesado, sin poder apartar la vista. Si la mujer era ciega, debía de haber desarrollado un sexto sentido místico, porque encaró a Blackwood directamente. Abrió la boca para hablar, pero el británico se le adelantó.

—*Non butto la cenere...* —«No arrojé las cenizas...»—. *Ma butto il corpo e l'anima Abdiel...* —«Pero arrojé el cuerpo y el alma de Abdiel...»—. *Che non n'abbia più pace ...* —«Que no vuelva a tener paz...»

Mientras continuaba con su ensalmo, Blackwood metió la mano en la bolsita que había sacado del estuche de piel. Esparció un polvo fino delante de él como un agricultor esparce semillas. El polvo se desplazó hacia la organista, que se irguió, como obligada por la voz del

británico.

Cuando el polvo flotante llegó a ella, se transformó de pronto en un humo brumoso que se elevó en una columna a su alrededor, levantándose hasta el coro. La forma de la mujer permaneció básicamente igual, pero como un filtro exquisito, el humo evidenció otra figura, una manifestación puramente espiritual, por lo menos el triple de grande, más alta y más ancha que la organista.

La figura llevaba un camisón vaporoso de niebla transparente. El espíritu que habitaba a la mujer (o eso intuyó Solomon, mirando extasiado aquella inmensa figura femenina que los empequeñecía a Blackwood y a él mismo) agitaba los brazos como si flotara en un fluido viscoso, y su pelo azabache ondeaba a su espalda a modo de aura oscura. Su semblante se contraía como si algo la angustiara o la apenara.

«Hugo...»

La voz no procedía de la aparición gigante, sino del aire que envolvía la cabeza de Solomon. La organista era de piel negra, una mujer cuarentona. La proyección fantasmal, en cambio, era de piel blanca, una mujer de treinta y tantos, o incluso más joven; el tormento oscurecía su tez.

Blackwood se detuvo al oír su nombre. Alzó la vista al enorme rostro de belleza teñida de angustia y, por un instante, pareció afligido, atrapado.

Fascinado por la visión de aquel monstruoso fantasma, Solomon reaccionó casi demasiado tarde. Eppert, compelido por la cosa que lo tenía en trance, se había levantado del suelo y abalanzado sobre la espalda de Blackwood. El agente atrapó por el pecho al pastor, de mayor envergadura que él, y le hizo un placaje sobre los bancos del otro lado del pasillo.

El británico retomó su ceremonia, los ensalmos y el humo pulverulento. El agente, con la rodilla clavada en la espalda del pastor, vio que el remolino de cenizas adoptaba momentáneamente una forma parecida a la de un cuervo grande ante los ojos de espanto del espíritu atribulado. El cuervo de cenizas navegó al interior de la aparición consumida por el humo y la recorrió por dentro, reventando en un millón de ascuas, que hicieron derrumbarse y disiparse al espíritu gigante como si fuera una cortina evanescente.

Liberada, la organista se desmayó y cayó al suelo.

Blackwood bajó los brazos extendidos como un director de orquesta al concluir una sinfonía furiosa.

Solomon notó que el pastor se movía debajo de su rodilla. Lo dejó levantarse con cautela, impaciente por mirarlo a los ojos. Eppert parecía aturdido, exactamente como debería estar un hombre que despierta de un trance de magia negra.

—¿Qué está pasando? —dijo—. ¿Quién es usted?

El británico recogió el instrumental de su estuche y se acercó a la mujer vestida con la toga de coro, que se agitaba en el suelo. La ayudó a volverse e incorporarse. Atontada, la mujer hizo ademán de vomitar, temblando como si estuviera febril. Las pupilas habían vuelto a su sitio y entornaba los ojos irritados como si le doliera algo. De su pelo plateado caían cenizas negras.

El agente sacó al pastor al pasillo y este, al ver a su esposa sentada al fondo, se acercó a ella dando tumbos.

—¡Madre!

Pero cuando estaba llegando a ella, estalló a su espalda un bramido furioso. Solomon se agachó y se volvió, esperando ver un monstruo u algún otro ente horroroso, pero era el fuego que irrumpía de pronto en el altar desde atrás: las llamas atravesaban la pared en una tos de calor y cenizas, ennegreciendo y ampollando la fina pared, lamiendo la cruz suspendida.

Una muchedumbre cruzó la entrada de la iglesia, los negros del pueblo gritando: «¡Fuego, fuego!». El *sheriff* Ingalls, sus ayudantes y el agente especial al mando los siguieron, alzando la

vista al altar en llamas, y vieron a Solomon y a Blackwood sacando de allí al pastor Eppert, con su mujer en brazos.

—¿Qué ha ocurrido! —exclamó Macklin.

Solomon no fue capaz de responder. ¿Cómo iba a expresarlo con palabras?

—¡Asegúrense de que no queda nadie dentro! —dijo Blackwood.

Los policías reaccionaron a aquello y salieron corriendo hacia la sacristía mientras invadía el templo un calor abrasador.

Blackwood y otro hombre sacaron a la organista; Solomon se pasó el brazo del pastor por el hombro y salió con él a la calle. Los tumbaron en la acera, a una distancia prudencial, donde otros los atendieron. El joven agente levantó la vista a la columna de humo negro que salía de la parte posterior de la iglesia. Fue en busca del británico y, empujándolo del pecho, lo apartó de los demás; necesitaba explicaciones.

—¿Qué era eso? —le preguntó.

—Un demonio esclavo —contestó Blackwood—. Poseyó a la mujer. La explotaba, igual que a las almas en pena que construyeron esta iglesia.

—¿Por qué?

Blackwood lo miró como si la respuesta fuera obvia.

—Porque podía. Atraído por el legado de sufrimiento de este lugar. Se trata de un espíritu vengativo. Brujería de muerte, agravios y venganza.

Solomon se estaba volviendo loco. O eso o Blackwood ya lo estaba.

—¿El demonio esclavo es una mujer blanca?

—Ese es el rostro con el que se me ha manifestado a mí. El mal siempre nos llega con una forma conocida.

El agente miró a los blancos que habían cruzado la calle para ver el incendio. Se volvió hacia Blackwood.

—Necesito saber qué es esto. Acaba de quemar una iglesia. Va a provocar una revuelta en el pueblo.

—Eso es lo que pretendía ese ente —le contestó el otro—: provocar una revuelta que consumiera al pueblo.

—Ya le digo yo que sí —replicó el agente—. Si quiere sangre en las calles, basta con que prenda fuego a una iglesia de negros.

—Había que purificar el lugar corrompido. Abdiel habría vuelto...

—Me importa un pimiento todo eso. ¿Qué voy a hacer yo aquí y ahora?

Solomon se apartó de Blackwood. Volvió a estudiar la calle. Los fieles negros se abrazaban unos a otros, la mayoría de las mujeres lloraban de nuevo, los hombres se enfurecían. Los blancos que habían cruzado la calle estaban cerca de ellos, preocupados, casi reverentes. La destrucción de un templo, aunque no fuese de los suyos, era una afrenta que les afectaba profundamente.

Entonces el agente vio a unas diez personas que se habían quedado al otro lado de la calle, en el sentido literal y en el figurado. Los hombres del Klan, sin sus túnicas, insensibles. Y recordó algo que Blackwood le había dicho aquella noche en el bosque, después de que los del Klan huyeran a oscuras del lugar del ahorcamiento.

«Esos hombres enmascarados han llegado a este pueblo como espíritus invocados.»

Ingalls y Macklin salían ya de la iglesia. Las llamas rodaban deprisa por el tejado del viejo edificio de madera. Los ayudantes del *sheriff* estaban despejando la zona. Solomon, con la cabeza a mil, esperó a que las autoridades se acercaran a él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el *sheriff* Ingalls—. Usted estaba ahí dentro. ¿Quién ha hecho

esto? —El agente miró a Hugo Blackwood, plantado en la acera, sacudiéndose la ceniza de los hombros—. ¡Contésteme, maldita sea! Va a haber una revuelta.

—Conteste, agente —le dijo Macklin con dureza.

Solomon se acercó, de espaldas a los hombres del Klan que estaban al otro lado de la calle, dejando claro que hablaba de ellos.

—He visto quién ha provocado el incendio —dijo—. Han sido dos de aquellos ciudadanos comprometidos de allá. —El *sheriff* miró a los hombres, luego de nuevo a Solomon, descontento—. Si se llega a saber, tendrá su revuelta, lo sabe Dios. Verá en llamas el pueblo entero. Tiene que hacer lo que debería haber hecho antes: sacar a esos hombres del pueblo. De lo contrario, les contaré a estos feligreses lo ocurrido.

—Solomon, usted no va a hacer eso... —se dispuso a amenazarlo Macklin.

—Les contaré lo que he visto —dijo el agente, mirando a Ingalls desde arriba—. Usted decide. Es su pueblo. Haga lo que quiera.

Ingalls miró a Macklin como culpándolo, luego lanzó una mirada ceñuda a Solomon y se metió los pulgares hasta el fondo de la cartuchera.

—Hijo de puta —le espetó, y se dispuso a abroncar a los del Ku Klux Klan, dejando al agente con su superior.

—¿Está diciendo toda la verdad y nada más que la verdad, agente? —le preguntó Macklin.

—Sí, señor —contestó Solomon, volviendo con Blackwood—. Que usted sepa.

*1582, Mortlake, Greater London*

Hugo Blackwood llevaba días sin comer ni dormir. Orleanna yacía en estado catatónico en su alcoba. La habían visto tres galenos y un sacerdote, y todos ellos se habían marchado muy afligidos, incapaces de ofrecerle ni un diagnóstico ni una cura. Su dolencia se encontraba en un limbo entre la enfermedad del cuerpo y la del espíritu. Ninguna de las dos disciplinas podía determinar la causa de su afección ni recomendar un tratamiento. Ella se encontraba en un ámbito del sufrimiento inalcanzable para la medicina y la religión, el mismo cisma que Dee se había propuesto disolver.

Igual que Blackwood. Estaba desesperado, no entendía qué infausto padecimiento se había apoderado de su amor, solo que él había desempeñado un papel inconsciente en su invocación. Y aquel conocimiento lo atormentaba, enturbiaba todos sus pensamientos, emponzoñaba cada instante. No estaba preparado para llorar su muerte y tenía claro que si ella fallecía, él la seguiría inexorablemente.

El grito, un terrible alarido de dolor y de pánico, lo llevó de la cocina a la alcoba. Orleanna yacía inmóvil, su tez pálida y sudorosa, su mirada perdida, pero estaba tranquila. No había sido ella el origen del alboroto.

Lo sobresaltó otro chillido estremecedor, procedente de fuera. Abrió las contraventanas al anochecer y vio, a solo unos pasos de distancia, un lobo de piel plateada con un visón revolviéndose en sus fauces y otros dos visones de pelaje oleoso rechinando los dientes a sus pies, un retrato extraordinario de la crueldad de la naturaleza, uno del que, en circunstancias normales, Blackwood se habría apartado de inmediato. Pero la lucha continuaba: los aullidos de los visones eran tan agudos y la conducta del lobo tan salvaje que el enfrentamiento resonaba en su cabeza. Blackwood perdió los nervios.

Abandonó la alcoba, cogió una lanza ornamental y salió furioso a enfrentarse a los animales. Atacó al lobo con la punta de acero forjado de la lanza, aullando a los desdichados visones. El lobo le enseñó a Blackwood sus dientes ensangrentados y el visón cayó de sus fauces, muerto. Los otros se espantaron y salieron corriendo.

Blackwood plantó cara al lobo de ojos brillantes. Estaba furioso con la naturaleza y decidido a clavarle la lanza en la cabeza mientras el animal daba zarpazos en el suelo con un gruñido grave y gutural, amenazando con abalanzarse sobre él. Pensaba que el enfrentamiento había llegado a un punto crítico cuando cesó el gruñido y el lobo abrió mucho los ojos y escondió los dientes afilados. Casi parecía mirar más allá de donde estaba Blackwood, al aire que había a su espalda.

El animal, asustado, bajó la cola, retrocedió y, renunciando al visón muerto, dio media vuelta y se alejó. Blackwood bajó el arma. ¿Habría adivinado el lobo sus intenciones? ¿Le habría cuajado la sangre el instinto asesino de su rival? Entonces recobró la sensatez. Conmocionado, se apartó del visón muerto y volvió a su domicilio.

Se lavó la cara en el fregadero de la cocina, para refrescar su ánimo, sus pensamientos. Preparó un cuenco de agua para llevarselo a Orleanna. Al llegar, vio que se había dejado la ventana abierta a la noche. En cuanto detectó las sábanas levantadas, la cama vacía, dejó caer el cuenco a sus pies. Ella se había ido.

Se acercó a la ventana, pero solo vio el visón ensangrentado en el suelo musgoso. A un lado, vislumbró una figura vestida de blanco que se alzaba en la noche lejana y desaparecía de su vista. Se asomó todo lo que pudo, pero no alcanzó a ver más. No se fiaba de sus ojos, pero tampoco se le ocurría otro sitio adonde pudiera haber ido su esposa. Y entonces recordó la expresión acobardada del lobo: quizá no lo había intimidado él, sino el verla a ella escapando por la ventana y elevándose al cielo.

Medio desquiciado, Hugo Blackwood corrió a la puerta, deteniéndose solo un instante para coger de nuevo la lanza. Corrió al establo y salió al galope hacia la casa de John Dee. La luna menguante apenas iluminaba el camino. Él rondaba la locura: ya no le importaba nada su propia seguridad.

Aporreó la puerta, dispuesto a romper una ventana para entrar. Alguien abrió el cerrojo por dentro y entornó la puerta unos centímetros. Asomó la cabeza Edward Talbot, con el rostro ensombrecido por la luz de la vela.

—¡Idos, Blackwood! —le dijo—. ¡Desapareced!

—¿Está ella aquí? —preguntó Blackwood, asiendo la puerta para arrebatarla a Talbot y haciendo palanca con el mango de fresno de la lanza.

—Ha estado aquí muchas veces —contestó el adivino, muy distinto del hombre asustado y atormentado que había estado en su cocina hacía unos días.

Blackwood entró por la fuerza, tirando al adivino de un empujón y haciendo que se le apagara la vela al caer al suelo de piedra; luego recorrió a toda prisa los amplios pasillos de la oscura mansión, lanza en ristre, llamando a gritos a Dee. Dobló la esquina y aminoró el paso al ver abiertas las puertas de la espléndida biblioteca.

Una espeluznante luz verde, del verde agradable de las plumas de un loro, borbotaba de ella con intensidad suficiente para iluminar el pasillo. Blackwood oyó una voz que hablaba en una lengua extraña, una que reconocía pero no entendía: el enoquiano que John Dee había hablado en la sesión inicial de nigromancia celebrada en aquella misma biblioteca. Blackwood se dispuso a entrar, pero un par de manos lo agarraron por detrás. Talbot lo retenía, tirando de él.

—No interrumpáis la comunión...

Blackwood se zafó de Talbot con un codazo y lo hizo retroceder hasta la pared acercándole la punta de la lanza a la garganta. A Talbot se le cayó el bonete y quedó al descubierto la carnicería de ambos lados de la cabeza del falsificador, que había perdido las orejas como castigo por sus crímenes anteriores.

El adivino desorejado se parecía a cualquiera de los herejes y convictos que Blackwood veía con grilletes en el Old Bailey, camino de las mazmorras de Newgate. Lo apartó de un empujón y, volviéndose hacia la puerta de doble hoja, entró en la magnífica y celebrada biblioteca de Dee.

El resplandor verde y su extraña energía lo hicieron levantar el brazo para protegerse los ojos. Vio al filósofo, con su túnica y su barba blancas como la nieve bañadas de verde, plantado enfrente de la imagen espectral de Orleanna, cuyo camisón y melena azabache ondeaban como en un vendaval. Su hermoso rostro, teñido de forma antinatural por aquella luz delicuescente, resplandecía con una plenitud casi milagrosa.

Le tendía a John Dee una mano, en cuya palma llevaba el *orbuculum*, fuente de la radiación de luz verde. Blackwood se quedó pasmado, incapaz de comprender. Orleanna había estado catatónica, le había parecido a horas de una muerte certera. ¿Estaba muerta ya? ¿Era aquel su espíritu? ¿Había adoptado una forma superior? Si era así, ¿por qué había acudido corriendo a John Dee?

Se expresaba con una extraña gravedad, en lengua enoquiana, el idioma de los ángeles. ¿Por qué había respondido ella a la invocación? ¿Hablaban desde el más allá?

El rostro de Dee estaba impregnado de adoración, ocupado en un congreso espiritual con un ser astral. Había logrado lo imposible: tender un puente entre la ciencia y la magia.

A Blackwood se le cayó la lanza de la mano. Se acercó a la figura de su esposa, su Orleanna. ¿Era real?

—¡Orleanna! —le gritó, por encima del zumbido de aquella extraña luz.

Dee interrumpió su embeleso, hablando en su propio idioma.

—¡No, Blackwood! ¡No! —Blackwood se plantó delante de ella. La mirada de su amada estaba perdida en la luz verde que emanaba en un remolino del orbe que ella sostenía—. ¡Los ángeles la han elegido a ella! —le gritó Dee, embobado—. ¡Ella es la mensajera! ¡Lo sabe todo!

Blackwood contempló la visión resplandeciente de su esposa, su amada, a la que ya había perdido. Su vida, su hogar, su futuro, su esperanza de descendencia...; ¡todo se había esfumado!

Pero mientras lloraba su pérdida, percibió que no era su Orleanna la que estaba ante él. Presintió un mal, oculto tras una máscara de belleza. Apartó la vista de su rostro y detectó una ventana. Fuera, ante las ramas descolgadas de un sauce llorón, había una figura de blanco, con el pelo azabache. Era su Orleanna, tendiéndole la mano mientras su silueta se perdía en la oscuridad. Suplicándole. Advirtiéndole. Y desapareciendo. Volvió a mirar a la mujer que tenía delante.

Era un doble. Una aparición.

Alargó la mano a su torso, al tejido de su camión. Era insustancial. Lo atravesó.

—¡Apartaos, abogado! —le gritó Dee—. ¡El ángel comulga conmigo!

Blackwood se puso furioso y empujó al viejo filósofo contra una librería. Acto seguido ocupó el lugar de Dee frente a la aparición de su mujer; solo los separaba el orbe resplandeciente, que casi flotaba en la palma de la mano de ella. Blackwood agarró el *orbuculum*. Una sacudida eléctrica le recorrió el cuerpo entero, algo que no había sentido jamás. El dolor le atravesó las articulaciones por la muñeca hasta el antebrazo, pero no soltó el orbe.

La luz de un verde intenso fue cambiando de tono, haciéndose verde limón, pálido y acre. La energía que emitía adoptó una forma más violenta y un remolino de viento inundó la afamada biblioteca. Una gran tempestad que tumbó libros, adornos e instrumentos esotéricos.

Blackwood vio el interior de la figura que tenía delante. Vio a su esposa, a la verdadera Orleanna, y sintió su sufrimiento. No estaba allí, en aquella estancia, sino atrapada en algún inframundo, desterrada por la transgresión de su esposo y la magia negra de Edward Talbot y John Dee. Vio que ella iba a pagar por lo que él había hecho. En ese momento, se le reveló también su solemne sino. Su terrible destino.

«Salvadme, Hugo. Encontradme y salvadme.»

Quedó entonces al descubierto el verdadero rostro de la aparición de Orleanna. Horriblemente liso y casi sin rasgos, con la boca abierta en un gruñido. Las manos agarraron a Blackwood. Dee y Talbot tiraron de él, lo asieron de la ropa, intentando liberarlo.

El dolor, que le había subido por el brazo hasta el hombro y se le había extendido como una plaga por el tronco hasta las piernas, fue *in crescendo*. Blackwood abrió la mano y soltó la esfera de cristal, que cayó al suelo como si fuera una bola de plomo. El interior se agrietó, pero el globo mantuvo su forma. La energía verde pálido que emanaba de ella empezó a desvanecerse enseguida. La aparición que tenía delante, aquella mensajera antinatural del más allá, se vio atrapada en el ciclón que azotaba la biblioteca, envuelta en él, sacudida una y otra vez hasta que se deshizo y desapareció en un torbellino de bruma y papeles.

Blackwood sintió a la vez el yugo de una agonía extraordinaria y un aturdimiento absoluto,

como si le hubieran cortado todas las extremidades pero aún sintiera el dolor. Cayó al suelo al lado del *orbuculum* agrietado y empezó a sufrir convulsiones, y su cuerpo no descansó hasta que el vendaval de la biblioteca del filósofo se extinguió por completo.

La historia del abogado Hugo Blackwood terminó aquel día. Se saldaron sus cuentas, pero su finca fue desmoronándose con el tiempo y terminó considerándose abandonada. La vivienda, que algunos creían encantada, fue destruida; su ubicación exacta se desconoce ahora, solo se sabe de su proximidad al domicilio de John Dee en Mortlake. Tanto el archivo parroquial de Mortlake como la tumba de Blackwood se han perdido para la historia.

La casa y la carrera de Dee también quedaron empañadas. En menos de un año, cerró su vivienda y partió, misteriosamente, hacia Bohemia con Edward Talbot. Durante los seis años siguientes, los dos ocultistas llevaron una existencia nómada, viajando por Europa Central, Dee escribiendo libros e intentando aún comunicarse con los ángeles, pese a que las prácticas esotéricas no estaban ya bien vistas por la aristocracia y después tampoco por el populacho, al que no lograba convencer con sus floridos relatos sobre entes mágicos.

No se sabe por qué Dee permaneció en el exilio tanto tiempo. Tras separarse de Talbot, regresó por fin a Inglaterra en 1589 y descubrió que su casa de Mortlake había sido asaltada y destrozada. En su ausencia, habían saqueado su afamada biblioteca y robado sus libros raros sobre ocultismo y prácticas antinaturales, además de sus instrumentos de adivinación y encantamientos. Se dio por perdida su profunda erudición sobre necromancia y artes sobrenaturales. Vendió, pieza por pieza, las pocas posesiones que le quedaban y vivió sus últimos años en la pobreza, en aquella misma mansión en ruinas. El en su día reputado astrónomo, geógrafo, matemático, asesor de la corte y filósofo de lo oculto murió en Mortlake a los ochenta y dos años.

Odessa recorría Queens sentada en el espacioso asiento trasero del Rolls-Royce Phantom, con el señor Lusk al volante y Hugo Blackwood a su lado. La sucursal bancaria no estaba muy lejos del hospital, al otro lado del Flushing Meadows Park, en la calle 108.

—No podemos llegar a la escena del crimen en un Rolls —dijo Odessa—. No sé qué podemos hacer, pero le aseguro que eso no. Tampoco podemos entrar con un puñado de gallos. ¿Qué espera conseguir ahí? —Blackwood miraba por la ventanilla, inusualmente distraído—. ¿Eh? —insistió ella.

—Solomon nunca me había hablado en ese tono —dijo él.

—Es porque está perdiendo la cabeza. La infección fúngica que le causó el ictus le está afectando al cerebro.

—Y eso es lo que me preocupa: que su mente se vuelva vulnerable.

—¿Vulnerable a qué?

El Phantom tomó una curva muy cerrada y se detuvo bruscamente. Un agente de movilidad plantado delante de un caballete de la Policía de Nueva York daba indicaciones a los conductores para evitar un atasco. La barrera policial principal estaba una manzana más abajo y la formaba un montón de vehículos de seguridad con luces intermitentes.

—Siga adelante —le dijo Odessa al señor Lusk—. Y pare en cuanto pueda.

Lo hizo, y Odessa saltó al bordillo, seguida por Blackwood. Retrocedió hasta el agente de movilidad y se topó con otro policía que bloqueaba la acera. Le enseñó su placa y sus credenciales. El policía esperó a que Hugo Blackwood se identificara.

—¿Quién es este? —preguntó.

—Viene conmigo —contestó ella.

Pasaron el control. Odessa avanzó deprisa hacia la zona que los equipos de emergencias habían precintado. Contaban con un centro de mando móvil en el interior de un furgón aparcado al otro lado de la barrera y una torre de videovigilancia portátil en lo alto de este, un mirador estratégico de seis metros de altura.

Odessa distinguió enseguida al contingente de federales presente en la escena, un corrillo de cuatro hombres trajeados que hablaban cerca de un Ford Fiesta camuflado. La Agencia estaba presente porque robar cualquier banco de la Reserva Federal era un delito de su competencia. El FBI solía investigar todos y cada uno de los atracos del país, pero eso cambió después del 11S, cuando se reorganizaron los recursos para destinarlos a investigaciones antiterroristas y a inquietudes de seguridad nacional. Ahora la Agencia centraba su atención en asesinatos en serie, ladrones que traspasaban los límites jurisdiccionales y los atracos más violentos.

Se hizo a un lado por miedo a que la reconocieran y se llevó a Blackwood al borde del cruce de calles cortadas, donde disponían del mejor ángulo de la sucursal del Santander situada en la esquina opuesta de la siguiente manzana. Vio movimiento dentro, a la directora de la oficina desplazándose de un lado a otro dentro del banco, pero estaban demasiado lejos para distinguir nada con claridad.

—Hay que acercarse más —dijo Blackwood.

—No nos vamos a acercar más —replicó ella—. Tienen esta manzana cortada por los cuatro lados. —Miró alrededor, tomando nota del nivel de precaución—. Debe de ser una amenaza de

bomba. —Vio a un par de inspectores de la Policía de Nueva York, de paisano, uno hablando por el móvil y el otro, más joven, trasteando con el suyo. Odessa se acercó con la placa en la mano—. Perdone —le dijo—, ¿quién me puede poner al tanto de lo ocurrido?

El joven inspector levantó la vista un instante, la bajó enseguida con desdén y volvió a alzarla, sorprendido de que lo abordara una mujer más joven con credenciales del FBI.

—No se sabe mucho —dijo, con fingida naturalidad—. La alarma inicial del banco parecía de robo. Quizá lo sea. Pero es la directora la que ha tomado al asalto su propia sucursal. Un intento de robo frustrado parece improbable. Piensan que se le ha cruzado un cable. Se ha puesto a vaciar cajones y la cámara acorazada, y a tirar billetes y monedas por el suelo. Ha perdido el juicio.

—¿No ha pedido nada?

—Que yo sepa, no. Sé que el negociador no consigue tenerla al teléfono. Un par de clientes han salido corriendo cuando ha empezado a desvariar, antes de que los encerrara dentro. Dicen que ha hecho amenazas de bomba. Lo estamos planteando así... —Dos estallidos fuertes, como de explosión de globos, silenciaron la barrera—. ¡Dios, está disparando al azar! —dijo el inspector—. Esto no va a terminar bien.

—¿Tienen previsto entrar? —preguntó Odessa.

—Bueno, la otra opción es quedarnos aquí plantados mientras se carga a sus empleados y a sus clientes uno por uno —contestó el inspector.

—Vale —dijo Odessa—. Gracias.

—Me suena su cara —le dijo él, ignorando el móvil, que le sonaba—. No trabaja en la oficina de Brooklyn-Queens, ¿no?

—Federal Plaza —mintió ella, y lo dejó que contestara la llamada.

Blackwood había oído casi toda la conversación.

—Está buscando el enfrentamiento —dijo—. El ser hueco quiere que la maten.

—Sí, lo sé —contestó Odessa, nerviosa—. ¿Qué cree que puedo hacer yo aquí?

—No podemos dejar que salte a otro cuerpo —contestó él, mirando alrededor.

—Pues ya me dirá cómo lo hacemos. Está completamente fuera de mi alcance.

—Ya ha visto lo que es capaz de hacer —le recordó él—. Hay otras vidas en juego. Debe intentarlo.

Blackwood tenía razón. Odessa no quería que ningún otro policía o agente del FBI se viera en la misma situación que ella. Además, ¿qué tenía que perder?, ¿su empleo?

—Espere aquí —le dijo.

Se acercó a la más grande de las unidades móviles del centro de mando instaladas fuera del precinto, llamó a la puerta y abrió. Llevaba la placa en la mano, pensando que tendría que contarles alguna milonga para que la dejaran pasar, pero ninguno de los cinco o seis policías que había allí se volvió siquiera a mirarla. Todos llevaban auriculares, de diadema o de botón, y monitorizaban de forma remota la situación con la ayuda de las cámaras de vigilancia y los micros láser del camión, o hablaban por el móvil.

Odessa vio las imágenes de vídeo en la hilera de pantallas de una de las paredes largas. La directora de la oficina parecía situada detrás de la ventanilla de caja con una bandeja metálica y llevaba un arma en la mano. Volcó la bandeja y tiró al suelo todo su contenido; al descender la cámara, se vio un montón de billetes en el suelo.

El policía que llevaba los auriculares de diadema más grandes iba narrando sus movimientos a un micro alámbrico, comunicándoselos a sus compañeros. En una imagen de contrapicado se veía que había francotiradores apostados en las azoteas de la acera de enfrente.

—Está mascullando otra vez —relató el hombre—. La de la ventanilla tres está sollozando y la sospechosa está perdiendo la paciencia. Un momento... Tiene otro objeto. Una lata. —Odessa vio el bote en la mano de la directora. Parecía un producto de limpieza, o un bote de ambientador del baño—. Está vaciando los bolsos de las clientas en el mostrador, buscando algo... ¡Ay, Dios! Ya lo veo... —La agente vio a la directora agitar un encendedor de gas y acercarse al montón de billetes—. No me lo puedo creer —dijo el policía—. Lo está quemando. Lo está quemando todo. —La directora prendió la pulverización, encendiendo el producto, y volvió el lanzallamas improvisado hacia el papel moneda—. Recibido —dijo el hombre, atendiendo otras transmisiones—. Se retira. Vamos a activar la alarma de incendio. Ha tirado el bote. Sigue mascullando por lo bajo. Dice no sé qué de Blackwood...

A Odessa le llevó un instante procesar aquello. «Blackwood.»

—¿Qué! —dijo en voz alta.

Todos se volvieron hacia ella. Entonces se encendió otra pantalla, una nueva fuente de vídeo, de una videocámara corporal recién activada. Al principio, con aquella perspectiva entrecortada, costaba comprender lo que se veía. Odessa distinguió a unos agentes poniéndose el equipamiento táctico, abrochándose los cascos y realizando comprobaciones mecánicas en los rifles de asalto. Era la Unidad de Emergencias de la Policía de Nueva York, su grupo de operaciones especiales, preparándose para entrar por la fuerza en el banco.

—¿Van a hacer una entrada dinámica? —preguntó Odessa—. ¡Eh, que alguien me escuche! ¡Quiere provocar un tiroteo!

Uno de los hombres se apartó el móvil de la oreja, ofendido.

—¿Quién demonios ha dicho que era? —preguntó.

—Los está provocando para que entren —dijo Odessa—. Es lo que quiere.

—¡Dios santo! —espetó el de los auriculares de diadema—. ¿Y ese quién es?

Odessa exploró los monitores hasta que vio a lo que se refería: una persona que enfilaba la calle desde la barrera en dirección al banco. Una persona que llevaba un traje oscuro de corte exquisito.

—¡¡Mierda!!

Salió corriendo del furgón de policía, lo bordeó, atajó entre dos caballetes azules y corrió hacia Blackwood antes de que la policía lo derribara a tiros. Agitando en el aire sus credenciales como una posesa, le enhebró el brazo y tiró de él.

—¿Qué demonios está haciendo? —le preguntó—. ¡Le van a disparar!

—Soy el único que puede parar esto —contestó él.

—Ya lo sé —dijo ella, tirando de él, sin conseguir que se moviera—. Ella lo está llamando. Esa cosa lo está llamando.

A Blackwood no lo sorprendió.

—Sí —dijo—. Nos ha atraído hacia aquí.

—¿Nos ha atraído...? —repitió Odessa. Y luego, aún más confundida, dijo—: ¿Nos ha atraído?

El ruido de cristales rotos les hizo volver la cabeza hacia el banco; después, dos detonaciones tremendas y cegadoras los dejaron tambaleándose.

El lanzamiento de granadas aturdidoras dio comienzo al ataque al banco. Una falange de agentes tácticos de la Unidad de Emergencias reventó las puertas con un ariete y se abrió paso al interior de la sucursal inundada de humo. Con el pitido de oídos provocado por las granadas de conmoción, Odessa apenas pudo oír los disparos y los gritos que siguieron. Un grupo de agentes uniformados se echó a la calle desde la barrera y prohibió a Odessa y a Blackwood que avanzaran

más.

Salió el humo al exterior. Ninguna persona abandonó el banco. Entonces llegó la noticia, transmitida por los policías vía radio: «¡Tirador derribado! ¡Tirador derribado!».

Odessa y Blackwood tuvieron que esperar a que se asegurara la escena del incidente y se disipara el humo. La calle se llenó de efectivos de la policía. Se evacuaría a los heridos y comenzaría a procesarse la escena.

—¿Qué hacemos? —preguntó Odessa—. ¿Va a saltar a otra persona?

—Seguramente —contestó Blackwood.

—Podría ser cualquiera —dijo ella—. ¿Cómo se puede saber? ¿Qué busco?

—Yo lo sentiré —respondió él.

Odessa empujó hacia delante, acercándolos al banco todo lo posible. Los federales se apiñaban en la calle, a la entrada, aguardando a que mejorara la calidad del aire. La agente debía mantenerse alejada de ellos.

Empezaron a salir a la calle los de la Unidad de Emergencias. En cuanto estuvieron fuera, se quitaron el casco, muchos de ellos tosiendo, deglutiendo botellas de agua para aclararse la garganta. Eso proporcionó a Blackwood una visual clara de sus rostros.

La agente no sabía qué iban a hacer si Blackwood identificaba el cuerpo que el ser hueco había poseído. Sobre todo si había ocupado a un agente táctico con rifle de asalto, como suponía que era su objetivo. Ella ni siquiera tenía una pistola con la que defenderse. Iba mirándolos a todos y a Hugo Blackwood alternativamente, pendiente de la reacción de este.

Los miembros de la Unidad de Emergencias se reagruparon y fueron retirándose para elaborar el informe de la operación. Blackwood los vio marchar preocupados.

—¿Nada? —preguntó Odessa.

—No —contestó él—. Hay que entrar en ese banco.

—Eso no va a pasar —le dijo ella.

Avanzaron unos pasos más y Odessa echó un vistazo más allá de las puertas reventadas, a través de la entradita del cajero, al vestíbulo principal. La pila humeante de dinero carbonizado se había empapado de agua, muchos miles de dólares mutilados e irre recuperables. Haciendo un esfuerzo visual, detectó las ventanillas de caja y la puerta abierta por la que la directora de la sucursal había estado entrando y saliendo cargada de billetes. Vio lo que podría haber sido un brazo y un hombro de la mujer muerta. La mancha oscura de sangre del suelo le hizo caer en algo.

—¿Dónde están los heridos? —preguntó.

Se habían centrado tanto en los agentes tácticos armados que no se había fijado en los empleados de ventanilla y los clientes que habían sacado.

Blackwood y ella bordearon el cordón policial y encontraron a algunos de los rehenes sentados, exhaustos, en el bordillo de la acera, contando su versión de lo ocurrido a los inspectores de policía, algunos dejándose curar los cortes y las contusiones. Pero nada mucho más grave.

—¿Ha resultado herido algún cliente? —preguntó Odessa a una joven sanitaria que le tomaba la tensión a un hombre de mediana edad.

—Dos clientes y un empleado de ventanilla —contestó la chica—. Nada grave.

—¿Dónde están?

—Se los han llevado en ambulancia —contestó—. Van camino de los hospitales.

Odessa miró a Blackwood. Lo vio preocupado.

—¿Hospitales, en plural? —preguntó la agente.

—Tres ambulancias, tres hospitales.

—¿Cuáles?

A la joven sanitaria empezaba a fastidiarle tanta pregunta.

—A los tres más próximos: Flushing, Jamaica Heights y New York Presbyterian.

—¿El Presbyterian de Queens? —preguntó Odessa, irguiéndose de pronto.

—Pues claro —contestó la joven.

El hospital del que acababan de marcharse.

El hospital en el que estaba ingresado Earl Solomon.

Miró a Blackwood. No hizo falta que él le dijera nada. Las palabras que él le había dicho antes le vinieron de pronto a la cabeza.

«No existe la casualidad. Todo está relacionado.»

—¡Ay, Dios! —exclamó Odessa.

Earl Solomon estaba tendido en su cama de hospital, procurando no dormirse. La televisión estaba cubriendo el atraco con rehenes a una sucursal del Santander que, por lo visto, había terminado en un asalto policial y la muerte de la atracadora. Eso decía el texto del faldón, pero la imagen le bailaba un poco y no estaba seguro. No había cámaras en la escena y no paraban de repetir en bucle la misma grabación de vehículos policiales y agentes de movilidad apartando a la gente.

El televisor estaba en silencio, no había otro sonido que el zumbido y el pitido de sus máquinas, y su respiración, silenciosa en las inhalaciones pero ruidosa en las exhalaciones. Solomon quería alcanzar el mando a distancia sujeto a la pared de detrás de su cama, pero tenía el brazo entumecido. Ya no los movía tan bien como quisiera. Le resultaba más fácil quedarse quieto.

Sonaron sirenas fuera, algo que ocurría prácticamente todo el día, pero aquellas parecían próximas. Oyó un estrépito que pareció reverberar en todo el edificio, como si se hubieran tambaleado los cimientos. O quizá fueran imaginaciones suyas.

En la tele mostraban de pronto imágenes grabadas con el móvil por alguien que se encontraba en uno de los edificios de enfrente. Dos granadas aturdidoras que Solomon vio estallar pero no oyó precedieron la entrada del grupo de operaciones especiales. Imágenes borrosas por la distancia a la que se encontraba el propietario del móvil, o tal vez por su propia visión.

¡¡Maldita sea!! Estaba harto de tanta espera. La cama iba a ser su sino. Dudaba que pudiera volver a ponerse en posición vertical. ¡Qué pensamiento tan lamentable! ¿De qué le servía esperar ya? ¿Qué sentido tenía ser un hombre encamado que jamás iba a volver a ponerse en pie? A lo mejor no era la visión lo que le fallaba, sino la cabeza.

Todo lo que había visto a lo largo de su vida, todo lo que Hugo Blackwood le había enseñado... Desafiando sus presunciones al principio, haciendo tambalearse su visión del mundo y del más allá. Pero aun así, como cualquier otra persona, jamás había pensado en lo que le esperaba al final. Sabía que había otros seres ahí fuera. Los había visto. Y casi todo lo que había presenciado era oscuro y malicioso. Pero quizá hubiera algo más. Un sitio tranquilo.

Recordó de nuevo el momento en que Blackwood había liberado a aquel niño poseído en el cementerio aquella noche hacía tantos años. El joven Vernon Jamus. Y cómo se había alzado Blackwood sobre él y había purificado su alma, liberándolo. Pero ¿de qué? Eso era lo que Solomon quería saber. Ese era un misterio con el que el británico no podía ayudarlo, un caso que el investigador de lo oculto no podía resolver.

No había paz para Hugo Blackwood en este mundo, pero a lo mejor, solo a lo mejor, la habría para Earl Solomon en el otro.

«Blackwood.»

Solomon oyó una voz conocida que no era la suya.

«Hugo Blackwood.»

Cerró los ojos para librarse de ella, pero no estaba en su cabeza, sino en la habitación, con él. Apretó fuerte, deseando que no fuera cierto. Giró la cabeza, haciéndola rodar por la almohada hasta volverla a ciegas hacia la puerta del pasillo. Entonces volvió a abrir los ojos.

Veía doble y tardó un instante en centrarse y enfocar al niño plantado a la puerta de su habitación: el pequeño Vernon Jamus. Cuando el niño entró en su visual, tuvo miedo de que fuera el Vernon malvado, poseído por el demonio que lo usó como instrumento mágico para resucitar

los espíritus de los esclavos muertos en el delta del Misisipi, pero era el Vernon purificado el que había ido a por él. Con el torso desnudo y los mismos pantalones que llevaba hacía casi sesenta años.

Su recuerdo había convocado al niño, invocado a su espíritu. La espera de Solomon había terminado.

Vernon había ido a buscarlo.

Pero si era así...

¿Por qué llamaba a Hugo Blackwood?

Mientras el anciano lo miraba atentamente, un hombre corpulento dobló la esquina del pasillo y entró en su habitación. Llevaba una camisa de un azul intenso con una insignia médica en la manga y una gorra con el nombre de un servicio de ambulancias en la coronilla. Bajo la visera, le corría un reguero de sangre oscura por la mejilla hasta el mentón. Tenía la mirada perdida, hueca.

Solomon se agarrotó de miedo.

Sin decir nada más ni cambiar de expresión, Vernon Jamus desapareció y el conductor de la ambulancia ocupó su lugar.

Cuando el Phantom llegó al New York-Presbyterian Queens Hospital, se encontró un escenario caótico. Una ambulancia se había estrellado contra uno de los pilares estructurales del edificio, justo a la entrada del servicio de Urgencias. El morro de la ambulancia se había metido hacia dentro, el capó se había arrugado y el vehículo había volcado de lado en la acera.

El personal del hospital prestaba asistencia en la escena del accidente. Odessa y Blackwood corrieron desde el Rolls-Royce, abriéndose paso entre la multitud de curiosos. La puerta trasera estaba abierta. A una de las sanitarias de la ambulancia que estaba inconsciente y a la que ya habían puesto un collarín, le estaban colocando una férula espinal. La camilla estaba de lado, vacía. Al conductor, fallecido, lo habían tapado con una sábana.

Odessa le enseñó la placa a uno de los médicos de Urgencias que estaba atendiendo el siniestro, para que le resultara más fácil interrogarlos.

—¿Dónde está el paciente que iba en la ambulancia?

—Ahí —contestó el médico, señalando a la cabina de la ambulancia—. El choque la ha sacado por delante.

—¿Ha muerto? —preguntó la agente.

—En el acto —contestó el médico—. Dicen que la ambulancia iba a ochenta por hora y acelerando cuando ha cruzado como una bala el aparcamiento y se ha empotrado en el edificio. El conductor ha debido de perder la cabeza.

Odessa recordó haber visto a uno de los clientes heridos del banco atacar al conductor de la ambulancia y ponerse al volante.

—Pero si esa es la paciente... —dijo ella, mirando de nuevo la ambulancia—, ¿dónde está el conductor?

Subieron aprisa a la planta de Solomon, Odessa implorando que el ascensor fuera más rápido. Se abrieron las puertas y ella recorrió a toda velocidad la escasa distancia que los separaba de la habitación. Había un piloto rojo encendido sobre la puerta.

Dentro, encontraron a dos enfermeras arrodilladas a ambos lados del conductor de la ambulancia, tendido bocabajo en el suelo. La cama de Solomon estaba vacía.

—¿Dónde está? —preguntó Odessa.

Las enfermeras aún se hallaban conmocionadas con lo que habían encontrado. Una de ellas se puso de pie.

—Ha muerto —dijo, refiriéndose al conductor de la ambulancia.

—El paciente de esta habitación —insistió la agente, agarrando del hombro a la enfermera—. Earl Solomon. Su cama sigue aquí, pero él no.

La enfermera miró la cama vacía, aturdida.

Un enfermero entró corriendo por la puerta, atraído por el piloto rojo de alarma, y se detuvo al ver el cadáver del conductor de la ambulancia.

—Solomon —dijo la enfermera—, el paciente de esta habitación, ¿dónde está?

El enfermero salió de espaldas y miró a un lado y otro del pasillo.

—Tuvo un ictus, ¿no?

—No ha podido ir muy lejos... —añadió la enfermera.

Odessa miró fijamente a Blackwood, de pronto aterrada, asustadísima por Solomon y a punto de sufrir un ataque de pánico.

—¿Ha venido aquí a por él? —le preguntó.

—Hay que encontrar a Solomon —contestó Blackwood.

—¿Ha venido aquí expresamente a por él? —insistió ella. Los enfermeros la miraron extrañados. Blackwood la agarró de la muñeca, la sacó de la habitación y la alejó de allí antes de que ella se zafara de él—. ¡Contésteme!

—Hay que encontrarlo.

—«Las casualidades no existen» —dijo ella con retintín, notando que la histeria se apoderaba de su voz.

—Ha venido aquí a por él —reconoció Blackwood, que también parecía algo afectado—. Hay que encontrarlo ya.

—¿Y luego qué? —preguntó ella, pero en lugar de contestar, él se la llevó a rastras hacia las escaleras.

—¿Podría estar en cualquier parte! —dijo Odessa, mientras bajaban los últimos tramos de escaleras y volvían a salir a la planta baja.

Seguía siendo un caos por el choque de la ambulancia. Había policía en la escena intentando reestablecer el orden con la ayuda de la administración del hospital. Blackwood siguió los carteles que llevaban a Urgencias, donde continuaban admitiendo pacientes a pesar de la presencia de los medios.

Odessa se detuvo a hablar con un policía en medio del pasillo.

—¿Ha visto pasar por aquí a un anciano negro con camión de hospital?

El policía asintió.

—Sí, señora, unos siete. —Entonces le sonó la radio y se llevó la mano al transmisor que tenía sujeto al hombro para acercárselo al oído en medio del barullo del pasillo atestado—. ¡No fastidies! —exclamó en respuesta a lo que había oído, y salió corriendo hacia la puerta.

Blackwood miró a Odessa. Salieron los dos detrás de él, pasaron por delante de la ambulancia accidentada hasta el aparcamiento y corrieron a la calle. Llegaron justo a tiempo para ver un coche patrulla salir del aparcamiento, virando bruscamente y chocando de forma horrible contra un SUV que pasaba, que a su vez se estampó contra un camión de correos aparcado, para incorporarse después, marcha atrás, a una calle de dos carriles, donde lo golpeó otro vehículo que no pudo frenar a tiempo. El coche patrulla evitó la colisión en cadena, derrapando por la calle con las luces giratorias del techo encendidas y la sirena sonando a lo lejos.

Unos cuantos policías salieron corriendo en dirección al accidente, para asistir a las víctimas. Otros, como el del pasillo del hospital, subieron aprisa a sus vehículos para iniciar la persecución, porque el coche patrulla obviamente era robado. Pero el accidente múltiple obstruía ambos carriles de la avenida y les impedía ir tras él.

Blackwood y Odessa salieron a la calle y vieron alejarse el coche patrulla, zigzagueando entre el tráfico.

—¡Hay que seguirlo! —dijo Blackwood. Mientras miraban calle arriba, un Rolls-Royce de color gris pólvora asomó el morro por una perpendicular justo después del lugar de la colisión múltiple—. ¡Buen trabajo, Lusk!

Odessa corrió con él, pasando por delante del accidente y dirigiéndose a toda prisa al Phantom que los aguardaba. Subieron a la parte de atrás y el señor Lusk arrancó antes de que cerraran la puerta.

—El conductor del vehículo policial... —dijo el señor Lusk.

—Sí —lo interrumpió Blackwood—, es el agente Solomon.

—Su mirada... No era normal —continuó el abogado.

—Sígalo —le ordenó Blackwood—. No lo deje escapar.

El motor del Phantom pasó del ronroneo al gruñido. Solomon iba embalado, pero con las luces y la sirena era fácil seguirlo, porque además iba dejando a su paso un reguero de coches, que bien se retiraban para dejarlo pasar o salían de la calzada empujados por él.

Cruzaron Jackson Heights a toda velocidad, dejando atrás colisiones y esquivando pequeños choques que iba provocando el escandaloso coche patrulla por el camino. De vez en cuando veían las luces azules girando en el horizonte; el Phantom ni daba alcance al vehículo ni lo perdía de vista.

Blackwood miraba por la ventanilla, con gesto intenso pero sereno. Odessa estaba angustiada por Solomon y la parsimonia de Blackwood la cabreaba. Con la rabia le llegó la súbita constancia de algo.

—El hueco no ha venido a por Solomon —dijo—. Ha venido a por usted. Lo está utilizando para atraparlo. Y usted lo sabía.

—Ah, ¿sí? —dijo él, huyéndole la mirada.

—Sabía que él era vulnerable.

Blackwood volvió la cabeza hacia ella, sin llegar a mirarla.

—Lo sospechaba —reconoció—. Nunca se me había pasado por la cabeza..., hasta que lo vi en esa cama de hospital.

—Intenta sacarlo de su escondite. Todo esto, el tiroteo de Peters, la matanza de Long Island...; no había patrón. Estaba diseñado para atraerlo, para obligarlo a salir a la luz. Gracias a mí. Gracias a mi carta. —Él la miró por fin. Calló, pero al hacerlo le dio la razón—. Y usted lo ha tenido claro todo el tiempo. Sabía que ese ser buscaba un enfrentamiento y le ha dado igual a quién se llevara por delante. Incluso a Solomon, un hombre moribundo, que ahora lo conduce a su «cita». Quería que lo poseyera.

—No diga disparates.

—Pero no le parecía mal. Siempre que lo condujera adonde quería ir. Siempre que eso le permita dar caza a su cuarto vacío e instalarlo en su sala de trofeos.

—Su supersimplificación de este asunto es de lo más asombroso —dijo él—. ¿No ha aprendido nada? ¿O se trata solo de un intento deliberado de culparme?

—Estoy aprendiendo mucho —replicó ella—. Solomon quiso advertirme sobre usted. Me dijo que no dejaría que nada ni nadie se interpusiera en su camino. Lo vio venir, pero era demasiado frágil para impedirlo. Pues no pienso consentir que se convierta en víctima de un horrendo diablillo sobrenatural. Tiene que salvarlo. No puede dejarlo morir así.

—¡Da por sentado que tengo opciones! —espetó él.

El destello de rabia de su semblante la sobresaltó. Odessa guardó silencio, sin dejar de mirarlo, preguntándose qué clase de monstruo había escogido por binomio.

El Phantom viró bruscamente a la izquierda al pasar por delante de una colisión frontal en la que el motor de uno de los vehículos se había incendiado.

—¡Se dirige al puente de Queensboro! —dijo el señor Lusk.

Siguieron al ruidoso coche patrulla al menos una manzana entera, hasta el lado de entrada, de doble carril, del nivel superior. Las luces azules zigzagueaban como locas delante de ellos y el Phantom, serpenteando para esquivar los automóviles que se encontraba atravesados en el camino, cruzó el río East por encima de la isla de Roosevelt rumbo a Manhattan.

Odessa se agarró con fuerza al asiento, apoyando el hombro en el lateral del coche, cuando salieron escorados del puente a la Segunda Avenida y siguieron una manzana más hacia el oeste antes de girar bruscamente a la izquierda y tomar rumbo sur hacia la Tercera Avenida, en sentido contrario.

Avanzaron en contradirección, por los cinco carriles de la amplia avenida, siguiendo el sendero de destrucción que iba dejando el coche patrulla a la fuga. Unas diez manzanas más adelante, el vehículo policial viró de pronto a la derecha por la calle 46 o la 45, cortándole el paso a un semirremolque. El señor Lusk hizo girar con vehemencia el resplandeciente volante del Phantom para evitar al camión, que se detuvo en diagonal en el cruce, lo que les robó algo de tiempo. Cuando el Rolls logró por fin negociar el giro, las luces del coche patrulla ya no estaban a la vista, si bien su reguero de perturbaciones era fácil de distinguir.

El Phantom giró a la izquierda y enseguida se detuvo en seco con un chirrido. Odessa, que ya se había habituado a las intensas luces azules giratorias, no entendía por qué se habían detenido. Entonces vio el coche patrulla, con las puertas laterales y el guardabarros trasero arrugados de múltiples impactos, la parrilla frontal aplastada y un humo saliendo del capó levantado del motor sobrecargado. Al principio pensó que el vehículo se había averiado, pero se habían apagado las luces y también la sirena.

El hueco había llegado a su destino.

Blackwood bajó inmediatamente del vehículo. Odessa lo siguió, orientándose, estirando el cuello al cielo del atardecer. Reconoció un pedazo de Grand Central Station, por el modo en que el edificio trastocaba el patrón del tráfico, tan raro en la cuadrícula del Midtown neoyorquino. El inmueble que tenían más cerca estaba vallado y buena parte de sus veinte plantas forradas de andamios y red de seguridad, por la remodelación considerable a que lo estaban sometiendo. No obstante, en aquel momento parecía abandonado: no había luces en los ventanales sin cristal de las plantas superiores ni nadie trabajando en él. Un cartel del ayuntamiento colocado en la valla advertía de que no se podía acceder y mencionaba el cierre temporal de la obra por orden municipal.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Blackwood.

—Se habrán quedado sin dinero para terminar la obra —dijo Odessa, contemplando la fachada de arenisca. De pronto, su cercanía a Grand Central le trajo un recuerdo—. Un momento... Este es uno de esos clubes universitarios. Lo estaban convirtiendo en un gran hotel, aquí en Grand Central, pero tuvieron que clausurar el proyecto. Salió en las noticias hace un mes o así: un gran hallazgo y luego un escándalo. Estaban excavando en el sótano del club, a unos diez metros de profundidad, y encontraron unos restos centenarios. Resultó ser parte de una fosa común de esclavos muertos.

Hugo Blackwood se volvió y miró a Odessa con cara de perplejidad.

—¿De esclavos?

—Se paró la obra. Y ahora hay varios pleitos pendientes. No saben si volver a enterrarlos o poner una placa conmemorativa, o si el proyecto se irá al garete del todo. —Observó que Blackwood aún la miraba y cayó en la cuenta de que aquello significaba más para él que para ella—. ¿Qué? —le dijo.

Blackwood recobró la compostura, tanto que dio la impresión de que no hubiera llegado a perderla.

—Brujería —susurró furioso, sacándose del bolsillo de la chaqueta el estuche de piel y soltándole las ligaduras con súbita urgencia—. ¿Señor Lusk? —dijo.

Odessa se volvió hacia el señor Lusk, que seguía al volante del Phantom en punto muerto, y

tras marcar un número en el móvil y llevarse el aparato a la oreja, respondió:

—Le mando la ubicación.

—¿A quién? —preguntó la agente, confundida—. ¿La ubicación de qué?

Pero cuando se volvió hacia él, Hugo Blackwood ya no estaba.

Odessa oyó sacudirse la valla de seguridad cubierta de lona y cayó en la cuenta de que Blackwood había saltado por encima de ella. Viendo, furiosa, que la había dejado sola, localizó uno de los postes de carga de la valla y trepó por él para que se combara menos. Dos trozos de alambre de espino remataban la malla, inclinados hacia el interior. Se aseguró de que llevaba el móvil bien guardado en el bolsillo y saltó por encima al otro lado, arañándose un poco la tela de la chaqueta, pero no la piel.

Ya en el suelo, cruzó una explanada de asfalto agrietado hasta la entrada del edificio y pasó agachada por debajo de la lona de plástico que ondeaba al viento. En la puerta había otro cartel de advertencia, pero a una de las ventanas de la derecha le faltaba un vidrio vertical alargado y aprovechó para colarse por el hueco.

No vio a Blackwood y prefirió no llamarlo. Comenzó a descender una escalera ancha de piedra bifurcada en dos tramos que doblaban hacia atrás. Al llegar abajo, sacó el móvil, encendió la linterna y buscó más escaleras. La actual isla de Manhattan se había levantado sobre los hombros de siglos anteriores. Sabía que la norma general de estratificación era que a tres metros de profundidad te situabas a comienzos del siglo XX, donde podías encontrar hormigón vertido de finales de siglo; otros dos o tres metros más abajo, te ibas más o menos a 1800 y te topabas con muros de ladrillo y argamasa entre los que podías encontrar restos de piezas de cerámica y objetos domésticos, y a seis u ocho metros por debajo del nivel de calle, llegabas al siglo XVIII.

Se acabaron las escaleras y ni rastro de Blackwood. Entonces, gracias a la linterna del móvil, vio un agujero en el suelo provisional de madera y una escalera de mano que sobresalía de él. Bajó rápidamente por ella, alumbrando a su alrededor.

—Apague eso. —Era Blackwood, justo debajo de ella. Descendió los últimos peldaños a un pasaje de roca porosa—. Necesito discreción y me está fastidiando la visión nocturna —le dijo, protegiéndose los ojos.

Odessa apagó la linterna y guardó el móvil. De pronto era ella la que no veía. Confió en él y lo siguió de cerca mientras sus ojos se adaptaban. Blackwood parecía ir siguiendo un rastro de algún tipo.

—¿Esto tiene que ver con el saqueo de tumbas? —preguntó ella en voz baja.

—Las tumbas de los esclavos se consideran suelo sagrado —le contestó él—, como todos los lugares de gran sufrimiento. Sus espíritus inocentes, atrapados en el limbo durante siglos, son receptáculo de infinito dolor, y reconducidos y desatados en la ciudad podrían ejercer en ella una potente fuerza maléfica.

Tras dejar atrás unas herramientas de excavación, Blackwood se detuvo ante un pilote de piedra al descubierto. La vista de Odessa se había recuperado lo suficiente para permitirle distinguir un dibujo geométrico grabado en la roca. No era un simple indicador. Era un sigilo.

Blackwood se quedó allí plantado, mirando al frente. Masculló para sí unas palabras en latín que Odessa interpretó como otro hechizo de protección. Cuando terminó, se volvió hacia ella.

—Debe marcharse.

—¿Qué? —dijo indignada.

—No debería continuar.

—¿Me ha dejado venir hasta aquí abajo para pedirme que me vaya?

—No pinta nada aquí. Solo serviría para que la usaran en mi contra.

—¿En «su contra»...? —Lo vio mirar fijamente a la oscuridad—. Va a necesitar ayuda con Solomon. —Entonces cayó en la cuenta—. ¿Me está castigando por lo que le ha pasado a él? —Blackwood no contestó—. Mire —le dijo ella—, no tengo ni idea de qué hay que hacer aquí abajo. Solo sé que no podemos permitir que el hueco lo atrape a usted. Si salta a un ser inmortal..., o a una persona a la que no se puede mutilar, asesinar, destruir..., podría campar a sus anchas eternamente. Y eso después de liberar a los otros tres huecos. Usted sería el vehículo ideal de una de esas cosas.

—Por eso no puedo permitir que ocurra —replicó él.

—Pero sabe que esto es una trampa.

—Sí.

—¿Y por qué se mete en la boca del lobo? —lo censuró—. ¿Y encima solo?

—Hay otra presencia aquí —contestó él—. Otro demonio. Uno al que debo enfrentarme. Un adversario al que ya he plantado cara muchas otras veces.

Odessa se quedó de piedra. ¿Dos entes?

—¿Quién? —preguntó.

Blackwood se estiró la chaqueta del traje.

—Mi esposa —contestó, y se adentró en la oscuridad subterránea.

Odessa se quedó atrás, desconcertada por su respuesta y sin saber qué hacer. Él tenía razón: poco podía ofrecer frente a cualquier ser ultraterrenal, pero que se enfrentara a aquello él solo le parecía temerario. No sabía qué hacer.

Estando allí plantada, oyó una voz familiar que la llamaba: «Odessa».

Hugo Blackwood avanzó por la gruta de techo bajo hasta una curva cerrada que desembocaba en una cámara que presagiaba una bóveda más amplia y mejor aireada. Oyó a una mujer entonando un cántico en español caribeño; la antiquísima acústica amplificaba su voz hasta convertirla en un sonsonete poderoso e hipnotizador. Un resplandor violeta tenue pero luminiscente se hacía visible en las motas agitadas de polvo y hollín de siglos de antigüedad.

Oyó también un fuerte gruñido y un chasquido de fauces. Una embestida de animales cuya procedencia no lograba adivinar. Imaginó unas bestias enormes, cuyo volumen desproporcionado hacía pensar en monstruos mucho mayores que las dimensiones de aquella estancia, una imposibilidad.

Redujeron la velocidad y volvieron la esquina dos pitbulls, con el rostro deformado de ferocidad. Seres habitados, sabuesos rabiosos. Blackwood recordó la casa de la dueña de la tienda esotérica, al saqueador de tumbas diciendo que sus dos pitbulls se habían escapado. Allí era adonde habían huido. Sabía que su dueña estaba muy cerca.

Avanzaron, acechándolo, todo hombros y músculo, con aquella baba voraz escapando entre sus dientes apretados.

Blackwood extendió la mano vacía, con la palma hacia delante, y murmuró un conjuro de coacción. Los miró a los ojos y, al tiempo que giraba despacio la mano abierta, como si accionara una rueda grande, la mirada de las bestias fue suavizándose, sus labios cubrieron poco a poco sus encías negras y su pelaje erizado se aplanó.

Mientras los perros se encontraban bajo su hechizo, sacó de su estuche un frasquito, se echó una pizca de aceite en la yema del dedo corazón de la mano derecha y, acercándose a los animales con la palma abierta, extendió suavemente el aceite en vertical por el *philtrum*, el pequeño surco que recorre el centro del hocico hasta el labio superior. Tras dos o tres respiraciones, los

animales se derrumbaron sobre sus cuartos traseros y cayeron de lado, sumidos en un sueño profundo.

Blackwood pasó entre los perros guardianes dormidos y bordeó la esquina mientras los cánticos aumentaban de volumen. Allí vio a una mujer vestida con una túnica blanca ceñida a la cintura y un tocado también blanco, presidiendo una cripta de suelo calcáreo del que brotaba una bruma violeta. El vapor frío adoptó la forma de las personas enterradas allí hacía mucho tiempo, algunas a casi un metro de profundidad: al menos cuarenta hombres, mujeres y niños, de siluetas ondulantes, de cuyo pelo y hombros emanaban volutas de vaho purpúreo como emana el calor de una carne recién hecha, disipándose después en el aire viciado.

A instancias del lamento grave de la hechicera Juanita, los espíritus violáceos se volvieron para plantar cara a Hugo Blackwood desde el suelo margoso de la cripta desenterrada.

Odessa buscó el origen de aquella voz familiar, temiendo que fuera Solomon.

—¿Odessa? Cielo, soy yo.

Vio a su padre salir de entre las sombras, con una sonrisa agradecida en el rostro. Llevaba, como siempre, uno de sus viejos suéteres encima de una camisa de Lands' End.

—¿Papá? —dijo ella. La asombró ver a su padre y, aun con todo, su presencia allí, en aquella catacumba del centro de Nueva York, le pareció de lo más normal. De hecho, tenerlo cerca la tranquilizó—. ¿De dónde has salido?

Él se detuvo a unos pasos de ella, sonriendo indeciso.

—¿Por qué dejaste de venir a verme, cariño? —le preguntó.

Inundada de remordimiento, Odessa agradeció, sin embargo, la oportunidad de explicarse y aclarar las cosas con él.

—No pude seguir haciéndolo, papá —le dijo—. Traicionaste a tus clientes. Traicionaste a tu familia. Me traicionaste a mí. —Esa última palabra le quebró la voz. Prosiguió—. ¡A mí! —repitió—. Precisamente a mí, que estuve siempre a tu lado, que me senté contigo en la mesa de la defensa, en el juicio. Respondí por ti con el pueblo entero. Nos dejaste en ridículo a todos, pero en especial a mí. Me partiste el corazón.

—Lo sé —dijo su padre, asintiendo con la cabeza y acercándose tímidamente—. Sé que lo hice, pero tú no... no sabes lo solo que se está en la cárcel.

—Lo siento, papá —respondió ella—. Te quiero, pero...

—¿Me perdonas, Odessa? —dijo él, acercándose un poco más y tendiéndole los brazos—. ¿Por favor...?

Blackwood desenrolló su estuche de piel y seleccionó a tientas una ampolla, sin apartar la vista de las figuras vaporosas que se le acercaban sin mover las piernas, desplazándose todas en la misma dirección como un montón de salvia movido por la brisa. La hechicera Juanita se las había enviado, esperando que hiciera frente al asalto, que los repeliera y la lucha lo agotara.

Pero Blackwood no preparó un contrahechizo. Destapó la ampolla de cristal verde, se untó una pizca generosa de tintura de pétalos de rosa blanca en cada mano, guardó el frasquito en su sitio y se metió el estuche de nuevo en el bolsillo de la chaqueta.

Frotándose los dedos en sus respectivas palmas y entonando el hechizo en su enoquiano original, Blackwood extendió los brazos y abrió las manos hacia los espíritus de los esclavos. Emanó de sus palmas un fino vapor dorado, como exhalado, que fue dibujando una aureola luminosa de color miel alrededor de su cuerpo a medida que abría los brazos. Los espíritus

avanzaron más rápido al alcanzar su figura, agachando la cabeza para atacar.

Vibró su cuerpo según iba acogiendo a aquellos espíritus atormentados, alojándolos en su interior. En lugar de combatirlos, como ellos querían, absorbió su pesar arrollador, su miedo, su rabia amarga, su angustia. Asimiló su energía, empapando de su agonía su propio corazón.

Notó que la hechicera Juanita tiraba de ellos, los llenaba de oscuridad, los conducía hacia el mal. Blackwood no podía sanarlos, solo comulgar con ellos, hablarles a sus almas: «Os explotaron en vida; no dejéis que el mal os vuelva a explotar».

A Odessa se le llenaron los ojos de lágrimas. Quería perdonar a su padre. Siempre había querido hacerlo. Pero no podía. Algunos delitos, sobre todo los personales, los emotivos, nunca se pueden perdonar.

—Papá —le dijo—, no... no puedo.

Su progenitor pasó de la perplejidad a la decepción y después a la rabia.

Y de pronto ya no era a su padre a quien tenía delante, sino a Earl Solomon, que le soltó un revés en la cara, rápido y fuerte, que la hizo retroceder dando tumbos y caer de espaldas al suelo de piedra.

Odessa levantó la vista, atónita, con la mandíbula dolorida y un pitido en el oído. Buscó a su padre hasta que entendió lo que había pasado. Era como si se hubiera levantado un velo.

Earl Solomon, que vestía camión de hospital y calcetines acolchados, corrió hacia ella con una mueca espeluznante y una fuerza sobrecogedora. De un salto, se lanzó a por la agente y cayó sobre ella con los pies por delante y la intención de aplastarle la garganta.

Odessa rodó a un lado en el último segundo. Solomon se le echó encima y empezó a darle puñetazos en los riñones, como un molinete, aporreándole el torso y los costados. Al principio se defendió cubriéndose, pero el cuerpo poseído de Solomon tenía mucha energía que quemar y la agente comprendió que la iba a matar a palos si lo dejaba. Se zafó de él de una patada y escapó gateando. Liberada de nuevo, la imagen de Earl Solomon, un hombre al que respetaba, una persona a la que apreciaba, la confundió.

—¡No! —le imploró.

Pero no era él. No era el agente Solomon.

El ser hueco se levantó de un brinco, con una agilidad extraordinaria para un cuerpo anciano, y corrió hacia ella con furia, agitando los brazos por encima de la cabeza. Odessa se incorporó, pero se quedó agachada, sirviéndose de su peso para esquivarlo, lanzarlo sobre su cadera y hacerlo patinar de cuerpo entero por el suelo de piedra con un desagradable chirrido.

La agente lloraba de rabia, de desesperación.

—¡No! —le suplicó al ver que se levantaba del suelo y se disponía a atacarla de nuevo—. ¡No me obligue a hacerlo! —dijo, pero el otro cogió carrerilla y se abalanzó sobre ella, que no pudo rehuirlo del todo. Chocaron y cayeron los dos—. ¡Basta ya!

No iba a parar. Lo vio claro. Era un perro rabioso, un psicópata y un Terminator, todo en uno. La fiera se puso en pie y Odessa vio el montón de tablones sueltos y herramientas que tenía a la espalda.

El ser hueco se precipitó sobre ella agitando los brazos y le alcanzó la cara con una mano, clavándole los dedos en la mejilla y en la sien con la intención de cegarla. Odessa dejó que la hiciera girar, luego le dio una patada en la rodilla, librándose de él, salió disparada hacia atrás y aterrizó en los tablones.

Buscó a tientas un arma, incapaz de apartar la vista del ser hueco, y asió el mango de un martillo. Se estaba arrodillando cuando el hueco le asestó un golpe bajo y le arrebató el martillo

de una patada. La agente se tambaleó y echó la mano a la caja de herramientas mientras aquella cosa le echaba mano a ella. Palpó con los dedos un mango de madera bulboso que le resultaba familiar.

La fiera la hizo rodar y le enseñó los dientes, intentando llegar al tejido blando de su cara. Mordía al aire como un perro rabioso. Odessa le clavó el antebrazo izquierdo debajo de la barbilla, pero no sirvió de nada, porque se le echó encima igual.

—¡Dios mío, perdóname! —dijo, apretando los dientes. Y luego—: Perdóneme, Solomon...

Con la mano derecha, le clavó un punzón de acero en la base del cráneo, luego lo hundió, perforó con todas sus fuerzas la parte superior del trapecio hasta el cerebro. El ser hueco abrió mucho los ojos. Sacó del todo la lengua, que se hinchó, a escasos centímetros del rostro de la agente. Con un grito y una inspiración honda, Odessa se lo quitó de encima y huyó a gatas de la figura convulsa.

Lo observó con tristeza y alivio. Le dolía la cara, y la cadera, los riñones, la rodilla... Se desplomó en el suelo de piedra un instante, mareada de hiperventilar, intentando recobrar el aliento. Luego se incorporó y se puso en pie. Al extraño resplandor de la estancia, vio la figura de aquella cosa tendida e inmóvil por fin.

Mientras la observaba, una emanación ondulante se desprendió de ella, como una ilusión óptica. Un tufo a soldadura le llegó a las fosas nasales antes de que recordara lo que ocurría con los seres huecos. Levantó ambos brazos para cubrirse el rostro, retrocediendo, pero a medio camino la asaltó un espasmo, tensó el cuerpo, arqueó la columna y echó la cabeza hacia atrás. Una punzada insufrible de dolor y... dejaron de temblarle los músculos y su mente y sus extremidades se relajaron.

El cuerpo y el alma de Blackwood se retorcían de dolor con la agonía de los espíritus resucitados de los esclavos. Al no resistirse a ellos y aceptar su angustia, neutralizó el propósito hostil de la hechicera.

Juanita, la sacerdotisa, la mayombero, se enfureció. Mientras trataba de recuperar el control de sus fantasmas, apareció el ser oscuro que la habitaba. De su cuerpo surgió la figura de pelo negro y camión blanco de Orleana Blackwood, en forma espectral. Hugo Blackwood se encontró cara a cara ante su depravado amor, cuyos ojos oscuros y fieros se clavaban en los suyos desde el interior de la cámara mortuoria. Un tira y afloja por las almas de los espíritus despiertos de los esclavos.

Blackwood había dejado que lo envolvieran y eso fortalecía su alma pero debilitaba su cuerpo.

—¡Volved! —imploró—. ¡Volved!

Su cuerpo se estremeció cuando los etéreos seres violáceos empezaron a regresar ondulantes a la cámara. La imagen horrenda de la esposa a la que había perdido hacía tiempo profirió un grito desgarrador.

—¡¡Déjalos dormir!! —le ordenó Blackwood—. ¡¡Déjalos en paz!!

Orleana se resistía a liberarlos. Los combatió en un último intento de despertar su naturaleza vengativa, deseando para sí la poderosa energía de su sufrimiento intemporal. La bruma violeta flotó hasta ella, dominándola, manchando su vaporoso camión de un púrpura que se oscureció hasta hacerse negro; luego se tornó densa y asfixiante, arrastrándola consigo hasta la tierra añeja, instalándola en el suelo.

A Blackwood le flojearon las rodillas y se derrumbó sobre una cadera. Observó debilitado cómo regresaba a la tierra hasta la última niebla oleosa. Entonces recuperó el equilibrio y se puso

en pie. Su cuerpo era como una colmena de la que acabara de escapar un millar de abejas furiosas, pero la cripta estaba tranquila de nuevo.

—Mi vida.

Aquella voz dejó helado a Hugo Blackwood. En los últimos cuatrocientos cincuenta años, muy pocas cosas le habían erizado el vello de la nuca, pero esa voz lo consiguió. Temblando, salió de la cripta a la catacumba que tenía a su espalda. De la oscuridad surgió Orleanna Blackwood. No como demonio ni como espíritu maligno, sino como había sido en su matrimonio: una belleza de piel clara y mirada alegre, con el liviano camisón suelto.

—Orleanna... —susurró Hugo.

—Me habéis salvado —dijo ella, que con sonrisa beatífica y los brazos abiertos esperaba que la acogiera—. ¡Por fin, amor mío, podemos volver a estar juntos!

—Amadísima mía —respondió él, y las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta como un sollozo.

—¡Tomadme! —le pidió ella—. ¡Abrazadme y volveremos a ser uno!

—Sí, vida mía —dijo él—. Sí, pero esperad... Dejadme que os mire. —Su esposa joven y sana estaba arrebatadora—. Concededme este momento, amor.

Ella lo intentó. Ladeó los hombros un poquín, sonriente, modelo de belleza, juventud, salud y felicidad.

—¡Ay, Hugo! —suspiró ella, incapaz de contenerse—. ¡Debemos estar juntos! ¡Tomadme! ¡No puedo esperar más!

Orleanna corrió hacia él con los brazos abiertos. Blackwood abrió los suyos para recibir a su único amor verdadero, pero en el último momento, justo antes de que ella le diera alcance, la agarró del cuello fino. Apretó fuerte, estrujándole los músculos, impidiendo el paso del aire. El semblante de la joven se contrajo de dolor y confusión. Los ojos de él pasaron de la tierna desesperación a una rabia torva, luego la ilusión se desvaneció y el rostro de su amada se convirtió en el de la agente Odessa Hardwicke.

Blackwood se espantó un instante, horrorizado, porque esperaba ver a Solomon. Y en esa distracción de una milésima de segundo, el ser hueco se zafó de Blackwood, sirviéndose de su brazo para estamparlo contra la pared de piedra. Lo dejó aturdido. Odessa se abalanzó sobre él, con ojos de loca. Un demonio. Un hueco. Lo atacó a una velocidad de vértigo y, agarrándolo, lo lanzó con una fuerza demoledora. Blackwood aterrizó a plomo sobre un saliente próximo a las tumbas. El hueco lo atacó agitando los brazos, con la boca abierta pero muda. Desde el suelo, le acertó con el pie, dándole una patada atronadora en el abdomen. Con la otra pierna, se lo quitó de en medio, luego se puso en pie y sacó el estuche de piel, lo desenrolló y seleccionó uno de los instrumentos que contenía, una daga de acero de hoja estrecha. Expulsaría al hueco y lo retendría allí con un hechizo inmovilizador hasta que llegaran los refuerzos.

El hueco le pegó un fuerte empujón con el cuerpo entero desde un lateral; salieron disparados los dos y a Blackwood se le escapó el estuche de la mano. Cayó de bruces al suelo de piedra y rodó justo a tiempo para evitar que la fiera, en pleno vuelo salvaje, le aterrizara encima. Con una mano lo agarró del cuello para mantenerlo a raya; en la otra, sostenía la daga. La bestia le aporreaba la cara y el pecho desafortadamente, y no paró hasta que Blackwood le apretó aún más el cuello. Cuando este levantó la mano por detrás de su cabeza, los ojos del ser hueco vieron la hoja de acero apuntando hacia abajo.

—Lo siento, agente Hardwicke.

Apoyó la punta de acero en la base del cráneo, resuelto a matar a la desdichada víctima, pero no lo hizo. Titubeó, y entonces tuvo una visión. Orleanna volvió a aparecerse en el rostro de

Odessa, pero aquella visión no era, decidió, cosa del hueco. Significaba algo para Blackwood. Y una vez más, la vacilación le costó cara. El hueco le estampó la cabeza contra el suelo de piedra y se zafó de él. Luego repitió el ataque, aturdiéndolo, golpeándolo sin parar. Enseguida le arrebató la daga de la mano, volvió la hoja y se apuntó a su propia garganta y, con una sonrisa perversa, intentó clavársela.

Blackwood lo agarró de la muñeca. La fuerza del hueco era prodigiosa y él se había debilitado en su duelo con la hechicera. Le temblaba la mano y la punta de la hoja se acercaba al cuello de Odessa Hardwicke. La estaba perdiendo.

Entonces entró en la cripta una ráfaga procedente de la catacumba, como la producida por el batir de unas alas grandes. Dos manos enormes tiraron del hueco y se lo quitaron de encima a Blackwood, arrancándole la daga de la mano.

Joachim, el tatuador y carcelero de los seres huecos, vio a la bestia apartarse como un rayo de él, con aquella mirada perversa aún en los ojos, preparándose para atacar. El tatuador tensó el pecho, reventó la camisa por la espalda y desplegó un par de alas el doble de anchas que de largas, decoradas con dibujos geométricos de colores que rivalizaban con los de las mariposas más raras. Fue un gesto impetuoso que dejó perplejo al hueco y lo detuvo en seco. Joachim se abalanzó sobre él, agarrándolo por el cuello y retrayendo las alas. En un segundo, le había dado la vuelta y lo tenía sujeto por la espalda, con un brazo debajo de la barbilla y el otro encima de la cabeza. Se proponía partirle el cuello.

—¡NO! —gritó Blackwood.

El tatuador levantó la vista, sorprendido. Blackwood recogió del suelo el estuche de piel, se plantó delante del hueco, que no paraba de revolverse, y miró más allá de aquella mueca feroz a los ojos de Odessa Hardwicke, ocultos tras ella.

Joachim lo sostuvo con fuerza, retirando el brazo de la parte superior de la cabeza. Blackwood entonó el ensalmo, situando ambas manos a los lados de la cabeza del ente. Le temblaban los brazos del esfuerzo; la fiera forcejeaba bajo el yugo del tatuador. El cuerpo convulsionó. Cuando Blackwood retiraba las manos, apareció entre ellas una imagen de la cabeza del hueco, como si la estuviera sacando de dentro. La bestia aulló de dolor, o de reticencia, pero Blackwood no consiguió sacarla de un tirón. Aquel demonio asqueroso se le estaba escapando, hasta que, como si Odessa Hardwicke hubiera empujado fuerte desde dentro, el ser hueco salió despedido y Blackwood retrocedió tambaleándose con el repulsivo espíritu ululante entre las manos.

El tatuador soltó a la agente y la depositó en el suelo, luego agarró por el cuello al demonio chillón, arrebatandoselo a Blackwood, que se acercó a Odessa y, arrodillándose a su lado, le apartó el pelo de la cara. Tenía la piel helada al tacto, pero entonces parpadeó y movió los labios. Volvía en sí. La ayudó a incorporarse. Lo miró como una boba, preguntándose por qué estaba tan contento de verla.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, con la lengua acartonada y un regusto a ceniza en la boca.

—Se... se ha desmayado —dijo Blackwood.

Vio al tatuador mexicano del bigote, Joachim, con la camisa desgarrada, sosteniendo a un ser hueco viejo y arrugado que tenía la boca abierta y gruñía. Entonces recordó: Earl Solomon. Alargó la mano y agarró a Blackwood por el hombro de la chaqueta.

—Solomon... —le dijo.

Blackwood la ayudó a volver por la gruta hasta la cámara más pequeña, donde yacía Solomon, con el mango de madera bulboso del punzón sobresaliéndole de la nuca. Odessa se tapó la boca, horrorizada por lo que había hecho. Blackwood hincó una rodilla en el suelo, cerca de

Solomon, e inspeccionó su cuerpo en posición fetal.

—Mire para otro lado un momento, por favor —le pidió a la agente.

Ella lo hizo y él le sacó el punzón de la nuca y lo tiró a un lado. Estiró el cuerpo de Solomon, recolocándole el camisón de hospital y poniéndole los brazos rectos a los lados, como había hecho él en su día con Vernon Jamus en otro cementerio de esclavos.

Odessa se había vuelto y las lágrimas le corrían por la cara.

—Voy a otorgarle paz a su alma —dijo Blackwood, abriendo su estuche.

Realizó un pequeño rito funerario, purificando y liberando a Solomon por los siglos de los siglos. Odessa apenas prestó atención a lo que hacía, no paró de llorar. Al final, se puso en pie, tambaleándose agotado. Ella lo agarró y lo ayudó a guardar el equilibrio. Él le dio las gracias con un movimiento de cabeza y volvió a guardar sus instrumentos en el estuche y el estuche en el bolsillo de la chaqueta.

A Odessa le costaba creer que aquello hubiera terminado así, pero mientras estaba allí, llorando la muerte del hombre cuyo cuerpo había asesinado ella, recordó ver al Solomon-hueco retorcerse y morir. La emanación. Algo había salido flotando de él, como la cosa que había visto desprenderse de Walt Leppo al morir.

—Un momento... —dijo, mirando alrededor—. ¿Cómo he llegado a la cripta?

Blackwood no contestó. Algo no iba bien.

Joachim entró en la cámara, con el ser hueco bien sujeto. Se detuvo cerca de ellos y contempló el cadáver de Earl Solomon.

—Tengo que subir a este a Providence antes de que se compliquen más las cosas —dijo—. Allí puede hacer compañía a los otros tres. Lo has conseguido, Hugo.

Blackwood asintió sin entusiasmo.

—Has llegado en el momento perfecto.

—Bueno, hay un buen trecho desde Providence. Buen trabajo el suyo también, agente Hardwicke.

—Yo no... —empezó a decir Odessa, pero no acabó la frase. Cuando Joachim dio media vuelta con el hueco, le pareció ver, antes de que desapareciera entre las sombras, un par de alas de ángel hermosamente decoradas y plegadas sobre sus anchas espaldas.

Volvió a la cripta e intentó recordar cómo había llegado allí. Contempló el cementerio de siglos de antigüedad. Blackwood entró detrás de ella.

—Esta isla portuaria fue una de las mayores comunidades esclavistas de las colonias a principios del siglo XVIII —dijo Blackwood—. Los esclavos africanos y caribeños constituían una cuarta parte de la mano de obra de Nueva York.

—Increíble —dijo Odessa.

—Si no se abordan y corrigen con honradez los errores del pasado, los espíritus oscuros brotan de las heridas abiertas —añadió él—. Con las ciudades y los pueblos pasa lo mismo que con las personas.

Odessa recordó entonces la imagen de su padre. Y le vino algo más a la cabeza.

—Mientras estaba inconsciente —le dijo, intentando recordar—, he tenido un sueño. He visto a una mujer.

Blackwood se volvió hacia ella, cautivado.

—Cuénteme.

La agente hurgó en el fondo de su memoria.

—Pelo negro. Ojos negros. Llevaba un camisón blanco...

—¿Sí...? —la instó a continuar él con serena impaciencia.

—Quería ayudarme. Despertarme. Me parece..., me parece que ha sido ella la que me ha devuelto la consciencia. ¿Suena a disparate? —Blackwood no contestó, absorbió en sus pensamientos—. Antes ha mencionado a su esposa...

Blackwood volvió de su ensoñación.

—El espíritu invasor se me ha revelado con su aspecto. Está atrapada en el inframundo, esperando a que yo la rescate. Creo que, si consigo hacer mi labor y salvar al mundo de esas fuerzas oscuras las veces suficientes, podré liberarla de ese limbo.

Odessa lo entendió entonces. Hugo Blackwood se había estado deshaciendo de proyecciones de su amada durante cuatro siglos y medio en una cruzada por salvarla. Eso era lo que lo había convertido en la criatura quisquillosa que era.

La agente aún estaba inexplicablemente dolorida. Aparte de los cortes y moratones, y el dolor de mandíbula, tenía la sensación de que había algo más. Cuando fue a masajearse la nuca irritada, se notó algo raro, debajo del nacimiento del pelo: una vena hinchada. La hinchazón ya le estaba bajando, pero se la palpó con las yemas de los dedos y recordó...

Un sigilo. La marca de los seres huecos.

Miró a Blackwood y vio que él sabía que lo había descubierto.

Odessa retrocedió de un salto y se tocó nerviosa los brazos, asqueada de pensar que la había poseído uno de esos demonios repugnantes.

—¡Ay, Dios! —exclamó—. ¿He tenido a esa cosa dentro? —Blackwood no lo confirmó, pero tampoco lo negó—. ¿Qué he..., qué me ha hecho hacer? —preguntó. Vio que Blackwood se había ensuciado el traje y le faltaba un botón—. ¿Lo he atacado?

—Sí —reconoció él.

—Pero un momento... ¿No me dijo que la única forma de librar a una persona de una de esas cosas era... matándola? Me ha salvado. —Estaba confundidísima—. ¿Por qué?

Blackwood la miró de una forma rara, como si tampoco él supiera la respuesta.

—Eso digo yo: ¿por qué?

Al final, el FBI dio carpetazo a la investigación del incidente. La Oficina de Responsabilidad Profesional, la división de asuntos internos de la Agencia, se negó a arbitrar el asunto basándose casi exclusivamente en la declaración jurada de lo ocurrido aquella trágica noche que como testigo ocular había hecho la única hija superviviente de los Peters. Se decidió que Walter Leppo había fallecido en acto de servicio y a su familia se le asignó la pensión máxima con incentivos.

Aunque el testimonio de la niña absolvió a Odessa de cualquier delito, como no hubo vista disciplinaria, no se llegó a probar su inocencia de forma oficial y ya nunca recuperaría debidamente su reputación. Volvieron a entregarle el arma reglamentaria, pero no reanudó sus labores habituales de investigación activa. En su lugar, le ofrecieron un estatus de misión especial, con un cargo por determinar. A Odessa, aquello le recordó al acuerdo único y peculiar que Earl Solomon había tenido con la Agencia durante toda su carrera. Se resistía a tener aquella misión y estaba decidida a abandonar voluntariamente el FBI.

Linus le pidió que no se precipitara.

—Piénsatelo unos días y decides qué te conviene más —le dijo.

Odessa agradecía que él hubiera estado a su lado todo el tiempo, pero no podía dejar de pensar en lo que le había dicho aquella anciana en el cuartito trasero de la tienda esotérica: «Es un buen hombre, y fiel. Lo que siente por usted es auténtico. Es su único amor verdadero. Pero él no es el suyo».

A los pocos días, mientras estaba en casa sola intentando decidir qué hacer con su vida, apareció el señor Lusk a la puerta de su apartamento. La asombró la súbita emoción que le produjo su visita.

—¿Blackwood quiere verme? —preguntó ella, presuponiendo.

—Ah, no, señorita Hardwicke —contestó el señor Lusk con sus exagerados ademanes—. He venido por un asunto legal.

Ella se encogió de hombros.

—¿Y qué asunto es ese?

—Concretamente, el patrimonio del señor Solomon. —El señor Lusk le entregó un fajo de papeles sujetos con un clip negro grande—. Ha sido nombrada su albacea.

—Yo no... —Examinó por encima las primeras páginas—. Yo nunca he accedido a esto.

—Bueno, es lo más práctico, en todo caso, teniendo en cuenta que es usted la única beneficiaria de su herencia.

Le entregó otro fajo de papeles. Ella los cogió, perpleja.

—¿Su herencia? —repitió. Pasó a las últimas páginas del testamento, firmado hacía unos días por la mano temblona de Solomon, el hombre al que le había quitado la vida—. Será un error.

—Le aseguro que no lo es.

—Entonces, su casa... ¿ahora es mía?

—En cuanto se valide el testamento, pero eso es un mero trámite. ¡Buena suerte, señorita Hardwicke!

El señor Lusk se dispuso a enfilar el pasillo.

—¡Espere! —dijo ella, manteniendo la puerta abierta con el pie y asomándose para hablarle

—. ¿Y Hugo Blackwood?

—¿Sí...? —dijo el abogado, confundido—. ¿Qué pasa con él?

—Eeh..., nada, supongo. Salúdalo de mi parte.

—Lo haré, por supuesto. Si lo veo.

Y se fue con una sonrisa.

Odessa entró en la casa de una planta de Earl Solomon en Camden, Nueva Jersey. Cerró la puerta y se quedó allí plantada un momento, pensando en el anciano, un hombre al que apenas había tratado, pero que tenía la sensación de conocer muy bien. Había tantas cosas que no entendía.

Después de echar un vistazo rápido a la vivienda, salió a recoger el correo: folletos, circulares y un par de facturas de las que tendría que empezar a hacerse cargo. Y un paquete cuadrado envuelto en papel y atado con cuerda, dirigido a Earl Solomon, sin remitente.

Volvió corriendo a la casa y abrió de prisa el paquete. Dentro había cuatro cintas de magnetófono en sus estuches, etiquetadas como «NUEVA JERSEY 2019 / SERES HUECOS».

Empujó la pared del fondo del estrecho escobero y entró en el cuarto secreto. Llevó los estuches al fondo de la librería de cintas catalogadas y colocó las grabaciones al principio de un estante vacío, luego volvió al primer estuche y sacó la primera cinta de todas: «1001 / MISISIPPI 1962 / VERNON JAMUS ». La montó en el magnetófono de bobina abierta que había en el escritorio y, calzándose en las orejas los antiguos y cómodos auriculares de diadema alámbricos, se recostó en el amplio sillón de piel y deslizó la palanquita a la posición de reproducción. Tras unos segundos de sibilancias y crepitación, empezó a oírse la voz de Hugo Blackwood, con su suave acento británico.

## EPÍLOGO: el buzón

Wall Street es un laberinto. Cañones de cristal y acero que ocluyen el sol y el cielo. La noche parece caer antes allí que en cualquier otra parte de Manhattan. Aun así, el oscuro personaje del largo sobretodo parecía caminar solamente en penumbra. Lo hacía sin esfuerzo ni dirección: las sombras se amontonaban sin más a su alrededor, lo seguían. Y él las llevaba consigo mientras se deslizaba hacia el modesto buzón.

Las pocas personas que merodeaban por las calles lo evitaban, no por miedo ni porque lo reconocieran, sino por un instinto impreso en la parte más primitiva de sus cerebros. Quizá, al observarlo fugazmente, habían reparado en que no arrojaba una sombra propia.

El oscuro personaje se acercó al buzón, alargó una mano blanquísima hacia la ranura y depositó en ella un papel pequeño encerrado en un sobre. Iba dirigido a Hugo Blackwood y llevaba un sello de lacre con el símbolo de un radiante ojo que todo lo ve.

Aquella carta había tardado cientos de años en llegar a su destino y, con ello, anunciaba el fin.

## Sobre los autores

Guillermo del Toro nació en Guadalajara, México, en 1964. Ha dirigido *Cronos* , *Mimic* , *El espinazo del diablo* , *Blade II* , *Hellboy* , *Hellboy II* , *Pacific Rim* y *El laberinto del fauno* , que le granjeó formidables elogios de la crítica en todo el mundo además de tres premios de la Academia, y *La forma del agua* , con la que ganó el Óscar a la mejor película en 2018.

Chuck Hogan es un aclamado novelista, guionista y productor de televisión. Su novela más conocida, *The Town* , ganó el premio Hammett a la «excelencia literaria en el campo de la ficción criminal» y se convirtió en la cinta del mismo nombre. Sus relatos cortos han formado parte en dos ocasiones de la antología *The Best American Mystery Stories* , y ha publicado artículos en *Esquire* y en el *New York Times* .

Título original: *The Hollow Ones*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Grand Central Publishing, New York, New York, USA. Todos los derechos reservados.

Edición digital: 2020

Copyright © 2020 by Guillermo del Toro y Chuck Hogan

© de la traducción: Pilar de la Peña Minguell, 2020

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-1362-079-4

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

## Contenido

[Preludio: el buzón](#)

[Epílogo: el buzón](#)

[Sobre los autores](#)

[Créditos](#)